Baile del Sol

colección
NARRATIVA

EL VERANO DEL ENDOCRINO

Juan Ramón Santos

Baile del Sol

colección
NARRATIVA

EL VERANO DEL ENDOCRINO

Juan Ramón Santos

El verano del endocrino

Juan Ramón Santos

Aquella vez, cuando el Señor puso a los amorreos en manos de los israelitas, Josué se dirigió al Señor y exclamó en presencia de Israel: «Detente, sol, en Ga- baón, y tú, luna, en el valle de Aialón». Y el sol se detuvo y la luna permaneció inmóvil hasta que el pueblo se vengó de sus enemigos.

Josué

10, 12-13

La objetivación de la voluntad es la forma esencial del presente, que como punto inextenso corta las dos vertientes del tiempo infinito y permanece sin expe- rimentar cambio alguno, como ese sol que arde sin cesar en un mediodía eterno desprovisto del refrescante atardecer, mientras solo aparentemente se sumerge en el seno de la noche (…). La tierra da vueltas del día a la noche; el individuo muere: pero el sol brilla sin cesar en un eterno mediodía.

Arthur Schopenhauer

El mundo como voluntad y representación

Y por si eso fuera poco,

giras sin billete en un carrusel de planetas

y junto a éste, de gorra, en un torbellino de galaxias,

en unos tiempos tan vertiginosos

que nada aquí en la Tierra llega ni siquiera a moverse.

Wisława Szymborska

Aquí

–La ciencia está hecha según los datos proporcionados por un rincón del espacio. Quizá no concuerda con todo el resto que se ignora, que es mucho más, y que no se puede descubrir.

Así dialogaban, de pie sobre la colina, a la luz de las estrellas, interrumpiendo sus discursos con grandes silencios.

Gustave Flaubert

Bouvard y Pécuchet

Yo, sin embargo, aún lo vi:

en aquel banco de estación, hojeando un periódico

atrasado, fumando un cigarro barato

con el resuello sediento de un aprendiz

de dudas.

Nuno Júdice

Un canto en la espesura del tiempo

1

Nunca supimos su nombre. Nunca nos lo dijo, y si, en alguna ocasión, alguien llegó a preguntárselo abiertamente, estoy seguro de que él siguió hablando como si tal cosa, como si no hubiese oído nada, haciendo uso de la enorme habilidad que siempre tuvo para cambiar de golpe el tercio sin inmutarse, sobre todo cuando la conversación se aproximaba a terrenos que todos, con el tiempo, acabamos por comprender vedados, y me refiero a su identidad, a su pasado, a las insondables razones que lo habían traído a vivir a Labriegos. De todos modos, por si, pese a aquellas sutiles espantadas, todavía alguien tenía aún alguna duda sobre su firme voluntad de anonimato, cuando al final entramos en su casa, no solo no hallamos en ella nada que pudiese revelarnos quién era –ni cartas ni facturas ni documentos personales de ningún tipo–, sino que además, al hojear sus libros, comprobamos que muchos de ellos tenían arrancada la primera hoja, una hoja en blanco, de cortesía, en la que, presumiblemente, habría figurado un ex libris o, como poco, un nombre, una fecha, un lugar, una firma, alguno de esos datos con los que se suele indicar quién es el propietario o dónde, cuándo y cómo se ha conseguido el ejemplar, extraña desaparición esta que, después de darle muchas vueltas y descartados, desde el principio, el azar o la casualidad, nos llevó a concluir que solo alguien empeñado en permanecer del todo y para siempre desconocido podría haberse tomado la molestia de arrancar, una por una, la primera página de tantos y tantos libros.

2

El desconocido había llegado una mañana en taxi desde Pomares. Anduvo preguntando por una casa para alquilar y le hablaron de una vacía en la plaza. Fue entonces en busca de la dueña, una vecina llamada Petra, y el coche se mantuvo al ralentí delante de su puerta no más de cinco minutos, los que el tipo tardó, sin visita previa ni contrato escrito, en ponerse de acuerdo en las condiciones de alquiler y en recoger las llaves, y no mucho más tiempo le llevó luego descargar, con la ayuda del taxista, sus escasas pertenencias: un par de maletas pequeñas y varias cajas llenas de libros. Al terminar fueron juntos al bar, se tomaron un café, charlaron un rato y, después de pagar la carrera y despedirse, el forastero se metió en casa, cerró la puerta y no volvimos a verlo en toda una semana.

Durante ese tiempo su presencia en el pueblo se redujo al resplandor de una luz mortecina prendida en la ventana cada noche –según algunos, hasta bien entrada la madrugada– que mantuvo de paso encendida la intriga en el inquieto corazón del vecindario. Lo que no parece probable es que, como dicen otros, no llegara a salir de casa en todos esos días, pues siempre tuvo la costumbre de pasear un rato por las tardes, y resulta raro, vistas las cosas a posteriori, que entonces no lo hiciera, aunque también parece razonable que nadie alcanzara a verlo, pues, bien por un legítimo deseo de mantenerse apartado, bien por un cierto desorden en sus hábitos, bien por la dificultad, aquellos primeros días, de sincronizarse con los rígidos horarios de Labriegos, tan estrictamente marcados por el sol y el mudable ritmo de las tareas agrícolas, se echaba a la calle a horas intempestivas, a horas en las que la gente dormía, almorzaba, cenaba o permanecía sentada, inamovible, viendo la televisión, horas en las que, salvo por circunstancias del todo extraordinarias, nadie jamás salía de casa y en las que el pueblo permanecía terca, rotunda, obstinadamente desierto.

Mientras tanto, mientras duró la aparente desaparición de los primeros días, el eco revelador de unas palabras dichas por el

taxista la mañana en que llegaron se fue desplegando sin trabas por las calles de Labriegos para acallar, al menos de momento, los más elementales interrogantes sobre el recién llegado. Se trataba de apenas dos o tres palabras sueltas que ni siquiera alcanzaban a completar una frase y que, aunque carecían de un sentido evidente y acabado, tal y como fueron contadas por el dueño del bar, que las había atrapado al vuelo en medio de la conversación con el taxista, parecían atribuir oficio al recién llegado, y era tanta la necesidad que los vecinos tenían entonces de saber, de nombrar, de encontrar explicaciones a la inesperada irrupción en el pueblo de aquel extraño, que las palabras, aunque insuficientes, corrieron de boca en boca sin importar demasiado lo que pudiesen tener de cierto, y a la vez, a medida que el rumor prosperaba, el nombre común que envolvía fue ganando consistencia, fue adquiriendo contornos de nombre propio, y de esa manera, cuando, al cabo de una semana, se le pudo volver a ver por la calle, el desconocido se había convertido ya, para los restos, en el Endocrino.

3

Pero aquel no fue, en realidad, su bautismo definitivo, que tendría lugar algún tiempo después, cuando el individuo ya se había adaptado al apacible ritmo de Labriegos y su presencia en las calles se había hecho del todo familiar para sus habitantes.

Superada aquella primera semana de ausencia que tanta inquietud había despertado, enseguida se le comenzó a ver paseando por el pueblo, recorriendo la abrupta orilla del pantano o siguiendo los polvorientos senderos que atraviesan el mosaico de huertas que adorna las orillas del arroyo Enjuto. Solía caminar despacio, con calma, unas veces con la mirada perdida en la inmensidad del paisaje, otras, con la atención concentrada en los detalles más nimios e intrascendentes del entorno, como si tratase de calcular las dimensiones de su recién estrenado escenario o de hacer, por el contrario, inventario de su inconmensurable atrezo. No obstante, pese a su aire concentrado y distraído, a nadie le negó nunca los buenos días, las buenas tardes, las buenas noches, y nunca fue tampoco parco en regalar sonrisas, amplias y francas, que solía aderezar con algún comentario breve, campechano, afectuoso, costumbre que no tardó en suscitar las simpatías de sus nuevos paisanos, que entre ellos ya se referían a él, a sus espaldas y en voz baja, por medio del apelativo antes mencionado, Endocrino, por entonces aún tan provisional que ni siquiera alcanzaba la sólida condición de apodo y que empleaban no con mala intención, sino como una forma de nombrar lo que de otro modo hubiera resultado innombrable o, al menos, difícil de designar en una conversación sin recurrir a enrevesados circunloquios o a demostrativos sospechosamente desdeñosos.

Enseguida adquirió también el forastero la costumbre de, aprovechando el cada vez más frecuente buen tiempo, sentarse a la puerta, o en algún banco de la plaza, o en el poyo de alguna de las casas vacías de la calle Real, buscando a medias el sol, a medias la sombra, para leer un libro, normalmente novelas policiacas o detectivescas que devoraba con evidente placer, y allí se pasaba las

horas muertas mientras la gente, deseosa de observar de cerca a aquel raro espécimen de vecino lector, desfilaba con disimulo y sin pausa por delante, lo que puso de manifiesto su portentosa capacidad para saludar a diestro y siniestro y para mantener, incluso, diálogos de compromiso sin perder ni un momento la concentración ni el hilo de la lectura.

En una de esas ocasiones, al levantarse para volver a casa después de una larga sentada, algo tuvo que deslizarse de entre las páginas del libro, puede que un simple papel, tal vez un señalador de lectura, cualquier cosa lo suficientemente liviana como para que el forastero no apreciase el extravío, y fue entonces cuando un niño muy atento –en su doble acepción de observador y servicial– lo recogió del suelo, corrió con él tras su dueño y exclamó con desparpajo sacándole de paso los colores a su madre, «Eh, Endocrino, se te ha caído esto», a lo que, contra todo pronóstico, como pudieron comprobar los pocos testigos que en ese momento había en la calle, el individuo respondió dando las gracias con una sonrisa no sabemos si de confirmación, si de reconocimiento o si, sencillamente, de regocijo, pero que dejaba claro, en cualquiera de los casos, que el inesperado apelativo no le molestaba en absoluto.

El siguiente en llamarlo abiertamente así fue José Luis, el dueño del ultramarinos, que nunca tuvo pelos en la lengua ni reparo en llamar a las cosas por su nombre, y una vez roto el hielo, enseguida comenzaron a hacerlo también Maxi, el del bar, y Petra, su casera, y pronto, visto que respondía siempre de buen grado al sustantivo, acabó siendo empleado sin tapujos por todo el mundo, por los hombres con quienes discutía de política, las mujeres que se encontraba de paseo y los niños que jugaban en la calle, incluso por él mismo, que, según cuentan, una tarde en que se vio atacado por un fuerte dolor de cabeza y sin analgésicos en casa para combatirlo, acudió raudo a la farmacia y, al encontrarse con la puerta cerrada, llamó al timbre con discreta insistencia exclamando en voz alta, «Soy yo, el Endocrino, el Endocrino», ocurrencia con la que no hizo sino apropiarse del apodo para siempre, sin saber aún, en aquellos días, que el nombre se le acabaría revelando –andado paradójicamente el tiempo– como una presunta llamada del Destino.

4

Yo por entonces aún no lo conocía personalmente. Sabía, desde luego, de su existencia, de sus andanzas y de las crecientes simpatías que suscitaba entre mis vecinos, y pude haberlo visto de lejos, en la calle o a través de una ventana, pero no había tenido ocasión de encontrármelo ni de escuchar su voz, que cada vez se dejaba oír más en el pueblo, pues, superada la fase de los comentarios breves y afectuosos, enseguida comenzó a entablar conversación con unos y con otros por la calle, en el ultramarinos o en el bar de Maxi, donde acudía a diario, alrededor del mediodía, a tomarse un vermú mientras le echaba un vistazo reposado al periódico. Hablaba de cualquier cosa, de fútbol, del tiempo, de pesca o de los azares de la agricultura, y, como entonces me contaban y como yo mismo pude comprobar más tarde, ningún asunto le parecía banal. Todos los abordaba con sumo interés, con una curiosidad casi científica que le llevaba a plantear, para intentar comprenderlos del todo, multitud de interrogantes, a menudo preguntas de lo más evidente que efectuaba con tal inocencia y con tantísima falta de pudor que, de no haber sabido que era un endocrino, cualquiera lo hubiera tomado por un perfecto imbécil, opinión que tampoco dejaban de sostener, en realidad, algunos.

Tanto venía oyendo hablar del Endocrino que ya andaba yo con ganas de conocerlo, y si algo puedo asegurar, pese a las habladurías, es que la primera vez que nos vimos, la primera vez que tuve la oportunidad de mirarlo a los ojos y de escucharlo hablar, tuve la certeza de que podía ser cualquier cosa, pero no un imbécil. Fue en el bar, de eso me acuerdo bien. Él solía ir por las mañanas, mientras que yo solo acudía algunas tardes, después de la siesta, a matar el rato con dos o tres partidas de dominó, y con los horarios así, cambiados, parecíamos condenados a no encontrarnos jamás. Pero se sucedieron de repente tres o cuatro días seguidos de mal tiempo, de una lluvia intensa que desaconsejaba andar por los caminos a menos que uno quisiera terminar calado hasta los huesos, y eso obligó al Endocrino a mudar por completo sus costumbres.

Por eso una de aquellas tardes, en mitad de la partida, lo vimos aparecer por allí, lento, torpe, cansado, víctima de esa pesada molicie que deja en el hombre activo cualquier encierro prolongado en casa. Dio las buenas tardes, pidió una tónica –bebida anodina, aunque muy socorrida para apuntalar la desgana–, e hizo ademán de abrir el periódico, pero enseguida desistió, harto quizá de leer, harto de todo. Luego anduvo paseando la vista entre las botellas de licores antiguos, por la mustia pantalla del televisor, sobre los ajados anuncios pinchados en el panel de corcho, y por fin, desesperado, se unió al corro de mirones y se dedicó a vernos golpear con saña el tablero de formica cada vez que dejábamos caer, en un lance afortunado, las desgastadas fichas de dominó.

La verdad es que no me acuerdo de si llegó a decir algo aquella tarde. Imagino que no, y que si lo hizo, no resultó lo bastante interesante como para quedar prendido en mi memoria. Lo que sí recuerdo es que, por algún motivo, la partida, insípida y empachosa como todas las nuestras, atrapó su atención, y que al poco de estar allí se le veía mucho más despierto y atento, pendiente no tanto del juego en sí como de la azarosa disposición de las fichas, que en su mente evocaba, tal vez, otro dibujo, otro significado, otro intrincado esquema de relaciones que ni siquiera podíamos llegar a sospechar, y sé que cuando, en un momento dado, mi mirada se cruzó con la suya, descubrí en sus ojos un brillo de lucidez acompañado de una sonrisa de secreta inteligencia, y tuve la seguridad de encontrarme, si no ante un igual, sí al menos ante un ser afín, ante alguien cuyas miras se proyectaban más allá de los difusos límites geográficos y mentales de Labriegos, alguien con quien poder compartir opiniones, experiencias, inquietudes, con quien poder hacer más llevadero el día a día en este pequeño pueblo dejado de la mano de Dios y de los hombres.

No anduve entonces desencaminado, y no tardamos mucho en trabar por fin conversación. No fue aquella misma tarde, y puede que tampoco a la siguiente, pero sí, quizá, la tercera. Lo único que de momento puedo añadir a lo que ya decían mis vecinos, por aquellos primeros diálogos y por tantos otros que vinieron después, es que, aunque pueda sonar paradójico, el Endocrino, pese a ser un gran conversador, era hombre de pocas palabras. Podríamos decir, para tratar de disolver la aparente paradoja, que la cuestión era

menos de cantidad que de calidad, que no era tanto que dijera poco –pues, de hecho, hablaba mucho y sin reparos–, como que decía sobre poco, que, dejando a un lado sus circunstancias personales, sobre las que mantuvo siempre una escrupulosa reserva, al conversar con él uno tenía la sensación de que, aun pudiendo abarcar mucho más, limitaba deliberadamente el ámbito de sus opiniones, el perímetro conceptual de sus discursos, como si en cada situación adaptara la hondura de sus consideraciones a la capacidad de su interlocutor, no tanto –al menos esa fue la sensación que tuve estando con él– por piedad hacia el prójimo sino como un modo de supervivencia, de adaptación al medio, a un medio, como el de Labriegos, en el que ni siquiera en la escuela, en la iglesia o en la farmacia, únicos enclaves de los que, de entrada, cabría esperar expresiones de un mínimo rigor intelectual, hubiera podido encontrar a nadie capaz de acompañarlo por los intrincados vericuetos de sus reflexiones, que, por lo general, salvo por algunas contadas, discretas excepciones, jamás llegó a exponer en público, reservándoselas para el ámbito privado y manuscrito de sus cuadernos, unos cuadernos a los que tan solo mucho tiempo después, al cabo de una rocambolesca sucesión de hechos confusos, extraordinarios y contradictorios que nunca he llegado a comprender ni a creer del todo, yo mismo acabaría por tener acceso.

5

Debido a esa prudente necesidad de adaptarse al medio, o movido quizá, sencillamente, por el excepcional interés que siempre parecieron suscitar en él todas las cosas, hasta las más triviales, durante algún tiempo, en sus primeras semanas en Labriegos, se dedicó a conocer de cerca las tareas agrícolas. Aparecía por los huertos sin previo aviso, daba los buenos días o las buenas tardes, intercambiaba dos o tres frases de cortesía con el labriego de turno y enseguida se echaba a un lado, donde menos creyera estorbar, para observar durante largo rato, con extrema atención, las labores del hortelano. Luego, no siempre, cuando el que fuera paraba un rato a descansar o le ofrecía un poco de conversación, el Endocrino aprovechaba para hacer alguna pregunta relacionada con el huerto, ya fuera sobre la orientación y profundidad de los surcos, sobre la distancia entre las plantas o sobre el número de semillas que depositaban en cada agujero en el suelo al sembrar, y al recibir la respuesta se quedaba asombrado, mirando muy de cerca los terrones desnudos, como si fuera capaz de imaginar sobre ellos, ya crecidas, tomateras, pimenteras o plantas de maíz. La verdad es que al principio los campesinos lo recibían con extrañeza, casi con desconfianza, pero no tardaron en sentirse halagados por su amabilidad y su sincera admiración, tanto que muchas veces eran ellos mismos los que lo abordaban, nada más verlo llegar, con explicaciones pormenorizadas sobre cualquier asunto que tuviera que ver con la siembra, explicaciones que el Endocrino recibía siempre con entusiasmo, planteando nuevas dudas con las que poco a poco iba ampliando su hasta entonces ralo conocimiento de los quehaceres del campo.

Tanto era el interés que parecía mostrar el forastero por la preparación de la tierra, la siembra o la elaboración de semilleros, que más de un vecino se ofreció a cederle gratis un pedazo de tierra para que, aprovechando todo el conocimiento que iba adquiriendo, pudiera sembrar su propio huerto, pero él declinó gentilmente tan generosas ofertas diciéndose más teórico que práctico, más dado al razonamiento y a la elucubración que al trabajo físico, y no por

pereza o por falta de ganas, sino debido a una insuperable torpeza natural que conducía sin excepción al desastre cualquier empeño que implicase el uso directo de las manos, lo que, de todos modos, tampoco fue nunca obstáculo para que echase a sus vecinos una de esas torpes manos si, para algún trabajo concreto, su fuerza resultaba necesaria.

Sucedió entonces, cuando ya llevaba varias semanas en el pueblo, que una mañana temprano, en una de aquellas frecuentes expediciones, fue a parar al huerto de un vecino llamado Luis Perneras que, entre insultos y blasfemias, lamentaba a voz en grito la muerte de una gallina. Extrañado por tan exagerada aflicción, excesiva para la muerte de una simple ave, el Endocrino preguntó qué había sucedido y el buen hombre le contó que desde hacía algo más de dos semanas no dejaban de desaparecerle animales, y que indefectiblemente, cada vez que eso sucedía, lo único que acababan por encontrar era el sucio amasijo de plumas y sangre que señalaba el lugar donde la alimaña, con toda probabilidad alguna zorra, se había dado el banquete. Para más inri, prosiguió luego el vecino, cuando, a partir de un determinado momento, y mientras daban con la zorra asesina, decidieron dejar día y noche encerradas las aves en el gallinero, el bicho se acabó dando maña de entrar dentro y allí mismo, con todo el descaro, se dedicaba a devorarlas cada noche. Así las cosas, tanta era la merma que venía provocando el hábil depredador en el gallinero, que Perneras y su familia se estaban planteando vaciarlo y llevarse las pocas gallinas que aún les quedaban a algún lugar seguro en el pueblo, al menos hasta que desapareciese del todo la amenaza de la zorra.

Según ha contado en numerosas ocasiones Luis Perneras, el forastero escuchó con atención su indignado relato, y nada más terminar, sin decir palabra, comenzó a inspeccionar con minuciosidad el gallinero y a recorrer todos y cada uno de los lugares en los que, según le indicó, habían ido apareciendo las gallinas muertas. Luego, después de esa primera inspección, le hizo dos o tres preguntas sobre fechas, horas y detalles concretos y sin más, sin revelar cuál era su propósito, se marchó. No contento con eso, anduvo merodeando por el huerto varias mañanas seguidas, también alguna tarde, y hay quien no descarta que acudiera también por la noche para acechar la criminal llegada de la zorra.

Dos veces tuvo además esos días ocasión de examinar de cerca los restos de nuevas gallinas muertas, y dice Luis Perneras que en las dos lo hizo muy concentrado, en cuclillas, sin moverse ni despegar siquiera los labios, limitándose a coger del suelo, con infinito cuidado, alguna pluma suelta y a observarla al trasluz, sujetándola delicadamente con las yemas de los dedos, como si temiera dejar impresas sus huellas dactilares o impregnarlas de su olor. El vecino, desde el principio escéptico, desconfiaba del provecho de semejantes exámenes, que achacaba a un exceso de cine, televisión o lecturas policiacas, y, de hecho, más de una vez habló de ello entonces, no sin guasa, en la tertulia del bar de Maxi, pero lo cierto es que, como al final reconocería Perneras arrepentido por su falta de fe, algo tuvo que ver el Endocrino, algo tuvo que encontrar que ellos no hubiesen encontrado antes, alguna marca, alguna huella, algún minúsculo resto de pelo animal, porque pasados tres o cuatro días, cuando ya solo quedaban en el huerto cuatro o cinco ponedoras, el forastero apareció e informó sucintamente al propietario de que, aunque no había dado con la zorra, acababa de descubrir a la sombra de una higuera, a orillas del arroyo Enjuto, a un perro vomitando plumas blancas. Se trataba, según se supo después, de un perrillo sin dueño que había aparecido por Labriegos el verano anterior. Los muchachos de Mariano, un vecino que vivía en Madrid y pasaba las vacaciones con la familia en el pueblo, se habían encariñado con él, porque era dócil y juguetón, y el perro se había quedado con ellos porque le daban de comer, pero el verano se pasó enseguida y los muchachos volvieron a Madrid dejando de nuevo al perro solo y sin amo. Al principio todavía se le vio algunas veces por allí, cada vez más flaco y desmejorado, mendigando algo de comida, hurgando entre la basura o disputándole, con más pena que gloria, el hueso a algún otro animal, pero para cuando llegó Navidad y los de Mariano preguntaron por él, hacía tiempo que había desaparecido. Todo el mundo lo dio entonces por muerto, cuando, en realidad, debía de andar por el monte, afinando sus dotes de cazador, como dedujeron a toro pasado los vecinos, que acabaron imputándole al pequeño cimarrón otros crímenes no menores, aunque anteriores, eso sí, a la sádica carnicería del huerto de Luis Perneras. Fuesen o no auténticos sus delitos, lo cierto es que la mañana en que el Endocrino dio con él se acabaron para siempre sus fechorías, pues esa misma tarde, escopeta en mano, Luis Perneras se encaminó al arroyo dispuesto a solucionar de una vez el

problema, y de ese modo, gracias a las atinadas pesquisas del forastero, despareció de Labriegos aquel perro, depredador sobrevenido, al que unos niños, creyéndolo su amigo para siempre, habían decidido llamar, en honor al mes de tan feliz encuentro, Julio.

6

El caso del perro Julio, por sonado, por el aliviado entusiasmo con que lo propagó por todas partes el bueno de Luis Perneras, dio por vez primera a conocer, entre los vecinos de Labriegos, las extraordinarias aptitudes detectivescas de nuestro Endocrino, pero, aunque apenas nadie parezca recordarlo, el forastero había dado muestras de su enorme capacidad deductiva mucho antes, al poco de llegar al pueblo, cuando un hombre vino a denunciar en el puesto de la Guardia Civil la desaparición de su hijo.

Lo recuerdo porque yo había llegado a conocer al muchacho. Se trataba de un chico joven, llamado Mateo, que había andado recabando información semanas atrás para un trabajo de fin de carrera en torno a la construcción de la presa del Cárdeno y que se había alojado en la pensión de mi sobrina Beatriz. Luego había regresado unos días a su casa, en Madrid, antes de desaparecer, y su pista, que pasaba por Ochavia, parecía perderse del todo en Labriegos, adonde, según uno de los pocos testigos que habían podido dar cuenta de él, habría manifestado su deseo de volver para hacer una visita. Aunque todo apuntaba a que el muchacho sí se había marchado de Ochavia, nada demostraba que hubiera venido a parar al pueblo, pues nadie lo había vuelto a ver ni se había hallado tampoco nada que permitiera, de otro modo, acreditarlo. Aun así, aunque la pista de Labriegos era más bien vaga, era la única existente, y pronto comenzaron, al principio sin muchos medios ni mucho entusiasmo, las pesquisas.

Pese al secreto del sumario, el asunto trascendió enseguida, y dado que la desaparición era el acontecimiento más grave que había sucedido en Labriegos en muchos años, se convirtió durante semanas en el tema estrella. En el bar, por las tardes, no se hablaba de otra cosa. No pasaba un día sin que llegara alguien con nuevas noticias, con nuevos rumores, con sospechas que enseguida suscitaban el diálogo, el debate, el desvarío, que acababa con todos los parroquianos lanzando al aire opiniones cruzadas, a voz en grito, que nadie alcanzaba por completo a comprender. Mientras, el

Endocrino permanecía callado en un extremo de la barra, parapetado tras las páginas del diario regional, visiblemente tenso pero callado, hasta que una tarde, después de muchos días escuchando hipótesis y conjeturas disparatadas, harto de tantas voces y de tanta palabrería, entró por fin al trapo y, después de refutar las teorías una por una con buenas razones, tras un prolongado trago de cerveza, expuso su propia versión de los hechos con una vehemencia y una exactitud que condenaron al silencio a todos los asistentes. El desaparecido, dijo, se encontraba en el interior de su coche, que, a su vez, debía de estar aparcado bajo las aguas del pantano del Cárdeno, al que habría ido a parar por un terraplén, y no por accidente. A la incrédula pregunta de por qué, entonces, no se había hallado ninguna pista, ninguna marca en la carretera, y de cómo pudo haber caído al agua sin llevarse por delante el quitamiedos, el Endocrino respondió que marcas sí había, de neumáticos, que demostraban que el vehículo había arrancado con un fuerte acelerón antes de dar el salto definitivo al vacío, y que si no había llegado a destrozar ningún quitamiedos había sido, sencillamente, porque no los había, pues el individuo no se había arrojado al embalse desde la carretera nacional.

Según uno de los muchos rumores que la desaparición del muchacho había desatado en Labriegos, una tarde, a mediados de febrero, un coche blanco había permanecido aparcado un buen rato al borde de la carretera, en una amplia curva que mira sobre el pueblo, y aunque la distancia no había permitido distinguir marca o modelo, sí se había podido ver, durante algunos minutos, una figura presuntamente masculina apoyada contra la puerta del copiloto, contemplando Labriegos desde lo alto. El rumor resultaba demasiado vago y era sospechoso, además, de oportunista, por ser su mentora una mujer locuaz y excéntrica, con excesivo afán de protagonismo, a la que nadie prestaba de ordinario demasiada atención, pero el Endocrino, quizá por ser forastero y estar menos condicionado por los prejuicios locales, quiso seguir la pista y una mañana, dos o tres días antes de aquella reveladora tarde en el foro del bar Maxi, se alejó a pie un par de kilómetros por la nacional en dirección a Ochavia, hasta el lugar donde Labriegos se oculta para siempre a la vista del viajero. Al pasar fue deteniéndose en cuantas curvas se asomaban sobre el pueblo con la esperanza de encontrar sobre el arcén alguna pista consistente, un paquete de tabaco, una

caja de cerillas o un papel que milagrosamente no se hubiera llevado el aire y que tuviese, anotado, por ejemplo, un nombre, un número de teléfono, una dirección, buscando, a fin de cuentas, cualquiera de esos objetos en apariencia insignificantes pero que en aquellas novelas policíacas que tanto le gustaba leer acababan por sostener todo el peso de la trama. El Endocrino hizo y rehízo el recorrido varias veces, revisó el quitamiedos en toda su extensión, se asomó aquí y allá sobre el pantano pensando, como muchos, que el coche se había despeñado, pero nada halló, y fue al pasar por tercera o cuarta vez por el acceso a una pista que, como luego supo, servía para el mantenimiento de los canales de regadío, cuando sintió la corazonada, ese golpe de suerte, ese arrebato de irracionalidad que tan solo sufren los buenos detectives, los detectives capaces de suplir la miopía con un buen olfato. Echó entonces a andar por el camino y, tras recorrer poco más de un kilómetro, dio con lo que en principio no buscaba, la precipitada impresión de los neumáticos sobre el cemento, la violenta dentellada en la hierba a mitad del terraplén y el reguero de pequeños fragmentos de plástico y vidrio diseminados hacia abajo, a lo largo de cerca de treinta metros, hasta alcanzar el agua.

La Guardia Civil, que entretanto había ido atando cabos que situaban, ya sin ningún género de duda, al muchacho en Labriegos antes de su desaparición, no tardó en encontrar también el lugar, y pronto aparecieron las zódiacs, los buzos y las sondas alterando la paz del pequeño mar que dibujaba el río Cárdeno contra la presa y confirmando de paso las tesis del Endocrino, que opinó entonces también, mientras se prolongaban las jornadas de búsqueda infructuosa, que las corrientes, empujadas por las fuertes lluvias y por la enorme cantidad de agua que habían soltado aquel invierno, probablemente habrían arrastrado el coche, que se habría detenido al chocar con el muro de hormigón, eso si no se había encontrado antes, de camino, con algún otro obstáculo lo bastante sólido como para retenerlo, cálculos estos que acabarían revelándose atinados meses más tarde, una vez transcurridos el misterio y la catástrofe, cuando ya habían pasado demasiado tiempo, demasiada incertidumbre y demasiada desgracia como para que nadie en el pueblo pudiese recordarlo.

7

Quizá por eso, porque la confirmación total de sus sospechas solo tendría lugar muchos meses más tarde, su verdadera consagración como detective rural no tuvo lugar entonces, ni luego, con la captura del perro cimarrón, sino varias semanas después, a finales de abril, en ocasión mucho más renombrada, durante la romería de la Virgen de las Jaras, la más popular de las fiestas de Labriegos, que se celebra cada año el tercer domingo de Pascua en torno a una blanca, minúscula ermita levantada en mitad de la dehesa, al abrigo de una colina desde la que se domina la vasta explanada sobre la que se desparraman las calles y casas del pueblo y que desemboca, allá a lo lejos, en la desmesurada orilla del embalse del Cárdeno.

La víspera de la fiesta, como todos los años, los labriguenses habían conducido en devota y cantarina procesión a su patrona desde la iglesia del pueblo hasta la ermita, donde la habían depositado con mimo en su humilde altar, adornado por centenares de jaras que inundaban la exigua nave de un aroma dulce y pegajoso. Luego, como es tradición, habían celebrado la eucaristía y, de regreso, al sentir en la nariz la humedad de unas finas y cada vez más persistentes gotas de lluvia, se habían preguntado preocupados si el cielo no les estropearía la tan esperada jornada campestre. Alertados, apretaron el paso y el chaparrón cogió a los contrariados fieles en casa. Por fortuna la cosa fue breve y al día siguiente amaneció un sol espléndido que a media mañana había secado por completo la hierba, los árboles y buena parte de los charcos, dejándolo todo listo, a pesar de la lluvia, para la fiesta. Para entonces ya habían comenzado a ocupar sus lugares de costumbre los primeros romeros con sus tinglados metálicos, sus cuerdas contra el viento y sus lonas de colores, y poco a poco los vecinos fueron colonizando los alrededores de la ermita y fueron apareciendo las tortillas, las cervezas, los filetes empanados, las desmesuradas garrafas de sangría.

Todo fue transcurriendo como de ordinario hasta que un par de horas antes de la misa la guardesa acudió a la ermita para

prepararlo todo y, para su sorpresa, que casi culmina en soponcio, al abrir la puerta no halló dentro ni rastro de la imagen. Enseguida acudieron en tropel cuantos oyeron su atormentada llamada de auxilio y no tardó en juntarse una multitud que pudo comprobar, horrorizada, que la patrona había desaparecido sin dejar rastro y sin restos de violencia en la puerta, las ventanas o el tejado del minúsculo templo. Andaba todo el mundo revuelto, las mujeres, afligidas, rezando el rosario, los hombres, graves, organizando batidas desesperadas, los niños, excitados por la novedad y por la repentina irrupción en Labriegos del misterio, corriendo de un lado a otro, escuchando atentos, reuniendo pistas, cuchicheando, cuando aparecieron, saltando entre las peñas colina abajo, dos muchachos que una hora antes, aprovechando el desconcierto, se habían perdido en busca de nidos, lagartijas o tesoros y que regresaban anunciando a voces la buena nueva, el feliz hallazgo en medio del monte, entre las jaras, de la venerada imagen de la Virgen.

De inmediato se organizó una tumultuosa procesión que comenzó a remontar a toda prisa un estrecho sendero que zigzagueaba, caprichoso, hacia arriba entre hierbajos y a la que siguió de cerca el Endocrino, que por allí andaba, de romería, tras aceptar la amable invitación de Petra, su casera. Pasados veinte o veinticinco minutos de fatigosa caminata se escucharon los primeros gritos exaltados de «¡Milagro! ¡Milagro!» procedentes de la cabeza del pelotón. Trabajo le costó entonces a nuestro hombre abrirse paso hasta la pista central del prodigioso hallazgo, y cuando quiso llegar, se encontró con varias filas de individuos arrodillados, extasiados, rezando atropellados avemarías e improvisando las primeras loas a la milagrosa Virgen, que allí se encontraba, ante ellos, plantada en el suelo, entre las jaras, iluminada por un certero rayo de sol y despidiendo un fulgor de paz y beatitud que a cualquiera menos incrédulo que el Endocrino le habría hecho tomar seriamente en consideración la posibilidad del misterio, del milagro, de la siempre controvertida aparición mariana. Escéptico como de costumbre, el Endocrino comenzó enseguida a husmear por el que consideró, desde el principio, como posible escenario de un crimen, apartando con amabilidad a los romeros para examinar al suelo antes de que las pisadas estragasen del todo cualquier vestigio. Luego reconoció de cerca la talla bajo las miradas desconfiadas e interrogantes de los presentes, y por fin se alejó silencioso cuesta arriba por el sendero

sin despegar la mirada de la tierra, como un auténtico sabueso. Un par de horas más tarde, después de haberse celebrado la misa en honor de la patrona en el lugar de la aparición, cuando párroco y parroquianos aún debatían si era oportuno o no levantar sin orden gubernativa el cuerpo de la Virgen, lo vieron aparecer de nuevo por el otro lado, procedente de la ermita, la fiesta y los tinglados.

Una vez finalizado el debate, se trajeron las andas, devolvieron la estatua a la ermita, la gente se marchó a comer y se dejaron, por el momento, abiertos unos interrogantes que el Endocrino se encargó de cerrar un rato después bajo el toldo de su casera, entre bocados de pan y chuletas de cordero, al contar, como quien no quiere la cosa, que en el terreno pisoteado por los piadosos romeros había encontrado pañuelos de papel manchados de barro, y que había apreciado también salpicaduras de lodo sobre el manto y el cabello de la Virgen, que presentaba, además, una pequeña abolladura en su parte posterior. Un poco más adelante, siguiendo el sendero, dijo haber descubierto también en el suelo unas curiosas dentelladas seguidas de una extensa mancha de aceite casi absorbida por el terreno, y describió cómo en ese preciso lugar arrancaba una greca interminable con el patrón cuadrangular de los neumáticos de una moto de cross, impresa, con toda probabilidad, la noche anterior, tras el chaparrón, sobre la tierra húmeda, y cómo, siguiendo esa pista, tachonada de restos de aceite cada vez más espaciados, había llegado, dando, eso sí, un largo rodeo, hasta la puerta cerrada de un antiguo secadero de tabaco propiedad de la guardesa. Atando cabos y movido por otra corazonada –concluyó rebañando una chuleta de cordero, cuando hacía rato que el resto de comensales, silenciosos e intrigados, habían dejado de masticar y permanecían expectantes, con las chuletas en vilo y la boca abierta–, bajó hasta el pueblo, anduvo merodeando por las calles desiertas tratando de hacerse el encontradizo y acabó dándose casi de frente con el hijo de la guardesa, que salía de casa, lo que le permitió distinguir, sobre su rostro, sobre sus manos, sobre sus brazos, marcas recientes de arañazos que ponían en evidencia, por fin, quién había perpetrado el robo.

Se trataba de un muchacho de veintidós años enganchado a la droga que esa misma tarde acabaría por confesar el crimen después de que su madre hallara, oculta en el secadero, la moto averiada y,

en casa, una camisa y unos pantalones desgarrados y cubiertos de tierra tendidos a secar tras ser lavados con más bien poca maña. Al parecer, la víspera, entrada la noche y después de escampar, el chaval le había birlado a su madre la llave de la ermita, había llegado hasta allí en moto siguiendo la pista hormigonada y había abierto sin problemas la puerta de entrada y sustraído la talla con intención de venderla. Entonces se encontró con que la imagen pesaba más de lo esperado, y como las cuerdas que había llevado no parecían lo bastante resistentes para amarrarla y llevarla de paquete en la moto, como había sido su propósito, no le quedó otro remedio que mudar a la Virgen de posición, ponerla de espaldas contra el eje del manillar y atarla como buenamente pudo, pasando varias veces la cuerda bajo el depósito de combustible, confiando en que de esa manera podría sujetar con los brazos los vaivenes del santo bulto. Una vez dispuesta la Virgen, se puso en marcha con el objetivo de, siguiendo la enrevesada red de senderos de tierra, que conocía a la perfección gracias a interminables tardes de motocross, salir a la carretera de Aldeacárdena sin atravesar Labriegos y conducir a toda velocidad hacia Pomares, derecho al barrio de San Damián, donde sabía que podía encontrar pronto y sin problemas un seguro comprador. Sin embargo, bien por el peso de la estatua, bien porque el terreno estaba húmedo y resbaladizo, bien porque el piloto, en un momento dado, se emocionó y se puso a correr más de la cuenta o, como afirma más de un vecino, gracias a la intervención divina, cuando no había recorrido más de un kilómetro desde la ermita, la moto patinó, se desbocó, saltó un pequeño montículo y los tres, conductor, vehículo e imagen sagrada, aterrizaron aparatosamente sobre el suelo. En esas circunstancias, viendo que, después de intentarlo varias veces, la moto no arrancaba y que resultaba del todo imposible arrastrarla hasta el secadero a pie y cargando, además, con el peso de la Virgen, el chaval no tuvo más remedio que abandonar a su suerte la escultura, si bien, antes de emprender el regreso, como acto, según él, de contrición –o quizá, más bien, para tratar inútilmente de borrar sus huellas– la limpió lo mejor que supo con unos kleenex, que era lo más digno que tenía a mano, y la depositó en azarosa majestad al borde del camino, entre las jaras.

Para cuando, a media tarde, los detalles de la confesión del muchacho –al que, por cierto, nadie llegó luego a denunciar por consideración a su desventurada madre– alcanzaron la explanada de

la romería, todo el mundo conocía de sobra las atinadas pesquisas del Endocrino, y cuando, al caer el sol, después de desmontar sombrajos y recoger manteles, tumbonas, sillas y mesas plegables, los vecinos regresaron a casa, lo hicieron aún excitados, impresionados por la increíble sagacidad del forastero y, al tiempo, secretamente decepcionados por el frustrado milagro de la Virgen, sin reparar en que el verdadero prodigio había tenido lugar la noche anterior, cuando, al resguardo de la luna nueva, nuestra Patrona había andado haciendo motocross entre las jaras.

8

A partir de la discreta pero a la vez popular hazaña de la romería de la Virgen de las Jaras, la fama de investigador sagaz del forastero no hizo más que crecer entre los labriguenses, que cada vez con menos timidez y más frecuencia le encomendaban el esclarecimiento de pequeños enigmas domésticos o la explicación de fenómenos inusuales, cuando no, desatendiendo la atávica devoción por sanantonios, sanexpeditos y sanjudastadeos, la simple búsqueda de objetos perdidos. El Endocrino, aficionado, como decíamos, a la literatura policiaca, comenzó a enfrentarse a aquellos pequeños retos como si se tratase de pasatiempos, y atendía los requerimientos de los vecinos con diligencia y bonhomía, menos con la agudeza insolente de un Holmes que con la paciencia bonachona del padre Brown, sometiendo a unos y a otros a atinados interrogatorios y socráticas encuestas o rastreando, en concentradas labores de sabueso, los más imprevisibles rincones de Labriegos en unas búsquedas que, por lo general, no se prolongaban más allá de uno o dos días y que siempre culminaba con éxito, lo que no hacía más que aumentar y afianzar su renombre. En esas ocasiones, cuando el Endocrino entraba en acción, su concentración era tal, tan intensa era su mirada escrutadora, tan impresionante su gesto reflexivo, que no era raro que la gente saliese a la puerta de sus casas, del ultramarinos o del bar para contemplar, entre admirada, respetuosa y distante, sus evoluciones sobre el terreno, que desplegaba con la sobrada seguridad de un gran maestro del ajedrez a punto de dar jaque mate a su adversario. La expectación que despertaba entonces con cada una de sus investigaciones era tal, que puede que no fuese la creciente acumulación de requerimientos, encargos o tareas como el exceso de atención –y no me refiero solo al hecho de sentirse observado, sino también, y sobre todo, el saberse constantemente en boca de los demás–, lo que, a partir de un determinado momento, hizo que el Endocrino comenzara a sentirse incómodo con la situación.

«Te estás convirtiendo en todo un personaje», recuerdo haber exclamado una tarde, medio en serio medio en broma, alabando el

resultado de sus últimas pesquisas, al encontrármelo en la calle. Él, sin embargo, no tuvo que ver clara la broma, o tal vez estaba demasiado preocupado por la parte seria del asunto como para reírse, porque me contestó enseguida con aire apesadumbrado, «No te engañes, Constante: eso es lo peor que le puede pasar a una persona», y aunque tanto la respuesta como la pesadumbre fueron fugaces, pues enseguida mudó el semblante y recuperó sin dejar rastro el carácter apacible y jovial que solía lucir en nuestras conversaciones, me parecieron lo bastante intensas y significativas como para quedar prendidas de algún modo en mi memoria, y quizá por eso regresaron mucho tiempo después, cuando, una vez pasado todo, tuve ocasión de examinar sus cuadernos y encontré entre sus páginas una anotación breve, escrita en torno a aquellos días –puede que motivada por nuestro encuentro– que decía así:

«En cualquier comunidad humana, pero sobre todo en las localidades pequeñas, donde todo el mundo se conoce, no es raro que ciertos individuos adquieran notoriedad por razones de la más diversa índole, desde la facilidad para trenzar romances hasta una desmesurada afición al vino, y que acaben siendo elevados, en el imaginario popular, a la categoría de personajes. Sin embargo, ese ascenso es engañoso, e incluso en los casos en los que la promoción se debe a aptitudes consideradas virtuosas por la mayoría –pongamos por caso una preclara inteligencia, una honradez sin tacha o una aptitud innata para el deporte–, la condecoración esconde una trampa mortal, una trampa moral, pues no hay mayor degradación que la de ser rebajado de persona a personaje, ya que, mientras el individuo, en tanto persona, es actor de su propia vida, maneja –hasta cierto punto– los hilos de su existencia y puede decidir acerca de sus acciones, el personaje, por muy redondo que nos pueda parecer a simple vista, es siempre un ser limitado, vaciado de libertad, pasivo, condenado a hacer lo que los demás esperan de él, porque su personalidad, compleja e insondable, ha sido sustituida de forma irreversible por una vana personajidad, esto es, por un relleno de atributos impuestos que harán, en adelante, predecible su conducta y que deberá respetar en todo momento, cumpliendo de manera minuciosa su papel so pena de caer en el más hondo ostracismo, de ser condenado al más

irreversible rechazo de la sociedad, que tan poco amiga se muestra siempre de caprichos y extravagancias. Por todas esas razones, nada mejor podemos desear en esta vida que el que la fortuna nos libre de convertirnos en personajes y nos permita disfrutar hasta la muerte del dulce anonimato de ser solo y únicamente personas.»

En definitiva, parece que fue esa presión social, esa presión rural, me atrevería a precisar –por valorar las cosas en su justa medida–, el verse observado, el saberse en boca de la gente, el sentir cómo se iban urdiendo a su alrededor las estrechas hechuras del personaje, la que le hizo sentirse insoportablemente incómodo y le empujó a tomar la decisión de llevar una vida aún más natural y solitaria que la que había llevado hasta entonces, una vida alejada del pueblo y de la ruda acechanza de los vecinos, y para ello se dedicó a alargar y prolongar cada día un poco más sus acostumbrados paseos diarios.

Urgido por esa súbita necesidad, sus hábitos mudaron de la noche a la mañana. Madrugaba más que de costumbre, tomaba un desayuno demorado y abundante, rellenaba la mochila de agua, merienda y lectura, y a la hora discreta en que los hombres ya habían salido al campo y las mujeres, depositados los niños o los nietos en la escuela, andaban aún encerradas en casa, enredadas en el estrecho laberinto de las tareas domésticas, el Endocrino escapaba furtivamente de Labriegos, culebreando entre solares sin vistas y callejas sin ventanas, más en busca de dehesas desiertas que de huertos bulliciosos. Al principio lo que realmente necesitaba era soledad, y por eso, en cuanto una encina frondosa y bien resguardada le brindaba su amparo, abandonaba el camino, recostaba la mochila contra el tronco, buscaba acomodo entre hierbas y pedruscos y se dedicaba a leer, a comer y a dormir plácidamente la siesta hasta que, cuando el sol comenzaba a perderse tras la sierra, llegaba la hora del regreso. Pero aquella parca rutina duró poco, en parte por aburrimiento, en parte porque la primavera había resultado espléndida aquel año e invitaba a disfrutar de todo tipo de placeres de género bucólico. Podríamos decir que con el paso de los días le fue cogiendo el gusto al aire libre, y que a partir de un determinado momento su huida cotidiana

se volvió más activa, convirtiéndose, para él, la Naturaleza menos en un refugio, en un escondrijo, y más en un lugar para el disfrute, la exploración y el descubrimiento, y con esa nueva actitud por las tardes regresaba al pueblo emocionado, con necesidad de contar, y a menudo venía a buscarme no ya al bar, que prefería evitar, sino a mi regreso del bar, esperándome en la calle o a la puerta de mi casa para hacerme partícipe de la discreta hermosura de un arroyo de aguas cantarinas, de la plasticidad fotográfica de un retazo de paisaje o de la suave danza de las espigas, mecidas con mesura por el viento de la tarde, sucesos de los que luego daba cuenta en sus cuadernos, en los que abundan apuradas descripciones, apuntes del natural, sintéticos haikus y oraciones y sintagmas dejados a medias que parecen resortes para activar más tarde la memoria o impares apuntes para un verso.

Durante el tiempo que vivió en Labriegos, y más allá de las dudas sobre su lucidez o su locura, si algo nos llegó a quedar claro fue que el Endocrino era un hombre proclive al entusiasmo, a entusiasmos muchas veces fugaces e inconsistentes, pero que, mientras duraban, mientras ardían, acaparaban toda su atención, toda su energía, y, por esa razón, en aquellos días de mayo se entregó al descubrimiento de la Naturaleza con el mismo vivo fervor con el que semanas antes se había dedicado a desvelar insulsos enigmas labriguenses, y aunque volvía a ser observado y a estar en boca de todos, de forma más dispersa, lejana y discreta quizá, pero patente, esta vez parecía no importarle, o acaso, tan concentrado como estaba en sus nuevos afanes naturales, permanecía ajeno a lo que sucedía a su alrededor.

Una de aquellas mañanas, al poco de abandonar Labriegos, mientras caminaba hacia el sur por los polvorientos caminos de la Confederación en busca de nuevos parajes, se topó con un peregrino que se dirigía hacia el norte, y como ninguno de los dos pareciera tener prisa, se detuvieron, entablaron conversación y al cabo de un rato, al no tener el Endocrino destino fijo ni plazos que cumplir ni nadie que lo esperase en parte alguna, decidió darse la vuelta y acompañar un trecho al otro en su peregrinación, que enseguida los llevó hacia el este, en dirección a Aldeacárdena. Según me contó más tarde, el peregrino lo era de un modo antiguo, casi medieval. Llevaba años fuera de casa, viajaba sin apenas pertenencias y

cuando el dinero comenzaba a escasear, buscaba trabajo en cualquier lugar de la ruta, de camarero, mozo de cuerda, recolector o lo que fuese, permanecía en el lugar cuatro o cinco semanas, dos meses a lo sumo, y cuando había ahorrado lo suficiente, reanudaba animoso su largo, intermitente camino, una forma esta de viajar, de proceder, que, a juicio del Endocrino, lo convertía, más que en un peregrino, en un vagabundo con rumbo fijo, aunque siempre provisional, puesto que, en realidad, Santiago de Compostela, más que una llegada, parecía constituir para él una simple meta volante en una carrera sin prisas que podía tener como destino final Roma, Chestokova, Jerusalén, o, por qué no, La Meca o las riberas del Ganges, pues su espiritualidad era abierta, difusa, permeable, y no tenía otro credo que las simples orillas del camino, cuajadas de matas y de hierbajos, dispuestas a recibir cualquier semilla.

Caminaron, pues, los dos a mal ritmo aquella jornada, más preocupados por conversar que por llegar a ninguna parte, compartieron nueces, queso, pan y unos tasajos a la hora del almuerzo, se protegieron bajo una encina de unas intempestivas lloviznas de media tarde y alcanzaron Aldeacárdena a la difusa hora del crepúsculo. Hasta entonces anduvieron enredados en los más diversos asuntos, la preocupante marcha de la nación, la imprevisible meteorología o los azares del camino, pero lo más relevante, por lo que respecta a la conducta posterior del Endocrino, es que a partir de un determinado momento, como se confesara un completo ignorante del mundo vegetal, incapaz de distinguir un alcornoque de una encina como no fuera por la roja piel descarnada que deja tras de sí el corcho al ser arrancado, el peregrino, que mucho decía saber de botánica, sin ninguna prisa, con una paciencia y un entusiasmo solo comparables al de su compañero de ruta, se dedicó a mostrarle, desde el camino, las hierbas según sus especies, los matorrales según sus especies, los árboles según sus especies, identificando cada una de ellas por sus nombres científico y vulgar y enumerando sus virtudes y defectos, si servían para hacer tisanas, si provocaban urticaria o si resultaban comestibles y en qué modo, y hubo nuestro Endocrino de encontrar la improvisada lección tan interesante, tan crucial, quizá, para sus siempre mudables propósitos, que rellenó páginas y páginas de cuaderno con una lista interminable y desordenada de nombres de plantas, iluminándola aquí y allá con esquemáticos dibujos de hojas, espigas

y extraños frutos, empleando en uno y otro caso un trazo nervioso, precipitado, como si estuviera deseoso de aprehender la realidad, al menos esa realidad vegetal desconocida que el verbo generoso del peregrino iba poniendo paso a paso al alcance de su ávido cerebro.

La lección, sin embargo, no se agotó en el camino, y durante la cena, compartida en un bar de Aldeacárdena, la larga sobremesa y la no menos larga conversación en susurros, hasta bien entrada la madrugada, a las puertas del albergue de peregrinos, el vagabundo reveló al Endocrino nuevos secretos, de orden científico, alquímico y popular, sobre el fascinante reino de las plantas, y lo hizo con tal ardor que acabó prendiendo la llama de un entusiasmo nuevo en el improvisado discípulo, quien al día siguiente, tras hacer breve noche en el albergue y despedirse efusivamente de su compañero y maestro, emprendió el regreso a Labriegos con el firme propósito de afianzar, entre libros y salidas al campo, el tierno brote de sabiduría vegetal que con tanta emoción había hecho prender en él el peregrino.

9

Pero no habían de acabar allí las peripecias de aquel fugaz peregrinaje, pues cuando enfilaba la carretera de regreso, diez o quince metros después de la señal que, atravesada por una banda roja, indicaba el final del pueblo, en una amplia explanada arenosa al borde de la calzada se encontró aparcado un Renault 4 verde legionario del que sobresalía un huevo descomunal, de algo más de medio metro de altura, precariamente anclado a una baca con visibles muestras de óxido y apoyado contra el canto de un tablero negro cubierto de sencillas letras de colores que adornaban, asimismo, buena parte de la carrocería. El Endocrino pensó de entrada que pudiera tratarse de un vehículo publicitario, pero era tan rústica la hechura del señuelo, tan primitivo el diseño de las leyendas, tan improbable el efecto estimulante del anuncio, que, movido por la curiosidad, no pudo menos que acercarse, y fue entonces cuando alcanzó a leer enigmáticos mensajes como «No está en la cultura», «Es un descubrimiento», «Quiero entregar un mensaje a la humanidad», «Reto a la ciencia porque está equivocada» y, por fin, sobre la puerta del conductor, una provocativa invitación al diálogo –«Pregunta. No ignores. Si no sabes cómo nacen los ovíparos ignoras por qué se extinguieron los dinosaurios»– que lo dejó, literalmente, sin palabras.

Estupefacto estaba el Endocrino leyendo tan singulares eslóganes cuando, con un crujido de latas, el artilugio eclosionó y de él emergió su artífice y piloto, un individuo no menos singular, hombre menudo, de unos ochenta años, vestido de negro, con los pantalones ceñidos a la cintura, armado de bastón y cubierto por unas gafas de sol verdosas, de pasta gruesa, tan enormes que acababan por empequeñecer aún más su ya de por sí arrugado rostro de gorrión. Entonces Felipe, que así dijo llamarse el campechano propietario del R4, se ofreció sin preámbulos a explicarle los pormenores de su revolucionaria teoría, y el Endocrino, intrigado por todo aquel montaje lo bastante como para olvidar un rato su urgencia vegetal por llegar a casa, aceptó al punto la invitación.

En un breve preámbulo, el individuo se presentó como natural de un pueblo de la provincia de Cáceres, transportista de profesión, padre de seis hijos, amante de la naturaleza y ornitólogo autodidacta, y manifestó que hacía años que recorría en aquel coche los pueblos y ciudades del país con el propósito de advertir a los ciudadanos acerca del enorme error que, en relación al nacimiento de los ovíparos, venía cometiendo la Ciencia desde hacía siglos. Al preguntarle el Endocrino por el objeto de tan reiterado error, Felipe respondió que estribaba en el hecho de que, según los científicos y los manuales de ornitología, las aves, llegado el momento de nacer, muerden o picotean el cascarón desde dentro, cuando, según su teoría, algo así resultaba imposible, y, a modo de ejemplo, y como prueba irrefutable, arqueó la mano derecha dibujando un cuenco, invitó a su interlocutor a hacer lo mismo y le pidió que tratase de morderse el interior, de hincar con los dientes la suave piel de la palma, algo que, como el Endocrino pudo efectivamente comprobar, no resultaba posible. Una vez hecho el experimento, el ornitólogo añadió, aunque sin período de pruebas, que si para el pollo era imposible morder la cóncava cáscara del huevo, no menos fácil le resultaba taladrar, con su débil pico, la curva, dura y lisa superficie del cascarón, y de esa manera condujo al Endocrino hasta la pregunta crucial, definitiva, a la que daba atinada respuesta su particular descubrimiento, relativo a cómo hacían, en realidad, los polluelos para quebrar su redonda placenta mineral. Según él, el procedimiento natural era mucho más ingenioso y eficaz, pues los ovíparos disponían, en el extremo del pico, de una pequeña protuberancia en forma de diamante que permanecía pegada a la cara interior del huevo a lo largo de la gestación y que era la que hacía que, llegado el momento de nacer, al sacudirse el polluelo, la cáscara a la que estaba adherido se rompiese, permitiéndole, por fin, salir a la luz.

Llegados a este punto, el Endocrino interrumpió el discurso preguntando cómo era capaz el polluelo de saber, a ciencia cierta, cuándo había de sacudirse y romper el huevo y nacer, alegando que, siendo así las cosas, si el pico estaba pegado al interior de la cáscara, podía darse el caso de que, por cualquier circunstancia, el animal se moviese antes de tiempo, antes de completar la gestación, saliendo al mundo en mitad de su desarrollo y sin las defensas necesarias para sobrevivir. Al escuchar la pregunta, los ojillos de

Felipe se iluminaron, y, tras alabar la enorme perspicacia de su interlocutor, haciendo uso de la mayéutica elemental a la que era tan aficionado, lo puso en situación haciéndole imaginar que se encontraba acostado en el coche verde legionario, durmiendo la siesta, y que, mientras lo hacía, alguien, con evidente propósito criminal, se acercaba, subía las ventanillas, cerraba las puertas con llave y se las ingeniaba para sellar cualquier abertura o rendija, evitando que el aire pudiese penetrar en su interior. Luego, una vez descrita la escena, le preguntó si cuando, después de una larga siesta, el oxígeno del coche comenzara a agotarse, no se despertaría y se agitaría desesperado tratando por todos los medios de abrir una puerta, bajar una ventanilla o romper un vidrio para hacer que volviese a entrar el aire y acabar con su agonía, a lo que el Endocrino no pudo más que responder que así había de ser, movido por un razonable y natural instinto de supervivencia.

Feliz al comprobar la buena marcha del razonamiento, Felipe le explicó entonces que algo no muy distinto le sucedía a los pollos, y que la Naturaleza, proverbialmente sabia, depositaba en el interior del huevo la cantidad de oxígeno justa y necesaria para permitir a la criatura respirar durante la incubación, de manera que, al coincidir el final del oxígeno con el del desarrollo del embrión, el animal, ya del todo crecido, al comenzar a sentir asfixia, se debatiese moviendo bruscamente la cabeza, y con ella el pico, y con el pico el diamante, soldado a la cara interior del huevo, ocasionando de esa manera, a su debido momento, ni antes ni después, la rotura salvadora del cascarón. El Endocrino, sin embargo, no debió de quedar del todo convencido por los argumentos del ornitólogo amateur, porque, tras unos instantes de reflexión, le hizo ver que no había respondido del todo a sus preguntas, pues no había llegado a aclarar el mecanismo natural que impide que el pollo pueda sacudirse y romper el huevo antes de tiempo.

Felipe reconoció que la duda del Endocrino era, de nuevo, apropiada, pero que no había de quedar sin respuesta, pues se refería a un fenómeno real y frecuente, el denominado atronamiento, que, curiosamente, no hacía sino confirmar sus teorías. Con desmesurado afán pedagógico le aclaró que el así llamado atronamiento tenía lugar cuando, como consecuencia de

una tormenta o de cualquier otro hecho estruendoso, los pollos mueren dentro del cascarón sin haber llegado a nacer, un enigma al que la Ciencia, empeñada en ignorar la teoría del diamante, no había sido aún capaz de dar respuesta. Lo que sucedía, según él, era que, cuando el trueno estallaba o un barreno explotaba o un avión pasaba a velocidad supersónica cerca del nido, el pequeño habitante del huevo, asustado, se sobresaltaba, y al hacerlo, si aún estaba tierno el adhesivo que, según sus teorías, sujetaba la cáscara al diamante, el pico se despegaba irremediablemente, sin posibilidad de volver a unirse al cascarón en modo alguno, y eso hacía que cuando, llegado el momento de nacer, el oxígeno se acababa, por más que debatiera, se agitase y desesperase, el polluelo no conseguía quebrarlo, muriendo irremediablemente asfixiado dentro, incapaz de salir del huevo.

El Endocrino hubo de quedar razonablemente satisfecho con la explicación, pues no llegó a formular ninguna otra pregunta, no así el tal Felipe, que, ante el inesperado silencio del visitante, acabó por formularse él mismo una última objeción, preguntándose cómo, de ser así las cosas, era posible que los huevos de las cigüeñas, tan acostumbradas a instalar el nido en las torres de las iglesias, no se atronasen con el diario repicar de las campanas. Para dar respuesta a esa nueva cuestión, Felipe esgrimió una nueva parábola, la del hombre de campo que se acuesta en verano con las ventanas abiertas en una pensión sin aire acondicionado en medio de la ciudad y que no logra pegar ojo abrumado por el ruido del tráfico y el destello de los neones, mientras que su vecino, el huésped del cuarto de al lado, hombre de ciudad, en idénticas circunstancias, duerme toda la noche a pierna suelta, parábola que venía a resaltar la importancia crucial que tiene, en esos casos, la costumbre, y que explicaba tanto la diversidad de reacciones de los hombres de campo y de ciudad como el comportamiento excepcional de los embriones de cigüeña, quienes, al estar habituados al ruido de las campanas desde antes, incluso, de que el pegamento que une el diamante al huevo comenzase a fraguar, ni se asustaban ni se sobresaltaban con los frecuentes badajazos, dejando funcionar, intacto, el diamantino mecanismo que la Naturaleza tan sabiamente había creado para provocar su nacimiento.

Tras escuchar estas últimas aclaraciones, que tan audazmente

cerraban el sistema filipino del nacimiento ovíparo, al Endocrino no le quedó más que preguntarse, de forma más bien retórica, por qué la Ciencia se obstinaba en negar tan evidente descubrimiento, algo a lo que, por una vez, el ornitólogo se mostró incapaz de dar otra respuesta que no fuese la del desdeñoso y altanero orgullo científico, incapaz de admitir errores ni de reconocer los logros de aquel humilde observador aficionado, de ahí, le explicó, su desazón, de ahí su pesadumbre, de ahí su esforzada cruzada para divulgar por los pueblos y ciudades del país aquella verdad desconocida que, además, como manifestó por fin en un impotente suspiro, tanto bien podía hacer a las aves si, conocida la causa última del atronamiento, se evitaba la exposición de los pollitos a las cada vez más frecuentes fuentes de ruido.

Agotada, con aquel suspiro, la conversación, el Endocrino se despidió de Felipe asegurándole que no dejaría, siempre que se presentase la ocasión, de dar a conocer su teoría, y deseándole aún toda la suerte del mundo en su científica cruzada, reemprendió su camino de regreso a Labriegos.

Si puedo contar con tanto detalle esta ovípara conversación es porque días más tarde, haciendo memoria y tratando de recopilar todos los detalles del encuentro, el Endocrino escribió un diálogo jocoso y excesivo titulado Felipe o de los Ovíparos del que, ya fuera por el carácter divertido de la anécdota, ya por su ingenio al componerlo, ya por algún tipo de pretensión literaria, se mostraba especialmente orgulloso, tanto que, superando su habitual carácter reservado, una tarde de finales de mayo insistió en leérmelo, y para ello me condujo a su casa, brindándome la ocasión de conocer su guarida y de saber, por vez primera, de sus cuadernos. Luego, acabada la lectura, el Endocrino permaneció de pie, expectante, aguardando mi opinión. Como no sabía siquiera qué responder –pues, ya de entrada, no sabía qué pensar del texto, que, debido a su rápida, entusiasmada lectura, no había llegado a comprender del todo–, lo único que se me ocurrió decir, para ganar tiempo e ir urdiendo mientras tanto un juicio justo, ecuánime y bondadoso, fue que me había parecido que tenía un cierto aire platónico, salida ésta que, aunque improvisada, no pareció disgustarle, pues, de hecho, enseguida me anunció que la filosofía clásica era una de sus pasiones, especialmente la presocrática, Zenón, Heráclito,

Parménides, concluyó con ánimo didáctico. Entonces, movido por un prejuicio estúpido y espontáneo, sin ánimo, en realidad, de desviar la conversación del contexto de los ovíparos, le espeté que me resultaba extraño que a alguien le pudieran gustar al mismo tiempo la narrativa policiaca y la filosofía presocrática, como si ambas pasiones no pudieran ser en modo alguno simultáneas y hubieran de constituir, en todo caso, los extremos de una necesaria disyuntiva. El Endocrino se defendió entonces alegando que nada había de extraño en ello, pues, a su modo de ver, no era tanta la distancia que mediaba entre ambas aficiones. En sus lecturas, me dijo, tenía preferencia por los detectives clásicos, los que investigan y resuelven los casos movidos más por la intuición que por la evidencia, más a base de hablar, preguntarse y marear la perdiz de la razón que a través de análisis químicos, bases de datos e infalibles resortes tecnológicos, un procedimiento aquel de investigación mucho más cercano al modo con que los presocráticos se enfrentaban, desarmados, a los enigmas del mundo de lo que pudiera parecer a simple vista y que ponía de manifiesto algunas de las virtudes primordiales del mono desnudo, pero llegado ese punto, por la razón que fuera, cortó en seco la argumentación y, dando por cerrado el paréntesis y regresando al motivo inicial de nuestro encuentro, reconoció que con Felipe o de los Ovíparos había pretendido emular, en clave de humor, los diálogos de Platón, y no en vano, ni de forma caprichosa, sino porque, más allá de la broma, algo de socrático sí había en la sinuosidad con la que Felipe suscitaba las preguntas de su interlocutor para desenvolver su pequeña verdad, tan curiosa y pintoresca, por otra parte, que le pareció del todo digna de ser conservada por escrito.

Ya no recuerdo cómo terminó aquel primer encuentro en su casa ni si logré salir del todo airoso de la crítica literaria que, sin pedirlo de forma expresa, esperaba de mí aquella tarde, pero sí sé que no fue, en absoluto, la única vez que le escuché hablar de Felipe, pues los estrafalarios pormenores de la aventura regresaron sin tregua a sus labios los siguientes días de forma ordenada y previsible, como una aguda letanía, aunque de forma cada vez más aislada, mecánica y sin gracia, como sucede con esos chistes o escenas de película que un día nos hicieron reír a carcajadas pero que con el tiempo y la insistencia se desdibujan, reduciendo los chistes, los golpes, los gags, a huecos, vanos emblemas de la risa. Lo curioso además es

que, tal vez como consecuencia de tanto darle vueltas al episodio, y a medida, precisamente, que iba perdiendo gracia, el Endocrino cambió la manera al principio despiadada en la que enfocaba al personaje. De hecho, tras días y días seguidos de reproducir hasta la saciedad los mismos pasajes jocosos, una tarde, casi sin venir a cuento, como si lo acabase de recordar, describió cómo, tras enumerar sus desventuras en organismos oficiales, instituciones científicas y platós de televisión, Felipe Martín, bajando la voz, casi en secreto, le había revelado en un susurro sus sueños más inconfesables, cándidos sueños de galardones y fajines escarlata, de nobles academias y audiencias reales, y cómo sus pequeños ojos, sus ojos de perdiz, de mirlo o de vencejo, chisporroteaban emocionados mientras describía, en un brillo de lágrimas, pompas, circunstancias, loores de multitudes, salones que, en su humilde imaginación, más que escandinavos, refulgían dorados, versallescos, y al hacerlo, al revelar aquel detalle menor, hasta entonces inaudito, del encuentro ornitológico al borde del camino, había en la voz del Endocrino más ternura que sarcasmo, y de hecho, al terminar la descripción, cuando yo aún esperaba, anticipando la sonrisa en los labios, la gracia, el estrambote chusco, la moraleja cruel que había previsiblemente de rematar la narración de los sueños de grandeza de Felipe, lo único que alcanzó a decir, tras un lapso de silencio, quizá de meditación, fue que aquel era un hombre bueno, y fue la última vez que le oí hablar del individuo. Luego, pasados unos meses, cuando tuve ocasión de inspeccionar y leer con calma sus cuadernos, descubrí que las páginas en las que había compuesto en tinta negra su particular diálogo platónico habían sido tachadas de arriba abajo por medio de un certero rayón azul, un rayón sobrevenido de rabia o arrepentimiento que en numerosos lugares aparecía reforzado por equis descomunales o difusos borrones que al final solo habían dejado intacta una escueta observación, escrita y subrayada con el mismo bolígrafo azul entre el diálogo recién tachado y la línea inicial de la siguiente nota y que concluía con dos enigmáticas palabras la presumible reflexión endocrina en torno a Felipe Martín, el esforzado defensor de la teoría de los ovíparos. «Moralmente superior», decía.

10

Pero este radical cambio de parecer tendría lugar algún tiempo más tarde, porque lo cierto es que al volver de aquel breve peregrinaje, tras su improvisada primera salida, el Endocrino tenía muy claro cuál era el reparto de papeles de su particular alegoría del mundo, en la que si Felipe, el de los ovíparos, encarnaba la opinión vana, irrisoria, sin fundamento, el peregrino botánico representaba, de forma indudable y modélica, la verdad, y en medio de tan obvia disyuntiva, fue el deseo de alcanzar el rigor científico de su fugaz compañero de viaje el que guió los impetuosos pasos de nuestro héroe nada más regresar a Labriegos por las sendas del mundo vegetal.

Eran tantas las ganas que el Endocrino tenía de entregarse a su nuevo proyecto que la misma mañana de su regreso, juraría que sin ni siquiera haber pasado antes por casa, se presentó en la escuela, que nunca hasta entonces había visitado ni había hecho intenciones de conocer, en mitad del recreo, y sin circunloquios ni explicaciones previas me preguntó si teníamos algún libro o atlas de botánica que le pudiera servir para examinar y clasificar plantas. Su urgencia, al parecer, no admitía demoras. Por eso repasamos de inmediato, a toda prisa, antes de que el timbre anunciase el fin del descanso, nuestra parca biblioteca escolar, y lo único adecuado a sus propósitos que encontramos fue un escueto manual publicado con poca gracia y presupuesto en una pequeña imprenta de Pomares titulado Vegetales leñosos del norte de Ochavia y concebido para adiestrar de forma práctica a alumnos de bachillerato en el reconocimiento de los árboles y arbustos de su entorno. A mí el manual me parecía más bien insuficiente, vista la ambiciosa amplitud de miras del Endocrino, pero él pareció mostrarse muy satisfecho con el hallazgo, y por eso se lo presté sin demora, esperando que le resultase de utilidad, despidiéndonos justo en el momento en el que el timbre reclamaba insolente el regreso de todos a las aulas.

Después de ese breve encuentro sus ausencias del pueblo

comenzaron a prolongarse aún más si cabe, con lo que no volví a verlo hasta la tarde en que me leyó de urgencia su particular diálogo platónico. No volvió a aparecer por la escuela, ni por el bar, ni volví a encontrármelo por la calle en más de una semana. Mañana y tarde se dedicó mientras a patear las veredas de Labriegos, internándose en dehesas y roquedales con el libro y el cuaderno en la mano para analizar hojas, troncos y ramas, cotejarlos con el manual, tomar notas y hacer del natural dibujos dignos de un avezado pintor viajero. Más tarde, cuando, al cabo de varias jornadas, hubo barrido el círculo más próximo al pueblo, el que, por su estrecho radio, podía recorrer a pie sin perder mucho tiempo en ir de un lado a otro, se agenció una bicicleta de montaña que le permitió ampliar notablemente su ámbito de investigación. Era tal su afán por saber, tanta su avidez por agotar las posibilidades de conocimiento vegetal que le ofrecían los alrededores de la aldea, que, según cuentan algunos que lo vieron bregar por el campo, a menudo dejaba de pedalear y, poniendo pie en tierra, examinaba un zarzal, un matojo o un árbol cuyas ramas sobrevolasen el camino desde el otro lado de un cercado sin llegar a bajarse siquiera de la bicicleta. Cuentan también que a partir de un determinado momento, sin duda por haber alcanzado una cierta destreza tanto en el reconocimiento de plantas como en el control del vehículo, quizá también porque ya había examinado todo lo que había que examinar y se dedicaba apenas a hacer recuento de lo aprendido, se le veía circular sujetando, al mismo tiempo, manillar y cuaderno, repartiendo la mirada, sin detenerse, entre el árbol de turno, la página y el suelo, y eso debía de andar haciendo sin duda cuando, una tarde, la bicicleta se le fue de las manos, corrió cuesta abajo varios metros, clavó la rueda en una hienda del suelo e, impulsado por el brusco frenazo, salió despedido y revoloteó torpemente varios metros en el aire antes de morder el polvo.

Aunque aparatoso, el accidente no tuvo mayores consecuencias para el ciclista que un brazo magullado, varias contusiones y arañazos en la barbilla, las rodillas y el costado y un amargo sabor a sangre y tierra seca que fue expulsando a escupitajos de la boca mientras volvía a casa. Más grave era, sin embargo, el estado de la bicicleta, que acabó con el manillar torcido, los frenos flojos y la rueda delantera ahuevada, pero se la habían prestado y no le pareció oportuno abandonarla allí, a su suerte, en mitad del monte. Por eso

no tuvo más remedio que emprender el regreso a pie, con una leve cojera, arrastrando a duras penas la bicicleta, que se negaba a mantener la línea recta y rodaba oscilando rítmicamente de arriba abajo, como si también cojeara o como si le hubiese entrado de repente el hipo. En tan lamentables condiciones habría tardado varias horas en llegar al pueblo de no haber tenido la suerte, dentro de su desgracia, de encontrarse con un vecino que regresaba a casa en tractor y que, haciendo una no pequeña obra de misericordia, los recogió a ambos, bicicleta y ciclista, en el remolque y los llevó silbando feliz hasta la plaza.

A la mañana siguiente, cuando nada aún sabía del accidente, lo vi aparecer de nuevo en la escuela, otra vez en mitad del recreo, cojeando, magullado, hecho un ecce homo, y de nuevo sin circunloquios ni explicaciones me devolvió con un mohín de desdén los Vegetales leñosos del norte de Ochavia y, cuando ya se alejaba renqueante y casi sin despedirse hacia la salida, le oí mascullar indignado, «Que le den por culo a Linneo y a los vegetales leñosos del norte de Ochavia», y de ese modo puso punto y final a su entusiasmada aventura botánica.

11

Se podría decir, haciendo un fácil juego de palabras, que el Endocrino cayó de la burra aquel infausto día, lo que resultaría tan fácil como compararlo con el viaje que Saulo emprendió camino de Damasco y en el que, adonde quiera que llegase, lo hizo convertido en Paulo y medio santo, pero lo que no resulta en absoluto descabellado afirmar es que, como consecuencia de aquella accidentada caída, se produjo un nuevo viraje en el ámbito de intereses de nuestro protagonista, un viraje que se hace evidente en una curiosa hoja de cuaderno en la que parece dar por cerrado el breve paréntesis botánico al clasificar, con no poca ironía, su interminable lista de nombres de plantas de la forma más extraña y caprichosa, empleando categorías del todo inverosímiles, en absoluto exhaustivas o excluyentes, de clara inspiración borgiana, tales como «árboles cuyas copas se vuelven doradas al atardecer», «espigas cuyas secretas semillas se asemejan al sagrado corazón de Jesús» o «plantas cuyas espinas se distribuyen alrededor del tallo de forma azarosa, burlándose de la autoritaria sucesión de Fibonacci», una boutade con la que, de algún modo, se rebelaba contra sus recientes aspiraciones científicas, tal vez por haber descubierto, tras la breve salida, los encuentros y el regreso tras su desgraciada expedición científica por los alrededores de Labriegos, que su senda era menos la del ortodoxo peregrino linneano que la del heterodoxo defensor de la tesis de los ovíparos, y quizá fue ese hallazgo el que le llevó también, después de haberlo escrito con tanto entusiasmo, a renegar con un tachón de su burlón diálogo platónico.

Si hablo de estos asuntos de forma hipotética, abusando en más de una ocasión de subjuntivos, condicionales y adverbios de duda, es porque, por lo general, el Endocrino se mostró siempre reservado y esquivo en todo lo relacionado con sus afanes, casi tanto como con su identidad, y porque tampoco sus cuadernos, plagados de notas de la más diversa índole, resultan claros ni permiten otra cosa que no sean, las más de las veces, meras conjeturas. Siempre he creído que el motivo de tan obstinado ocultamiento estaba en un cierto pudor o, más probablemente, en el temor a no ser comprendido, a sentirse

un bicho raro, puede que a verse convertido, de forma irreversible, en el personaje que siempre quiso no llegar a ser, sin darse cuenta de que sus extrañas acciones y reacciones, desprovistas, la mayor parte de las veces, de razón aparente, no hacían sino alimentar la leyenda y ayudar a sentar las bases para la sólida construcción, después de todo, de ese mismo temido personaje.

Todo parece indicar, digamos redundando de nuevo en lo hipotético, que el accidente con la bicicleta puso fin al súbito interés del Endocrino por las ciencias naturales, aunque cuesta trabajo creer que la causa fuera solo esa y que un hombre hecho y derecho como él cambiase de parecer de la noche a la mañana por lo que siempre me pareció una estúpida rabieta adolescente. Por eso quiero pensar –reconozco que movido por la obsesión de encontrar una lógica a sucesos que, quizá, carecieron de lógica alguna y fueron fruto del mismo caprichoso azar que tendría luego a todo el mundo en vilo aquel verano– que la caída no fue más que el episodio final de una empresa agotada, condenada al fracaso desde el principio y que ya venía atravesando, en el momento en el que la rueda se hincó fatalmente en la grieta del camino, las procelosas aguas del hartazgo y la repetición.

Aparcada, pues, su carrera de detective rural y abandonadas para siempre sus entusiasmadas, fugaces aspiraciones botánicas, el Endocrino anduvo mustio y cabizbajo varios días, deambulando por Labriegos sin rumbo fijo, sin muchas ganas de hablar, insinuando incluso en alguna ocasión –lo que no volvería hacer jamás– un vago deseo de marcharse. Eran ya los días de final de curso, los muchachos iban a clase tan desganados como él, las madres encontraban bueno cualquier motivo para dejarlos en casa y nosotros ya solo buscábamos algo con lo que entretenerlos de nueve a dos hasta que llegase el momento de las aulas vacías, los claustros, las reuniones, el turbio papeleo administrativo y, al fin, el tan ansiado verano. Por eso se me ocurrió que quizá podía matar dos pájaros de un tiro y, tratando de animar, aunque sin demasiadas esperanzas, al Endocrino, lo invité a dar una charla sobre el tema que él quisiese a mis inquietos alumnos de cuarto de primaria. Contra todo pronóstico, el Endocrino no solo aceptó gustoso la propuesta sino que, completamente a pelo, sin pizarras, diapositivas, vídeos o presentaciones de ningún tipo, apenas con la

voz, las manos y dos o tres bolitas de metal que llegaron a encarnar todo tipo de cuerpos celestes, encandiló durante más de una hora con una prolija lección de astronomía a un auditorio compuesto por no menos de doce chicos de entre nueve y diez años que lo normal, y más aún a aquellas alturas de junio, es que a la media hora se hubiesen estado subiendo –casi literalmente– por las paredes de la biblioteca del colegio, que es donde tuvo lugar el encuentro.

Al terminar la charla, que finalizó con vítores y eufóricos aplausos escolares, conduje a los alumnos de vuelta a clase mientras el Endocrino se quedaba atrás, rezagado, examinando los libros. Una media hora más tarde, cuando sonó el timbre de salida al recreo, todavía estaba allí, agazapado, en un rincón, tratando de descifrar el lomo de unos libros viejos, olvidados, apretujados en el lugar menos accesible, pero que parecían haber llamado su atención. Se trataba de una docena escasa de manuales de sociología, junto a algunos más de historia y psicología, que alguien, probablemente un antiguo profesor o un interino, había dejado abandonados y que algún otro había recogido y guardado en la biblioteca con tal de no tirarlos, y allí seguían, haciendo bulto, pese a no tener el más mínimo interés ni para alumnos ni para docentes. Por eso cuando el Endocrino me preguntó si podía coger prestado alguno le respondí que, si quería, podía llevárselos todos a casa para siempre. Eso mismo dijo luego, como ya imaginaba, el director y, así, como recompensa por su excepcional colaboración astronómica, nuestro Endocrino abandonó el colegio aquella mañana feliz, con un saco a la espalda lleno de libros que encerraban, sin saberlo aún, el objeto de su más inmediato afán.

A partir de ese día, y después de semanas de decidido alejamiento, el Endocrino recuperó la costumbre de salir a leer a la calle, a la vista de todos los vecinos, pero esa vez los libros de detectives y novelas negras habían desaparecido cediendo el puesto a las roñosas monografías que había rescatado de la biblioteca del colegio y que ahora se dedicaba a subrayar y glosar con energía y entusiasmo renovados. Pero su sed de conocimiento era inagotable, y aquel puñado de libros no tuvo que ser, para él, más que un ligero aperitivo. Por eso no tardaron en llegar por correo paquetes preñados de flamantes ejemplares de Las reglas del método sociológico de Durkheim, de La ética protestante de Weber o de la

Teoría de la clase ociosa de Veblen, libros que el incansable lector paseaba por todo el pueblo y que fatigaba hasta dejarlos ajados, combados, medio deshechos, tratando de sorber como un vampiro el riguroso saber humanístico que corría por aquellos negros y ásperos arroyos de tinta.

Pero él era un hombre práctico, incapaz de permanecer durante mucho tiempo encerrado en el angosto recinto de la teoría sin tratar de volcar el conocimiento fuera de los libros, y por eso, sobreponiéndose a su reciente fracaso en el ámbito de las ciencias naturales, no esperó demasiado para hacer sus primeros pinitos como sociólogo diletante. Se trataba, supongo, de obtener y cruzar datos y de hacerlo de forma inspirada e inteligente para extraer de aquellos tejemanejes estadísticos algún tipo de conocimiento sobre la realidad social, rural, labriega, que le rodeaba. Por eso se dirigió al Ayuntamiento, cuya excelentísima corporación estaba integrada por cinco vecinos más o menos honrados que todo lo que querían era arreglar las calles del pueblo y organizar unas fiestas decentes y que, de buena fe, pues poco o nada sabían de documentos y estadísticas, le remitieron a los miembros de la plantilla municipal, compuesta a su vez por un alguacil que se pasaba la jornada barriendo y haciendo chaperones en la vía pública y un secretario que apenas pisaba el consistorio los días de pleno, y cuando, después de mucho marear la perdiz, consiguió tener acceso al archivo municipal, un cubículo sin ventilación entre el cuarto de baño y el despacho del Alcalde, lo encontró tan caótico y desastrado que desistió al punto y sin dudarlo de cualquier intento de investigación sociológica que implicase el examen de aquel inescrutable material.

Por eso no tuvo más remedio que volver la mirada a la única institución que, aparte del Ayuntamiento, quedaba en el pueblo, la parroquia de San Ramón. Ya se las prometía muy felices pensando en la jugosa investigación histórica que podía brotar de los apergaminados libros de bautismos, casamientos y defunciones, cuando se dio de frente con la sibilina oposición de don Julián, párroco itinerante de Aldeacárdena, de Labriegos y de dos o tres aldeas cercanas más, a quien no parecía hacerle mucha gracia que alguien que ni tan siquiera asistía a la misa dominical anduviese metiendo las narices en las cosas de la Iglesia, menos aún aquel

sabueso de origen y confesión desconocidos que, por no tener, ni siquiera tenía nombre de pila. Por eso, para quitárselo de en medio, con muy buenas maneras y sin llevarle la contraria, le remitió al Obispado de Pomares, del que supuestamente había de obtener autorización previa, y allí vinieron a morir de inanición, después de tres o cuatro infructuosos viajes en autobús, las históricas aspiraciones del Endocrino, enredadas para siempre en la sutil tela de araña de la burocracia diocesana.

Pero tampoco las maniobras de distracción eclesiales lograron acabar con su entusiasmo, pues llegó entonces a la conclusión de que había que partir de cero, sin contar con las instituciones ni con el pasado, analizando el presente por su cuenta para sentar con rigor las bases de un futuro análisis sociológico de Labriegos. Para ello le pareció imprescindible una amplia toma de datos previa, que quiso llevar a cabo a través de un desmesurado cuestionario, una rica ensalada de preguntas discretas e indiscretas encajadas, a fuerza de reducir una y otra vez el tamaño de letra, entre las dos caras de un folio de la que distribuyó en Labriegos no menos de cien fotocopias repartidas sin muestreo previo, al azar, entre hombres, mujeres, niños y ancianos, y de la que apenas si recuperó al cabo diez o doce ejemplares, muchos de ellos a medio rellenar o repletos de tachaduras e incongruencias, pues habían sido cumplimentados deprisa y corriendo, después de leerlos por encima, tan solo para quedar bien y salir del paso. Los demás, el resto de copias de aquella herramienta básica con la que el Endocrino, fracasado una vez más, hubiera querido construir toda una Sociología de Labriegos, no tardaron en reaparecer convenientemente recicladas en forma de apretadas listas de la compra, prácticas cuñas para las renqueantes mesas del bar de Maxi o ultraligeros infantiles de papel que demostraban, con su breve vuelo doméstico de una acera a otra de la calle, que en el pueblo, y con carácter quizá ya irreversible, habíamos dejado de tomarnos en serio al forastero.

12

A menudo el éxito, o la ciega visión del éxito, nos hace sordos, impermeables, ajenos a cuanto los demás puedan decir o pensar de nosotros. Pero cuando llega el fracaso, que tarde o temprano siempre llega, lo primero que nos recuerda es que somos vulnerables, que estamos a la intemperie, y a partir de ese momento todos los rumores que antes nos negábamos a escuchar, que acaso ni siquiera alcanzábamos sinceramente a oír, se nos vuelven audibles, agudos, punzantes, listos siempre para herir, al menor descuido, nuestro dolorido y frágil amor propio. Eso es lo que tuvo que sucederle por entonces al Endocrino, que, fracasado en su empeño sociológico, después de abandonar los inútiles cuestionarios sobre una pila de tratados de estadística, permaneció varios días encerrado en casa, entre los visillos, escrutando la calle sin ningún afán científico, atisbando apenas cualquier palabra o gesto con el que los vecinos, a su modo de ver crueles, pudieran referirse a él al pasar por delante de la casa.

En tan claustrofóbica y depresiva tesitura, la llegada de los boy scouts al pueblo fue para él toda una liberación. El primer día tan solo aparecieron dos, una pareja de adolescentes rubicundos en breve visita turística que, en poco más de media hora, recorrieron el pueblo interrogando a unos y a otros con su silbante acento de capital y tomando notas para preparar la yincana en la que, a la mañana siguiente, había de participar el grueso del batallón. Esa segunda vez no fueron dos, sino cerca de setenta los muchachos uniformados que tomaron Labriegos por asalto encuestando a los vecinos, pateando las calles y dándole vueltas y más vueltas a sus planos en busca de pistas, señales o enrevesadas metas volantes. Intrigado por tan súbita invasión, por la irrupción de aquel menudo contingente expedicionario en nuestro pacífico entorno rural, el Endocrino, siempre al acecho, acabó por abandonar su encierro y, evitando la molesta cercanía de los labriguenses, se dejó querer por los cándidos scouts haciéndose el encontradizo y respondiendo, entre oráculo y mayéutico, a sus sencillas preguntas sin aclararles demasiado las más de las veces, lo que no hizo sino abocar sin

remedio al fracaso a no pocos de aquellos ingenuos concursantes.

Poco antes de comer, la algarabía se había extinguido, el polvo había regresado a sus rincones y Labriegos, después de la refriega, a su bucólica rutina estival, pero para entonces en el ávido corazón del Endocrino había prendido una llama que no había de apagarse por las buenas. No se habían deshecho del todo las postrimerías de la siesta, esa dulce secuela en la que el durmiente, recién despierto, contempla el mundo estupefacto, macerándose en la pegajosa baba del sueño, cuando el Endocrino, que sin duda había sido incapaz de pegar ojo, que quizá ni siquiera había llegado a comer por culpa de la excitación, llamaba ya tímido a mi puerta. Excitado como estaba, nada mas abrir me expuso de un tirón el secreto objeto de su entusiasmo, el trascendental fenómeno sociológico que había de ser objeto, en breve, de su riguroso trabajo de campo. Reconozco que en ese momento, aún adormilado, ni le presté demasiada atención ni comprendí del todo lo que quería contarme, pero de sus notas y de algunas conversaciones posteriores deduzco que lo que más le había sorprendido de los muchachos que con tanta inocencia habían invadido el pueblo esa mañana había sido, precisamente, su extrañada sorpresa, su sincera forma de maravillarse ante un lugar tan elemental y desprovisto de todo rasgo de urbanidad como Labriegos, un lugar que, desde su punto de vista, venía a ser el pleistoceno de la civilización metropolitana en la que los propios scouts vivían de ordinario, y de esa extrañeza, de ese arrobamiento, de esa sorpresa, el Endocrino deducía un radical distanciamiento de los pequeños exploradores respecto al entorno natural que los rodeaba en aquellos jubilosos días de campamento, días que constituían, siempre a su modo de ver, una ocasión irrepetible para una contundente investigación sociológica.

Todo esto, como decía, lo comprendí o, más bien, lo deduje andado el tiempo, porque aquella tarde lo único que me quedó de su fugaz visita fue un vago malestar, fruto, supongo, de la súbita bajada de tensión que sufrí al despabilárseme el sueño de forma tan violenta con su hermética e inagotable palabrería, y que me mantuvo aplatanado hasta la noche. Anduve toda la tarde revuelto, con dolor de cabeza, sin saber muy bien qué hacer, acordándome de la madre del Endocrino, y solo por eso se me quitaron, la verdad, las ganas de volverlo a ver. Aun así, después de tres o cuatro días sin charlar

con él, movido no sé si por la misericordia o si por la simple curiosidad de saber en qué andaba metido, me pasé por su casa con intención de charlar un rato y me encontré con que no estaba, ni allí ni en el bar de Maxi ni sentado en los poyos de la calle Real, y con que nadie parecía haberlo visto por el pueblo últimamente.

Tampoco nadie lo había visto marcharse. Aun así se especuló durante días con la idea de que pudiera haberse ido para siempre de Labriegos, pero al final Petra, haciendo un uso desmesurado de sus prerrogativas como propietaria, abrió la puerta en presencia de varios testigos y juntos comprobaron que allí seguían sus cosas, sus libros, su ropa desparramada por el comedor, con lo que dieron, sin más, por cerrado el caso, y la casa, sin preocuparse –sin preocuparnos– de cuál pudiera ser su paradero, dando por hecho, por primera vez y con carácter retroactivo, que se trataba de otra más de sus excentricidades.

En realidad, nada más salir de mi casa, la tarde en que me había despertado de siesta, el Endocrino había hecho acopio de latas en el ultramarinos de José Luis –sardinillas en aceite, caballa del sur, fabada asturiana, melocotón en almíbar– y había sacado del armario una vieja mochila que había atiborrado de loza, víveres, mudas y material de registro diverso, o, lo que es lo mismo, lápices, cuadernos, grabadora, máquina fotográfica. Luego, ante las escasas posibilidades de desplazarse a pie por la dehesa con tamaña carga a la espalda, hizo y rehízo una y otra vez el equipaje con ayuda de una maltrecha báscula de cocina hasta alcanzar, bien entrada la madrugada, el peso justo, y sin importarle la falta de sueño, deseoso de no perder ni una jornada más de investigación, ese mismo día, muy de mañana, cuando ni a los gallos más madrugadores se les pasaba por la cabeza perturbar el sueño del vecindario, salió a toda prisa de Labriegos rumbo al campamento scout.

Su intención fue desde el principio la de mantenerse inadvertido, con el objetivo de no condicionar, con su mera presencia, la natural dinámica cotidiana de los acampados, y por eso creyó conveniente, pese a conocer bien la ubicación de las tiendas de campaña, desechar la ruta directa y dar un rodeo que le permitiese aproximarse sin ser visto y escoger una base de operaciones versátil y discreta desde donde poder otear desde la distancia el terreno. En

el camino se encontró, sin embargo, con obstáculos inesperados que en varias ocasiones le obligaron a aumentar paulatinamente el radio del rodeo, y eso le llevó a perderse entre encinas y jarales, lo que le mantuvo dando vueltas por el campo durante el amanecer y buena parte de la mañana, y solo cerca ya del mediodía, cuando caminaba bajo la sombra fresca de una alta hilera de chopos, siguiendo el río con la incierta esperanza de regresar a Labriegos, comenzó a oír, sobre el tenaz canto de las cigarras, una voz pedagógica, levemente autoritaria, que parecía, por el tono y la intensidad, impartir una lección o enumerar algún tipo de decálogo. Lleno de curiosidad, el Endocrino avanzó medio agachado entre chaparros y matorrales, alejándose de la orilla, hurtándose en todo momento a la vista del orador, y vino a apostarse en medio de un espeso grupo de retamas en el que encontró hueco suficiente para contemplar la escena sin ser visto.

No muy lejos de allí, bajo una frondosa encina, subido a una roca, de pie, en firme actitud marcial, se encontraba un individuo alto y fofo, de unos cuarenta años, vestido con botas, pantalón corto, una galardonada camisa color caqui, pañuelo azul al cuello y un abollado sombrero verdoso de fieltro que hacían de él un boy scout de tomo y lomo. A su alrededor permanecían sentados en semicírculo no menos de cincuenta muchachos atentos a la voz del superior, que, con lenguaje preciso y atildado, desgranaba un previsible y manido listado de consejos ecológicos que los jóvenes lobeznos o pioneros o castores se esforzaban muy serios y concentrados en asimilar.

Al terminar la perorata los muchachos se dispersaron en parejas para cumplir las exigentes órdenes de limpieza con las que el veterano había rematado su discurso y el Endocrino, temeroso de ser descubierto en flagrante espionaje, se ocultó aún más entre las retamas y solo después de un rato, cuando los pequeños exploradores se habían alejado lo suficiente, salió de nuevo a campo abierto para buscar en las cercanías el refugio, la atalaya, la plataforma discreta que necesitaba para poder estudiar sin ser visto la intimidad al aire libre del campamento scout.

Se replegó, pues, el Endocrino con prudencia, tratando de no hacer ruido, consciente de atravesar un área por la que deambulaban,

afanosas, decenas de parejas de exploradores, y, después de alejarse con éxito no menos de doscientos metros, se encontró en mitad de una zona con poca vegetación en la que podía ser descubierto en cualquier momento. Para evitarlo, apretó el paso, y entonces sintió, procedente del corazón del único matorral apto para esconderse que había en los alrededores, un ruido de ramas y de hojas seguido del relámpago de una cremallera y el tintineo de una hebilla, y, sin tiempo para reaccionar u ocultarse ni para tomar ningún tipo de decisión en mitad de aquel vacío, se vino a encontrar de frente con un chaval de uniforme, blancuzco y capitalino, que, visiblemente azorado, le mostró, con movimientos de autómata, la palma de la mano derecha con los dedos anular, índice y corazón extendidos y el meñique plegado, sujeto por el pulgar, y se alejó a la carrera murmurando un casi inaudible buenos días y dejando atrás, entre las matas, un hediondo y penetrante aroma.

Superado aquel inoportuno encuentro, el Endocrino no tardó demasiado en encontrar refugio. Se apostó en un lugar a media altura, rodeado de apretados canchos que le permitían ocultarse y protegido por un recio alcornoque que podía utilizar como discreta torre vigía. El lugar demostró ser muy adecuado y, de hecho, permaneció encaramado a las ramas del árbol buena parte del tiempo, armado de cuaderno, bolígrafo y prismáticos y con reservas de agua y alimento suficientes, observando desde lo lejos las evoluciones del grupo, de las que iba tomando apuradas notas que le sirvieron, a la mañana siguiente, con el primer sol, antes de que los exploradores salieran de sus tiendas a protagonizar nuevos fenómenos, para elaborar un sucinto resumen de la jornada.

Como pudo luego constatar, los días transcurrían allí abajo con entera normalidad, entre yincanas, tirolinas y hogueras nocturnas, con el campamento scout sumido en una suerte de felicidad forestal en la que todo se resolvía de forma pacífica, en armonía con la naturaleza y los congéneres, y en la que hasta las novatadas –cándidas e inocuas, por otra parte– eran acogidas por sus víctimas con inaceptable buen humor. Así las cosas, resultaba todo tan dichosamente monótono, tan científicamente insustancial, que el Endocrino, que ya veía disolverse el campamento sin haber descubierto nada de interés para la Sociología, acabó por impacientarse y decidió que había que inyectar de inmediato, en la

apacible vida de los jóvenes exploradores, algo de cizaña, de discordia, de enfrentamiento, algún elemento de conflicto que despertase su instinto animal, que sacase a relucir su comportamiento más atávico, que demostrase, por ejemplo, cómo el hombre más civilizado, cómo el manso y vulnerable habitante de la metrópoli recupera su condición fiera, brutal, en cuanto se siente acosado, perseguido, a la intemperie.

Como, además, para entonces necesitaba también hacerse con algo de alimento, pues después de tantos días fuera de casa su provisión de latas había mermado considerablemente, se le ocurrió que podía matar dos pájaros de un tiro asaltando la tienda donde los scouts guardaban la comida. Para ello esperó hasta bien entrada la noche, a que el sueño venciese a los muchachos en sus sacos, a que los monitores acabasen de programar la jornada siguiente, a que del fuego de campamento apenas quedasen rescoldos, y a la luz de la luna, de roca en encina, de encina en chaparro, de chaparro en retama, llegó hasta la tienda sorteando piquetas y tensores, y, para evitar el ruido delator de la cremallera, rasgó la lona con una navaja y se coló a través del roto. Una vez dentro, con la linterna amordazada entre los dedos, hizo acopio de víveres, más de los que, en realidad, podían hacerle falta y, cargado con la mochila y una caja de cartón llenas a rebosar, regresó a su guarida, ocultó el botín, dio una satisfecha cabezada y, antes de amanecer, cuando todos aún dormían, abandonó su escondite, se deslizó ladera abajo y trepó a un alcornoque lo bastante frondoso y cercano al campamento como para poder escuchar de viva voz las reacciones y registrar los acontecimientos en su grabadora sin correr el riesgo de ser descubierto.

Inquieto esperó el Endocrino desde la altura la llegada del amanecer, ávido fue viendo cómo las tiendas se abrían, cómo salían los muchachos, cómo se desperezaban, cómo entablaban entre ellos las primeras adormiladas conversaciones, y comprobó con extrañeza que los responsables entraban en la tienda asaltada a buscar lo necesario para dar el desayuno y reaparecían al cabo de un rato como si tal cosa, como si nada hubiese sucedido o, al menos, como si de nada se hubiesen dado cuenta, lo que le parecía poco menos que imposible, pues en su afán por no pasar inadvertido, había tratado de dejarlo todo lo más revuelto posible. Nadie pareció, sin

embargo, decir nada, y, de hecho, acabó en poco tiempo el desayuno, devolvieron los restos a la tienda y nadie pareció percatarse del asalto hasta que, a media mañana, un chico que andaba merodeando por allí descubrió el roto en la lona y dio la voz de alarma, lo que provocó la llegada de decenas de muchachos que comenzaron a examinar nerviosos el agujero, a asomarse dentro y a contemplar el desconcertante espectáculo de bolsas abiertas, cajones boca abajo y paquetes tirados por el suelo, circunstancia que llevó a los monitores a convocar una reunión de urgencia para aplacar la creciente inquietud de los chavales.

Frotándose las manos ante el anuncio, el Endocrino aguzó el oído y se aprestó a encender la grabadora y a tomar nota, convencido de que comenzaba, por fin, lo interesante, de que enseguida se desatarían las sospechas, los rumores, las acusaciones cruzadas, el tan esperado conflicto, a fin de cuentas, que un día habría de analizar, desde su estudio, con prosa rigurosa, pero, para su sorpresa, bajo la misma encina, subido a la misma roca y con la misma actitud firme y marcial del primer día, el individuo alto y fofo se dirigió a los scouts y les dijo que no se preocuparan, que lo único que había sucedido esa noche era que algún animal hambriento –y mencionó un oso y una ardilla y un mapache sin importarle lo más mínimo que en aquellas dehesas no hubiera, ni de lejos, osos, ardillas o mapaches, confiando en que gracias a su ignorancia natural, a su cultura televisiva, a la memoria edulcorada de las series de dibujos animados, los muchachos, en lugar de asustarse por la cercanía nocturna de las fieras, encontrarían excitante y simpático el incidente– había rasgado la pared de la tienda, se había colado dentro poniéndolo todo patas arriba y se había llevado algo de comida. Incluso tuvo la desfachatez de hablar de salchichas, de un tarro de miel y de una lata de sardinas sobre la que se preguntó divertido cómo demonios conseguiría el animal abrirla, operación imposible que escenificó sobre la roca con cómicos, exagerados gestos que despertaron la hilaridad general de la asamblea, logrando, de ese modo, reducir el misterioso crimen a mera anécdota, integrarlo sin despertar temores en el feliz curso del campamento y dinamitar, sin saberlo, los maliciosos planes de nuestro provisional barón rampante, que tuvo que pasar el resto de la jornada a horcajadas sobre la rama, esperando furioso a que la noche le permitiera volver a su refugio, diciéndose por escrito en su

cuaderno que solo un atajo de botarates como aquel podía tragarse el bulo de que un animal pudiera rasgar una lona de forma tan discreta, limpia y precisa, o de que pudiera elegir, de entre todos los suculentos alimentos que allí había, una metálica, estúpida e incomprensible lata de sardinas.

No muy diferentes fueron los resultados de la segunda incursión del Endocrino, que, de nuevo con ánimo de provocar el conflicto, un par de noches más tarde, después de rodear a hurtadillas las tiendas por el sur, arrambló con toda la ropa que encontró en los tendederos, la ocultó en su refugio y, como en la anterior ocasión, tras una ligera e inquieta cabezada, se deslizó ladera abajo para volver a subir al mismo alcornoque y encontrarse de nuevo, a la mañana siguiente, con que el alto y fofo jefe de campamento justificaba la desaparición diciendo, esta vez con voz lastimera y compungida, que tal vez un pobre, o un vagabundo, o acaso una madre sin dinero para comprar ropa a sus hijos, por pura necesidad, superando con dificultad sus recios escrúpulos, habría robado las prendas, y que ellos, los scouts, por su espíritu responsable, solidario y comprometido, lejos de enojarse o de reprocharle su penosa acción, debían compadecerse de su mala fortuna, de la triste situación que le había conducido fatalmente al delito. Fue tan poderoso su rictus dramático, tan compungida su mirada, tan fuerte su poder de convicción, que logró conmover a su, en principio, indignado auditorio, que se ofreció nada más terminar la alocución para ir en busca de esa madre y de esos hijos tan duramente castigados por la vida, perdonarlos y regalarles cuantos calcetines, calzoncillos, bragas, camisetas y pantalones cortos pudieran reunir entre todos ellos, ofrecimiento que pareció conmover al mendaz orador, que les respondió que ya habían dado suficiente, que no resultaba necesaria tamaña prodigalidad, disolviendo sin más, a continuación, la asamblea tras desbaratar, por segunda vez, los científicos planes del Endocrino.

Desesperado debía de andar nuestro científico amateur por no poder alterar ni lo más mínimo el transcurso tranquilo y feliz del campamento, que tan poco provechoso estaba resultando para el futuro de la ciencia sociológica, cuando esa misma noche se lanzó ladera abajo en busca de algo que de ninguna manera pudiera sustraer zorro, oso o mapache alguno, algo cuya desaparición no

pudiera justificarse por necesidad imperiosa, sino por el puro deseo de robar, de hacer el mal, pensando quizá en sustraer dinero, o un reloj, o cualquier aparato lo suficientemente valioso como para despertar la codicia ajena, convencido de que en esa ocasión las sospechas recaerían sobre los propios muchachos y de que el jefe scout no tendría forma de negar la evidencia, pero no contaba con que los monitores, no tan ingenuos como la tropa y más que escamados por las desapariciones, andarían haciendo guardia, merodeando entre las tiendas, y en esas circunstancias la operación se hizo tan difícil, sintió tan estrechamente cerrarse el cerco en torno a sí, que acabó por echar mano de lo primero que encontró nada más penetrar en el campamento, que fue el megáfono con el que tocaban diana y con el que llamaban, cuando era necesario, a los exploradores dispersos, y con él absurdamente oculto bajo la ropa, anhelando que su desaparición provocara de una vez el esperado conflicto, regresó sigiloso a su madriguera.

Sin parecer, de nuevo, inmutarse, los monitores despertaron esa mañana a los acampados golpeando una cazuela con una cuchara de palo y a gritos, empleando la mano como altavoz, dieron después del desayuno las órdenes oportunas sin revelar siquiera la desaparición del megáfono. Ante aquel inexplicable empeño en ocultarles a los muchachos la verdad, la presencia de ladrones en el campamento o, en todo caso, el acecho de una fuerza nocturna y desconocida obstinada en amargarles la existencia, ante aquel afán por no descubrirles su absoluta vulnerabilidad en un medio hostil, tan hostil como la vida misma, el Endocrino consideró que no le quedaba otra solución que adoptar una nueva y contundente medida. Andaban los chavales limpiando el entorno, en el que, por más que se afanaban, no dejaban de aparecer latas oxidadas, botellas rotas y detritos varios, cuando vio acercarse a su alcornoque al chico con el que se había encontrado cara a cara el primer día, que, además de blancuzco y capitalino, debía de ser bastante solitario, pues, como había podido comprobar con frecuencia en el curso de sus observaciones, no perdía la ocasión de apartarse del grupo y andar por su cuenta, ya fuera para hacer a sus anchas de vientre, para leer a la sombra de algún árbol un arrugado libro de bolsillo o para deambular por el campo sin oficio ni beneficio ni tener que doblar el espinazo en labores de limpieza. Cuando llegó a su altura, nuestro provocador sociólogo saltó al

suelo sigiloso y, casi sin dar tiempo al muchacho a reaccionar, sin presentaciones o explicaciones previas, le soltó que habían robado el megáfono del campamento y disparó como un resorte su dedo acusador señalando improvisadamente como culpables a los dos únicos exploradores que a la vista estaban, dos muchachos enclenques que, más abajo, junto al río, se afanaban en desenredar las decenas de papeles y bolsas de plástico con las que alguna crecida había adornado las tupidas ramas de una mimbrera. Hecha la delación, sin esperar tampoco respuesta alguna, el Endocrino desapareció, se ocultó primero en una retama, luego detrás de un alcornoque, y, por fin, cuando a hurtadillas vio que el muchacho capitalino, blancuzco y solitario reaccionaba y regresaba meditabundo al campamento, trepó por precaución a un árbol vecino a la espera de acontecimientos.

Con satisfacción vio luego el Endocrino a través de los prismáticos cómo el chaval se dirigía sin dilaciones al jefe de campamento y, plantándose firme ante él, comenzaba a hablarle, y pensó que debía de estar, sin duda, presentando denuncia contra los presuntos culpables, pues en cierto momento vio cómo señalaba vagamente hacia el lugar donde los muchachos se peleaban con la engalanada mimbrera. El superior se despidió del confidente con una palmada de agradecimiento, pero lejos de convocar, como esperaba el Endocrino, una tercera reunión de urgencia, aquella en la que había de estallar de una vez por todas el conflicto, el cruce de acusaciones, la furia colectiva, la catarsis, volvió sin más a sus quehaceres, y tampoco nada relevante hizo después el confidente y denunciante, a nadie reveló nada, a nadie dijo nada y con nadie se detuvo a hablar siquiera a lo largo del día, que transcurrió, en realidad, con entera normalidad scout, por lo que el Endocrino, furioso, desesperado, incapaz de comprender nada, exhausto tras dos días seguidos sin apenas pegar ojo, aprovechó el ruido de guitarras y canciones en torno al fuego de campamento para volver a hurtadillas a su refugio con la firme intención de dormir toda la noche a pierna suelta.

No llevaría haciéndolo más de dos horas cuando lo despertó una serie insistente de suaves golpes en el hombro acompañada de un olor penetrante a grasa de caballo. Todavía tardó luego unos segundos en despabilarse y distinguir en la oscuridad las botas, los

estirados calcetines, los pantalones cortos, pero al llegar a la camisa caqui y reconocer los galones sobre el pecho comprendió al instante que el muchacho blancuzco y capitalino lo había delatado, y que el imponente individuo que se estiraba ahora recio y enérgico hacia la noche, con las piernas levemente separadas sobre su cabeza, no era otro que el alto y fofo jefe de campamento, que resultó ser menos fofo de lo esperado, pues, nada más ponerse en pie, propinó al Endocrino un guantazo que le hizo ver, aún más, las estrellas y que, de no haberse agarrado torpemente a la pechera galardonada de la camisa, lo habría devuelto de golpe al suelo. Retrocedió entonces nuestro hombre cubriéndose instintivamente con brazos y piernas las partes vitales, dispuesto a aminorar los efectos de una segura y merecida paliza, cuando, sin mover un dedo, sin inmutarse, sin un deje de cólera en su voz, casi con amabilidad, le ordenó el otro, «Recoge tus cosas y largo de aquí», advirtiéndole de que si lo volvía a ver por el campamento, lo machacaría, y allí permaneció firme, sin decir palabra, alumbrando con una escuálida linterna los torpes movimientos del Endocrino, que, aún atolondrado, guardó a toda prisa sus pertenencias en la mochila y, sin dejar de decir buenas noches, abandonó para siempre, sierra arriba, las inmediaciones del imperturbable campamento scout, dejando atrás con ello, de un sopapo y para siempre, sus hasta hacía poco entusiasmadas aspiraciones sociológicas.

13

Lo que siguió a la precipitada expulsión del paraíso scout fue lo que comúnmente se conoce como una huida hacia adelante, que en el caso particular del Endocrino adquirió además la forma de una fuga desenfrenada por el siempre cenagoso campo de las ciencias humanas. Aquella noche, abandonados el campamento y la Sociología, corrió largo rato campo a través con miedo a que el jefe scout cambiase de opinión y decidiese ir en su busca para agravar el castigo, y, a ciegas y asustado, no dejó de avanzar hasta que, al cabo de mucho tiempo, tropezó con una raíz y cayó al suelo, donde su cuerpo, ya del todo extenuado, aprovechó para negarse en rotundo a ponerse en pie y para quedarse por fin dormido. Se despertó tarde, pasado el mediodía, cuando el sol, tras rodear el árbol que le daba sombra, acertó de lleno en sus párpados, con el cuerpo molido y sintiendo aún ardiente y humillante sobre la mejilla el bofetón de la víspera. Desayunó a deshora una triste lata de sardinas, lo único que había podido salvar del naufragio hurtándolo a la chivata luz de la linterna exploradora, y, tratando de alejarse todo lo posible del campamento para no incumplir la contundente orden de alejamiento del jefe scout, siguió caminando en dirección a la cumbre con el estómago aún rugiéndole desesperado, aunque solo después de un par de horas, cuando a punto estaba de desfallecer de sed y de hambre, descubrió arriba, entre los árboles, a apenas quinientos metros de distancia, la ansiada salvación: una torre de vigilancia forestal.

Aquellos últimos metros se le hicieron interminables. A cada paso la torre parecía alejarse un paso más, volverse inalcanzable, tanto que por un momento llegó a pensar que pudiera tratarse de un mero espejismo y que, en realidad, se encontraba en los difusos arrabales de una próxima agonía. Para su fortuna, a partir de un determinado punto la presencia del observatorio forestal se fue volviendo cada vez más sólida y cercana, llenándolo de esperanza, lo que tampoco impidió que al llegar al pie de la estructura se dejase caer de rodillas y palpase con avidez los hierros de la base como si aún dudase de su existencia, como si aún necesitase constatar la certeza

del milagro. Rodeó entonces la torre a cierta distancia, tratando de llamar la atención del vigilante, al que no había llegado a distinguir al acercarse, pero tampoco nada alcanzó a ver entonces, ni sombra ni figura humana alguna ni el brillo gemelo, en lo alto, de unos prismáticos que pudiera delatar la presencia de alguien allí dentro. Lo que sí encontró, sin embargo, fue la puerta del recinto abierta y, desesperado y con la garganta demasiado seca para emitir sonido inteligible alguno, emprendió la tortuosa y larga subida por la altísima escalera de caracol creyendo que el mero ruido de sus pasos sobre el metal se encargaría por sí solo de alertar, allá arriba, a los ocupantes de la torre, aunque culminó el ascenso sin que nadie llegase a dar señales de vida.

Con creciente angustia recorrió el Endocrino la plataforma que rodeaba la cabina mirando al interior sin ver a nadie, cada vez más convencido de que estaba abandonada y de que dentro no había, por lo tanto, nada, ni agua ni alimento alguno que echarse a la boca, y encontrarse por fin con la puerta abierta, chirriando, dando bandazos con el aire, golpeando negligentemente contra la pared, no hizo más que confirmar sus sospechas y su desesperación. Pero entonces, al franquear la entrada, en el extremo opuesto de la estancia, bajo una de las ventanas, al resguardo del sol y de miradas indiscretas, descubrió a un individuo sentado en el suelo, en calzoncillos, con aspecto adormilado y el rostro medio oculto por una barba espesa y unas largas madejas de pelo negro, que sujetaba lánguido entre los dedos un cigarro grueso, artesanal, estupefaciente. A su lado reposaba, además, una garrafa de agua de unos cinco litros cuya sola visión cegó por completo la débil voluntad de nuestro protagonista, que, arrebatado, se abalanzó sobre ella como un animal salvaje despertando del letargo al habitante de la torre, que hasta ese instante no había reparado siquiera en su presencia y que, poniéndose de un salto en pie, contempló despavorido cómo, en un rápido y brusco movimiento, el Endocrino levantaba en el aire el bidón, lo embrocaba ansioso sobre sus labios resecos y lo vaciaba de un largo trago derramándose más de la mitad del contenido por el cuello, la camisa y los pantalones.

Al terminar, el Endocrino dejó caer entre jadeos al suelo la garrafa vacía y cuando, por fin, posó la mirada sobre los ojos del extraño, creyó reconocerlo. Por un instante tuvo la rara sensación de que su

repentina huida se había producido en el tiempo y no en el espacio, de que no había transcurrido apenas un día y una noche y de que se volvía a encontrar de nuevo, al cabo de los años, con el mismo muchacho blancuzco y capitalino que lo había delatado la mañana anterior, ya crecido y transformado en el mustio joven que, pegado como un geco a la pared de la cabina, aguardaba aterrado y expectante sus siguientes movimientos. No tardaron el equívoco en desvanecerse y el Endocrino en comprender el involuntario sobresalto que había provocado en el vigilante con su apabullante entrada en escena y, después de mirarse unos segundos ambos en silencio tratando de averiguar las mutuas intenciones, extendió la mano en son de paz, a lo que el joven respondió no sin ciertas, comprensibles reticencias, y así fue como el Endocrino conoció, en lo alto de la sierra y de la torre, a Simón, por él llamado el Estilita.

No debía de ser Simón tampoco, sin embargo, su verdadero nombre, pues ningún Simón figura entre los contratados aquel verano por el cuerpo de vigilancia forestal ni nadie en Labriegos, ni en Aldeacárdena, ni en el Servicio de Protección contra Incendios sabe de ningún Simón que haya trabajado nunca en aquella torre. Todo indica, más bien, que se trataba de un joven de Ochavia del que apenas nada se sabe, pues nunca jamás volvió a trabajar para el Servicio, y que el Endocrino escogió el seudónimo más por sorna que por desconocimiento, por parecerle nombre propio apropiado para quien consideraba un auténtico estilita, aquel joven apático y macilento, carente de atributos, resignado a permanecer, por su blanda voluntad, días sin término en lo alto de la torreta bajo el intenso sol de aquel caluroso mes de julio.

Una vez hechas las paces, no tardaron demasiado el Endocrino y el Estilita en conversar, y el diálogo resultó entonces mucho más prolijo de lo que hubiera cabido imaginar de entrada. Viéndose en la obligación de hablar, de contar qué le había llevado hasta allí tan hambriento y tan sediento, el Endocrino resumió su aventura en un supuesto extravío, en un ameno, irresponsable y distraído paseo por la dehesa, alejado de caminos transitados, que había desembocado en largas horas de errancia y una noche al sereno seguidas de un ascenso a la sierra y del descubrimiento salvador de la torre de vigilancia, relato escasamente verosímil, pues quién, encontrándose perdido en medio del campo y en paisaje tan poco denso y tan

abierto a la mirada como el de la dehesa, iba a elegir adentrarse en lo agreste, subir al monte a ser masacrado por el sol, en lugar de bajar hasta el río, visible desde cualquier altura, para seguir o enfrentar desde la orilla, a la sombra de chopos y alisos, su curso apacible con la seguridad de tener el agua cerca y de que tarde o temprano acabaría por conducirle a algún lugar habitado, incongruencias estas que, sin embargo, en absoluto parecieron suscitar la desconfianza del vigilante forestal.

Más reacio fue, por el contrario, este último a revelar los pormenores de su bochornosa aventura, pero cuando al fin se decidió a hablar resultó muchísimo más sincero, y así, tras compartir un almuerzo frugal que no sirvió para extinguir el feroz apetito del Endocrino, pero sí para reforzar la confianza de su anfitrión, fue revelando sin tapujos las absurdas circunstancias que lo habían conducido a aquel alto destierro. En el origen de su aparente condena estaba, según decía, una poderosa flaqueza de ánimo, una insuperable incapacidad para decir no, ya fuera por temor al rechazo, ya por una suerte de deficiencia congénita. Lo sucedido era que, al poco de ser contratado, cuando se aproximaban, como cuentas de un rosario, las fiestas estivales de los pueblos de la comarca, Simón había manifestado con inocente desgana a la hora del bocadillo su escasa inclinación a tomar parte en tales eventos, que no provocaban en él más que vergüenza ajena y un cierto enojo, pues parecía como si en esos días, salvo por circunstancias muy justificadas, los vecinos tuvieran que mostrarse alegres y contentos por decreto municipal, una tiranía ridícula a la que, según había anunciado, no estaba, en absoluto, dispuesto a someterse. Escuchada la breve diatriba, sus recién estrenados compañeros forestales, viendo clara la oportunidad, lejos de contradecirlo, le tomaron la palabra y lo acosaron al punto con decenas de peticiones para cambiar turnos, una mañana, una tarde, una noche, solo una, o mejor dos, para poder escaparse a la misa, a la capea o a la verbena de Pedregal, Aldeacárdena o Robledo de la Sierra, peticiones a las que el Estilita fue incapaz de negarse y que aceptó en bloque sin mirar ni por encima el calendario, y así fue como se vio obligado –en virtud de un pacto de caballeros que en ningún momento se atrevió nadie a denunciar ni a los sindicatos ni a la inspección ni a autoridad competente alguna– a permanecer de continuo en la torre, en solitario, sin ni siquiera un turno de

descanso, quince días seguidos, y llevaba ya cerca de seis cuando el Endocrino, sediento y muerto de hambre, irrumpió de repente en la cabina, donde el Estilita penaba, atormentado por insuperables dudas de amor y apesadumbrado por aquella patológica debilidad de carácter suya, por su incapacidad crónica para decir no, una incapacidad a la que hacía culpable no solo de su condena, sino del tortuoso y decadente rumbo de una vida que se obstinaba en considerar triste, malograda, sin remedio.

Cuando el Estilita acabó de desgranar el largo rosario de sus desgracias, del que el confinamiento en la torre no era más que el enésimo episodio, con un afectado gesto de desprecio por sí mismo y por el mundo arrojó por la ventana el resto, aún humeante, del cigarro, que vino a rebotar, ante los estupefactos ojos del Endocrino, en la plataforma metálica exterior antes de caer al suelo, en el terreno yermo, aunque no exento de frondosos penachos de hierba seca, que rodeaba la torre, y como nuestro hombre le afeara la conducta, más reprochable y preocupante si cabe tratándose de un vigilante forestal, este le contestó que no se preocupara, pues, a pesar del calor, la tierra se mostraba, según decía, poco dispuesta a salir ardiendo, y, de hecho, por imposible que pudiera parecer, él mismo, presa del aburrimiento, había comprobado una y otra vez que ni las plantas más secas llegaban a inflamarse cuando les arrimaba el mechero. Con tal convicción describió el Estilita el extraño, antinatural fenómeno, que el Endocrino llegó a sentirse tentado de bajar hasta el suelo para hacer la prueba, pero de repente se le ocurrió que acaso lo que pretendía aquel individuo extraño e irresponsable no era sino divertirse a su costa viendo cómo descendía la larga y trabajosa escalera y cómo, creyéndose la mentira, prendía estúpidamente el pasto y se afanaba luego en sofocar el pequeño incendio, que quién sabe si no acabaría sumiendo en llamas aquellas sierras, por lo que prefirió hacer oídos sordos y renunció a verificarlo, decisión de la que más adelante se arrepentiría, pues quién sabe, se preguntaría tiempo después, si aquel extraño prodigio del que hablaba el Estilita no habría sido cierto, si no habría sido una señal, un indicio, un anticipo de los extraños acontecimientos que habrían de suceder más tarde y que tuvieron a la humanidad perpleja. Lejos, pues, de abandonar la torre, con ánimo de paliar la grave negligencia criminal de Simón, que ni siquiera se molestaba en otear el paisaje circundante, y un

poco también para ganarse con el sudor de la frente el escaso pan que había comido poco antes, el Endocrino tomó los prismáticos –no los suyos, guardados en la mochila, sino otros, grandes, potentes, oficiales, abandonados de cualquier forma sobre la sucia lona de una hamaca– y emprendió sin demoras la labor de vigilancia que se negaba a llevar a cabo el desidioso vigilante, quien, por otra parte, más allá de un moroso encogerse de hombros y un vago gesto de indiferencia con los ojos y la boca, ninguna objeción puso a la cívica determinación de nuestro hombre.

Esa había de ser la estampa que compusieran los dos en adelante día y noche: el uno, tirado en el suelo, adormilado, fumando un cigarro tras otro y apartándose lo justo para permitir el paso del otro, nuestro Endocrino, que permanecería de pie, dando vueltas alrededor de la cabina sin dejar de escudriñar con los prismáticos el paisaje, preocupado por que en cualquier momento –por culpa de una chispa, de una botella vacía o de una colilla arrojada desde la ventanilla de un camión– pudiera salir ardiendo el rastrojo. En esa posición, horizontal y vertical respectivamente, pasaron los dos la mayor parte del tiempo aquellos días, salvo por dos o tres ocasiones en las que el Endocrino, vencido por el cansancio, acabó por echarse a dormir un rato sin que el vigilante tomase mientras el relevo y cumpliese las que, al fin y al cabo, eran sus funciones, peligrosa dejación esta que llevaba a nuestro hombre, nada más despertar, a proseguir el interminable circuito de vigilancia, visto que, por más que le conminaba a cumplir sus obligaciones y a velar por la seguridad de los montes, Simón, el Estilita, sin enfadarse ni alterarse lo más mínimo, se negaba una y otra vez a hacerlo insistiendo en que, puesto que ni el pasto ni los matorrales ni los árboles se inflamaban, su labor no era en absoluto necesaria.

La actitud del Endocrino aquellos días podría parecer digna de reconocimiento, merecedora incluso, por su desinteresada defensa de la seguridad y el bienestar comunes, de una medalla al mérito civil, y acaso así lo fuera, incluso a pesar de que su actitud no estaba, en realidad, del todo falta de interés, pues lo cierto es que el triste relato del Estilita sobre las circunstancias que lo habían llevado a permanecer confinado en la torre había hecho aflorar en él el eco de antiguas lecturas como Walden dos, Las formaciones del inconsciente o La interpretación de los sueños, y, enardecido por

aquel súbito recuerdo y movido por el piadoso propósito de levantar el ánimo de aquel pobre de espíritu, de ayudarlo a superar aquella debilidad de carácter que le impedía rechazar las demandas, peticiones o sugerencias del prójimo, de enseñarlo, a fin de cuentas, a ser asertivo, a afirmarse y reafirmarse en la negación, el Endocrino, cada vez más convencido de su misión terapéutica, de que su auténtica vocación no era la Sociología, sino la Psicología, no la colectividad, sino el individuo concreto, desgajado del grupo, y de que este sería a partir de entonces su ámbito de investigación, comenzó a arrojar al aire enrarecido de la cabina, a lo largo de sus interminables paseos, una meditada serie de preguntas sobre la más tierna infancia y los más íntimos sueños del vigilante con el propósito de sacar a la luz el aterrado trauma que había de estar, sin lugar a dudas, en el origen de su honda frustración, que bien podía ser un beso negado en la niñez, o una bofetada inmerecida, o el descubrimiento furtivo de oscuros secretos de alcoba, con el ingenuo convencimiento de que, una vez desenterrado y convenientemente aireado el episodio traumático, su exorcismo terapéutico surtiría efecto inmediato.

Pero aquel nuevo objetivo no había de resultar fácil, y no porque el Estilita hurtara las respuestas o desconfiara de las bondadosas intenciones del Endocrino, sino porque en más de una ocasión, justo en el momento en que parecía progresar la terapia, cuando a punto parecía el yacente de asomarse al abismo turbio de su yo confuso, de repente, por efecto de aquellas aromáticas hierbas que fumaba sin descanso, se sumía en prolongados períodos de letargo que eran, también, arrebatos de olvido, pues no era raro que, al despertar después de unos segundos, unos minutos o un par de horas de sueños que nunca eran completos, profundos o reparadores, Simón fuera incapaz de retomar el hilo de la conversación anterior, incapaz incluso, algunas veces, de reconocer la identidad de su erguido y vigilante terapeuta, y entonces no se podía hacer otra cosa que no fuera comenzar el proceso desde el principio, y ni siquiera eso era posible en todos los casos, pues el paciente no siempre emergía del sueño con la lucidez y la energía necesarias, y si eso sucedía, el diálogo discurría errático, sin rumbo, arrimándolo peligrosamente no al abismo salvador, sino a escarpados derroteros del espíritu que podían llevarlo, a poco que tropezase, a la condenación definitiva, lo que obligaba al Endocrino, cada vez más

cansado y menos despierto, con los ojos irritados por la observación constante de los montes y el cerebro embotado por la falta de sueño, a reconducir como buenamente podía la situación para, después de todo, no sacar tampoco nada en claro.

Así pasaron tres o cuatro días de psicoanálisis intermitente sin que el paciente experimentase mejoría alguna más allá de dos o tres raros momentos de euforia que se esfumaron por completo entre un cigarro y otro y de los que lo único que parecía emerger era un pasado tan tedioso como el presente, un ayer fácil y ramplón, casi feliz, tan vacío de traumas como el hoy lo estaba de alegrías, tres o cuatro días en los que ni aferrándose al más ciego optimismo era posible apreciar progreso alguno en el paciente y en los que la ilusión inicial del Endocrino se fue viendo reducida a un insoportable aburrimiento, que fue el que, finalmente, lo llevó a desistir de su propósito freudiano. Así, cansado y hambriento tras tantas jornadas seguidas de poco comer, poco dormir, mucho hablar y mucho caminar sin llegar a ninguna parte, aprovechando una de las frecuentes siestas narcóticas del vigilante, nuestro hombre recogió a hurtadillas sus cosas, hizo un magro acopio de víveres ajenos y abandonó impotente los estrechos dominios de Simón, el Estilita, extraño personaje que, a pesar de todo, como diría luego resignado, hubiera hecho las delicias de Wundt, de Freud, Lacan o Skinner.

14

Fue el mismo signo de la sed, bajo el que días atrás había emprendido su apremiante y angustiosa carrera monte arriba, hasta el dudoso oasis de la torre de vigilancia, el que lo empujó esa otra vez la cuesta abajo, hacia su siguiente destino. Cerrada la puerta de la garita, y tras bajar descalzo las escaleras de la torre de vigilancia para no hacer ruido, se alejó del lugar varios cientos de metros arrastrando los pies de puro agotamiento. Era aún noche cerrada cuando se dejó caer bajo un quejigo y, extenuado, tras devorar casi todas sus reservas de alimento, se hizo un ovillo junto al tronco y se quedó rápidamente dormido. Nunca supo a ciencia cierta cuánto tiempo seguido durmió sobre la tierra reseca, si fue solo una noche, si fue un día completo y una noche o si fueron dos días completos y una noche, pero lo cierto es que despertó al amanecer, hambriento, sediento y con los miembros entumecidos, y que al levantarse del suelo para sacudirlos se encontró de frente con la desmesura líquida del embalse del Cárdeno, que, como si de una visión del paraíso se tratase, centelleaba liso y dorado ante sus ojos invitándolo a apagar la sed en sus aguas aparentemente cristalinas. Incapaz de resistirse a la llamada, echó a correr ansioso monte abajo, engañado de nuevo por las distancias, creyendo que había de llegar en cuatro zancadas, pero cuando se le acabaron las fuerzas para correr todavía quedaba mucho hasta la orilla, y cuando, después de continuar un buen trecho andando, se le agotaron las fuerzas incluso para caminar, el agua aún estaba demasiado distante como para alcanzarla a rastras. Su situación era tan desesperada que habría muerto exhausto entre la hierba seca de no haber distinguido a pocos metros una verde mancha vegetal que serpenteaba luego estrecha hasta el embalse y que ocultaba, como pudo comprobar tras acercarse a duras penas, una discreta fuente natural, un chorro lento y esmirriado pero suficiente para, después de permanecer largo tiempo tumbado boca abajo absorbiendo por entero su caudal, hacerlo resucitar.

Recuperado de la sed, dio cuenta de las pocas provisiones que aún guardaba en la mochila, pero con ello no logró más que disimular el hambre, cuyo rugido seguía reverberando en el interior cavernoso

de sus tripas, y por eso cuando, mientras se estaba dando un purificador baño en el embalse, sintió sobre la piel del muslo el roce fugaz y gelatinoso de un pez, despertó en él un inusitado instinto depredador, un impulso con raíces en un pasado remoto, cromañón, y, al no disponer de medios más sofisticados a su alcance, se decidió a atraparlo con sus propias manos utilizando una técnica ancestral, la más ancestral, sin lugar a dudas, de las que haya podido llegar a concebir el ser humano. Sin embargo, y a pesar de su enorme apetito, ese primer pez no logró ni siquiera encontrarlo, y por más que se esforzó y trató de perfeccionar la técnica, los siguientes se le fueron escurriendo indefectiblemente entre los dedos, que parecían carecer de la fuerza o la capacidad de reacción necesarias para aquel oficio, pues venían a cerrarse sobre la cola cuando ya había pasado de largo el lomo entero, y al animal le bastaba entonces una ágil sacudida para liberarse, y eso si alcanzaba a rozar antes con sus manos la superficie lúbrica del pez. A pesar de todo, el Endocrino no cejó en su empeño, ni siquiera cuando se lastimó la rodilla contra una roca, ni cuando sus manos dieron, en el turbio interior de un neumático, con la temerosa longitud de una serpiente, ni cuando se vio enredado, aguas adentro, en una de esas hoyas que suelen dejar atrás los areneros al extraer del río su materia prima, en un súbito torbellino que a punto estuvo de arrastrarlo hacia abajo para siempre, y allí seguía, golpeando el agua sin descanso y sin haber conseguido convertir ni a un solo pez en pescado, cuando apareció de pronto en la orilla un individuo escéptico que, como luego pudo averiguar, trabajaba como guarda en la presa del Despeñadero.

–Así no va a pescar usted nada –le dijo convencido, y con afán pedagógico, después de quitarse pacientemente las botas y los pantalones, se introdujo en las turbias aguas del pantano y capturó a maneo, en un santiamén, media docena larga de tencas que se ofreció generoso a compartir con el Endocrino como almuerzo.

Acompañaron las tencas, ya en la casa del guarda al pie de la presa, con un jarro de vino, media hogaza de pan y un poco de ensalada, todo ello seguido de una sandía grande, fresca y sabrosa de la que apenas quedaron restos, y remataron la faena –lo que no deja de resultar extraño entre extraños y da cuenta, además, de la bondad natural de ambos personajes– con una profunda siesta, repartidos

ambos en dos desvencijados sofás de escai de los que solo lograron despegarse, atolondrados, babeantes, con el vientre aún hinchado de sandía, a media tarde, cuando el sol ya comenzaba a declinar sobre la mansa superficie del pantano.

Para despabilar el sueño y desentumecer los músculos, nada más levantarse echaron a andar por la margen derecha del río. Al principio parecía costarles expulsar las palabras de la boca, pastosa por la siesta, pero a medida que caminaban fueron ganando fluidez y acabaron por charlar ambos animadamente, y cuando, casi al final del paseo, detenidos cerca de la presa, el Endocrino señaló interrogante la presencia, sobre su cuarteado paramento de hormigón, de vastas regiones de musgo delimitadas, aquí y allá, por amplios desconchones y grietas largas y profundas, Juan –que así había dicho llamarse el guarda– le contó en cuatro palabras, a modo de respuesta, que su construcción cuarenta años atrás había resultado costosa en todos los sentidos, que el régimen no había querido escatimar esfuerzos y que en ella se habían empleado cantidades ingentes de material, mano de obra y dinero, dinero que, como suele suceder en cualquier gran empresa pública que se precie, había ido a parar en no poca medida a los bolsillos de cuatro o cinco espabilados, entre ellos el responsable, que había firmado la llegada de varias toneladas de cemento inexistente, y el ingeniero, que había dado el visto bueno a aquel hormigón pobre y quebradizo, con la apariencia del turrón de Alicante y la consistencia del de Jijona, con el que se había levantado finalmente la presa y que, como era de esperar, desde la terminación de las obras no había dejado de dar problemas. «Todo sea que un día de estos le dé por diluviar y reviente», concluyó Juan dando por finalizado su breve relato, sin reparar en que con ello no satisfacía ni de lejos la ilimitada curiosidad de su interlocutor, quien para entonces, con la agilidad mental que le caracterizaba, ya había relacionado la anécdota con la extraña desaparición que él mismo había investigado en sus primeros días en Labriegos, la del muchacho que, justamente, había estado indagando sobre la sospechosa construcción del pantano del Cárdeno, y comenzaba a imaginar secretos vínculos entre la desaparición y el vergonzoso relato del guarda de la presa, vínculos que, quién sabe –se planteaba–, podrían acabar revelando que la desaparición del joven no había sido resultado de accidente o de suicidio alguno, sino de

un prudente y calculado asesinato perpetrado por alguien que deseaba que aquellos vergonzosos hechos permaneciesen para siempre en el olvido. Tanta era su capacidad para analizar cualquier asunto, para lanzar hipótesis, para plantearse nuevos retos, que para cuando el guarda, incapaz de saber dónde se estaba metiendo, terminó de hablar, ya había tomado el Endocrino la determinación de completar el proyecto que el muchacho desaparecido parecía haber dejado a medias, reconstruyendo para la posteridad, cayese quien cayese, la corrupta historia de la construcción del embalse del Cárdeno.

Empujado por este nuevo, emocionante objetivo, el de convertirse en una suerte de detective histórico o de historiador detective, el Endocrino comenzó a asediar a preguntas a su interlocutor, que, lejos de sentirse acosado, parecía feliz con tan insistente atención, solo que, en lugar de limitarse a responder a sus preguntas, desoyendo incluso muchas de ellas, optó por tejer su propio relato, un relato infinitamente más largo y prolijo que el anterior en el que se remontó a los más remotos orígenes del proyecto hidráulico sin que el impaciente Endocrino pudiera hacer otra cosa que tratar de reconducirlo, con infinito tacto, cada vez que se extraviaba por derroteros caprichosos, alejados de la historia principal, aunque sin llegar a conseguirlo ni de lejos las más de las veces. Por el contrario, era tal el detalle con el que, lejos de la parquedad verbal de su primera explicación, el guarda iba describiendo el proceso de diseño y fabricación de la presa, que agotaron primero el paseo y luego una copiosa cena sin haber alcanzado a verter, sobre el lecho rocoso del río, ni una sola tangada de hormigón, sin pasar del tedioso tiempo de las expropiaciones, que el narrador enumeraba con majestuoso detalle, como si describiera las legendarias naves de la guerra de Troya. Luego, después de la cena, mientras describía con extremo dramatismo el desahucio de varios vecinos, el guarda plantó encima de la mesa una botella de coñac y otra de anís y fue aderezando la narración con tragos cada vez más largos y frecuentes de sol y sombra que comenzaron trabando su lengua, siguieron extraviándolo de forma irreversible por los meandros de la narración y acabaron por dejarlo completamente dormido en el sofá, con la copa vacía entre los dedos, justo cuando estaba a punto de referir los pormenores de la corrupta trama que tanto interesaba a nuestro detective, dejándolo con la miel en los labios.

A la mañana siguiente, bajo el notable efecto de la resaca, Juan emprendió su breve y relajada rutina de control del embalse mientras el Endocrino se afanaba en tomar notas del prolijo relato de la víspera a la sombra de un árbol, y al terminar lo invitó a acompañarlo por los roquedales que rodeaban la presa a la caza de lagartos, actividad que no por estar seriamente penalizada dejó de emprender el guarda con enorme destreza y entusiasmo, con el entusiasmo, por otra parte, que, como pudo comprobar a lo largo de aquellos días de sol y sombra, solo despertaban en él lo ajeno, lo vedado, lo prohibido.

Después de un par de horas deslizándose con sigilo por el monte regresaron a casa con una buena provisión de lagartos que el guarda se aprestó a guisar con muy sabroso resultado y que ambos acompañaron, como el día anterior, de vino, pan, ensalada y sandía antes de echarse a dormir la siesta, y por un momento, mientras comenzaba a sumirse en las brumas del sueño recostado sobre el pegajoso brazo del sofá, el Endocrino tuvo una nueva impresión de repetición, de déjà vu, de sentir que las cosas del mundo, muy a su pesar, se repetían con una insistencia inusitada, aunque entonces no pudo imaginar hasta qué punto llegaría a ser de esa manera, porque a la siesta le siguió el paseo desengrasante por la orilla del embalse y cuando, en un momento dado, le preguntó a Juan por la construcción del pantano, este, en lugar de proseguir su relato en el incierto punto donde lo había abandonado la noche anterior, optó, sin que nuestro investigador pudiera hacer nada por evitarlo, por comenzar otra vez desde el más remoto principio, como si necesitara coger carrerilla, sin saltarse luego, pese a las sutiles sugerencias de su oyente, ni un solo episodio, ni un solo detalle, calcando prácticamente, palabra por palabra, el minucioso relato de la víspera, que se prolongó de nuevo a lo largo de la copiosa cena, y cuando, alcanzada la sobremesa nocturna, el Endocrino lo vio sacar las botellas de anís y coñac y vaciar de un trago el primer sol y sombra, tuvo la certeza de estar de nuevo atrapado en un bucle, lo que le trajo, de paso, a la mente la interminable sesión de psicoanálisis de Simón, el Estilita, y discurriendo por esos derroteros de pronto reparó en que, imaginándolo sin barba y libre de aquellas tupidas madejas de pelo negro, había un cierto parecido físico entre ambos, entre el joven Estilita y el maduro guarda de la presa, parecido que ya se le había antojado antes entre el Estilita y

el boy scout blancuzco y capitalino, y tan extraña sensación, sin duda carente de sentido, le llevó a preguntarse si no habría tenido lugar, al quedarse dormido junto al quejigo, un segundo salto en el tiempo, si no se trataría, en los tres casos, del mismo individuo en distintas etapas de la vida, si no estaría prodigiosamente recorriendo las edades de un mismo hombre solitario, indolente y malogrado, y enredado en estas absurdas consideraciones acabó por quedarse dormido incluso antes de que lo hiciera, perdido en los confusos pormenores de la construcción de la presa del río Cárdeno, su ebrio interlocutor.

Al día siguiente, salvo por detalles menores y porque en esa ocasión no emprendieron, para procurarse el almuerzo, la vedada pesca de tencas, ni la multada caza de lagartos, sino la no menos prohibida y sancionada captura de ranas, los acontecimientos se sucedieron con sorprendente exactitud, con el mismo guiso, el mismo pan, el mismo vino, la misma ensalada, la misma sandía y la misma siesta, sin que el Endocrino lograra añadir después nada nuevo a sus notas sobre la construcción de la presa del Cárdeno, pues la historia se repitió idéntica desde el principio por la tarde y acabó disuelta por la noche, entre las ya conocidas copas de sol y sombra, justo cuando, como de costumbre, el guarda se disponía a abordar la parte más interesante y reveladora del relato.

La investigación se encontraba, pues, irremediable, desesperadamente empantanada, encerrada en el bucle fatal que parecía ir aprisionándolo todo poco a poco aquellos días previos a la catástrofe, pero el Endocrino no estaba dispuesto a renunciar a ella. Pensó, quizá ingenuamente, que de no ser por el efecto narcotizante de los pelotazos de anís y coñac, el relato del guarda había de seguir adelante, revelando, tarde o temprano, los detalles que ansiaba conocer, y que, por lo tanto, bastaba con remover ese obstáculo, manteniendo a su anfitrión perfectamente sobrio, para conseguir su propósito. Por eso a la mañana siguiente, aprovechando la ronda matutina de guardia, decidió deshacerse de cuantos licores encontrase en la casa. Tras una somera inspección dio en la despensa con cuatro o cinco cajas en las que Juan acumulaba docenas de botellas, ninguna de ron, whisky o ginebra, apenas anís y coñac, solo sol y sombra, en idéntica cantidad, en idéntica proporción –lo que hace difícil hablar de desmesura–, que

comenzó vaciando a pares por el inodoro y acabó derramando, para evitar en la vivienda efluvios alcohólicos delatores, directamente sobre las aguas del pantano, al que arrojó por último las botellas esperando estúpidamente que se hundirían y que de ese modo haría desaparecer para siempre las pruebas del delito.

A pesar de que a media mañana aún flotaba en el aire de la casa un tibio tufo a alcohol, el guarda no llegó a olerse, a su regreso, la osada traición que había perpetrado el huésped, y enseguida salieron los dos en amor y compaña de liga, actividad abiertamente infractora que les deparó, a mediodía, un formidable atracón de pajaritos fritos acompañados de aquel pan, aquel vino, aquella ensalada, aquella sandía y aquella siesta que marcaban, cada jornada, el reinicio del bucle. Luego la tarde transcurrió como de ordinario, con el plácido paseo por la orilla, la precisa historia de la presa y la cena compartida. Sin embargo, la desaparición de los licores, descubierta justo después, no tuvo ni de lejos el efecto liberador y revelador que esperaba, ingenuo, el Endocrino. Es verdad que en ningún momento había pensado que su anfitrión pudiera conformarse y sentarse sin más, sin tratar de averiguar lo sucedido, a seguir contando los detalles de la trama del cemento, pero siempre había creído que no sería difícil persuadirlo de que había sufrido un robo, de que algún desalmado había irrumpido en la vivienda en su ausencia y, al no hallar nada de más valor, había arramblado con todo el alcohol de la despensa, pensando que, una vez convencido, podría conducirlo dócilmente de vuelta al sofá y a su relato. Pero había subestimado la inteligencia del guarda, o sobrevalorado quizá su simpleza, pues cuando nuestro personaje desenvainó su hipotética versión de los hechos, la versión del robo, del asaltante, su anfitrión dedujo al punto que allí había gato encerrado.

–¿Cómo sabes tú que guardo las botellas en la despensa? –le preguntó sin darle tiempo a terminar, y viéndolo titubear, seguro de que había sido él, su huésped, quien había robado el alcohol, puso el grito en el cielo y se echó a recorrer la casa fuera de sí, rastreando en busca del sol y sombra, poniéndolo todo patas arriba, regresando de cuando en cuando a la cocina a dar un lingotazo de vino con el propósito de aclarar su mente pero sin otro efecto que enturbiarla aún más, y cuando lo hubo revuelto todo lo suficiente y

tuvo la seguridad de que su preciado botín no se encontraba dentro de la vivienda, se armó de una potente linterna y con su haz poderoso, a grandes zancadas, comenzó a rastrear el perímetro de la casa ampliando en cada vuelta un poco más el radio de la búsqueda, hasta que llegó junto a la presa y escuchó un profuso tintineo que resultó ser, por fin, luz mediante, el de la multitud de botellas vacías que, mecidas por la suave marea del embalse, golpeaban sin cesar contra el duro paramento de aguas arriba.

Comprendió entonces del todo Juan lo sucedido, resumió en un desgarrado grito de rabia su poderoso enfado y regresó a casa furioso, dispuesto a darle una lección a su ingrato huésped, lección que podría haber acabado en tragedia de no ser porque el Endocrino, viendo frustrados sus planes e imaginando el fin que podían acabar teniendo las pesquisas del guarda, se había apresurado a recoger sus escasas pertenencias, y ya se echaba la mochila al hombro cuando vio aparecer a su enloquecido anfitrión cargando con dos cartuchos una escopeta de caza, maniobra que le dio margen suficiente para echar a correr, atravesar el claro y alcanzar el bosque de pinos antes de que sonasen a su espalda, una tras otra, las detonaciones, cuyos perdigonazos creyó sentir hirientes sobre los troncos cercanos, y no dejó de correr, buscando el amparo de los árboles, hasta que tropezó y cayó al suelo haciéndose un esguince. Por suerte el guarda no quiso culminar la cacería y se contentó con espantar al ingrato huésped y asustarlo con media docena de disparos al aire, pero el Endocrino nada sabía de sus veniales intenciones ni alcanzaba a distinguirlo entre las sombras, y por eso, temeroso de su vida, se puso de nuevo en pie y, aguantando a duras penas el dolor del tobillo, continuó con su ya no tan frenética huida, que le llevó a la mañana siguiente hasta Labriegos, adonde llegó maltrecho y cojeando por la larga calle del Ejido.

Unas buenas gentes que lo vieron venir en tan penoso estado abandonaron al punto sus quehaceres, y se apresuraron a liberarlo del peso de la mochila y lo ayudaron luego a llegar hasta casa, operación que tuvo que ser llevada a cabo con la ayuda de una carretilla de mano, pues, después de caminar varias horas con el esguince a cuestas, el dolor era tan intenso que el Endocrino era incapaz de apoyar ni un segundo el pie en el suelo.

Vivía por entonces en el pueblo un campesino jubilado al que todos llamaban curandero, aun cuando no pasaba de ser un eficaz componedor de músculos y huesos, que decía haber aprendido su arte descoyuntando y volviendo a coyuntar gallinas vivas. Su fama se extendía por toda la comarca, tanto que era raro el día que no aparecía por su puerta, gimiendo como un cachorro hambriento, algún cojo o dislocado de Valdecueros, Pomares o incluso de Ochavia para fastidiarle la partida de cartas en el bar y añadir un nombre más a la interminable lista de pacientes que habían recuperado, por sus recias manos, la compostura. A la vista del estado del Endocrino, fueron muchos los labriguenses que, convencidos y orgullosos de la pericia de su vecino el componedor de huesos, le recomendaron visitarlo asegurándole que saldría andando por su propio pie, pero se negó en rotundo a aceptar el arreglo, alegando confiar más en la medicina oficial que en dudosas componendas, aunque lo cierto es que tampoco parecía muy dispuesto a dejarse examinar por un médico, y, de hecho, solo al final de la tarde, después de mucho discutir, cuando se convenció de que ni el frío ni el hielo ni el calor de las friegas hacían nada por mitigar la horrible hinchazón del tobillo, conseguí convencerlo y meterlo en el coche para llevarlo primero al centro de salud de Aldeacárdena y luego al hospital de Pomares, antes de traerlo, por último, de vuelta a casa, bien entrada la noche, con dos muletas, una férula y orden de cuarenta días de reposo.

15

Fracasado en las ciencias naturales, fracasado en las ciencias humanas y preso de una estricta orden de reposo que lo ataba de pies y, por culpa de a las muletas, también de manos, al Endocrino no le quedó más remedio que recuperar las discretas costumbres de sus primeros días en el pueblo, la lectura desinhibida de novelas policiacas en casa o en algún poyo al aire libre y los paseos vespertinos, reducidos, dadas las circunstancias, a un breve ir y venir por delante de la puerta para desentumecer los músculos y despabilar el cuerpo, y aunque al principio se encerró en un mutismo huraño e infantil, como si el resto del mundo tuviese la culpa de su desventurada caída, con el paso de los días fue recuperando el buen humor y el gusto por conversar, si bien de forma contenida y apenas con los dos o tres amigos más íntimos, gracias a lo cual pude ir conociendo los detalles de su accidentado peregrinar científico por las dehesas y montes de Labriegos. De ese pacífico modo transcurrieron lentamente los diez o doce primeros días de convalecencia del Endocrino, haciéndonos pensar que por fin había recobrado algo de sosiego, pero enseguida comenzamos a verlo salir de casa más de lo aconsejable, ensimismado, arrastrando las muletas, deteniéndose bruscamente en mitad de la plaza, de una calle o de las fronteras del Ejido y permaneciendo luego largo rato quieto, con la mirada perdida, antes de tomar apresuradas notas en su cuaderno, y todos dimos por hecho, pese a su renovado silencio, que algo nuevo se traía entre manos.

Su actitud cambió por completo de la noche a la mañana. No se le podía recordar que estaba convaleciente, que debía guardar reposo y no arriesgarse, con tanto ir y venir, a agravar la lesión, pues respondía con malos modos, contrariado, pidiendo que le dejásemos en paz, y fue entonces cuando de verdad comenzó a vérsele angustiado por el peso del esguince, que limitaba gravemente su capacidad de movimiento en un momento en el que, por razones que aún no comprendíamos, necesitaba más que nunca sentirse libre para indagar. A tal punto hubo de llegar la ansiedad, la sensación de atadura que sentía, que una mañana, cuando aún no

habían transcurrido quince días de convalecencia, en un furioso arrebato se arrancó la férula y, sin muletas y sin ningún tipo de precauciones, cojeó impaciente hasta la casa del componedor de huesos, que lo recibió con una sonrisa malévola y, sabedor –pues todo en Labriegos trascendía– del escepticismo inicial del paciente, con ánimo acaso de castigar su poca fe, se empleó a fondo en el arreglo, clavando con desmesura sus gruesos dedos de campesino en el tobillo blancuzco y lastimado del paciente, removiendo sin contemplaciones, con bruscas sacudidas, los adormilados músculos del Endocrino, que aguantó la operación estoicamente, sin decir palabra, antes de, tras dar al curandero la voluntad y las gracias, abandonar la rústica consulta por su propio pie y regresar a casa frotándose las manos, impaciente por volver a sus intensos, enigmáticos, quehaceres.

Debía de andar por entonces agosto casi mediado, y a todos nos parecía –bien es cierto– que el habitual desconcierto atmosférico de los primeros días de mes parecía dispuesto a prolongarse más allá de lo razonable, confundiendo las cabañuelas de ida con las de retorno, entremezclándolas y sembrando así el desconcierto entre pastores, labriegos y redactores del Calendario Zaragozano, que seguramente vieran cómo la predicción meteorológica del año siguiente se convertía en una incógnita insoluble, insondable, más allá de toda ciencia. En medio de semejante confusión meteorológica –a la que nadie, por otra parte, parecía dar mayor importancia–, el Endocrino, libre al fin de la férula, se echó a la calle y se dedicó a rastrear el pueblo y sus alrededores durante tres, cuatro y hasta cinco días seguidos sin razón ni encargo aparentes, a todas horas, mañana, tarde y noche, sin descanso, haciendo aflorar la inquietud entre el vecindario, que, profundamente intrigado, comenzó de nuevo a murmurar y a atizar rumores que decían que el forastero buscaba un tesoro celta, que rastreaba vestigios de un dudoso pasado romano o, ya en broma, que preparaba el aterrizaje, en pleno Labriegos, de una nutrida embajada extraterrestre.

Al margen de tales habladurías, y recuperada la plena confianza en sí mismo, el Endocrino se levantaba temprano, más aún que de costumbre, y dirigiéndose a buen paso hacia la calle del Ejido, aguardaba frente a la era del tío Dimas, de pie sobre una alcantarilla, la salida del sol, que parecía cronometrar tomando

puntos de referencia, pues su mirada saltaba de forma casi espasmódica del reloj de pulsera a la línea del horizonte, y de ahí a un poste de la luz y a la rama inerte de una encina seca, para regresar luego a la esfera del reloj y reanudar al instante su vertiginoso periplo. Luego desayunaba en el bar de Maxi, un café con leche y algo de bollería industrial, poca cosa, lo justo para matar el hambre mientras realizaba nerviosas anotaciones en uno de sus cuadernos de alambre, y allí permanecía después más de una hora sin pronunciar palabra salvo por las estrictas fórmulas de cortesía, más que leyendo, escrutando el periódico, como si hubiera de encontrar en él alguna pista trascendental. Por entonces no regresaba al bar a mediodía, y si lo hacía, no se tomaba el habitual vermú, sino una o dos cervezas apresuradas para matar el calor, y apenas hablaba con nadie ni seguía las conversaciones, pues no le quitaba ojo al televisor, pendiente de que diesen el avance informativo, como si también de él esperara algún tipo de revelación. El resto del día lo pasaba de la ceca a la meca, sin importarle ni la siesta ni el calor, con el cuaderno, el bolígrafo y la cinta métrica siempre dispuestos. Todo lo observaba, todo lo medía, todo lo anotaba, pero, sobre todo, miraba el cielo haciéndose pantalla con la mano para que la luz del sol no le achicharrase los ojos, como si calculase su profundidad o su azul intenso o quisiese trazar la carta de navegación de las nubes a su vaporoso paso por Labriegos. Luego, al atardecer, cuando el azul se iba transformando en naranja, la luz en oro, arrastrando los pies de cansancio se encaminaba hacia el pantano, donde repetía, mirando a occidente, la misma operación de la mañana, saltando del reloj al horizonte y a las hojas del cuaderno, cada vez más abarrotado de indescifrables garabatos, y los vecinos se sorprendían de que después de tanto trajín, de tanta agitación, de tanta fatiga, todavía le quedasen fuerzas para salir en pijama, en plena noche, a contemplar la luna creciente y las estrellas, y no dejaban de preguntarse intrigados por el motivo de tan intensa y agotadora búsqueda, sin lograr encontrar una razón convincente, lo que no deja de ser normal, vistas las cosas a toro pasado, pues cómo iba nadie a saber entonces que andaba preocupado por los indicios del extraordinario fenómeno orbital que nos mantuvo a todos en vilo aquel interminable mes de agosto.

Por lo que respecta a esos indicios, el Endocrino nunca supo

precisar qué fue lo que disparó la luz de alarma. Jamás acertó a decirlo y hablaba, más bien, de una rara sensación de inercia, de recurrencia que, en cierta medida, ya había experimentado en sus visitas a la presa del Cárdeno, a la torre de vigilancia o al campamento scout. Se trataba de algo inaprensible que flotaba en el aire o en el tiempo pero que le provocaba un intenso desasosiego y que se repetía con intensidad creciente al caer la tarde, quizá por ser la hora más propicia para el recuerdo, para la recapitulación, para considerar el día a debida distancia. No era, sin embargo, esa vez una sensación de déjà vu. No era algo subjetivo, sino objetivo, algo más complejo y a la vez más grave que de ningún modo conseguía poner en palabras, y puede que fuese eso, el no poder ponerlo en palabras, lo que le impedía desahogarse, aunque también puede que fuera un más que razonable temor a no ser comprendido o, incluso peor, a ser tenido definitivamente por loco y a verse condenado, en aquella aldea pequeña, remota y cerrada, a un ostracismo irreversible, lo que le llevó a mantener la boca cerrada.

Sin embargo, una tarde –que en la contabilidad del Endocrino hacía la sexta y que las circunstancias acabaron demostrando ser la octava del así llamado Tiempo Transitorio, el apaño cronométrico que los organismos internacionales acabarían por improvisar para medir el paso de los días en aquel interminable mes de agosto–, movido por la necesidad de dar rienda suelta a su inquietud, de dar a conocer, aunque solo fuera con indirectas, sus sospechas, después de saludar a un cabrero del pueblo que, como todas las tardes, regresaba del monte con su ganado, le dijo, como si de una mera curiosidad, de una observación intrascendente se tratase, que desde hacía varios días venía notando que, al regresar, las cabras lo hacían en idéntica formación, no en fila cerrada, al modo marcial, como de costumbre, sino dispersas, cada una a su aire, abonando, como solían hacer, todo el ancho de la calle, pero con la misma colocación, al mismo ritmo, manteniendo entre ellas la misma distancia, con una conciencia de orden que iba más allá, o más acá, de la mera disciplina, dicho lo cual se calló, vacilante, temeroso de que el otro lo considerase una estupidez, pero al descubrir en los ojos de este un brillo, más que de inteligencia, de comprensión, de solidaridad, de comunión con esa inquietud íntima que le venía revolviendo las entrañas, siguió adelante y le confesó que había

trazado en el suelo sendas rayas, al principio y al final de la calle de la Pendencia, que las últimas tres tardes se había dedicado a cronometrar el paso sosegado del rebaño, y que, sorprendentemente –matizó quizá para restarle importancia al asunto, porque lo cierto es que, a aquellas alturas, en su fuero interno cada vez había menos lugar para la sorpresa–, habían tardado exactamente lo mismo.

–Yo también me he dado cuenta– respondió, para alivio del Endocrino, el cabrero, que describió a continuación la tozuda parsimonia con la que las cabras abandonaban las rocas a la hora del regreso–. Y también me he fijado en que sobre la peña donde acostumbro a guardar el cayado y el morral las hormigas hacen todos los días el mismo recorrido, y lo raro es que no hay en ella rastro de comida ni nada por lo que insistir en ese camino. Si no se movieran cualquiera diría que están dibujadas sobre la roca.

Durante no menos de dos minutos los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, muy serios y preocupados, pero, puede que por pudor, puede que por miedo a conocer la verdad, a que, al unir sus fuerzas y poner en común sus observaciones, se demostrasen acertadas sus horribles sospechas, no llegaron a decir palabra y, transcurrido ese tiempo, incapaces ya de mantener por un segundo más la mirada, se despidieron sacudiendo la cabeza y regresaron cada uno en silencio a sus quehaceres vespertinos. Pero todo estaba dicho, y el Endocrino sabía que tenía en el cabrero un socio, un amigo, un hermano, un compañero valiente, capaz de acompañarlo, sin temor, por la senda de la verdad, por más que ésta resultase temible y vertiginosa. Por eso al día siguiente, tras una nueva jornada de ires y venires y comprobaciones, acechó al amparo de la calle de la Pendencia, la única calle del pueblo que, como resultado de una ancestral disputa, no tenía puertas ni ventanas ni ningún otro testigo que no fuera un manzano mediano y silvestre enfrentado a poniente, la llegada del cabrero, anunciada por el sonido lejano y solitario del cencerro, que abría, monótono y deslucido, el reiterado cortejo caprino.

El cabrero se detuvo, prosiguieron indiferentes las cabras y el Endocrino, sin preámbulos, hurtando la mirada, expuso que desde hacía días, demasiados días quizá, andaba en celo la perra canela de una vecina, pero que lejos de peleas, ladridos o mordiscos, con

gentileza, sin rivalidad alguna, los perros aguardaban cada mañana a la sombra de las casas a que llegase su turno mientras sus compañeros apuraban la faena y la perra se lamía, en el intervalo de descanso, su vulva amoratada, para luego cubrirla con lentitud extrema, sin precipitación y, en apariencia, no con el deseo de prolongar ese supremo momento de placer, sino por pura apatía, con indiferencia, como sin ánimo alguno de reproducirse, como si ninguno tuviera interés en perpetuar la especie y se limitasen todos a completar un rito obligado antes de marcharse, con el miembro fláccido y pringoso, arrastrando, extenuados, sus tediosas existencias, y el cabrero, extremando en un rictus de aflicción las arrugas de su rostro, contestó que algo parecido sucedía con los conejos, animales de proverbial fecundidad que deambulaban desde hacía días por la conejera inquietos, desazonados, sin ganas de comer ni de aparearse.

–Es extraño –concluyó lacónico el pastor después de un largo intervalo de silencio.

–Sí, resulta extraño –corroboró dramático el Endocrino–. Parece como si un melancólico bucle lo fuese invadiendo todo.

Luego, tras apurar una mirada intensa, se alejaron los dos satisfechos de haber avanzado un paso más en su relación y en sus trascendentales averiguaciones.

Las revelaciones de la tarde siguiente no se hicieron esperar, pues, sabedor de la recta determinación del rebaño, que se dirigía sin prisas ni demoras al cercado, el cabrero echó a correr por delante monte abajo y cuando se oía aún el cencerro tañer distante, lo vio el Endocrino aparecer, presuroso y jadeante, por los lados del ejido. Esa vez fue él, el cabrero, el que, con la voz entrecortada por la falta de aliento, informó a su colega con rostro desencajado de que la luna no engordaba y de que tampoco lo hacían los higos en las higueras, y el Endocrino le contestó, meneando la cabeza, arrastrando la mirada por el suelo, que, como él mismo había podido comprobar, tampoco lo hacían las manzanas ni las peras ni las uvas, que venía calibrando con regularidad, día tras día, y señalando al cielo y haciendo luego un gesto con la mano, le pidió que se sentase a su lado en la acera, que aguardase exactamente minuto y medio y que vería cómo una nube con forma de calabaza,

la misma del día anterior, cubría por completo el sol, y cómo en apenas cuarenta segundos lo volvía a dejar atrás, descubierto y más radiante. Sentados sobre el cemento, pendientes ambos del cielo y del cronómetro, comprobaron cómo la nube en forma de calabaza se desplazaba dulcemente, movida por la brisa, sobre el lánguido sol crepuscular de agosto, y cómo este volvía a surgir con exactitud, transcurrido el esperado intervalo, más brillante, más lozano, apurando feliz sus últimos destellos antes de desaparecer hasta la mañana siguiente más allá de la sierra de la Mesa.

Se quedaron los dos mirando el cronómetro, detenido en cero cuarenta con diez décimas, y comprendieron que era aquello, precisión, mesura, método científico, lo que necesitaban, lo que debían seguir empleando con disciplina para cuantificar sus observaciones, para ratificar sus sospechas. Entonces, como movido por un resorte, al descubrir en el suelo un trozo desgastado de ladrillo, el Endocrino señaló con riguroso índice la hora en el reloj, las nueve y siete, para fijarla indeleble en la memoria, y con trazos rápidos y decididos, sin importarle el decoro, el orden público o el respeto a la propiedad privada, dibujó a grandes rasgos, sobre el muro blanco de cal, la sombra menuda del manzano, y luego, como inspirado por un saber antiguo, rebuscó en el corral de casa, salió a la calle con un mazo, una vara de hierro y una cinta métrica y, tras clavarla a conciencia a los pies del árbol, tomó nota tanto de la hora, las nueve y treinta y uno, como de la longitud exacta de la sombra, sesenta y cuatro centímetros, ocho milímetros.

Durante los siguientes tres días esperaron juntos el cabrero y el Endocrino, nerviosos y expectantes, en la solitaria calle de la Pendencia la llegada de las nueve y siete para comprobar cómo el sol calcaba sobre la blancura del muro la precisa sombra del manzano, y durante esos mismos tres días hicieron luego tiempo, charlando de cualquier cosa, de temas intrascendentes, a menudo de un pasado menos monótono y predecible que el presente, a que dieran las nueve y treinta y uno y el extremo de la vara de hierro, proyectado con nitidez sobre la escala de la cinta métrica, marcase obediente sesenta y cuatro centímetros, ocho milímetros, y al cabo de esos tres días, culminadas las comprobaciones, se miraron fijamente, aterrorizados y, a la vez, de alguna manera, aliviados, inquietos, eso sí, ante el incierto futuro que se les abría o, acaso

mejor dicho, por el claustrofóbico presente que aún tenían por delante, pues para entonces, sin necesidad de comprobar el experimento a través de ángulos, distancias, senos o cosenos, ya no les quedaba ninguna duda de que, como pronto llegaríamos todos a saber, la Tierra, en algún momento días atrás, se había quedado parada en medio del espacio.

16

Como cualquiera habrá podido adivinar, acababan de verificar la sorprendente, aún inexplicada y quizás inexplicable detención del planeta en mitad de su órbita celeste aquel interminable verano. Sin embargo, aunque la verdad les ardía impetuosa en la garganta, los dos prefirieron mantener la boca cerrada hasta que todo cayese por su propio peso, conscientes de que con abrirla antes de tiempo solo lograrían que en Labriegos los tomásemos por locos. Mucho tiempo después, cuando ya había pasado todo aquel revuelo y las cosas habían regresado a su cauce, yo mismo recordaría que, en una ocasión, en una de aquellas tardes en las que aún no se había desvelado el fenómeno y la gente seguía, ignorante, con su vida cotidiana, mientras paseaba con el Endocrino por la orilla del arroyo Enjuto, de repente se me antojó todo, el calor, la luz, el cielo, el viento, tan dulce y apacible, que exclamé en un suspiro «Qué tranquila está la tarde», o algo similar, y entonces el Endocrino, que, ahora lo entiendo, vio en ese momento la oportunidad de aliviar por fin sus ansias de contar y en mí, un seguro confidente, respondió –y juraría que esas fueron sus palabras exactas–: «Parece como si el mundo se hubiese detenido». No sé si lo creo o si, en realidad, solo quiero recordarlo, pero hubo algo en la expresión de los ojos y en el tono de la frase que insinuaba que no se trataba de una imagen más o menos poética, sino de una pequeña provocación, de una sutil invitación al diálogo que no supe entonces interpretar, o quizá sí lo hice y decidí a conciencia no tirar del hilo y seguir disfrutando de la paz de aquella tarde pensando que no era más que el pórtico a cualquiera de sus muchas extravagancias. El caso es que, fuera como fuese, la frase quedó colgada del aire, sin respuesta, y él, tan callado como la tarde, y de ese modo perdí la oportunidad de conocer de antemano la apabullante noticia, que saltaría por fin a la luz pública el supuesto quince de agosto, festividad de la Asunción de María, y no de la mano del cabrero ni de la del Endocrino ni en Labriegos, sino a través del comunicado de un improvisado y enigmático comité científico al que respaldaban las más altas y prestigiosas organizaciones internacionales.

La jornada era festiva, Labriegos aún se desperezaba y apenas habían salido a la calle los más madrugadores, los que no tenían más remedio que atender a las bestias o los condenados a no saber disfrutar de los días de asueto, cuando, tras revolucionar en segundos las agencias de prensa y difundirse por internet con una rapidez hasta entonces inusitada, vino a romper la paz de la mañana aquel escueto y parco comunicado según el cual, sin razón ni motivo aparente, la Tierra se había quedado detenida en algún punto de su órbita alrededor del Sol. El revuelo fue tan inmediato que apenas nadie alcanzó a escuchar los escasos datos adicionales que ofrecía el informe, pues todo el mundo se echó a la calle a divulgar la noticia entre los vecinos, y solo al cabo de las horas y de escuchar con atención una y otra vez los noticiarios nos enteramos de que el fenómeno se había desencadenado a finales de julio, al detectarse una inesperada, suave y paulatina reducción de la velocidad de traslación del planeta que había culminado con su completa detención poco más de una semana después, el tres de agosto. Supimos también entonces que, a pesar de ello, no se habían producido alteraciones en el movimiento de rotación de la Tierra, que continuaba girando sobre sí misma con entera normalidad mientras la Luna y el resto de los planetas y cuerpos celestes seguían su curso, datos que, de algún extraño modo, nos consolaban. De tanto oírlo en la radio y en la televisión aquellos días, de tanto leerlo en los periódicos buscando entre sus escasas palabras algún tipo de explicación, llegamos a aprendernos de memoria el seco mensaje de los científicos, que culminaba anunciando que en adelante se facilitaría información puntual y exacta de cuantas novedades se produjesen en relación con tan extraordinario suceso, sin que la presión de los medios de comunicación y de organizaciones ciudadanas de todo el mundo lograra luego que el misterioso comité diese la cara o convocase rueda de prensa alguna para aclarar cualquiera de las millones de preguntas que, en pocas horas, se lanzaron por teléfono, fax y correo electrónico hacia ninguna parte desde los más remotos puntos del planeta.

El Endocrino y el cabrero, nuestros eximios científicos locales, escucharon la noticia en un pequeño transistor que, por tener casi agotadas las pilas, a menudo perdía la señal y sustituía la voz clara y consternada del locutor por una áspera y molesta carraspera

analógica que no les impidió, en todo caso, comprender lo esencial del mensaje, que no hacía sino corroborar la exactitud de sus descubrimientos y que poco o nada añadía, en realidad, a lo que ellos ya habían averiguado antes. Conforme a lo que, mucho tiempo después, contaría el cabrero, no podemos decir que en ese momento se alegraran, pues eran demasiado conscientes de la gravedad de la situación como para hacerlo, pero sintieron una tenue satisfacción por su perspicacia y, sobre todo, un alivio considerablemente más intenso y prolongado que el de la tarde del descubrimiento, pues fue como si, después de permanecer tensos durante días, todos y cada uno de los músculos del cuerpo se relajaran sumiéndolos en una suerte de paz bobalicona que se reflejaba en sus facciones, en la flaccidez de sus miembros y en una despreocupada forma de caminar. Su actitud contrastaba enormemente con la súbita agitación de sus vecinos, que no dejaban de revolotear, inquietos, de casa en casa y de aporrear las cerradas puertas del Ayuntamiento, como si de tan endeble organismo público pudieran obtener remedio para la situación, y como quiera que ni el alguacil ni el Alcalde ni ninguno de los concejales, limitados por la ignorancia, las parcas informaciones oficiales y las estrictas consignas de los partidos, supieran aclarar la situación ni qué hacer con ella, acudieron en masa, esperanzados, a la misa de doce y media, que no empezó hasta la una y cuarto pasadas, pues don Julián, el párroco, se había visto enredado en un revuelo similar dos horas antes en Aldeacárdena. Con tantísimo jaleo y tantísima excitación aquello no fue misa ni nada parecido, pues los labriguenses, sobre todo los menos beatos, que aquel día sí acudieron desconcertados a la iglesia, se arrogaron al punto la tan poco católica costumbre de interpretar las escrituras, e interrumpían cada dos por tres el curso de la primera lectura, de la segunda, el salmo o el evangelio buscando en los versículos la explicación que la radio y la televisión les negaban, y entonces se desataba el debate a viva voz, que don Julián se empeñaba en zanjar para rematar la liturgia de la palabra y saltar a la homilía, pero sus intentos eran tan vanos y el calor en la iglesia comenzaba a ser tan asfixiante que el cura acabó por abortar la eucaristía con un padrenuestro, tres avemarías y un gloria rezados a toda velocidad y, en lugar de enviar a los feligreses de regreso a casa, consciente de la imposibilidad de que aquel día se fueran en paz, los convocó de inmediato a una bulliciosa asamblea en plena plaza, a la sombra de

los plátanos, de la que, después de un par de horas de debate, salieron dos acuerdos, el de organizar sin demora una novena de oración por la feliz deriva de la Tierra y el de trasladar en procesión a la Virgen de las Jaras desde su ermita hasta la iglesia del pueblo para que sus desorientados hijos pudieran tenerla cerca y sentirse amparados en tan desdichado trance.

Por ridículas que puedan parecer hoy las medidas de la asamblea vecinal de Labriegos, no lo fueron más que otras muchas adoptadas por todo el mundo y en foros de los que cualquiera hubiera esperado decisiones de más calado y fundamento. De hecho, en aquellos días nuestro pequeño pueblo se transformó en un modelo a escala de la Tierra. En él se reprodujeron, unas veces a priori, otras a posteriori, muchos de los problemas y situaciones que tuvieron en jaque al planeta entero en aquel extraño brete astronómico estival, hallando nuestro improvisado órgano de decisión colectiva, en más de una ocasión, soluciones ingeniosas que ya hubiera querido para sí la Asamblea General de las Naciones Unidas, encontrando inmediato remedio –aun con medidas, desde luego, precarias, en más de una ocasión rústicas– a problemas como el cómputo del tiempo o el abastecimiento de comida a los que los gobiernos y organizaciones internacionales tardaron semanas en dar respuesta.

En aquellas asambleas intervino también el Endocrino, pero lo hizo de forma absolutamente discreta y secundaria, sin inmutarse ni alterarse lo más mínimo, sin pronunciar palabra ni dar opinión alguna, aunque con un brillo permanente en los ojos que denunciaba un cierto distanciamiento crítico, como el del turista que de pronto se ve inmerso en una festividad ajena y pintoresca que no acaba de comprender pero de la que disfruta. Por lo demás, y en contra de lo que cabía esperar, salvo por su participación discreta en las reuniones y en las acciones comunales que, en vista de la situación, se iban decidiendo –como un rústico sistema de cómputo temporal que hacía público cada mañana el alguacil colgando números del marcador del campo de fútbol del balcón del Ayuntamiento y que se adelantó en varias semanas a la institución del Tiempo Transitorio, o el inventariado de reses y el envasado colectivo de frutas y verduras en la nave municipal, con los que el pueblo pretendía acumular provisiones en aquella rara coyuntura en la que ni las plantas crecían ni los animales se multiplicaban–, su

vida cotidiana no pareció cambiar lo más mínimo con el anuncio oficial de lo que oficiosamente él mismo había descubierto ya con el cabrero, más bien todo lo contrario: ajeno a la grave coyuntura, recuperó de la noche a la mañana la apacible rutina de sus primeros días en Labriegos, como si con el descubrimiento casero de aquel grave problema planetario quedase saciada su curiosidad y todo lo que vino más tarde resultase superfluo y carente de interés. En sus ventanas no se veía el resplandor del televisor, y tampoco se oía en su casa el rumor de la radio, con lo que su único contacto con el mundo debían de ser por entonces el periódico atrasado que hojeaba cada mediodía en el bar de Maxi y las conversaciones con los parroquianos, que se turnaban impacientes día tras día para informar de las novedades al que parecía ser –si no con carácter absoluto, sí al menos en kilómetros y kilómetros a la redonda– el único individuo empeñado en ignorar lo que sucedía en el mundo. Al escuchar todas aquellas noticias solía reaccionar con una leve sonrisa de escepticismo, no de suficiencia o superioridad, pues no era ese su estilo, sino de sobrio, llano, puede que incluso enigmático escepticismo, un escepticismo con el que no sabemos si ponía en duda los espectaculares avances que, según los medios de comunicación, iban alcanzando los científicos, las medidas que iba improvisando la comunidad internacional, o, lo más probable, ambas cosas. Por lo demás, su vida transcurría plácida, como de costumbre. Mantenía sus paseos, sus lecturas y sus conversaciones con unos y con otros, especialmente con el cabrero, con quien parecía unido, desde aquel primer encuentro en la calle de la Pendencia, por una amistad fraterna y con el que no dejaba de charlar cinco o diez minutos cada tarde, al caer el sol, mientras el rebaño volvía, monótono y taciturno, a su redil.

Pero, como ya hemos señalado, el Endocrino estaba hecho para la acción, no para la vida contemplativa, y aquella aparente calma duró solo unos días, apenas un par de semanas, hasta que tuvo lugar un enigmático episodio que lo volvió a poner en boca de sus vecinos, más preocupados entonces por la detención del planeta que por sus comunes extravagancias, un episodio enigmático e inexplicado que, de algún modo, desencadenó su última aventura.

Sucedió en vísperas de las fiestas de San Ramón, que en estricta aplicación de las órdenes gubernamentales se habían fijado para el

27, 28 y 29 del Tiempo Transitorio. Nadie recuerda el día con exactitud, pero sí que serían las cuatro de la tarde, una hora escogida, sin lugar a dudas, por ser la más respetada en verano en un lugar castigado por el sol como Labriegos y en la que, de ordinario, no hay nadie por la calle, lo que tampoco impidió que hubiese, entre visillos o al amparo de las contraventanas, numerosos testigos. Cuentan que a esa hora intempestiva un automóvil negro con aire de coche oficial –alta gama, diseño severo, lunas tintadas– se deslizó silencioso por las calles del pueblo y vino a detenerse ante la puerta del Endocrino, y que lo hizo tan pegado a la fachada que apenas si quedó hueco suficiente para que el fornido conductor, tras golpear la aldaba, abriese la puerta de atrás del vehículo, que había aparcado con tanto esmero y tanta reserva que apenas si resultó posible distinguir quién o quiénes salían del coche para entrar en la casa de nuestro vecino. Hay quien dice que fue una mujer sola, trajeada y con gafas de sol (lo que dio lugar a interpretaciones frívolas que no vienen al caso), hay quien dice que la acompañó un hombre igualmente trajeado, ocultos también los ojos por gafas oscuras, hay quien dice, además, añadiendo al misterio un exotismo que, sin lugar a dudas, hizo que se convirtiese en la versión más difundida, que se trataba de un negro. Lo único que se sabe a ciencia cierta, y a lo que se puede dar crédito, pues en ello coinciden todos los testigos –entre ellos un chaval que, ya porque se hubiera saltado la sagrada siesta, ya porque hubiera sido enviado ex profeso como espía por sus indiscretos progenitores, anduvo merodeando por las inmediaciones del coche oficial y que fue espantado con muy malos modos por el chófer–, es que la visita duró alrededor de una hora, que se escucharon, si no voces, sí los altibajos de una discusión airada –los defensores de la tesis de que uno de ellos era negro aseguran, para corroborarlo y darle verosimilitud, que también se escucharon frases en otro idioma–, y que los visitantes acabaron por salir y subir de forma precipitada al vehículo, que arrancó al instante y abandonó Labriegos a toda velocidad, sin importarle la discreción ni el sigilo ni el debido respeto a las postrimerías de la siesta.

La noticia corrió como la pólvora despertando a los vecinos antes de tiempo, y entre la modorra y el café con hielo comenzaron sin demora las elucubraciones, que dieron lugar, en cuanto el calor dio tregua para subir un poco las persianas y salir a la calle, a las más

dispares y disparatadas lecturas, que enseguida fueron enredándose entre sí para engendrar versiones más sofisticadas, detalladas y atractivas. De ese modo, no tardaron en llegar a mis oídos rumores de que el Endocrino había recibido la visita de los abogados de una compañía de seguros, de unos capos de la mafia rusa, de agentes de los servicios secretos británicos, de una ministra escandinava acompañada de un alto representante del gobierno norteamericano o de reservados miembros del misterioso comité científico encargado de diagnosticar y encontrar remedio a la enfermedad de la Tierra, rumores a los que no quise prestar atención alguna, negándome, como insistían en sugerirme, a ir a ver al Endocrino para, aprovechando nuestra amistad, sonsacarle lo sucedido, y llegando a poner en duda, sobre todo para quitarme de en medio a tanto vecino pesado, la veracidad de la propia visita. Pero lo cierto es que se produjo, y todo apunta a que, fuese cual fuese su objeto, provocó en el Endocrino un enorme impacto, pues todos los que lo vieron esa tarde coinciden en afirmar que cuando salió a dar su habitual paseo se mostró reflexivo, esquivo, inusualmente callado, que ni siquiera buscó, como en otras ocasiones, la compañía del cabrero, y que en su rostro se podían distinguir las marcas de una honda preocupación, y sin duda algo grave debía atormentar aquella tarde el alma de nuestro protagonista, porque dicen que las luces de la pequeña casa de la plaza permanecieron encendidas casi toda la noche, y que en su interior se escucharon, hasta altas horas de la madrugada, rumores de gran agitación, y porque lo cierto es que a la mañana siguiente, muy temprano, mucho más que de costumbre, sin razón aparente y sin dar a nadie explicación alguna, se echó, sin más, al monte.

17

Conviene advertir, antes de seguir adelante, que la recobrada paz del Endocrino aquellos primeros días de la detención de la Tierra no había sido más que pura apariencia. Yo por entonces lo frecuentaba poco. Primero porque, como muchos otros en el pueblo, hacía tiempo que había dejado de tomármelo en serio, pero también porque, como el resto de la humanidad, estaba demasiado preocupado por las circunstancias que el mundo atravesaba como para prestarle atención a un vecino raro y excéntrico que, además, no parecía preocuparse lo más mínimo por la situación del planeta. Las pocas veces que coincidíamos se empeñaba, como si nada sucediera, en hablar de cualquier otra cosa, de fruslerías, de nimiedades, de asuntos que, a la luz de tan grave coyuntura, se me antojaban estúpidos y me quitaban aún más las ganas de conversar con él. Sin embargo, como pude saber solo mucho más tarde, lo que había detrás de aquella aparente frivolidad era la necesidad de sacudirse, siquiera unos instantes, una obsesión que le sobrepasaba pero que, quizá por miedo a la locura, quizá por temor al ostracismo o, por el contrario, a suscitar de nuevo un exceso de atención por parte de sus vecinos, quiso mantener estrictamente confinada entre los cuatro muros de su vivienda.

En realidad, a pesar de su aparente calma, y al contrario que la Tierra, su cabeza no dejaba de dar vueltas. Mientras esperaba ingentes pedidos de libros que, debido a la confusión del momento, no acababan nunca de llegar, el Endocrino castigaba sin descanso sus cuadernos con cientos de anotaciones confusas, contradictorias, a menudo imposibles de entender por culpa de la letra, minúscula y apresurada. En sus páginas se entremezclan consideraciones agudas, valiosas, de indudable solidez intelectual, junto con elementos de lo más burdo e insustancial, algunos de naturaleza deliberadamente lúdica o apócrifa –comentarios sobre el tiempo, falsas entradas de diario, chascarrillos labriegos o recortes de prensa con noticias triviales– que llegan a poner en entredicho el rigor de lo demás, todo ello salpicado además, lo valioso y lo despreciable, lo profundo y lo superficial, de esbozos, garabatos, croquis ininteligibles,

certeras caricaturas y diestros apuntes del natural, formando un totum revolutum que ocupa, con letra apretujada y casi sin márgenes, cerca de veinte cuadernos.

No obstante, leyendo con atención, sin reparar en dibujos ni en divertimentos, es fácil deducir que las preocupaciones del Endocrino volvían a ser, en esa ocasión, de índole científica, y que, como era natural, tenían su origen en la súbita detención del planeta. Algunas de sus anotaciones de aquellos días, por ejemplo, arremeten sin piedad contra los que denomina «neorrecontrapositivistas», sobre todo contra quienes confían ciegamente en el poder redentor de la ciencia como único camino para resolver la situación. En sintonía con esta misma línea crítica, otras gravitan en torno a la necesidad de superar las matemáticas. En ellas el Endocrino reconoce de buen grado que los números han resultado decisivos para el progreso de la Ciencia, que ha alcanzado, apoyándose en ellos, unas cotas de desarrollo insospechadas, pero considera que son, a esas alturas, un modelo agotado, que no da más de sí y que no es más que un lastre que impide a los hombres dar el salto necesario para acceder a una nueva era del conocimiento, una era alejada del paradigma matemático, alejada de las certezas de Newton, alejada de Einstein y de la relatividad, que no llega a perfilar de forma suficiente en sus escritos –aunque en ellos se intuye una vaga inspiración mística y cabalística– y que, a su modo de ver, ha de conducir a la solución del problema de la Tierra y al dominio del Universo en toda su extensión, en toda su profundidad, en todas sus dimensiones, sin que podamos conocer de forma clara y satisfactoria qué extensiones, qué profundidades, qué dimensiones son esas.

«La filosofía intenta comprender el mundo con palabras. La ciencia trata de hacer lo mismo a través de los números. En los últimos siglos, la ciencia ha ido arrinconando poco a poco a la filosofía, que se ha visto reducida al estudio de la ética, la moral, la estética, labores vicarias, periféricas, alejadas del meollo de la cuestión, y qué tristemente ridículas se ven las consideraciones de algunos grandes filósofos a la luz de descubrimientos científicos más recientes», afirma el Endocrino en una de esas entradas, titulada «Cifras y letras», que concluye diciendo: «Leí hace algún tiempo que se están empleando letras para descifrar el código genético, y quiero

pensar que no deja de constituir una –sin duda ingenua– esperanza para los que aún confiamos en el poder iluminador de la palabra: ¿No resultará al cabo la cábala el antepasado alquímico de la ciencia del futuro?».

En definitiva, tras sus rotundos fracasos tanto en el ámbito de las ciencias naturales como en el de las del hombre, parece que el inesperado e insuperable estancamiento de la Tierra en mitad de su órbita celeste se acabó revelando para el Endocrino como una oportunidad única, irrepetible, para llevar a cabo una necesaria refundación científica, para sentar las bases de lo que había de ser la ciencia del futuro, una ciencia apoyada no en la observación y en las matemáticas, sino en alguna oscura forma humana de intuición cuyos rasgos y potencialidades era incapaz de precisar, pero que había de servir para superar el hondo bache en el que se encontraba atascado el planeta. Para ello consideraba imprescindible partir de cero, de la más completa ignorancia, de la más candorosa inocencia, para, desde ahí, emprender un tránsito de lo cercano a lo lejano, de lo local a lo universal, con el que ir construyendo paso a paso un nuevo saber, una nueva filosofía y, por ese camino, fundar la ansiada nueva ciencia, la que acabaría bautizando como «Ciencia del Día», con mayúsculas, de ese Día que se había vuelto eterno, que constituía por entonces, la única realidad posible, el único objeto de conocimiento, y cuyas exactas coordenadas nuestro héroe parecía ávido de registrar en sus anotaciones. Fue además en medio de aquel eufórico batiburrillo de ideas, observaciones y proyectos cuando su nombre –no el nombre propio, que nunca llegamos a conocer, sino el apelativo con el que nuestros vecinos, de forma no sabemos si azarosa, habían decidido nombrarlo meses atrás, Endocrino– se reveló para él como una auténtica llamada del Destino, como una coincidencia cuya razón de ser iba más allá de la casualidad o del capricho, y cuando comprendió –o quizá solo quiso comprender, obstinado en que las cosas cuadrasen a toda costa– que estaba llamado a convertirse en el Endocrino del Día, en un chamán, en un zahorí, en el auténtico conocedor de los secretos jugos del planeta, en el fundador, a fin de cuentas, de aquella nueva Ciencia, de aquel nuevo saber que había de sacar a los hombres de la encrucijada en la que se hallaban fatalmente detenidos.

Un indicio claro de ese deseo de partir de cero, de resetear el

conocimiento humano para arrancar desde el principio, son los versos que, a modo de pórtico, inauguran los por él llamados «Cuadernos de campo», la serie de pequeños blocs de notas que dedicó a su deambular por los montes de Labriegos aquel interminable mes de agosto, y que dicen así:

Y me acogió, benévola, la Diosa

y, tomando mi diestra con su mano,

me dijo estas palabras imponentes:

«Joven, que acompañado de inmortales

aurigas y por yeguas arrastrado

subes a mi morada, bienvenido,

pues no es destino aciago el que te trajo

a este sendero lejos de los hombres,

sino Lo-que-ha-de-ser y la Justicia.

Tendrás que averiguarlo todo ahora,

la redonda verdad del corazón

y la vana opinión de los mortales,

que en ninguna certeza haya sustento,

mas también esto otro has de aprender:

que a prueba deberían haber puesto

cómo es lo aparente, recorriéndolo».

No se trata de un poema original, desde luego, sino de una versión

libre, en endecasílabos, de varios hexámetros de la famosa obra de Parménides Sobre la naturaleza, y probablemente no tenga demasiado valor literario, pero resulta revelador, pues en él se hace visible, por su contenido y su significado histórico, que la intención del Endocrino era contemplar el mundo como si fuese virgen, enfrentándose a cada fenómeno por sí mismo y preguntándose por ellos con la curiosidad prístina, cándida, presocrática de aquel que aún no tiene respuestas para nada, y esa fue, quizá, la razón y el objetivo primordial que le llevó, después de todo y al margen de lo que pudiera haber sucedido en aquella misteriosa visita de incógnito a la hora de la siesta, a echarse al monte, a huir de la civilización para internarse en la naturaleza, emprendiendo de ese modo su última y definitiva salida de Labriegos.

18

De no haber sido por la visita del presunto coche oficial, que devolvió al Endocrino parte de la atención que la súbita detención del planeta le había robado, puede que nadie, ni siquiera yo, hubiese reparado en su repentina huida de Labriegos, pero aquel misterio a la hora de la siesta hizo que todo el pueblo volviese a estar, al menos durante algún tiempo, pendiente del forastero, y su inesperada desaparición al día siguiente volvió a desatar rumores según los cuales, por ejemplo, al negarse a atender el llamamiento de las autoridades o al haber desairado, como todo parecía indicar, a sus enigmáticos visitantes, el Endocrino se había convertido en un proscrito, en un prófugo de la justicia, eso si no lo era ya antes de llegar al pueblo. Luego, sin embargo, a medida que fueron pasando los días y vimos que nadie se interesaba por él, que nadie acudía presuroso en su busca y captura, que nada nuevo y extraordinario acontecía, las sospechas fueron mostrándose caprichosas e infundadas y acabaron desvaneciéndose en el desconcertado trajín de aquel persistente y redundante tres de agosto, y poco a poco todos, sin excepción, fuimos olvidándonos definitivamente de él.

Pero eso sucedería algún tiempo después, porque la misma tarde de su partida, cuando aún estaba en boca de todo el pueblo, un vecino vino contando que se lo había encontrado en un camino no lejos del pantano, y que al ver que cojeaba le había preguntado si aún sufría molestias por culpa del esguince. El Endocrino le había respondido –decía el vecino– que gracias al apretado vendaje del componedor de huesos el tobillo apenas le dolía, y que solo a veces sentía un leve pinchazo, un vago ardor o un calambre que irradiaba hacia el pie, nada que le impidiera caminar, por otra parte, y a continuación le había señalado con cara de fastidio la verdadera causa de su cojera, la bota del pie contrario. Al parecer, había tropezado con un piedra, se le había despegado buena parte de la suela y había tenido que sujetarla a duras penas con lo único que tenía en ese momento a mano, un trozo de cordón que había cortado con la navaja, pero la reparación no había podido resultar menos satisfactoria, pues ni la suela permanecía lo bastante firme ni la bota, atada con el resto

del cordón, ajustaba lo suficiente, lo que le obligaba a andar despacio, con mucha cautela, por temor a deshacer el arreglo o a dar otro traspié y sufrir una nueva torcedura. Al parecer, el Endocrino le preguntó entonces dónde podía comprar un par de botas nuevas por allí cerca, y el vecino le contestó que tal vez en Aldeacárdena hubiese algo, aunque lo más seguro era acercarse hasta Pomares, donde encontraría, sin duda, más variedad y a mejor precio. Pero luego recordó de golpe una tercera opción mucho más próxima, la de un zapatero que aún mantenía abierto su taller en el antiguo poblado del pantano, a no más de tres kilómetros de allí, y que, si todavía trabajaba, quizá todavía podría hacer algo por el maltrecho calzado. El vecino se ofreció incluso a regresar a casa en busca del coche para recogerlo y llevarlo hasta allí, pero el Endocrino declinó gentilmente el ofrecimiento y, agradeciendo la información, se quitó resignado la bota rota y se alejó renqueando, calzado de un pie, descalzo del otro, en dirección a la presa.

Desde el lugar donde ambos se encontraron, la única forma de llegar hasta el poblado y el zapatero era atravesar el pantano del Cárdeno por la carretera que coronaba el muro de la presa, pero ello suponía pasar descalzo y cojeando junto a la casa de un guarda, como Juan, quizá vengativo y demasiado propenso a echar mano de la escopeta como para arriesgarse a ser visto. Por esa razón, como pude saber con el tiempo, el Endocrino pasó el resto del día oculto y expectante a la sombra de un árbol, a cierta distancia del embalse, por miedo a ser descubierto por su antiguo compañero de fatigas, del que aún temía represalias, y solo cuando cayó del todo la noche y vio luz en la casa se decidió a cruzar al otro lado, pero de camino, contraviniendo toda lógica y un razonable temor a ser descubierto, no pudo evitar la tentación de asomarse antes por la ventana del comedor furtivamente, donde descubrió, como era de esperar, al guarda, hundido en el sofá y entregado al conocido ritual del sol y sombra. Allí permaneció agazapado, contemplado la escena, y solo después de un buen rato se alejó y, con las botas en la mano, para no hacer ruido, se echó a correr por la carretera que coronaba la presa tratando de alcanzar lo antes posible la otra orilla, temeroso de que la larga hilera de faroles que la alumbraba hiciese de él un blanco perfecto. Luego, mientras buscaba un lugar cómodo y seguro para pasar la noche, se preguntó si debía sentir o no lástima por su antiguo anfitrión, si debía fiarse de las apariencias, de su aspecto de

hombre solo y arruinado, vencido cada noche por la soledad y por el alcohol, o si, por el contrario, no sería la más feliz de las criaturas, si no habría hallado su salvación en aquella ciega rutina nocturna, si no habría encontrado, a fin de cuentas, el equilibrio vital en la sabia, ponderada mesura del sol y sombra a medianoche.

Al amanecer, tras pasar el resto de la noche al raso, llegó por fin al antiguo poblado del pantano. Levantado cuarenta años atrás para albergar al personal contratado para la construcción de la presa, el poblado llevaría por entonces más de veinte abandonado y su aspecto era, desde hacía no muchos menos, furiosamente desolador. Habría tan solo cinco o seis casas habitadas de forma ocasional, como residencia estival o de fin de semana de familias de Ochavia o de Pomares, y las demás, cerca de medio centenar, hacía tiempo que habían sido invadidas por las zarzas, que, aprovechando la vulnerabilidad de patios y corrales, habían ido extendiendo centímetro a centímetro sus espinosas ramas sobre los muros, levantado con sus raíces las frágiles baldosas de arcilla, presionado sobre los cristales de las ventanas hasta hacerlos estallar para poder abrirse paso al interior, hasta las cocinas, los comedores, los dormitorios, implantar en ellos su recio imperio vegetal y arropar, en fraternal abrazo, al cañizo, que, sucio de yeso y escayola, comenzaba a asomar desde los techos vencidos mientras afuera los árboles domésticos, los naranjos, manzanos y melocotoneros que tanto fruto y tanta sombra habían vertido sobre la tierra otros veranos, asilvestrados, dejados de la mano de sus dueños, alcanzaban dimensiones monstruosas sumiendo las fachadas, agrietadas y empapadas de humedad, en una oscuridad perpetua que hacía las delicias colonizadoras del verdín. Sin embargo, a pesar de tanta destrucción, lo que se sentía en el poblado no era tanto la ruina como la ausencia. Aún reverberaba en él, amortiguado por las formas blandas de tan agreste espesura, el eco de la vida que había agitado sus calles en tiempos de bonanza, los gritos de los niños, la cháchara de las vecinas sobre las tapias del corral, el golpe de las cañas de cerveza sobre el mostrador de zinc, y era ese rumor fantasma, más que el abandono y que las zarzas y que los tejados podridos, el que provocaba en el fondo tanta desolación, tanta tristeza. O al menos eso es lo que sintió entonces el Endocrino, que después de dar muchas vueltas, en mitad de una de las largas hileras de viviendas derruidas, acabó por descubrir el insólito taller

de Trancón, el zapatero.

La casa estaba tan deteriorada por fuera como las demás. Tenía, también, la puerta entreabierta, y por eso había pasado por delante en varias ocasiones sin reparar en nada, y solo al oír, en una de ellas, que bien pudo ser la cuarta o la quinta, el seco golpeteo de un martillo, se atrevió a asomarse, y lo que halló fue una estancia estrecha y oscura ocupada en su mayor parte por lo que parecía un enorme desguace. No se apreciaban en él zapatos o botas que se pudieran considerar enteros, sino, más bien, restos de calzado, suelas, tacones, lengüetas, lazos, hebillas, anchas tiras de cuero, todos revueltos, desparramados, formando una enorme montaña olorosa de piel, goma y cola de contacto a cuyos pies trabajaba un hombre pequeño y enjuto, encorvado sobre un reluciente, magnífico, abigarrado par de botas a las que, tras dejar reposar el martillo en el suelo, parecía estar dando lustre.

Tan concentrado estaba el zapatero en su labor que el Endocrino no se atrevió a decir siquiera buenos días y se quedó en el umbral contemplando atónito el minucioso trabajo del artesano, empeñado en pulir y sacar brillo a cada milímetro cuadrado de piel, deleitándose en aquel silencio húmedo, solo interrumpido por el roce del paño, por el sonido de un reloj invisible, por la apacible respiración del hombre que, pasados varios minutos, levantó el rostro mostrando al visitante unos ojos hundidos, pequeños, casi ciegos, y con voz clara y profunda declamó:

«Vienes a mí cansado de estar cojo,

de andar a medias y saber a medias,

valiente forastero, y vienes bien.

Yo podré mitigar tu pesadumbre,

logrando que camines más ligero,

mas no ha de ser aquí donde descubras

la respuesta al enigma que te aturde.

Aquí solo hallarás preguntas nuevas,

más confusión, aún menos sentido,

pero no has de rendirte, persevera

y no dejes de lado tu objetivo,

pues solo al fin del túnel más oscuro

hallarás la verdad más luminosa.»

Quedó el Endocrino hondamente impresionado por la inusual reacción del zapatero, que hasta ese instante ni siquiera parecía haber reparado en su presencia, y, sin presentarse ni saber bien qué contestar, balbuceando apenas media docena de palabras inconexas, se limitó a tenderle la bota rota, que el otro atrapó a tientas en el aire con no poca dificultad, demostrando estar aún más ciego de lo que aparentaba. Luego el tipo la sujetó con suavidad y comenzó a palparla despacio, de forma meticulosa, recorriendo con las yemas de los dedos toda su extensión, midiendo en pulgadas la longitud del trozo despegado como si tratara de averiguar de paso el modo en que la suela estaba adherida y la forma en que podía repararla, y solo después de darle muchas vueltas sobre el regazo dirigió su mirada mermada o inexistente a su interlocutor, que permanecía aún de pie y silencioso en el umbral, para decirle que nada podía hacer por aquella bota, y luego, de inmediato, sin esperar autorización o respuesta alguna de su dueño, la arrojó sobre el abultado montón de piezas de desecho que tenía al lado.

Entonces, con el rostro iluminado por una misteriosa fuerza interior, tomó entre las manos el flamante par de botas que acababa de rematar, lo alzó con lenta ceremonia hasta que un rayo de luz, que de forma inexplicable había logrado abrirse paso a través de la suciedad de la única ventana del taller, alcanzó certero la punta de una de ellas, y con voz profunda y cadenciosa, en heptasílabos y endecasílabos, sin que llegaran a temblarle los brazos por el peso a lo largo del largo parlamento, le contó al Endocrino que hubo un tiempo en que la vida humana inundaba las calles del poblado y en

que los pueblos de alrededor eran un hervidero de gente agitada por la construcción de la presa del Cárdeno, una época de incesante trasiego, de mucho caminar, trabajar y bailar por las noches, en la que indefectiblemente el cuero se rajaba, las suelas se desgastaban y se arrancaban de cuajo los tacones, un tiempo en que, en aquel mismo lugar, se acumulaban centenares de botas, mocasines o alpargatas que llegaban a diario para ser reparados y que iban saliendo a la calle arreglados, como nuevos, gracias a la incesante labor del zapatero, de su padre, que por entonces aún vivía, y de su hijo, que todavía no había encontrado motivos para marcharse. Pero esos tiempos felices se acabaron de golpe, al finalizar las obras del pantano. Entonces se marcharon los obreros, desaparecieron los viajantes, los transportistas, los ingenieros, sus mujeres, y se desató, por último, la emigración como una caudalosa sangría cotidiana. En esa súbita huida muchos fueron los que olvidaron su calzado en el pequeño taller, y allí quedaron, en eterno depósito, decenas de pares, no menos de cien, arreglados unos, estropeados los otros, que nadie pasó jamás a recoger, hasta que el paso del tiempo convirtió al zapatero en legítimo propietario de aquellos bienes derelictos. Para entonces el poblado estaba muerto y enterrado en hierbas, y en las aldeas de alrededor apenas nadie se acordaba ya de aquel solitario remendón que en otro tiempo había reparado el calzado de media comarca y que ahora malvivía con el fruto de antiguos ahorros y con el de los surcos del modesto huerto heredado de su padre, y era tan grande entonces la falta de encargos y tanto, en invierno, el tiempo baldío, que decidió arreglar los zapatos rotos abandonados con los restos de los irreparables. Todo comenzó como una forma de entretenerse, de matar el tiempo, pero en algún momento, a lo largo del lento y laborioso trabajo, albergó la idea de poner a la venta los pares reparados con la esperanza de obtener algún dinero y quitarse de en medio tan inútiles y voluminosas existencias, y así lo hizo, colocándolos bien visibles en un estante a la entrada del taller, aunque sin lograr vender, pese a todo, ni uno solo de aquellos pares lustrosos y remozados que habitualmente ni tan siquiera llegaban a llamar la atención de los cada vez más escasos clientes. Achacó, dijo Trancón, aquel fracaso al aspecto anticuado de la mercancía, a que, en aquellos largos años de olvido, usucapión y arreglo, de alejamiento en el recóndito taller de un poblado abandonado, dejado de la mano de Dios, la moda había pasado y había vuelto para marcharse de nuevo para los restos,

convirtiendo sus zapatos poco menos que en piezas de museo. Aun así, lejos de rendirse, concentró toda su atención en aprehender, a través del televisor y de las fotos de las revistas, los diseños, adornos y colores del calzado en boga y se lanzó decidido a desmontar botines, sandalias y borceguíes con la intención de transformarlos en prendas modernas y atractivas, y así se vio envuelto, sin querer, en una espiral interminable, en un eterno proceso de reducción en el que cada vez le iban quedando menos zapatos, pues deshacía y desechaba buena parte de ellos para fabricar modelos nuevos, y cuando, finalmente, ponía a la venta su renovada colección, ya se había pasado de moda y no entraba por el ojo de sus cada vez más raros clientes, lo que le obligaba a comenzar de nuevo para obtener unos zapatos cada vez menos numerosos y cada vez más extraños y alejados de la moda, puesto que, además, en algún momento en esos meses se dejó de recibir en el poblado la señal de la televisión y dejaron de llegar revistas, y casi clientes, perdiendo todo contacto con el mundo exterior, y en esa situación de aislamiento extremo, merced a la soledad y al silencio pertinaz de su taller, a medida que descomponía y volvía a componer, por enésima vez, las mismas piezas, a medida que se desvanecía el propósito inicial de vender la mercancía, fue vislumbrando el sentido último de tan interminable labor, el obtener, como resultado de aquel largo proceso de reducción, de desecho y depuración, un único par de zapatos, el par de zapatos ideal, perfecto, el más cómodo, el más original, el más duradero, y a la vista de tan sublime objetivo se entregó a su trabajo aún con más ahínco y devoción que antes. Embargado por tan fervorosa labor, los días se le confundían con las noches, las fiestas con los días laborables, la suciedad iba cubriendo cada vez más el cristal de la ventana y la creciente oscuridad comenzó a hacer mella en sus ojos y pasado algún tiempo, cuando estaba casi del todo sumido en la rara clarividencia que da la ceguera, sufrió una revelación. Sucedió mientras recortaba con extremo cuidado una minúscula pieza de cuero. En mitad de la operación tuvo de repente la absoluta certeza de que su esfuerzo no había de ser en vano, de que aquellos zapatos sin par en los que tarde o temprano había de desembocar su obstinada labor reductora tendrían un destinatario, y que ese destinatario no podía ser más que un elegido, el elegido, un hombre cuya misión no podía ser otra que la de salvar el mundo, y con ese claro convencimiento había seguido trabajando años, y así, cuando

unos minutos antes, justo al lustrar el postrero par de botas –pues tal era el tipo de calzado que su alumbrado instinto había estimado óptimo para el aguerrido salvador–, cuando, después de largos meses sin recibir visita alguna, mientras remataba, por fin, el par de botas perfecto, sintió la presencia de un hombre a la puerta, supo que la profecía se había cumplido y que el hombre que aguardaba allí en silencio el final de su trabajo era, sin lugar a dudas, el Hombre, y llegado este punto del relato, dando fin por fin a su largo discurso, el zapatero, con los ojos inundados de lágrimas, se inclinó dibujando una torpe reverencia y, poniendo las botas a los pies del Endocrino, entonó, ceremonioso, los siguientes versos:

«Tú eres, visitante, el Elegido,

y éstas que aquí te tiendo son tus botas.

Póntelas, apresúrate, no tardes,

pues te aguarda, glorioso, tu destino:

corre a salvar al mundo sin demora.»

Del todo estupefacto quedó el Endocrino al oír estas palabras y durante varios minutos permaneció quieto, entre incrédulo y desconfiado, sin saber qué hacer, con la mirada fija entre el zapatero y las botas, que, perfectas o imperfectas, no podrían resultar más singulares, pues estaban hechas de trozos de piel de diversa procedencia, de diversos colores, de diversas texturas, y tenían un diseño fantástico que recordaba vagamente a las de algún antiguo héroe del cómic patrio, el Jabato, el Capitán Trueno o el Héroe del Antifaz, lo que, aparte de desconfianza, despertó en él un punto de vergüenza propia y ajena. Pero luego, al mirarlas con más detenimiento, le pareció que estaban hechas a conciencia, y estaba además tan agotado y tenía tan machacados los pies de tanto andar descalzo que pensó que nada perdía probándoselas, y al hacerlo bajo la mirada hueca pero emocionada del artesano, comprobó que eran ligeras, flexibles y cómodas, que no sentía en la piel ni durezas

ni costuras, que no resultaban ni justas ni holgadas, que le sentaban, en definitiva, como un guante, como si se las hubieran hecho a la medida, y en ese momento sintió un leve pinchazo de vértigo, un arrebato de temor trascendental, de miedo a que las profecías de Trancón resultasen después de todo ciertas, pero la idea le resultaba tan absurda, tan ajena a su visión científica del mundo, que la espantó de un manotazo y, tratando de volver a la realidad, de devolver el episodio a las coordenadas de una sencilla transacción comercial, exclamó parcamente en voz alta: «Me quedan bien. Me las llevo. ¿Qué le debo?». El zapatero entonces, en lugar de responder, se levantó solemne y reanudó el interrumpido rosario de sus profecías clavando sus ojos ciegos en la mirada escéptica del elegido, escepticismo que se transformó en el más sincero asombro al escuchar de los labios del otro, «Tendrás que averiguarlo todo ahora», endecasílabo que coincidía de forma exacta con uno de los de aquella versión personal, única, de Sobre la naturaleza de Parménides con la que él mismo había inaugurado sus «Cuadernos de campo», un verso que nadie, en modo alguno, podía conocer, y al reconocerlo, turbado y temeroso, incapaz de achacarlo todo a la mera coincidencia, no pudo apartar su atención de las enigmáticas palabras de Trancón, que, con la misma voz profunda y cadenciosa, con los mismos versos de siete y once sílabas y con profusión de metáforas y alegorías, le reveló que para alcanzar la Verdad tendría primero que alejarse poco a poco de los hombres, hasta extrañarse y olvidar su propia lengua, hasta perder por completo, en las cumbres del Fauno, el sagrado don de la palabra, que solo recuperaría al final, tras enfrentarse a la bestia de un solo ojo, el formidable mensajero que el Destino había de enviar para mostrarle la entrada al santuario, al lugar que ocultaba el gran secreto, dicho lo cual le advirtió, severo y preocupado como en ningún momento antes, que cuando se encontrase al fin ante la Verdad no debía tocarla, ni alterarla, ni vulnerar su frágil equilibrio, tan solo contemplarla, admirar su Belleza y callar, pues solo callando sería capaz de traer, de regreso, la salvación a los hombres, dicho lo cual calló el zapatero y el Endocrino, contagiado del impar ritmo del profeta, preguntó desconcertado:

–Y, dime, ahora, ¿a dónde debo ir?

–Tu destino es incierto. Sigue solo la senda que señalen tus botas –

respondió aún Trancón, al fin lacónico, y, como si su misión hubiese terminado y no le quedase ya otra cosa en el mundo sino esperar la muerte, se quedó detenido, paralizado, sin moverse, sin volver a su banco y sin que el Endocrino, por más que preguntó, lograrse arrancar de él ninguna otra palabra, con lo que no tuvo más remedio que abandonar el taller calzando el extraordinario par de botas y alejarse lentamente de la casa.

No se habría alejado aún veinte pasos cuando le pareció oír a su espalda un débil adiós. Se volvió, pero nadie había a la puerta de la zapatería. Pudo haber sido el viento, que silbaba sigiloso entre los sauces.

19

Las botas, o su voluntad suspensa y aturdida por el insólito encuentro con el zapatero, lo alejaron de la presa y del poblado a través de un espeso bosque de pinos, siguiendo una carretera estrecha y sinuosa por la que apenas circulaban vehículos y en la que reinaba un silencio casi absoluto. El Endocrino jamás había caminado tan ligero, gracias no solo a la verdaderamente fabulosa comodidad del calzado, sino también a una extraña levedad de espíritu que nunca antes había sentido y que alentó, de algún modo, su incierta resolución. Además parecía no cansarse. Por eso anduvo mucho tiempo sin detenerse, pero fueron pasando las horas sin encontrar a nadie, sin ver otra cosa que no fueran árboles y asfalto ni llegar a encontrar sentido a su larga caminata, rumiando una y otra vez las extrañas palabras de Trancón, el zapatero –las cumbres del Fauno, el sagrado don de la palabra, la bestia de un solo ojo–, y su voluntad y sus piernas comenzaron a flaquear. Ya andaba preguntándose adónde había de llevarle aquel camino, cuestionándose si su creciente fatiga tendría, después de todo, algún sentido, cuando, al doblar una curva, encontró una señal, no una llamada divina ni un oráculo ni un revelador acertijo del Destino, sino una vulgar señal de tráfico que anunciaba el destino de una inesperada bifurcación, una placa de metal corroída por el óxido, que había llegado a comerse la primera letra y la indicación kilométrica final, y que, en su mutilado estado, rezaba enigmática: «Respuestas». Allí plantada, en medio de la nada, parecía como si aquella increíble leyenda aguardase desde tiempos inmemoriales su aparición para ayudarlo en tan cruda encrucijada, y solo de pensarlo volvió a sentir en el estómago una recia espiral de temor, de miedo a que, contra todo pronóstico, las profecías de Trancón fuesen verdaderas, a que él fuese, de algún modo, el elegido y aquel caminar incierto por carreteras comarcales fuese, a fin de cuentas, su épico tour de force. Aplastado por la duda, incapaz de poner en pie su poderoso escepticismo para defenderse de aquel inesperado asalto de lo irracional, permaneció largo rato paralizado, leyendo una y otra vez el rótulo, sin saber qué dirección tomar, hasta que, a medias movido por la curiosidad, a medias por un raro sentimiento

de obligación, abandonó la vía principal para seguir aquella estrecha carretera, la que conduce, entre fincas abandonadas y agrietados canales de regadío, hasta la recóndita alquería de Trespuestas.

En la nueva vía, aún más estrecha aunque menos sinuosa que la anterior, tampoco había ni un alma, y tan solo se oía el monótono concierto de las cigarras, uno de esos sonidos que, como el zumbido de los tubos fluorescentes o el pertinaz tictac de los relojes, tienen la misteriosa virtud de subrayar el silencio haciéndolo más profundo. Sin embargo, por extraño que pueda parecer, a pesar de la calma y de la casi absoluta falta de ruido, el Endocrino, que, confiando en la ausencia de tráfico, caminaba animoso por mitad del asfalto, no descubrió hasta el último momento lo que se le venía encima. La culpa pudo ser de la curva, del cambio de rasante, de la azarosa disposición de los árboles o del viento, que corría a su favor, o bien el resultado de un traicionero efecto acústico provocado por todos esos elementos y quién sabe cuáles otros a la vez, pero lo cierto es que cuando quiso darse cuenta, sin haber llegado a oír el motor siquiera, una furgoneta blanca surgida de la nada, materializada a toda velocidad en aquel mustio vacío, estaba a punto de atropellarlo, y lo habría hecho sin duda, pues, pese a lo angosto de la vía y al peligro, el conductor no parecía dispuesto ni a reducir la marcha ni a evitar al repentino peatón, de no ser porque en el último momento nuestro héroe sintió brotar no ya de los pies, sino de las botas, no ya de los enclenques músculos de sus piernas, sino de la piel curtida de aquel extraño, abigarrado calzado, una fuerza extraordinaria que le impulsó, en un salto verdaderamente prodigioso, digno de los más esforzados atletas, de la calzada a la cuneta, salvando de ese modo su vida o, como poco, su integridad física, que apenas se vio vulnerada por unos cuantos rasguños.

Regresado el silencio, regresado el insistente canto de las cigarras, aún sentado en el suelo, jadeando al borde de la carretera, el Endocrino se arrancó estupefacto las botas y las notó calientes, encendidas, como si todavía irradiasen algún raro tipo de energía. Durante varios minutos, extasiado, les dio vueltas y más vueltas entre las manos, las miró por todas partes, palpó con suavidad las juntas, las costuras, olfateó su interior blando y confortable, arrimó su lengua a la puntera, a la sólida pieza que remataba el talón y se

acercó las suelas a la oreja negándose a dar crédito a sus sentidos, empeñados en afirmar que no eran más que calzado corriente, extravagante quizá, pero corriente, incapaces de localizar el origen de la extraña vibración inmóvil que sentía fluir íntimamente desde el incierto corazón de las botas hacia el suyo propio.

Aquel fue un momento de gozosa epifanía para el Endocrino, pues fue entonces, en cuclillas, manoseando agradecido las botas, sintiendo que había vuelto a nacer por mediación de aquel enigmático instrumento del Destino, cuando comprendió que el salto hacia un nuevo conocimiento del mundo exigía tomar más carrerilla de la esperada, que no bastaba con enfrentarse a la naturaleza con una actitud inocente, presocrática, precientífica, que había que retroceder mucho más en el tiempo, hasta internarse en la oscura bruma milenaria en la que todo decir se enredaba en las espinosas zarzas del mito, del cuento, de la leyenda, para, desde allí, echar a correr y, de camino, volver a construirlo todo desde el principio. Descubrió entonces que el nuevo mundo que estábamos viviendo, anclado acaso para siempre en un mismo día, no solo precisaba de una nueva ciencia, necesitaba construir antes su propia mitología, sus propios mitos fundacionales, y ese descubrimiento le condujo, de paso, a concluir que en todo aquel embrollo él era, como había anunciado Trancón, el Elegido, y que quizá estaba llamado a ser no ya el primer científico o el primer filósofo, sino el primer héroe del tiempo nuevo, el referente legendario de rudimentarios saberes futuros, el fundamento de una ciencia aún más futura y más incierta, y con la audacia de saberse respaldado por el mito, con la seguridad de sentirse el protagonista de toda una saga, el Endocrino se calzó de nuevo, con decisión, las botas y se puso en pie de un salto, dispuesto a enfrentarse sin miedo a la furgoneta asesina, que, transcurridos no más de veinte minutos desde la embestida inicial, regresaba a lo lejos, por la carretera, enfilando la recta a toda marcha.

En esa ocasión, a pesar del peligro, el Endocrino ni siquiera hizo amago de apartarse. Se colocó heroico en mitad de la calzada y comenzó a hacer amplias señales con los brazos para detener el vehículo, que resultó ser de la Mancomunidad de Municipios del Valle del Cárdeno y cuyo conductor, alucinado al verlo brotar de la nada, frenó en seco, quemando neumáticos y llegando casi a rozar

con el guardabarros sus frágiles rodillas. Luego dejó el motor al ralentí y bajó el cristal de la ventanilla, no así el ensordecedor volumen de la música que llevaba puesta y que aniquilaba cualquier posibilidad de comprensión. Por eso nada tuvo que encontrar extraño cuando el Endocrino le preguntó, dándole los buenos días, si quedaba mucho para alcanzar Respuestas.

–¿Para la aldea de los tecamolos? –preguntó el tipo mascando chicle, y sin dar tiempo a su interlocutor a responder, le informó–: Cinco kilómetros como mucho.

Entonces le preguntó qué había en aquel lugar, y el conductor le contestó que muchas casas vacías y tres viejos chalados, y a su tercera pregunta, que adónde se podía llegar desde allí, le respondió que a ninguna parte, que la carretera moría al llegar a la aldea y que más allá solo seguían unas viejas pistas forestales que debían de llevar, con mucha fatiga y tras remontar la escarpada sierra, hasta Pedregal, dicho lo cual, dando por agotado el turno de preguntas, se despidió, subió de nuevo la ventanilla y reemprendió sin demoras su acelerada marcha.

La información del chófer resultó ser acertada, y el Endocrino no tardó mucho más de media hora en llegar hasta la entrada del pueblo, donde no encontró señal informativa ni signo de vida alguno, tan solo un silencio zumbón y persistente que lo acompañó en su recorrido por las calles de Trespuestas, flanqueadas de casas cerradas, muchas de ellas, literalmente, a cal y canto, un silencio que, contra todo pronóstico, a partir de un determinado momento comenzó a ser vulnerado por un ruido extraño. Decidió entonces seguir la pista del sonido y así dio primero con la iglesia y, a su lado, con un edificio pintado de azul purísima que ostentaba junto a la entrada, como único signo distintivo, una vieja chapa de teleclub y de cuyo interior parecía emanar el ruido, que a medida que se acercaba, se había ido transformando en un chorro de palabras estridentes, enlatadas, ininteligibles, pronunciadas en un idioma denso que parecía ser, a todas luces, alemán.

Llamó el Endocrino a la puerta y, al no obtener respuesta, comenzó a abrirla tímidamente, y entonces le alcanzó una voz afable que desde dentro le exhortó en un arrugado y singular castellano:

–Pase, por favor. Esperábamos a Usted.

–Buenas tardes, ¿es este el lugar llamado Respuestas? –preguntó el recién llegado abriendo del todo.

–Eso es correcto. Pase, por Favor –insistió la misma voz, que los ojos del Endocrino, acostumbrados al fulgor estival del mediodía, fueron incapaces de localizar en aquella penumbra espesa y fresca, acariciada por el resplandor azulado de un televisor.

–Si Usted quiere, puede Usted comer. Él se lo va no todo a comer, porque él muy poco come –añadió al cabo de un rato la voz, que, poco a poco, a medida que las pupilas de nuestro hombre se fueron acostumbrando a la penumbra, descubrió que pertenecía a uno de los tres ancianos de no menos de ochenta años que, sentados a una recia mesa de madera, comían en hilera y con extrema lentitud con la mirada fija no en uno, sino en dos televisores. Acto seguido, uno de ellos, confirmando la invitación, dejó caer el tenedor y, sin decir palabra, se secó la barbilla con una servilleta de papel, se levantó de la mesa y se vino a sentar en uno de los tres butacones que, alineados por delante de la mesa, se enfrentaban también a las dos relucientes pantallas.

Quizá por no parecer descortés, quizá porque después de tan larga caminata se le había despertado el apetito, el Endocrino, agradeciendo el convite, se sentó a la mesa y dio mesurada cuenta de la comida del viejo desganado, desplegada en una gruesa bandeja beige con el mismo logotipo de la Mancomunidad que había visto impreso en la furgoneta y consistente en una compacta crema de verduras, un inmaculado filete de pollo a la plancha y una viscosa compota de manzana, alimentos todos ellos notablemente insípidos, indudablemente sanos, mas del todo insuficientes para el avituallamiento de un hombre de acción como el Endocrino, quien, durante la comida, pudo observar que, mientras uno de los televisores mostraba un entusiasmado programa alemán de televenta, en el otro se iban sucediendo imágenes fijas, una carretera, la panorámica de un huerto, una mata de tomates, otra de pimientos, calabacines, judías verdes, plantas de maíz, una ennegrecida llave de paso, un camino de tierra que se perdía entre los árboles, lo que parecía ser la calle principal de Trespuestas y de nuevo, por fin, la carretera, que, esa vez sí, reconoció ser la misma

que le había conducido, apenas media hora antes, hasta la desierta entrada de la alquería.

A medida que fueron terminando de comer, los otros dos ancianos fueron arrastrándose en silencio hasta los butacones para dormitar a la luz de los televisores y, al acabar, el Endocrino, viendo que nadie le dirigía la palabra, se fue recostando sobre el respaldo de la silla, distraída la mirada en el lento sucederse de tomates, judías, pimientos y calabacines, y, pese a la incómoda, erecta posición, acabó por quedarse irremediablemente dormido. Muchas horas tuvo nuestro agotado Endocrino que permanecer de ese modo en la recia silla del teleclub, porque cuando despertó afuera era noche cerrada, del huerto el televisor solo mostraba oscuridad y lo rodeaba, expectante, el trío de ancianos, cuyo representante, el único que hasta ese momento había llegado a despegar los labios, anunció «Es tarde. Nosotros vamos para casa. Si Usted quiere, puede Usted aquí, en el Teleclub, dormir. Hasta mañana», dicho lo cual comenzaron los tres a desfilar hacia la calle dejando atrás, quién sabe si por costumbre o si por cortesía, los dos televisores encendidos.

–Ahora no tengo sueño. Si no les importa, voy a dar un paseo por el pueblo –anunció el Endocrino desperezándose mientras se marchaban, y el último de los ancianos, uno de los que hasta entonces no había dicho nada, volviéndose, le advirtió desde el umbral del teleclub:

–Aquí hay no mucho para ver, menos por la noche.

Y se marchó sin más.

No le faltaba razón al anciano, porque si el perenne cuarto creciente apenas alumbraba la alquería desde el cielo, poco más lo hacía desde abajo el precario sistema de alumbrado público, que constaba de cuatro o cinco focos mustios cuajados de cadáveres de insectos que colgaban de forma aleatoria en distintas calles del pueblo, la mayor parte de ellas visiblemente deshabitadas. Paseó, pues, el Endocrino en medio de la oscuridad aquella noche, lo que no le impidió descubrir, en la que parecía ser la vía principal de Trespuestas, una de las cámaras del circuito cerrado de televisión que los ancianos controlaban desde el teleclub, extraño elemento de modernidad entre tanta decrepitud que llamó de inmediato su

atención y le retó a localizar, como si de un juego de pistas se tratase, el resto de cámaras dispersas por la aldea.

Como no tardó en comprobar, la que enfocaba la carretera estaba sujeta al tronco de un árbol a la entrada de la alquería, y la que mostraba el camino de tierra, que partía desde el otro extremo del pueblo y que parecía ser una de las agrestes pistas forestales que cruzaban la sierra, había sido instalada sobre un recio muro de pizarra. Desde allí continuó su búsqueda siguiendo el rumor cantarín de un riachuelo y junto a él se acabó encontrando con el exuberante huerto que ya conocía por la televisión, donde fue hallando, una por una y sin dificultad, las siete cámaras que facilitaban, desde diferentes puntos, su pormenorizada observación. Agotadas las pesquisas, el Endocrino se dedicó a curiosear entre las plantas y se dio cuenta de que, además de tomates, pimientos, calabacines, maíz y judías verdes, en el huerto había cebollas, sandías, berenjenas, melones, zanahorias y calabazas, lozanas hortalizas que no había visto antes en detalle en la pantalla ni alcanzado a distinguir desde la amplia panorámica general que mostraba el televisor y que enriquecía aún más la producción, comprobado lo cual, sin nada más que hacer allí, al sereno, decidió regresar al teleclub.

Como después de la larga siesta aún seguía sin tener sueño, al volver al local se acomodó en uno de los butacones y anduvo enredando desganado con el mando a distancia, pero enseguida comprobó que lo único sintonizado en aquel televisor era una docena larga de canales en alemán de los que no entendía palabra, mientras en la otra pantalla se sucedían con disciplina inescrutables negruras locales que ningún entretenimiento le podían proporcionar, por lo que apagó los dos aparatos y se dedicó a recorrer con la mirada las estrechas dimensiones del espacio, de una austeridad casi monacal. En las paredes no había más adorno que un severo crucifijo estándar de madera y plástico y un par de viejos pósteres de turismo. Aparte de la mesa, las sillas y los tres butacones que ya conocemos, completaban el escaso mobiliario una alta repisa de hierro vacía de la que colgaba una hilera de lacios banderines futbolísticos y cuatro bancos corridos sin respaldo que en otro tiempo hubieron de servir de asiento para el vecindario y de los cuales dos sostenían juntos los televisores mientras los otros

permanecían arrumbados al fondo de la sala, sin utilidad aparente, frente a un armario recio, pesado y de basta factura con las puertas de cristal opaco. Finalizado el breve inventario, el Endocrino se levantó a inspeccionar el mueble y se dio cuenta de que los cristales no eran opacos, y de que era una gruesa capa de suciedad la que hurtaba al vidrio cualquier transparencia. Curioso por averiguar qué contenía, intentó sacudir el polvo con la mano, pero lo más que consiguió abrir, sobre la compacta costra de mugre, fue una estrecha ventana ovalada y translúcida por la que creyó distinguir el lomo de varios libros, interesante descubrimiento que le decidió, vulnerando acaso las más elementales normas de cortesía, excediéndose en las prerrogativas propias de su condición de huésped, a abrir, con un crujido, las puertas del armario, que albergaba en tres baldas lo que parecían ser los fondos de la antigua biblioteca municipal. La colección estaba integrada, fundamentalmente, por los amarillentos volúmenes de la Biblioteca Básica Salvat, por varios manuales de la Sección Femenina, un par de biblias y varias vidas de santos que recordaban la inmediata vecindad de la iglesia, además de algunos otros libros sueltos de lo más variopinto entre los que destacaba, por su altura, un texto impreso en tamaño folio y encuadernado en canutillo cuyo título, La aldea de los tecamolos, atrajo al instante la atención del Endocrino, pues nada más verlo recordó que de ese extraño modo había nombrado esa mañana la aldea el conductor de la furgoneta asesina.

Se trataba de la tesina de un estudiante de filología germánica que años atrás había pasado una temporada en Trespuestas investigando para dar cuenta de un inaudito fenómeno lingüístico relacionado con su especialidad. Según describía el filólogo, los habitantes del poblado hablaban el castellano amoldándolo a las estructuras sintácticas del alemán, colocando los verbos de forma dispar en la frase o desgajándolos de algunas de sus partículas en virtud del tipo de oración, pero, sobre todo, distribuyendo los complementos circunstanciales conforme al rígido orden de la lengua alemana, primero temporales, seguido de causales, modales y locales, de ahí el término mnemotécnico tekamolo, que, castellanizado, le servía al autor para nombrar a la aldea, a sus habitantes y a su singular forma de hablar. Para tan peculiar rareza expresiva el autor apuntaba una más que curiosa explicación sociológica. Según él, a

principios de los sesenta se habían marchado de Trespuestas —que nunca había dejado de ser, desde sus remotos orígenes, un lugar pobre y deprimido— los primeros emigrantes con destino a Alemania. Se trataba de apenas tres o cuatro muchachos con más ganas de ver mundo que de otra cosa, pero pronto, debido al efecto llamada, especialmente intenso en una aldea en la que todos sus habitantes estaban, al final, unidos por lazos de sangre, se intensificó el flujo migratorio, y en cuestión de tres o cuatro años más de la mitad de los aldeanos se encontraba en una pequeña ciudad de los alrededores de Frankfurt, la mayoría viviendo en el mismo barrio y trabajando en la misma fábrica. Unos diez o doce años más tarde, después de haber ahorrado lo suficiente para arreglarse la casa del pueblo y asegurarse una vejez digna, algunos, los más mayores, comenzaron a regresar a Trespuestas, y parece que fue uno de ellos, un solo individuo, trabajador jubilado por enfermedad, el que trajo consigo de vuelta aquel insólito uso lingüístico. A juicio del filólogo, todo parecía apuntar a que se trataba, en realidad, de algún tipo de trastorno del lenguaje, consecuencia de un accidente laboral que habría dejado secuelas neurológicas irreversibles en el hablante, quien, a su regreso a la aldea, lejos de avergonzarse de su disfunción, había hecho del defecto virtud, de la excepción, regla, mostrándose en todo momento orgulloso de su peculiar modo de articular las frases y defendiéndolo con tanta convicción y tanta vehemencia que aquella extraña forma de hablar se acabó convirtiendo en la quintaesencia de la distinción, en signo supremo de elegancia y solvencia económica, y, contra todo pronóstico, comenzó a ser rigurosamente imitada por la mayor parte de sus convecinos, tanto por los que se habían marchado como por los que se habían quedado. De esa manera, el llamado tecamolo conoció en Trespuestas toda una década de esplendor, con un número pequeño pero significativo de hablantes, hasta que, a principios de los ochenta, coincidiendo con la finalización de las obras de construcción de la presa del Cárdeno, se desató una nueva oleada de emigraciones, los más jóvenes se comenzaron a marchar a la ciudad, renegaron de la noche a la mañana de aquel engendro lingüístico, y la aldea y el tecamolo fueron mermando de forma irreversible hasta verse reducidos al hábito de los tres viejos que el Endocrino conoció, que aún debían de ser nueve en la época en la que el filólogo había visitado la alquería, y que todavía parecían empeñados en mantener su

menguante excepción.

Averiguó además el Endocrino en aquellas páginas que había sido el filólogo quien, ya fuera en agradecimiento a los aldeanos, ya como parte de su trabajo de campo, ya como modo de propiciar la continuidad de tan raro uso lingüístico, había instalado en el Teleclub la antena parabólica y el receptor de satélite que tan prolongado entretenimiento diario en alemán reportaba a los ancianos. Gracias a su trabajo supo también de la evolución demográfica de la aldea, y se informó de algunas curiosidades locales, como, por ejemplo, el significado de su raro topónimo, que tenía origen en una legendaria apuesta entre un señor feudal de dudoso rango y un hatajo de labriegos en torno a la posibilidad de levantar, en un remoto pedazo de tierra, toda una aldea antes de que el sol se pusiera tres veces. Sin embargo, tras la larga e interesante introducción, la tesina se enredaba enseguida en un intenso análisis sintáctico y gramatical del tecamolo muy difícil de seguir para el no versado en filologías y que tuvo la enorme virtud de despertar de una vez el sueño de nuestro héroe, que, sintiendo al fin sus párpados cerrarse, improvisó un inestable camastro con los dos bancos libres y el mullido asiento de los butacones, se tumbó agotado encima y no tardó en quedarse dormido.

Cuando despertó, los tres ancianos ya estaban allí, silencio-sos, hundidos en las butacas sin asiento, con la mirada fija en los televisores, que mantenían prudentemente encendidos sin volumen.

–Buenos días –dijo el Endocrino.

–Buen Día. Nosotros queríamos no, a Usted despertar. ¿Ha usted bien dormido? –le respondió el anciano portavoz en correcto tecamolo mientras uno de los aparatos comenzaba a vociferar en alemán.

Devolvió el Endocrino las cosas a su sitio, regresaron los bancos a su rincón, los asientos a su hueco en los butacones, y se dispuso a desayunar unas nueces y unos higos pasos que guardaba en su mochila. Durante la seca refección se dedicó a contarle al anciano portavoz, que parecía ser el único en atender a sus palabras, su breve paseo nocturno, demorándose, por deferencia hacia sus anfitriones, a los que suponía esforzados hortelanos, en la evocación

del frondoso huerto, que describió con abuso de retórica enumerando de manera elogiosa y exclamativa raíces, hojas y frutos según sus especies, qué tomates, qué pimientos, qué judías, qué cebollas, qué melones, qué sandías, para verse sorprendido, al nombrar entre signos admirativos las berenjenas, por la reacción del que en adelante llamaremos anciano número dos, el único que, al margen del anciano portavoz, había llegado a hablar hasta ese momento, y que, sin molestarse en volver la cabeza, alzando la voz por encima del estruendo germánico de la teletienda, declaró tajante:

–Hay ninguna Berenjena en el Huerto.

Quiso el Endocrino sacarle de su error insistiendo en las berenjenas, describiendo la existencia, entre las filas de tomates y las de calabacines, de una larga hilera de lustrosas, cardenalicias berenjenas, pero a cada rato, con periodicidad fija, ajeno a sus explicaciones, inmutable y sin girar lo más mínimo el cuello, el anciano número dos repetía irrebatible «Hay ninguna Berenjena en el Huerto», una, dos, tres, cuatro veces, hasta que, incapaz de hacerle entrar en razón, extrañado por tan enigmático empecinamiento, dirigió una mirada interrogante hacia el anciano portavoz, que hasta ese momento había permanecido mudo y ajeno al debate, y que, con voz sosegada y en contra de lo esperado, sentenció mirando tiernamente al Endocrino:

–Hay ninguna Berenjena en el Huerto.

Con tanta convicción habló el anciano portavoz que el Endocrino llegó a dudar por un momento de la exactitud de su memoria y de su vista, aunque tan seguro estaba, a la vez, de que se le estaba negando la verdad, que echó a correr en busca de una berenjena, y solo entonces se dio cuenta de hasta qué punto era densa la oscuridad que reinaba en el teleclub, pues nada más salir a la calle la luz de aquel eterno día de agosto cegó de golpe sus desacostumbrados ojos y le obligó a buscar refugio a la sombra de la iglesia unos minutos, hasta que dejó de ver, con cada parpadeo, garabatos incandescentes sobre la dudosa superficie del mundo. Después, una vez recuperado del deslumbramiento, no tardó más de cinco minutos en llegar hasta el huerto, arrancar una gruesa berenjena y plantarla de regreso encima de uno de los televisores,

bien a la vista de los tres ancianos, que, aun así, no se dignaron reparar en su presencia ni nada dijeron al respecto hasta que, después de un rato, el que, por orden de intervención, denominaremos en adelante anciano número tres, negando lo evidente, meneó de un lado a otro la cabeza en silencio mientras el anciano número dos musitaba indolente, como atrapando una frase cuyo eco todavía flotara en el fresco aire de la sala:

–Hay ninguna Berenjena en el Huerto.

Ante tamaña cerrazón el Endocrino se quedó sin palabras. Entonces el anciano portavoz, movido por una suerte de piedad bienaventurada y por el deseo de sacar al forastero de su error, se dedicó a mostrarle sobre la pantalla, con benévola paciencia, la conocida secuencia televisiva de tomates, pimientos, calabacines, judías verdes y plantas de maíz, destacando aquí y allá, en los entresijos de los planos generales y de los más cercanos, hojas, tallos y frutos, detalles más o menos discretos que daban cuenta de la presencia en segundo término de surcos sembrados de cebollas, zanahorias, sandías, melones o calabazas, invisibles a veces a primera vista, pero patentes, lo que debía de probar también, en opinión del anciano, la no presencia en el huerto de las dichosas berenjenas, que en ningún plano se dejaban adivinar, pues, después de repetir por tercera vez la demostración, concluyó mirando seriamente al Endocrino: «Hay ninguna Berenjena en el Huerto». No queriendo darse aún por vencido, señaló este desolado la berenjena, que reposaba patente y lozana encima del televisor, pero el anciano, sin ni siquiera mirarla, negando suavemente con la cabeza, insistió sonriente poniendo fin al debate:

–Hay ninguna Berenjena en el Huerto.

Discusiones similares, igual de ciegas, obstinadas y lacónicas, tendrían lugar entre el Endocrino y los ancianos los días siguientes, discusiones que al principio le hicieron pensar que había ido a parar a un nido de tozudos profesionales de la porfía, capaces de negar hasta el extremo lo evidente con tal de no dar su brazo a torcer, pero que, después de muchos debates, llevaron al Endocrino a concluir que para aquellos octogenarios, que, a juzgar por su inmutable rutina, probablemente hacía años que, desde antes de amanecer hasta bien entrada la noche, no contemplaban el mundo

sino a través de las pantallas de los dos aparatos, nada era real, nada existía en la aldea fuera de lo que mostraba el enigmático circuito cerrado de televisión, único portador de la verdad, y trastornados como estaban, ya fuera por la edad o por la tan enajenadora y antinatural costumbre de contemplar el mundo a distancia, nadie iba a lograr convencerles de lo contrario.

Pero no todo fueron desencuentros en la relación del Endocrino con los tres ancianos tresposteños. De hecho, aquel mismo día, el de las berenjenas, nada más llegar a mediodía el cotidiano avituallamiento de la Mancomunidad, los viejos, como harían sin excepción en adelante, se apresuraron generosos a repartir la comida entre los cuatro, signo de hospitalidad que nuestro hombre nunca creyó llegar a agradecer lo suficiente. Acto seguido se sentaron todos a almorzar en silencio, de primero, unos espárragos delgaduchos, envueltos en jamón york y aderezados con mahonesa, y de segundo, un rectángulo blanco de carne a la plancha moteado de perejil de indudable procedencia subacuática y sin una sola pizca de sal. Los ancianos portavoz y número dos, a sabiendas de que ningún placer sensual habían de obtener de aquellos espárragos de bote, de aquel fiambre lánguido, de aquella pesca pálida e insulsa, desmenuzaron todo sin contemplaciones en el mismo plato y, sin distinguir primeros de segundos, hicieron un triste revoltillo y fueron conduciendo los pedazos de masa alimenticia del plato al tenedor y del tenedor al estómago a velocidad de vértigo, sin detenerlos ni un segundo en las cavidades de la boca o en las apreturas del esófago, y gracias a su práctico método, tras zamparse en dos bocados un delgado plátano, pudieron abandonar la mesa en un santiamén para sentarse a roncar ipso facto en sus ajadas butacas. Sin embargo, el anciano número tres, ya porque fuera más lento, más escrupuloso o más inapetente, se comió los espárragos no sin dificultad y, llegado el momento de enfrentarse con la triste merluza, no dejaba de darle vueltas y más vueltas en el plato sin decidirse a meterle mano. El Endocrino, que, noqueado por la voracidad de los otros dos ancianos, había tardado en pasar del primer trozo de espárrago, comprendió, nada más probar las primeras hebras de carne blanca, el asco insuperable del tercero de sus anfitriones, pues el pescado, ya de por sí poco consistente sobre el plato, se deshacía, nada más entrar en contacto con la saliva, en una pasta blanda y acuosa que inundaba la boca de un muy desagradable sabor a nada. Probó

entonces a rebozar el segundo bocado en lo poco que quedaba de mahonesa, pero no logró así mejorar mucho el resultado. Sin embargo, cuando ensartaba con desgana el tercer trozo en el tenedor se acordó de repente, feliz, de su mochila, e introduciendo la mano en un estrecho bolsillo lateral extrajo del fondo un pequeño salero que, junto con un tarrito de aceite y otro de vinagre, había tenido la precaución de guardar antes de su partida previendo la eventual necesidad de aderezar alguna improvisada ensalada campestre. Los granos de sal no mejoraron en exceso el sabor del pescado, pero lo hicieron, al menos, algo comestible y le inundaron de felicidad. Orgulloso de su pericia culinaria, ensimismado en su penoso proceso de alimentación, el Endocrino tardó aún dos o tres bocados más en descubrir los ojillos de perro apaleado con los que el anciano número tres lo miraba comer desde el otro extremo de la mesa, pero entonces, musitando un perdón por tan imperdonable falta de cortesía, extendió sin preguntas el brazo y, con un ágil golpe de mano, hizo caer sobre la pesca una salvadora ráfaga de sal y de sabor que el otro comensal agradeció en silencio, con un tibio brillo en los ojos, una leve sonrisa y un débil sonido gutural. En ese preciso instante nació entre ellos una amistad sólida y cómplice, basada en su pequeño secreto culinario, compartido a escondidas de los otros viejos, y hecha más de silencios y gestos que de palabras, pero que no llevó ese día, a pesar de todo, para decepción del Endocrino, a que su nuevo amigo reconociese en la sobremesa la mera presencia de las orondas berenjenas, ni para que le ayudase, acabada la siesta, a encontrar algún modo de cocinarlas, fritas, asadas o cocidas, lo que le obligó a desecharlas y a perpetrar en el huerto a media tarde, cuando ya rugían sus entrañas tras el paso fugaz, visto y no visto, de los espárragos y el pescado, un primer hurto de tomates con los que, acompañados de sal, matar el hambre. La cerrazón cavernícola de los tres viejos, su pertinaz mutismo, que solo el anciano portavoz condescendía a romper de cuando en cuando con frases bienintencionadas pero carentes de sentido, y las dificultades de comunicación que implicaba el uso inevitable del tecamolo hacían muy difícil para el Endocrino la convivencia en Trespuestas. Tales circunstancias, unidas a la necesidad de buscarse el sustento a hurtadillas, mediante incursiones nocturnas y alevosas en el huerto o por medio de tratos de dudosa licitud con el conductor de la furgoneta asesina, lo habrían llevado a abandonar la aldea en pocos días de no haber

descubierto antes, en sus frecuentes visitas a aquel sembrado, un fenómeno inexplicable que contradecía no solo las observaciones llevadas a cabo semanas atrás con el cabrero, sino todas las noticias que habían llegado a sus oídos sobre el desarrollo de las especies vegetales en aquellas latitudes del planeta. En el huerto de la alquería, contra todo pronóstico científico, los tomates, pimientos, calabacines, cebollas, zanahorias y sandías, todas sus frutas y hortalizas, incluso aquellas berenjenas negadas hasta la saciedad por sus desquiciados habitantes, en lugar de permanecer estancadas, detenidas en mitad de su desarrollo y con aspecto de inmarcesible adorno de todo a cien, crecían, maduraban y algunas hasta comenzaban a pudrirse entre los surcos.

Cuando, tras varios días de calibrados y comprobaciones, pudo finalmente establecer la certeza del fenómeno, el Endocrino comprendió enseguida su trascendencia, comprendió que la fertilidad del huerto de Trespuestas, aquel absoluto prodigio de normalidad, podría llegar a convertirse, si conseguía averiguar su causa, en la gran esperanza de una humanidad en peligro. No olvidemos que, salvo por las zonas subtropicales, sobre todo en la franja más cercana al Ecuador, donde por el momento no parecían haberse producido cambios en el desarrollo normal de los vegetales, en el resto del planeta se venía observando una paulatina ralentización de sus ritmos vitales, mayor cuanto más aumentaba la latitud hacia los polos, llegando a un punto en el que, sin llegar a morir, la vida de las plantas parecía haberse congelado, lo que, unido a que las especies animales de consumo más habitual apenas lograban reproducirse, comprometía seriamente el abastecimiento de alimentos y, con ello, el futuro a medio o largo plazo del género humano. Por esa razón, ante la inesperada fecundidad del huerto, nuestro héroe, entusiasmado, decidió concentrar todos sus esfuerzos en descubrir su secreto vegetal. Pero ese primer momento de euforia científica duró poco, pues no tardó tampoco en darse cuenta de que aunque el descubrimiento pudiera llegar a paliar el hambre de miles de millones de personas en todo el mundo, no implicaba, de por sí, la solución al problema principal, la inexplicable detención del planeta en mitad de su órbita, y, vistas así las cosas, la apasionante cruzada vegetal que el Destino ponía al alcance de su mano comenzó a saberle a poco, llegando incluso a sentirse herido en su inflamado orgullo de héroe, pues desde la invocación del

zapatero se había sentido llamado para tareas mayores, galácticas, orbitales, y, por contraste, aquella misión menor, tan de andar por tierra, se le hacía de repente ridícula, vicaria. ¿Dónde estaban allí el viaje, dónde los peligros, dónde la aventura? ¿Dónde las cumbres del fauno? ¿Dónde la bestia de un solo ojo que vaticinara grave el zapatero? Tratando de hallar respuesta a esas preguntas el Endocrino llegó a la conclusión de que, en realidad, nunca había llegado a saber exactamente cuál era el objeto de su empresa. Reparó en que, bien vistas las cosas, el mandato final del zapatero –corre a salvar el mundo sin demora– era un imperativo hueco, sin contenido, cuya finalidad última, la pretendida salvación de los hombres, bien podía ser la de, sencillamente, asegurarles el sustento descubriendo el secreto de aquel huerto, pues, en realidad, nadie le había dicho que fuese a ser él la palanca que sacase al planeta del atolladero. Siguiendo este razonamiento, llegó a pensar también que quizá el suyo fuese apenas un cometido secundario, auxiliar, dentro de una batalla de gran alcance, que tal vez, mientras él se fatigaba midiendo el diámetro de los tomates en el recóndito huerto de Trespuestas, otros secretos paladines, movidos también por la llamada del Destino, recorrían el mundo para cumplir misiones salvadoras de mayor o menor alcance. Pero, en ese caso, reaccionó tras unos instantes de resignación, ¿qué sentido tenía el artículo inequívocamente empleado por Trancón –tú eres, visitante, el elegido– al dirigirse a él? ¿No habría querido decir, de ese modo, el zapatero, que no parecía nunca hablar en vano, que él no era uno más, uno de muchos, sino el único, el objeto de una elección sola y singular? Siguiendo esta vía de razonamiento, que parecía devolverle su condición principal, el Endocrino fue recuperando, duda tras duda, la confianza en sí mismo, y entonces se planteó que, siendo así las cosas, siendo él mismo el único, el Elegido, aquello a lo que se enfrentaba en aquel preciso momento, el secreto vegetal del huerto de Trespuestas, quizá no era más que un episodio menor de una epopeya mayor, larga y enrevesada, pues, bien pensado, ninguna odisea estaba exenta de enredos y laberintos, de cíclopes y lotófagos, de extravíos y pérdidas de tiempo que acababan resultando imprescindibles, de un extraño modo, para alcanzar el destino final y culminar con éxito la gesta. De ese modo terminó por concluir que la del huerto era apenas una de las muchas pruebas que habían de integrar al cabo su hercúlea misión, el primer paso para, algún día, poner, quizá, por fin en órbita el planeta, y ya del

todo convencido de ser así las cosas y de la necesidad de comenzar por el principio, paso a paso, sin precipitadas huidas hacia adelante, decidió ponerse de inmediato manos a la obra.

Su objetivo inmediato era, pues, desvelar el secreto vegetal del huerto, y para ello le pareció absolutamente imprescindible la colaboración de los ancianos de Trespuestas, a los que se dirigió raudo, entusiasmado. Pero aquellos no parecían saber nada de la situación del mundo, y nada de extraordinario podían encontrar, por lo tanto, por más que insistiera en contra el Endocrino, en un huerto televisado que no hacía otra cosa que no hubieran hecho todos los huertos desde hacía miles de años: dar fruto. Trató entonces de hacerles ver la excepcional y peligrosa coyuntura en que se encontraba el planeta, pero la única respuesta que obtuvo la única vez que, durante unos minutos, logró capturar la atención de los tres viejos, de ordinario absortos ante las pantallas, fue del anciano portavoz, que, mirándolo compasivo, como si el Endocrino fuese incapaz de entender algo completamente obvio, le contestó:

–Aquí largo Tiempo hace, que el Tiempo detenido se ha.

Fracasado aquel primer intento, el segundo descubrimiento que el Endocrino hizo en el huerto, tras el de su prodigiosa fecundidad, fue que, aparentemente, nadie lo cuidaba. Al principio había pensado que, a pesar de su inexplicable negativa a reconocer las berenjenas, serían los propios ancianos quienes, antes de amanecer y de pasarse el día sentados frente a los televisores, atenderían a las plantas, pero no tardó en averiguar que no era así. Nada más levantarse, aún a oscuras, los ancianos salían de sus casas y caminaban renqueantes hasta el teleclub, del que solo volvían a salir para irse a acostar una vez caída la noche, con lo que no tenían tiempo de cuidar las hortalizas, tarea que, por otra parte, ninguno de ellos, al ser interrogados, dijo hacer. Sin embargo, era evidente que alguien había sembrado aquel huerto, que no podía haber brotado por generación espontánea así, sobre el meticuloso trazado de surcos, tan ordenado y diverso en sus especies, y al tiempo le parecía claro que alguien se encargaba de mantenerlo, que alguien lo regaba, le quitaba las hierbas y recogía sus frutos, y fuera de los ancianos, al único que había visto aquellos días el Endocrino por Trespuestas había sido al temerario conductor de la furgoneta asesina, un

individuo con aspecto de gandul al que era difícil imaginar doblando el espinazo en el sembrado, con lo que solo podía ser un tercero, o, mejor dicho, un cuarto, el que, con nocturnidad y alevosía, llevase a cabo aquellas pequeñas labores furtivas de mantenimiento. Por ello, tratando de descubrir al esquivo agricultor, después de merodear varios días a deshoras por el huerto sin obtener resultado alguno, el Endocrino decidió apostarse durante una jornada completa, día y noche, sin pegar ojo, a la fresca sombra de los chopos que bordeaban el riachuelo, pero ni siquiera con aquella labor de espionaje intensivo logró llegar a sorprender a nadie.

Estaba tan sumamente agotado tras la larga noche en vela, tan enojado por la pérdida de tiempo, tan desesperado por la indiferencia y el silencio pertinaz de los ancianos que, nada más volver a la asfixiante penumbra del teleclub, presa de un arrebato, desenchufó furioso los televisores y plantándose delante de los tres viejos con los impostados ademanes de un policía de telefilme, preguntó a gritos:

–Pero, vamos a ver, ¿quién cojones cuida el huerto?

Entonces, dando un suspiro, como si fuera algo obvio y el Endocrino fuese un completo imbécil al que no tuviese otra opción que quitarse de en medio, respondió lacónico el anciano número dos:

–El Maestro.

Y no volvió a abrir la boca en todo el día.

A partir de ese episodio la comunicación entre los ancianos y el Endocrino mejoró ostensiblemente, al descubrir este que la única forma de obtener una respuesta rápida de sus anfitriones era disparar las preguntas a bocajarro, sin circunloquios y, a ser posible, con los televisores apagados. Bien es cierto que no tardó en darse cuenta también de que si el cuestionario se prolongaba más allá de lo conveniente, si abusaba en exceso de la paciencia del auditorio, a partir de la tercera o cuarta pregunta las contestaciones dejaban de tener sentido, se volvían confusas y aleatorias, bien por agotamiento de los interrogados, bien como un tenaz modo de

protesta o de resistencia pacífica, lo que le obligó a dosificarse, limitando a dos o tres las preguntas diarias y escogiéndolas antes con cálculo y prudencia para no perder días dando palos de ciego. De ese modo fue avanzando a cortos pasos en su investigación, logrando averiguar que el desconocido maestro no solo habría sembrado el huerto y lo cuidaba, sino que efectuaba en la alquería pequeñas reparaciones domésticas, traía encargos a los ancianos desde Labriegos o Pomares y, de cuando en cuando, les preparaba algo de comida, todo ello a cambio de que estos vigilasen el huerto al abrigo del teleclub a través del circuito cerrado de televisión que, como acabó sabiendo también, el habilidoso desconocido había improvisado en la alquería.

Pero pasaban los días y el misterioso maestro, el único del que creía poder obtener respuestas ciertas sobre el milagro productivo del huerto, no acababa de aparecer. Preguntados por el Endocrino, los viejos no daban a su ausencia la más mínima importancia, achacándolo a la puntualidad con que la lluvia caía del cielo cada tarde desde hacía semanas, que hacía que no fuese necesario regar el huerto a diario, y a que tampoco ellos, añadieron por fin, casi como un regalo, habían necesitado hacerlo bajar hasta el pueblo últimamente. Solo entonces cayó el Endocrino en la cuenta de que, por lógica, algún medio de comunicación tenía que existir entre los pacientes vigilantes y el hortelano, por si se daba la circunstancia de tener que avisarlo de cualquier necesidad o incidente que pudiera tener lugar en el sembrado. Pero aquel día ya había agotado el turno razonable de preguntas y tuvo que esperar hasta la mañana siguiente para plantearlo, y en esa ocasión, como respuesta, el anciano portavoz, visiblemente cansado, se levantó de su asiento y, después de arrastrar las zapatillas varios metros, le mostró un sencillo interruptor instalado detrás de la puerta de entrada del teleclub explicando imperturbable:

–Se debería solo aquí apretar.

Tanto insistió a continuación el Endocrino en la necesidad de que el Maestro compareciese para aclarar el esperanzador secreto del huerto de Trespuestas, tanto mareó la perdiz, tanto perturbó la paz televisiva de sus anfitriones, que al final el anciano portavoz, exhausto tras negar repetidas veces con la cabeza sus exigencias y

sin duda agobiado, al verse bloqueado tras la puerta por la figura obstinada e inamovible del forastero, apretó el botón y regresó mascullando quejas a su asiento entre los ruidosos suspiros de alivio de sus compañeros. Lo que jamás hubiera imaginado el Endocrino fue hasta qué punto la aparición del Maestro se iba a producir de forma inmediata, y es que no habrían pasado mucho más de diez minutos cuando surgió por el hueco de la puerta un tipo rubio, alto, robusto y jadeante que, sin saludos ni prolegómenos de ningún tipo, comenzó a hablar largo y tendido en alemán con el menos parlanchín de los tres viejos y solo después de un rato de conversación, cuando pareció haberse informado lo suficiente acerca de las razones de tan intempestivo aviso, se dirigió a nuestro héroe con ademán interrogante.

–¿Qué dice? –preguntó el Endocrino, necesitado de intérprete.

–Dice que él el Maestro es, que qué de él querría –tradujo el anciano portavoz.

Para dar respuesta a la pregunta, el Endocrino emprendió un largo y minucioso parlamento con el que pretendía dar cuenta de su persona, de la grave situación de la Tierra, de las razones de su estancia en Trespuestas, del descubrimiento del huerto, de su naturaleza prodigiosa y de las posibilidades de exportar tan esperanzador milagro al mundo entero, pero apenas había culminado la introducción a su discurso cuando el Maestro, a todas luces impaciente, le interrumpió dirigiéndose al anciano portavoz, que a su vez tradujo:

–Dice que él mucho que hacer tiene, que él no puede tiempo perder, que con él para le ayudar vaya, y que él sus preguntas responderá.

Obediente, el Endocrino recogió a toda prisa sus escasas pertenencias y se despidió precipitadamente de los viejos que con tanta paciencia lo habían alojado en el teleclub, no sin antes deslizar con disimulo en el bolsillo del anciano número tres, su callado compañero de fatigas, el salero que tanto había aliviado aquellos días sus comunes penurias culinarias.

Apenas cinco minutos después ya remontaba en pos del presunto Maestro la escarpada pista forestal que partía, desde el otro extremo

del pueblo, monte arriba. Pero su marcha a partir de ahí no había de resultar fácil. Según el Endocrino, pocas veces había sentido en su vida las piernas tan pesadas como entonces. Parecía como si los pies, o las botas, se clavaran en el suelo negándose a avanzar, lo que hacía imposible seguir el fuerte ritmo del impaciente y huraño teutón, que cada dos por tres se detenía y miraba atrás desesperado, arrojando al aire lo que parecían desmesurados improperios en alemán. El Maestro y su reciente pupilo debían de avanzar, desde luego, muy despacio, pues lo cierto es que el anciano número tres, que en un gesto sin precedentes había salido del teleclub y traspasado las fronteras del pueblo en pleno día, consiguió darles alcance a pesar de su bastón y de su paso octogenario. Luego, al llegar a la altura de nuestro héroe, el viejo se apostó sin pronunciar palabra frente a él y le entregó solemne, como signo de agradecimiento, a modo de regalo o de recuerdo de su paso por Trespuestas, una bacinilla esmaltada en blanco, aunque algo deslucida y con varios rosetones negros que el Endocrino recibió con una amable sonrisa, si bien no pudo evitar musitar entre dientes, preguntándose a sí mismo en voz baja, «¿Y para qué quiero yo esto?», frase que, contra todo pronóstico, el anciano alcanzó a escuchar y a comprender perfectamente y a la que respondió tajante e irritado en ardiente tecamolo:

–Tú el aproppiado momento ya hallarás.

Era la primera vez que el Endocrino oía la voz del viejo, pues hasta entonces su relación con él había sido puramente gestual, poblada de guiños e intuiciones recíprocas. Por eso no pudo determinar de entrada a ciencia cierta si la leve vacilación del anciano, si aquella p felizmente duplicada en medio del adjetivo había sido casualidad, consecuencia natural de una voluntad de hablar precipitada, recobrada de repente después de haber perdido durante años la costumbre, o si había sido deliberada, sutil, metamítica o metaliteraria, evocadora de sesudas morfologías estructuralistas soviéticas. Entonces, mientras sopesaba desconcertado ambas posibilidades y recibía de sus manos, cortés y en silencio, el inesperado y extraño regalo, comenzó a sentir en las pantorrillas, proveniente de los pies o, más exactamente, de las botas, una rara energía, un inesperado ardor que le hizo comprender que, por absurdo que pudiera parecer, aquel ramplón objeto era parte

esencial de su aventura. Por eso abrazó el orinal feliz contra su pecho y a continuación, tras despedirse emocionado del anciano número tres, echó a correr detrás del alemán, que sin dejar de despotricar incomprensiblemente a voz en grito, hacía rato que había proseguido su agitada marcha monte arriba.

20

Difícilmente podía imaginar el Endocrino hasta qué punto las profecías de Trancón, el zapatero, habían de resultar acertadas, hasta qué punto, superando el absurdo, el cotidiano diálogo de besugos de Trespuestas, había de ver mermado en días sucesivos el sagrado don de la palabra, hasta qué punto, jornada tras jornada, mientras el mundo se sumía en la reiteración y el hilo de sus pesquisas se iba enmarañando sin remedio, se había de hundir en el infierno de la incomunicación, que, paradójicamente, adoptó en su caso la forma de una paulatina y trabajosa subida hacia las cumbres y del que aquella mañana, en su escarpado ascenso a los dominios del alemán, tuvo ya una nada desdeñable muestra.

Ese día anduvieron los dos caminando una media hora, unas veces por senderos abruptos, otras zigzagueando entre árboles y matorrales. El Maestro abría la breve expedición y su discípulo la cerraba, a escasa distancia, remontando el desnivel con un vigor inaudito que solo se explicaba por la misteriosa energía que brotaba de las botas. El alemán apenas hablaba. Se limitaba a canturrear entre dientes una especie de tonadilla repetitiva y barroquizante que el Endocrino apenas llegaba a oír, mucho menos a comprender, como tampoco comprendía las apuradas advertencias que el guía musitaba de vez en cuando y cuyo objeto solo llegaba a averiguar con dolor, a toro pasado, cuando tropezaba con una raíz o recibía en el pecho el latigazo de una rama traicionera. De esa forma, tras una larga y pesada caminata forestal, varios traspiés y considerables arañazos, alcanzaron el secreto territorio del Maestro, abierto al aire en mitad de la ladera, en medio de un espeso y cerrado pinar.

La primera impresión que tuvo el Endocrino al penetrar en la explotación agrícola del alemán fue la de encontrarse no ya en un rectángulo perfecto, sino en todo un perfecto prisma de base rectangular. Parecía como si después de recortar con exactitud su contorno en la maleza, alguien hubiera arrojado con fuerza hacia el firmamento aquella patente sección cuadrangular rapando a su paso la copa de aquellos árboles que, nacidos más allá de su preciso

perímetro, torcían su vuelo hacia dentro, proyectando de ese modo sus paredes incluso más arriba, más allá de la tupida superficie del bosque, y delimitando a su paso la pura atmósfera, que, por alguna inexplicable razón, parecía volverse más clara y ordenada una vez traspasadas las invisibles fronteras verticales de aquel geométrico pedazo de terreno.

–Herzlich willkommen! –exclamó el Maestro interrumpiendo las divagaciones geométricas del Endocrino, que ya comenzaba a preguntarse el porqué de tan raro fenómeno, y enseguida lo condujo hasta un cobertizo situado a unos quince o veinte metros de lo que parecía ser el edificio principal de la finca, la casa del Maestro, dejando de camino, a un lado y otro, vallas y cercados sin utilidad aparente, ni desbrozados ni labrados ni sembrados aún, pero que transmitían en su conjunto al paseante, por su disposición, por sus dimensiones, por la delicadeza extrema de su factura, nociones de buen hacer, mesura y proporción, y la certeza de que, si pudieran contemplarse un momento desde el cielo, compondrían ante sus ojos una imagen de indudable armonía.

Aquella diáfana sensación de orden no terminó al entrar luego en el cobertizo, sumamente limpio y presidido por un enorme tablero de aglomerado del que colgaban, ordenadas por familias, como si de una orquesta filarmónica se tratase, decenas de herramientas de toda índole, muchas de ellas desconocidas para el recién llegado. Algunas tenían una forma tan singular y retorcida que parecían fabricadas de forma expresa para un fin no ya genérico, sino único, quizá irrepetible, eran de una precisión tan extrema que el Endocrino quedó profundamente maravillado de su mera existencia, un estado que se volvió estupefacción cuando, después de pasear la vista por las paredes, el techo y el suelo de tan pulcro espacio, reparó en la inquietante presencia, en un sólido banco de carpintero sobre el que reposaban, dispersas, sierras, serruchos y varios otros instrumentos cortantes, de un libro grande y voluminoso, firmemente sujeto, protegido por sendos pedazos de madera, entre las férreas mandíbulas de un torno.

De entrada pensó que el misterioso maestro y prodigioso hortelano se dedicaba en su tiempo libre a la encuadernación, pero había algo en la disposición del libro, en las herramientas que lo rodeaban o en

la ausencia de colas, agujas o bramantes que parecía sugerir otra cosa. De hecho, cuando se encontraba en mitad de estas cábalas, el Maestro pronunció una alegre interjección germánica con la que parecía expresar su deseo de ponerse manos a la obra, sacó del bolsillo un metro, comprobó la longitud del libro, y después de señalar una débil línea trazada a lápiz a lo ancho, tomó un fino y reluciente serrucho y, con la provocadora decisión de un prestidigitador, comenzó a serrar con energía y sin contemplaciones el volumen, que en menos de un minuto quedó mutilado, cayendo muda al suelo, entre el serrín, la amorfa sección sobrante, todo ello bajo la mirada entre espantada y confundida del Endocrino, que aún no había salido de su asombro cuando el alemán, después de liberar el libro y sacudir algunas virutas de papel, tomó uno nuevo, efectuó una rápida consulta en la primera página, midió, trazó en esa ocasión con el lápiz dos líneas transversales, a idéntica distancia de los bordes superior e inferior de la portada, y con un audaz golpe de mano lo aprisionó en el torno entre dos delgados tacos de madera. Sin embargo, en el momento en que, serrucho en mano, se disponía a amputarlo también, las agujas de un redondo reloj de pared saltaron con un leve temblor para dar la una en punto y el Maestro interrumpió la tarea, se frotó enérgica, desmesuradamente la barriga y con una amistosa palmada en el hombro invitó a comer al Endocrino.

Almorzaron a buen ritmo en una recia mesa de cocina un chucrut abundante y muy fermentado que servía de guarnición a tres gruesas salchichas vegetales, rellenas de patata, remolacha y un explosivo cóctel de especias, todo ello acompañado de una jarra de cerveza casera, amarga y tan espesa que, en lugar de ayudar al Endocrino a digerir los alimentos, le obligó a beber agua toda la tarde para ayudar al estómago y los intestinos a procesar tan compacta masa vegetal. Pese a la consistencia del almuerzo, no hubo al terminar ni un solo minuto de reposo, pues el alemán, nada más acabar de comer, enjuagó más que lavó platos, vasos y cubiertos, los abandonó a su suerte en el escurridor, y no habían dado las dos menos diez cuando ya sacaba del torno un nuevo libro delicadamente cercenado. A las tres y media ya había cortado veinte más, cada uno de una forma diferente, y solo entonces, después, eso sí, de limpiar el suelo de virutas y restos de papel, reclamó la ayuda del Endocrino, que, aletargado por la laboriosa

digestión y aplastado por aquella inexplicable vorágine de destrucción libresca, había permanecido todo el tiempo en un rincón, recostado contra la pared, incapaz de hacer vida de su cuerpo, sin pronunciar siquiera una palabra.

El Endocrino cargó entonces con once de los veintidós libros demediados y echó a andar obediente en pos del Maestro, que cada cuatro o cinco pasos iba ofreciéndole explicaciones tan breves como ininteligibles, y así llegaron hasta una clara y espaciosa estancia del edificio principal con las paredes cubiertas de librerías y una amplia mesa de estudio en el centro sobre la que depositaron, con enorme cuidado, el cargamento. Observó el Endocrino, echando un vistazo a su alrededor, que tanto la distancia horizontal entre los costados de madera como la vertical entre los estantes eran constantes, resultando de ello una multitud de casillas cuadradas, de idénticas dimensiones, cuya altura parecía a todas luces insuficiente para albergar muchos de los libros del Maestro, quien, quizá por ese motivo, por razones puramente estéticas, aplicando la lógica más práctica y sin ningún tipo de consideración por tan venerables objetos, habría decidido adaptarlos. Lo que desconcertó, sin embargo, al Endocrino, en alguien tan sin escrúpulos para cortar la cultura por lo sano como el Maestro, fue la meticulosidad con la que se dedicó a distribuir los volúmenes cercenados entre las diferentes librerías. A primera vista, el criterio de organización no era, desde luego, ni el de las colecciones ni el de la encuadernación ni el del tamaño de los libros, pues ya había colocados en la amplia habitación centenares de ellos de la forma aparentemente más dispar, lo que echaba además por tierra cualquier explicación meramente estética del fenómeno. En silencio observó cómo el Maestro tomaba con delicadeza cada ejemplar, lo hojeaba ensimismado, musitaba algunas palabras y recorría estantes y librerías con la mirada hasta encontrar el lugar deseado para colocarlo, aunque su decisión no siempre resultaba definitiva, pues no era raro que más tarde, a menudo cuando ya tenía entre las manos otro tomo, recapacitase, diese marcha atrás y buscase una nueva colocación para aquel libro puesto por su mente en entredicho, unas veces dentro del mismo estante, otras, en huecos vecinos, pero también, en alguna ocasión, en lugares notablemente alejados de la ubicación inicial. Tan meditado y reflexivo era el proceso que si en serrar los veintidós volúmenes había tardado poco

más de hora y media, en colocarlos en la biblioteca no tardaría menos de dos, mientras el Endocrino, que al tercer o cuarto libro había optado por seguir la operación desde un cómodo butacón de lectura, se iba hundiendo en una suerte de trance hipnótico, en una larga siesta consciente de la que despertó de golpe, asombrado al ver cómo, después de dar muchas vueltas, el Maestro tomaba las dos partes del último libro, literalmente cortado por la mitad, y colocaba cada una de ellas con decisión en estantes distintos, de lo más distante, exclamando al terminar:

–Fertig!

No tuvo tiempo, sin embargo, el Endocrino de preguntarse por qué habría repartido el mismo libro entre estantes tan separados ni de intentar averiguar el preciso criterio de clasificación del Maestro, pues nada más colocar aquel último volumen, su anfitrión dio una sonora palmada en el aire con la que daba por terminada la tarea y urgía a su huésped a acompañarlo. De hecho, sin darle tiempo a levantarse, salió de la habitación y regresó en un instante con un cubo de cinc y una cesta de mimbre que entregó, para su custodia y transporte, a nuestro desconcertado héroe.

Atravesaron entonces los dos la parcela en fila india bajo el recio sol de las seis de la tarde y llegaron a un espacio remoto que albergaba una explotación ganadera incipiente, pues contaba con un amplio y flamante redil y un cobertizo por el que deambulaba, solitaria y aburrida, una cabra, junto a un gallinero holgado e impecable en el que no se veía, por el contrario, ni un solo animal. Como no tardó en averiguar el Endocrino, las gallinas andaban dispersas por los alrededores, a la buena de Dios, rastreando entre la hierba seca su sustento, unas por allí cerca, otras a la sombra de los pinos colindantes. De hecho, su primer trabajo aquella tarde fue el de, jaleado por las germánicas exhortaciones del Maestro, instar a las aves a regresar a su morada, tarea que no le llevó mucho tiempo, aparte de por ser la gallina una criatura dócil y poco dada a rebeliones, porque la población avícola de la finca no pasaba de media docena de individuos, cinco gallinas y un gallo muy convencidos, además, de sus deberes cotidianos. Luego, recogidos los animales, el Maestro puso entre las manos del Endocrino una escoba invitándole, en correcto alemán y por medio de gestos de

significado evidente, a barrer el suelo ya limpio del gallinero mientras él se colgaba del brazo la cesta y salía en busca de los huevos, repartidos azarosamente por el campo. Después rellenó de maíz el comedero, cambió el agua del abrevadero y refrescó con una manguera el suelo de cemento, aprovechando para expulsar con el chorro dos o tres deyecciones de última hora.

Una vez listas las gallinas, entraron los dos en el redil, donde la cabra los recibió sin entusiasmo, indiferente a las tiernas caricias del Maestro, quien, acto seguido, fue en busca de una escoba y un cogedor y, haciendo gala de la actitud didáctica propia de su condición, le mostró paso a paso al Endocrino, sin ahorrarse ninguna de sus inútiles explicaciones, cómo recoger los excrementos del animal, que luego debía depositar en un montón junto al cobertizo, donde los venía almacenando al amparo de una lona para que, como pudo deducir nuestro hombre de sus gestos, las puntuales lluvias vespertinas no los reblandeciesen. Se prolongaron, no obstante, las explicaciones más que la recogida, pues no eran muchas las deposiciones de aquel solitario animal, y, de hecho, cuando el Endocrino puso los aperos a buen recaudo, el Maestro no había acabado aún de echar de comer y beber a la cabra. Retomando su particular pedagogía, el alemán mostró a continuación al Endocrino el procedimiento adecuado para ordeñarla, dónde había que colocar al animal, dónde el cubo, dónde el taburete, cómo había que agarrar las ubres, cómo masajearlas para que manase la leche, cómo orientarlas para que el blanco líquido rebotase cantarín contra la superficie de metal, qué tipo de caricias resultaban más adecuadas para mantener tranquila a la indolente cabra, etcétera, etcétera, e incluso le invitó a hacer algunas prácticas ordeñatorias, prácticas a las que el aprendiz de entrada se resistió pero que, por no hacerse de rogar, acabó realizando y aprobando con nota ante la mirada satisfecha de su maestro.

Cargados, aunque no en exceso, de huevos y de leche, regresaron luego a casa, y a las siete en punto, con el sol aún vigoroso en lo alto del cielo, el Maestro comenzó a preparar la cena, que consistió en esa ocasión en huevos fritos, más chucrut, un poco de ensalada con nueces y unas gruesas lonchas de queso, todo ello regado de nuevo con cerveza casera, que el Endocrino no tuvo valor de

rechazar y que bebió a sorbos, acompañada de pequeños tragos de agua, tratando de digerirla sobre la marcha.

Al acabar de cenar, el alemán condujo a su huésped hasta la biblioteca, donde dispuso, junto al cómodo butacón de lectura, una tumbona para el invitado, y después de coger un libro, se sentó no ya a leer, sino a contemplar las librerías con una demora y un placer que demostraban que, de todos sus afanes y proyectos, aquel, el de la biblioteca, era el más valioso, el más querido, del que más orgulloso se sentía, y era tanta la concentración, tanto el deleite con el que el Maestro recorría con la mirada los estantes y los libros, que el Endocrino no se atrevió a interrumpirlo con sus imperiosas preguntas sobre el huerto, y tuvo que esperar, mordiéndose los labios, a que el anfitrión rompiera el silencio con una exclamación que, por el tono y los gestos, parecía pedir su parecer sobre tan soberbio espacio y a la que respondió con profusión de signos de admiración y de entusiasmo antes de dar de una vez comienzo a tan crucial interrogatorio. El problema fue que el Maestro poco sabía de español, y el Endocrino aún menos de alemán, y pertenecía a un tiempo educativo en que el inglés era un capricho esnob y el francés que se aprendía en las escuelas e institutos no era sino un galimatías gramatical que podía servir, sí, para descifrar Poil de carotte o La guerre des boutons o para redactar con esfuerzo una ortopédica carta comercial, pero no para mantener con nadie una conversación inteligible, y esas circunstancias obligaron a los dos, Maestro y Endocrino, a suspender el ejercicio del don de la palabra y a refugiarse en el limitado lenguaje corporal. Se encontró entonces con que la mímica y los gestos, ejecutados además fuera de contexto, resultaban del todo insuficientes para plantear ante el Maestro sus científicas inquietudes, y cuando, a las nueve en punto, después de cerca de una hora tratando inútilmente de escenificar la parálisis del planeta, la detención de las plantas, la previsible hambruna y el prodigio salvador de los tomates del huerto, el alemán se levantó y le informó, por medio de un par de eficaces movimientos del rostro y de las manos, que había llegado el momento de acostarse, el Endocrino, alicaído, con la amarga sensación de haber hecho el payaso delante de un extraño, lo siguió sin rechistar hasta una espartana y limpia habitación de invitados donde, después de despedirse de su anfitrión y antes de dormirse, tomó abundantes notas acerca de aquella huera jornada en los

dominios del Maestro en la que, pese a sus muchos esfuerzos, no había logrado avanzar ni un ápice en sus trascendentales investigaciones.

Faltaba algo más de una hora para que el gallo cantara y el sol despuntara alegre en el horizonte cuando un enérgico zarandeo sacó del sueño al Endocrino, que se incorporó en la cama sobresaltado, con el corazón desbocado en el pecho, para encontrarse con el rostro apacible y sereno del alemán, quien, con un reposado «Guten Morgen!», le dio a entender que nada de urgente o extraordinario había en su llamada, sino la mera rutina del madrugador a quien le gusta verse acompañado en sus buenas costumbres. De hecho, llevaba ya algún tiempo levantado y ya esperaba a nuestro héroe, sobre la mesa de la cocina, un abundante desayuno a base de pan, aceite, mantequilla, huevos revueltos, salchichas de patata y remolacha, pepinillos, cebolletas, café y leche de cabra que el anfitrión devoró con entusiasmo mientras el huésped hacía lo imposible por espabilarse y poner en marcha su organismo para que los adormecidos mecanismos de su aparato digestivo pudiesen admitir algo de sustento.

Tan embotados estaban aquella mañana sus sentidos que solo cuando llevaba más que mediado el desayuno reparó en que una música suave pero contundente, que debía de llevar sonando desde antes de despertar, bañaba la sala. Se trataba de una melodía enérgica y redundante que creía desconocer pero que, al mismo tiempo, por alguna extraña razón, no le resultaba del todo ajena. Por eso se mantuvo un buen rato en silencio, concentrado, con la rebanada de pan con mantequilla suspendida en el aire, tratando de descubrir qué notas eran aquellas, hasta que, al cabo de un breve pasaje instrumental, se desató la poderosa voz de una soprano. En ese momento, como respondiendo a un impulso irreprimible, el Maestro se arrancó a cantar entusiasmado siguiendo el ritmo desde la mesa con un brusco balanceo, al tiempo que disparaba a discreción certeros perdigones de patata y remolacha. Tras esquivar de milagro un par de proyectiles, el Endocrino acabó cayendo en la cuenta de que se trataba de la misma tonadilla que el alemán había venido canturreando monte arriba la mañana anterior, y al terminar la canción le preguntó con evidente gesto interrogativo qué música era aquella que tanto lo entusiasmaba, a lo que el Maestro

respondió con un prolijo galimatías del que, por más que se esforzó, apenas llegó a comprender el claro nombre de Händel.

Una vez hechas la aclaraciones, se levantó de la mesa e informó a su huésped, por medio de suaves espirales dibujadas sobre el vientre y de una sonrisilla cómplice, de su urgente necesidad de visitar el baño, una ausencia que el Endocrino aprovechó para, movido por la curiosidad, seguir la pista de la música hasta la sala de estar, donde, gracias a la caja de CD abierta junto al equipo de música, pudo averiguar que la canción que tanto parecía entusiasmar a su anfitrión se titulaba Oh, had I Jubal's lyre y que pertenecía a Josué, uno de los oratorios de Georg Friedrich Händel. Después, no sin temor a la impredecible reacción del alemán, volvió a hacer sonar el tema, y andaba muy concentrado tratando de seguir la letra en el librillo que contenía el disco cuando sonó a su lado el recio vozarrón del Maestro entonando un

Oh, had I Jubal's lyre,

Or Miriam's tuneful voice!

tan entusiasmado y henchido de deseo como inesperado que lo sacó, dando un bote del susto, de su ensimismamiento. Pese a lo que esperaba, y lejos de mostrarse enfadado, el tipo lucía en los labios una sonrisa amplia y satisfecha con la que parecía aprobar el refinado gusto musical de su invitado, tanto que acabó por recompensarle con un fuerte espaldarazo con el que daba, además, por terminado el interludio.

Acto seguido, maestro y aprendiz, repletos de energía y sueño respectivamente, se echaron a andar bajo el crepúsculo en renovado silencio y en la ya habitual fila india. Solo a mitad de camino comprendió el Endocrino que se dirigían a Trespuestas, probablemente al huerto prodigioso, centro de sus pesquisas, y al hacerlo sus cinco sentidos se acabaron de despertar de golpe y su cerebro comenzó a funcionar a todo gas para encontrar la mejor forma de plantear in situ, de forma clara y meridiana, las preguntas

necesarias para desvelar la naturaleza mágica del sembrado. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano, pues por más que, una vez llegados, afinó la mímica, salpicada aquí y allá de reveladores términos en inglés, francés o español, y pese a que alguna parte del mensaje sí pareció alcanzar el entendimiento del prodigioso hortelano, no hubo de comprenderlo del todo, pues sus respuestas sobre el cuidado de legumbres y hortalizas resultaron genéricas, insuficientes, plagadas de verbos evidentes como estercolar, labrar, plantar o regar, sin que ninguno de los escenificados infinitivos y sustantivos de su lección arrojase luz alguna sobre el telúrico origen del prodigio, y aunque el Endocrino trató luego de profundizar en los pormenores de las sucesivas acciones de labranza para rastrear en ellos la clave del misterio, lo único que consiguió fue agotar la escasa paciencia del Maestro, que, incapaz de averiguar qué quería exactamente su ayudante y viendo que el sol comenzaba a subir en el cielo y que el tiempo se les echaba encima, le dejó bruscamente de prestar atención, se concentró en el estado de los surcos, de las hileras de plantas, de las hojas, de los frutos, recogió algunos tomates, varios pimientos y un par de cebollas y emprendió a buen paso el regreso a la parcela.

Tras aquel nuevo fracaso, confuso, mientras sopesaba diferentes estrategias para abordar de nuevo al alemán, el Endocrino fue comprobando que a medida que avanzaba la jornada, esta se iba revelando como un fiel calco de la anterior. Así, al cuidado del huerto le siguió la limpieza de malas hierbas en la parcela, luego el corte y colocación de los libros, apenas interrumpido por el almuerzo, luego el cuidado de los animales, luego la cena, luego la extática contemplación de la biblioteca y luego, por fin, el temprano toque de queda, un esquema que, como había de comprobar con el paso de los días, inaugurados cada mañana con los gorgoritos barrocos que evocaban la lira de Jubal, se repetía con variaciones mínimas, despreciables, como la sustitución de ciertos bloques de trabajo por otros equivalentes, de modo que aunque, en lugar de bajar a cuidar el huerto, se afanasen en roturar extremos agrestes de la parcela, la sustancia del día acababa siendo la misma, tanto que, reflexionando acerca de sus anteriores experiencias por los montes y campos de Labriegos, llegó a preguntarse si la súbita detención del planeta no estaría empujando a todos sus habitantes a la claustrofóbica e ineludible repetición de una rutina sin futuro, si,

lejos de hecatombes y explosiones apocalípticas, el fin del mundo no consistiría justamente en aquello, en el paulatino e irreversible enclaustramiento de toda la creación en un bucle anodino y melancólico.

Además, el Endocrino no tardó en ver cómo su trascendental investigación agrícola se estancaba por completo, pues si el tercer día aún logró captar la atención del Maestro unos preciosos minutos en los que trató en vano de hacerle comprender el objeto de sus preocupaciones planetarias, a partir del cuarto la paciencia del anfitrión se agotó del todo, y en cuanto nuestro héroe dibujaba en al aire la silueta de un tomate, la fatigosa labor de la tierra o el fluir sinuoso del agua entre los surcos, lo despachaba sin contemplaciones antes de seguir, sin perder ni un segundo, con su germánica rutina, dejándolo con la palabra en la boca y los brazos en el aire.

En esas circunstancias la noche del cuarto día de fracaso se le hizo eterna al Endocrino. Encerrado en la soledad de su celda, con la luz solar aún filtrándose contundente por la persiana, se devanaba los sesos tratando de vislumbrar el modo de seguir adelante con sus pesquisas, visto que del Maestro, por razones lingüísticas ni fáciles ni rápidas de superar, no parecía factible obtener respuesta o pista alguna. Después de mucho pensar, de repasar mentalmente cada detalle de su paso por los dominios del alemán buscando alguna pista, de evocar, una vez más, las extrañas palabras de Trancón, el zapatero –las cumbres del Fauno, el sagrado don de la palabra, la bestia de un solo ojo–, cuando afuera ya no quedaba otra luz que el resplandor lechoso de la luna creciente, se levantó, subió la persiana y, casi a oscuras, comenzó a dar estrechas vueltas por el cuarto confiando ingenuamente en las virtudes iluminadoras del peripatetismo. Sin embargo, lo único que consiguió, a la segunda o tercera vuelta, fue tropezar con las botas, que debían de estar tiradas por el suelo de muy mala manera y que le hicieron perder el equilibrio, trastabillar y golpearse la cabeza en la pared. Su primera reacción fue emprenderla a patadas con ellas, pero enseguida logró recapacitar y contener la rabia pensando que no solo le habían salvado la vida en una ocasión, sino que además, con su extraño poder, habían orientado sus pasos y su investigación hasta los dominios del Maestro. Evocó entonces, sin lograr salir aún de su

asombro, la misteriosa energía que había sentido brotar de su interior al esquivar la furgoneta asesina camino de Trespuestas, y también más tarde, por segunda vez, al abandonar el pueblo monte arriba, y se le ocurrió que quizá, después de todo, la solución podía volver a estar en ellas, que quizá podrían orientarle, por tercera vez, en tan angustioso trance indicándole la dirección que habían de seguir sus investigaciones. Por eso se las calzó muy serio y solemne, y con infinito cuidado, para que su anfitrión no lo descubriera vulnerando el toque de queda, salió al relente y, muy despacio y concentrado, midiendo cada paso como si estuviera pisando por primera vez suelo lunar, fue recorriendo metro a metro la parcela durante tres largas horas sin que las botas llegaran siquiera a inmutarse, sin que llegase a sentir, en su interior blando y confortable, el más mínimo temblor, el más leve asomo de energía.

Descartadas las botas, la noche siguiente concentró toda su atención en la bacinilla con la secreta esperanza de que, después de todo, se tratase también de un objeto mágico y no del regalo absurdo de un viejo chiflado. Sin embargo, por más vueltas que le dio entre sus manos palpando cada centímetro cuadrado de superficie, por más vueltas que dio más tarde abrazándola con mimo, recorriendo de cabo a rabo la finca del Maestro bajo la débil luz del cuarto creciente, no logró sentir en ella temblor, brillo o revelación de ningún tipo, y aunque tentado estuvo luego de probar fortuna dándole el uso normal y corriente para el que había sido fabricada, soñando con que tal vez de ese modo, al recibir el fruto apestoso de su vientre, pudiera obrarse el milagro, estaba tan cansado por la falta de sueño, se sentía tan ridículo solo de imaginarse en tan innoble postura, le pareció tan poco lógico, tan poco mágico, tan poco épico, que acabó por empujar el cuenco bajo el catre y por echarse sobre las sábanas extenuado, confiando en que, dándole tiempo al tiempo y manteniéndose despierto, con el paso de los días, como ya había sucedido en su estancia en Trespuestas, acabaría por hallar la punta necesaria para poder seguir tirando del hilo del misterio.

Lo que en realidad fue descubriendo el Endocrino con el paso de esos días fue la profunda belleza de los planes de su anfitrión, que incluían un ingenioso sistema hidráulico para bombear agua desde el río, una armónica distribución de siembras o la explotación

simbiótica y racional de cultivos y ganados en la parcela. Además, gracias a la observación atenta de su proceder y al trabajoso descifrado de ciertos títulos y rótulos, llegó a comprender que, más allá de cualquier criterio estético, lo que el alemán procuraba con su peculiar biblioteca no era sino la más precisa clasificación posible del conocimiento humano, que exigía que cada libro encajase a la perfección en su correspondiente categoría, eliminando, si era necesario, cuanto sobrara, a lo alto o a lo ancho, o dividiéndolo en cuantas partes fuesen necesarias cuando su sustancia compleja lo hiciera candidato a más de una ubicación, y al descubrir el porqué de las amputaciones perpetradas en los libros, del horror ante lo que había venido considerando poco menos que un holocausto cultural pasó a sentir una honda y sincera admiración por el elevado propósito de tan drástica muestra de racionalismo desquiciado.

Así, a medida que pasaba el tiempo, la situación del Endocrino en el ordenado territorio del alemán se fue pareciendo cada vez más a la de Ulises en la isla de Calipso o la de don Quijote en el palacio de los duques, un estado de abandono y dejación de funciones que no le quitaba el sueño, pues, por más que en muchas anotaciones en sus cuadernos lamentara sentirse extraviado en la profecía, lo cierto es que se encontraba cada vez más cómodo en los dominios y costumbres del Maestro, más entusiasmado por su proyecto intelectual y agropecuario y más tentado, a fin de cuentas, a integrarse del todo en aquella laboriosa rutina y a olvidar para siempre su mesiánica tarea. En menos de una semana ya se había acostumbrado a levantarse solo, de madrugada, sin la ayuda de su anfitrión, a la espesura de la leche de cabra y al ácido sabor de los pepinillos y cebolletas en ayunas, ya acompañaba al alemán, a grito pelado, en su lírica exaltación mañanera de la lira de Jubal, de la voz melodiosa de Miriam, ya conocía a la perfección los entresijos del huerto, el ceremonioso protocolo de mutilación de los libros o las labores necesarias para la limpieza del redil y el gallinero, y participaba en todas esas operaciones con discreta diligencia, siempre atento y dispuesto a echar una mano, pero respetando en todo momento la iniciativa y el merecido protagonismo de su Maestro, quien, a su vez, cada día se mostraba más satisfecho de la actitud de aquel discípulo que, olvidándose de sus extravagantes e incomprensibles obsesiones siderales, iba centrando más y más su

esfuerzo y su atención en los quehaceres terrenales, tanto que, con toda probabilidad, ya comenzaba a ver en él, en nuestro Endocrino, un posible colaborador permanente, el Viernes de aquella singular isla serrana, el apoyo necesario para culminar con éxito sus hercúleos esfuerzos por racionalizar el espacio y el conocimiento.

En este nuevo orden de cosas, entre maestro y aprendiz fue creciendo una alegre camaradería abonada por las pequeñas labores y entusiasmos cotidianos compartidos, y como es natural, no tardó en brotar también, horadando tímidamente las ásperas fronteras del idioma, el diálogo, que si al principio se basaba apenas en gestos toscos y palabras sueltas, con el paso de los días y de las conversaciones se fue volviendo más fluido y comprensible, aunque sin abandonar por ello su precariedad elemental, necesitada, en todo momento, de retorcidos atajos corporales. Como casi resultaba normal esperar conociendo su carácter, después de ganarse la confianza del Maestro y una vez establecida aquella rudimentaria pero eficaz vía de comunicación, la inevitable curiosidad del Endocrino le llevó de nuevo a hacer preguntas. La primera reacción del alemán fue de enfado y decepción, pensando que su acólito volvía a las andadas, pero al darse cuenta de que, lejos de aquellas mímicas interplanetarias de los primeros días, cuyo significado y sentido último nunca había llegado a comprender del todo, los ademanes del Endocrino apuntaban a la tierra, a la orientación y profundidad de los surcos o a la distancia que dejaba entre las hileras de plantas, a las costumbres de cabras y gallinas o al diseño y utilización de algunas de las singulares herramientas de amputación que el alemán almacenaba en el taller, este comenzó enseguida a responder con generosidad y precisión científica, logrando, gracias al notable avance comunicativo que se había ido afianzando entre los dos, que el Endocrino viera aclaradas a grandes rasgos sus pequeñas dudas.

De ese modo fue profundizando en el conocimiento de los usos y costumbres del Maestro, lo que hacía aumentar, inevitablemente y por más que quisiera negarlo, el deseo de quedarse en sus tierras. Pero una tarde, mientras limpiaba el redil recogiendo, como de costumbre, los excrementos frescos de la cabra, se le ocurrió preguntar cuál era el destino de la pequeña montaña que día tras día iba creciendo discreta al amparo de la lona. Orgulloso de su

misión pedagógica, el Maestro le vino a explicar que utilizaba el estiércol para abonar el huerto de Trespuestas, y que con el montón que con tanto cuidado iban acumulando cada tarde pretendía enriquecer la tierra el próximo invierno, antes de la siembra, con el objeto de obtener, al verano siguiente, una espectacular cosecha. Tan alejada estaba para entonces la mente del Endocrino de su propósito inicial que en absoluto reaccionó ante la respuesta del alemán. Ni de lejos llegó a plantearse que pudiese haber algún tipo de relación entre las boñigas que abonaban el huerto y su naturaleza prodigiosa, y todo lo que llegó a pensar fue que por más que defecara la cabra hasta el invierno, si es que llegaba alguna vez el invierno, la cantidad que podían llegar a acumular bajo la lona parecía harto insuficiente para fertilizar tanto terreno como había en Trespuestas, y así se lo hizo ver al Maestro. Este entonces, tras arrojar al aire una estruendosa carcajada, le aclaró, con profusión de cuernos, balidos y fingidas deposiciones, que había más cabras, más excrementos, más estiércol, en cantidad más que suficiente para hacer brotar el huerto recio y lozano. Desconcertado, el Endocrino miró hacia uno y otro lado con la blanca expresividad de un actor de cine mudo, haciendo ademán de preguntar a su anfitrión dónde estaban esas otras cabras que tanto y tan ricamente defecaban, y el alemán, quizá por no saber decir «cabrero», quizá por no saber muy bien cómo representarlo, quizá porque utilizaba la palabra como apodo, como forma personal e intransferible de denominar al individuo que, por lo que nuestro héroe pudo luego averiguar, le suministraba el estiércol, exclamó dibujándose tirabuzones alrededor de las orejas, «der Faun», y al ver, tras un par de repeticiones acompañadas de gestos de embestida, que su interlocutor no reaccionaba, aclaró con voz alta y nítida, latinizando el término: «der Faunus».

Esa vez no tuvo que repetir de nuevo la palabra, pues enseguida vio cómo el rostro del discípulo se iluminaba, cómo su tez se estiraba hasta adquirir una tersura casi resplandeciente, señal inequívoca de que había comprendido bien el mensaje. Pero lo que en ese momento prendía en la mente del Endocrino era mucho más que la mera luz del entendimiento. Lo que, en realidad, sufría en su fuero interno, tras comprender las palabras del Maestro, era toda una revelación, una completa transfiguración que le devolvía, tras largas jornadas de extravío, los olvidados atributos del héroe, y todo

gracias a aquella única palabra que, atravesando como una flecha las cenagosas fronteras de la lengua –der Faun, der Faunus, el fauno–, hizo regresar candentes a sus oídos las proféticas palabras del zapatero –las cumbres del Fauno, el sagrado don de la palabra, la bestia de un solo ojo–, haciéndole sentir al mismo tiempo, por un instante, desde lo más profundo de sus botas, el ronco temblor de la profecía. Fueron unos segundos de honda turbación en los que perdió la noción del tiempo y del espacio, en los que sus sentidos quedaron suspendidos y se sintió flotando en una dimensión paralela, tangente, secante, distinta al fin y al cabo a la real, y en los que los sucesivos episodios de su singular aventura pasaron ante sus ojos a toda velocidad mientras adquirían, en su vertiginoso tránsito, una lógica inusitada que hizo que luego, al volver en sí tras aquel breve momento de arrebato, tuviera la absoluta seguridad de que era el estiércol y no otra cosa lo que provocaba la extraordinaria fecundidad del huerto, de que eran aquellas despreciables boñigas las que transmitían a las plantas su mágico vigor y de que su obligación era dejarse arrastrar de nuevo por los inexorables cauces de la profecía, reanudando su camino monte arriba en busca de las míticas, desconocidas, cumbres donde pastaban, triscaban y evacuaban las sin duda prodigiosas, ya para siempre legendarias, cabras del Fauno.

La súbita, irrenunciable e incomprensible decisión del Endocrino de partir sorprendió sobremanera a su Maestro. Por más que trató el uno de explicar y el otro de comprender los motivos, no hubo forma de aclarar nada, como si los puentes de comunicación, tan trabajosamente erigidos entre ambos durante semanas, hubiesen sido dinamitados de repente. Al cabo de unas horas, después de mucho conversar —o de tratar de hacerlo—, resignados por fin a no entender y a no ser entendidos, decidieron celebrar por todo lo alto la despedida, y esa noche hubo doble ración de chucrut, doble ración de cerveza, doble período de contemplación extasiada de la biblioteca, y a la mañana siguiente, mientras hacía el petate tras un profundo descanso, las notas musicales de Josué resonaron en el aire con redoblada energía, y cuando, después de un copioso desayuno, llegó el momento de la despedida y anfitrión y huésped se abrazaban emocionados a la puerta de la casa, sonó una vez más dentro, más poderosa que nunca, como un postrero adiós, la poderosa voz de la soprano cantando entusiasmada su imposible

deseo de poseer la lira de Jubal y la voz melodiosa de Miriam para poder dar gracias al Cielo y a su padre por todas las mercedes recibidas.

21

Muy ufano ascendía el Endocrino monte arriba, hacia las regiones donde el árbol da pie al arbusto, el arbusto al matorral, el matorral a hierbas cada vez más ralas, sin saber que su certeza, la de la energía salvadora del estiércol, no tardaría en devenir mera hipótesis y que su heroica búsqueda no había de terminar allí, en las ansiadas cumbres, donde tan solo le esperaba una aún más honda incomunicación. Mientras, sin embargo, en lo que se desvanecían sus ingenuas esperanzas, avanzaba cantarín, recreándose al germánico modo en lo que haría si tuviese la lira de Jubal, la melodiosa voz de Miriam, y todavía, después de varias horas, andaba enredado en su cansino canturreo cuando comenzó a sentir el rumor de otra tonada, que, aunque distorsionada por la distancia y la presencia intermedia de los pinos, no le acababa de resultar desconocida. Picado de nuevo, como ya le sucediera en la morada del Maestro, por la curiosidad musical, se dejó llevar por su oído y fue avanzando entre los árboles, tropezando con raíces y matas de hierba, más atento al soniquete que a las irregularidades del terreno, hasta que alcanzó a escuchar con claridad la letra, interpretada por una áspera voz masculina que, en ese instante, con intensidad y emoción crecientes, iba diciendo en italiano

Gira, il mondo gira

nello spazio senza fine

con gli amori appena nati,

con gli amori già finiti,

con la gioia e col dolore

della gente come me,

para a continuación, acompañada por toda la fuerza de una inflamada orquesta sinfónica, exclamar ufana

Oh, mondo, soltanto adesso

io ti guardo,

nel tuo silenzio io mi perdo

e sono niente accanto a te.

Il mondo

non si è fermato mai un momento,

la notte insegue sempre il giorno,

ed il giorno verrà...

Para entonces, para el momento en el que la entusiasmada voz del cantante se relajaba al fin en un suave tarareo, el Endocrino ya había identificado el tema y permanecía absorto, boquiabierto, extasiado, apoyado levemente sobre un árbol por temor a perder el equilibrio, y es que al descifrar el significado de la letra había llegado a la conclusión de que aquella música lo interpelaba, de que a él y solo a él iba dirigido aquel fonográfico canto de sirena y de que, una vez más, al Destino le gustaba jugar con la casualidad y la paradoja, pues, irónico y travieso, había elegido justo aquella vieja canción italiana, en la que el mundo, en contra de lo que venía sucediendo en realidad, no dejaba de dar vueltas por el espacio en la voz grave de Jimmy Fontana, para recordarle su misión y hacerle ver que él era, sin ningún lugar a dudas, el Elegido, el responsable de empujar al planeta y devolverle su fatalmente olvidado impulso elíptico.

Una vez repuesto de la sorpresa, echó a andar decidido, orgulloso y

seguro de sí mismo, hasta alcanzar, allí donde terminaba el bosque, la precaria fuente de la melodía, que no era otra que un viejo tocadiscos apoyado en un tocón junto al que permanecía de rodillas un individuo moreno y menudo, con el rostro y las yemas de los dedos casi rozando la negra superficie giratoria del disco, en aparente actitud de oración, y que, por más que el Endocrino, a medida que salía del bosque y se acercaba, fue anunciando en voz alta su llegada, no se percató de su presencia hasta sentirse tocado con delicadeza en el hombro. Entonces, lejos de sobresaltarse, casi como si esperase en cualquier momento aquella visita, el desconocido se incorporó y con una sonrisa franca y una exclamativa ristra de sonidos guturales estrechó la mano del recién llegado, que no tardó en darse cuenta, por los ruidos, los gestos y la fijación con la que escrutaba el cada vez más lento movimiento de sus labios, de que estaba sordo como una tapia.

Tampoco tardó luego en constatar que también era mudo, pues tras echar a un lado el tocadiscos, en un abrir y cerrar de ojos dispuso sobre el tocón unos tasajos y una jarra de vino cárdeno que compartió generoso con nuestro héroe –a quien, por otra parte, le supieron a gloria los sencillos manjares después de tantos días de cerveza espesa y denso vegetarianismo– mientras un hatajo de cabras se iba arremolinando curioso a su alrededor, y en todo ese tiempo no llegó a pronunciar palabra ni a emitir sonido alguno, esbozando apenas un par de gestos, el primero, más elemental, para invitar a su huésped a tomar asiento, y el segundo, vago y más complejo, una vez agotado aquel frugal almuerzo a deshora, para hacerle ver que podía disponer a su antojo de sus parcas pertenencias si deseaba echarse, como él mismo pretendía hacer, la siesta, y de hecho, para dar ejemplo, acto seguido se tumbó en una tosca hamaca de arpillera amarrada a la sombra entre dos árboles y en menos que canta un gallo dormía ya plácidamente.

Movido por la franca hospitalidad del individuo y escoltado en todo momento por el fiel cortejo de cabras, que no había dejado ni un segundo de acompañarles durante el refrigerio, el Endocrino, olvidándose por un momento de su investigación, se dedicó a recorrer el descampado, en el que los únicos elementos que destacaban, amén de una variopinta multitud de objetos dispersos por el suelo sin orden ni concierto, eran un redil completamente

destartalado, incapaz de contener ni un segundo la natural curiosidad de las cabras, un depósito para recoger agua de lluvia lleno aún hasta la mitad y, más que un chozo, una suerte de chabola más propia de periferias urbanas que de paisajes serranos. El cobertizo, que parecía hacer las veces de vivienda, había sido construido con chapas, listones de madera, trozos irregulares de uralita, puertas sin herrajes y ventanas agrietadas, todo ello sujeto con alambres y clavos herrumbrosos y aislado por medio de mugrientos jirones de tela embutidos entre los diversos elementos constructivos, sobre los que sobresalía, negro y altanero, rematando orgulloso tan amorfo conjunto arquitectónico, el tubo abollado de una chimenea de aluminio. Llamaba de modo especial la atención, clavado en la recia puerta de entrada, un sagrado corazón de Jesús sobre cuyo rostro de latón alguien había pegado el semblante recortado en papel y torpemente plastificado con cinta adhesiva de un individuo que el Endocrino no supo reconocer en ese momento y que recibía, con su mirada penetrante, clarividente, quizá un punto alucinada, al perturbado visitante mostrándole, en mitad de su pecho, un corazón ardiente rodeado de espinas.

En el interior, la vivienda –pues al fin y al cabo de una vivienda se trataba– resultaba bastante más espaciosa de lo que desde fuera podía llegar a parecer. Constaba de una sola pieza en la que sobresalían una cocina de gas, una nevera, un tosco fregadero, una mesa camilla, un sofá-cama, tres sillas desiguales y un escaño de madera abarrotado de cacharros entre oxidados y percudidos que rebosaban el asiento y cubrían las pilas de revistas, periódicos y papeles amarillentos que, cuidadosamente anudados, alfombraban el suelo de la casa dejando al medio unas estrechas veredas por las que, no sin dificultad, se podía más o menos circular entre la cocina, el dormitorio y la zona de estar. Si además tenemos en cuenta que del techo pendía una intrincada red de cuerdas y tensores que sobrevolaba el espacio y de la que colgaban desde piezas sueltas de vestuario hasta sartenes, cacerolas, paños de cocina, gafas de sol, toallas o una linterna, no será difícil imaginar que el aspecto general de la morada del fauno no distaba mucho del de una trapería.

Curiosamente, en medio de tan fenomenal caos, destacaba un objeto insólito, algo que quizá nadie hubiera esperado encontrar en un

lugar semejante, sobre todo porque, de algún modo, su presencia y su disposición no parecían tener nada de azaroso o casual, sino de premeditado. Se trataba de un ejemplar del Tractatus logico-philosophicus de Wittgenstein recostado con primor sobre un atril en un lugar notablemente despejado y luminoso, al pie de una ventana. Extrañado por el descubrimiento, no pudo evitar acercarse a zancadas por entre los cacharros, tomar el libro y hojearlo, y enseguida averiguó de quién era el rostro que había pegado sobre el sagrado corazón de Jesús de la puerta, pues en una de las primeras páginas faltaba, recortado en un óvalo, el rostro en blanco y negro del filósofo austriaco. Por lo demás, el volumen se veía muy manoseado, aunque en ningún lugar presentaba marcas de lectura, salvo al llegar al final, donde alguno de sus hipotéticos lectores, acaso el propio Fauno –por más que resultase difícil de imaginar–, había subrayado contundente a bolígrafo el punto siete: «Sobre lo que no podemos hablar debemos guardar silencio».

Quedó el Endocrino profundamente impresionado con el descubrimiento, no tanto por la cita en sí, que ya conocía, como por las peculiares circunstancias que le habían conducido hasta ella, el certero subrayado, el preeminente lugar del libro, el inescrutable caos del cobertizo, la afectuosa acogida del Fauno, la paradójica canción de Jimmy Fontana, circunstancias encadenadas, pintorescas, en apariencia contradictorias, que le hicieron pensar que, acaso una vez más, nada había de azaroso o casual en el hallazgo y que, por lo tanto, la categórica sentencia de Wittgenstein sin duda estaba allí por algún motivo, acaso como clave o como pista previa al descubrimiento del misterio fecal de las cabras –razón que, antes que ninguna otra, le había conducido a aquellas alturas– y para orientar en adelante por el sendero justo sus pasos salvadores. Sin embargo, por más que le dio luego vueltas a la cita, nada descubrió en ella que pudiera apuntar a las cabras, mucho menos a su aparato excretor, aunque sí una palabra, silencio, que señalaba de forma certera hacia su buen pastor, el Fauno, sumido de forma permanente, por deficiencia congénita o daño adquirido, en la más profunda de sus formas. A partir de ese instante, su foco de atención se desvió hacia las posibles causas de la incapacidad del Fauno, y luego, siguiendo la deriva caprichosa que a menudo toma por su cuenta el pensamiento, hacia las dificultades que el impedimento había de suponer para sus cotidianas labores

pastoriles y hacia los modos, sin duda prácticos e ingeniosos, que, con el paso del tiempo y la experiencia, habría ido improvisando para superarlas, y en esa vaga deriva, cuando más alejado se sentía de Wittgenstein y de sus ideas, se le ocurrió de pronto, como un relámpago, que acaso la mudez y la sordera de su anfitrión no eran el resultado de un problema físico, sino de una decisión filosófica radicalmente basada en el punto siete del Tractatus, que, de ser así las cosas, la incapacidad quizá no fuera real, sino impostada, y que puede que, jugando con las palabras de Wittgenstein, lo que en ese momento resultase necesario fuese quebrar, de una vez por todas, el espeso silencio del pastor para poder hablar, aclarar el misterio y deshacer, de una vez por todas, aquel maldito embrollo.

Por esa razón, desde que el pintoresco personaje se levantó de la siesta, durante varias horas, mientras ordeñaba las cabras y elaboraba luego, de manera poco metódica y no demasiado higiénica, algunos quesos, el Endocrino se dedicó a tenderle trampas, dando palmadas, lanzando preguntas a bocajarro o soltando gritos desgarradores a sus espaldas con la esperanza de cogerle en un renuncio, de provocar en él algún tipo de reacción verbal que demostrase que no era mudo ni sordo ni nada que se le pareciese. Sin embargo, por más que preguntó, que gritó, que aplaudió, que alertó con sus chillidos el apacible pastar de las cabras en el prado, no logró del fauno ningún tipo de reacción o de respuesta, bien porque el tipo estuviera, definitivamente, mudo y sordo, bien como resultado de algún tipo de entrenamiento, bien porque meses o años de obstinación y dejación de funciones hubieran anulado para los restos el acto casi reflejo de responder con palabras a la palabra humana.

El experimento, pues, resultó un fracaso, y la sordera, ya fuese natural o inducida, demostró ser un pesado obstáculo cuando el Endocrino, esa misma noche, al tiempo de la cena, abordó por primera vez el asunto que le había llevado hasta allí. Como no era hombre al que le gustase abordar las cosas in media res, consideró necesario, antes de centrarse en lo que más le urgía, en el presumible poder mágico de las boñigas, poner en antecedentes al pastor, que nada parecía saber de los terribles acontecimientos siderales en los que el planeta se veía envuelto por entonces. Para ello comenzó a dibujar con el dedo, sobre el aire, amplias órbitas

celestes, a improvisar en el suelo, con piedras y palos, rústicos sistemas solares y a poner en escena, por medio de gestos amplios, exagerados, las trágicas consecuencias de la detención del planeta. Aun así, y a pesar de sus dramáticos esfuerzos, lo más que consiguió arrancarle al fauno fue una sonrisa dócil y un encogerse de hombros de significado incierto, que tanto podía querer decir que no se había enterado de nada como que lo daba todo por bueno y por perdido, eso cuando el individuo no estallaba en carcajadas huecas y descansadas con las que aplaudía la apurada mímica del Endocrino, que, sintiéndose frustrado, a partir de un determinado momento decidió callar y dejar que fuera el otro quien hablase –en sentido figurado, claro– con la esperanza de encontrar entretanto un hueco en el que meter baza. Aquel fue todo un esfuerzo de contención para alguien tan locuaz y ávido de saber como nuestro héroe, pues, como pudo luego comprobar a lo largo de sus días en la cumbre, el fauno era poco dado a hablar por hablar. No sentía nunca, por lo general, la necesidad de decir nada, ni siquiera para romper la incómoda situación de silencio ante un desconocido, y cuando lo hacía, cuando hablaba –obviamente, siempre en su tosco lenguaje de signos–, lo hacía apenas para constatar el mundo, para subrayar lo del todo evidente ante los ojos de cualquiera, la cercana presencia de las cabras, la grumosa consistencia del queso en elaboración o la altura del sol sobre el horizonte, sin extraer nunca de esos hechos, de tales constataciones, consideración, conclusión o clarividencia alguna, como si, incapaz de ensayar ninguna clase de trascendencia, el individuo atendiese solo a lo inmediato, a lo evidente, al mero acontecer, sin tratar de ir nunca más allá. Eso mismo fue lo que sucedió aquella primera noche, cuajada de silencios y de brazos caídos, y por eso cuando, al cabo de varias horas de rala conversación galáctica, el Endocrino, desesperado, optó por cambiar de estrategia, por bajarse del cielo a la tierra e interrogar sin preámbulos al sordomudo por el origen las cagarrutas, por aquel presunto oro negro que salpicaba en abundancia sus dominios, el Fauno respondió con la misma sonrisa dócil de siempre, sazonada, quizá en esa ocasión, con un punto de piedad y condescendencia, haciéndole ver, con gestos simples pero eficaces, que aquel no era sino el resultado natural del natural comer de las cabras, animal dotado de un elemental proceso productivo que fue explicando con detalle por medio de gestos dibujados sobre el cuerpo paciente y somnoliento de una de sus

reses, mostrándole cómo por la boca recibía la materia prima, cómo a través de las ubres se extraía el preciado, blanquecino producto y cómo a través del orificio trasero se devolvía por fin a la tierra el inútil residuo esférico que tanto parecía intrigar a su huésped.

Esa noche nuestro Endocrino durmió poco. Primero, porque el mudo diálogo de besugos con el cabrero se prolongó hasta bien entrada la madrugada robándole preciosas horas de sueño, pero también porque aún tardó mucho luego en conciliarlo, furioso consigo mismo por recaer siempre en los mismos errores, por obstinarse en extraer información de individuos, como el Fauno, el Maestro o los tercos viejos de Trespuestas, cada vez más encerrados en su estrecha visión del mundo, en su insalvable bucle melancólico, de seres con los que, extrañamente, cada vez resultaba más difícil entenderse. Por eso, después de dar muchas vueltas en el escaño, despejado sin cuidado ni contemplaciones para su descanso, decidió olvidarse de entrevistas e interrogatorios y confiar más en la observación directa de los fenómenos, y tomó la determinación de en adelante, mientras durase su estancia en la cumbre, dedicarse a observar por sí mismo, con detalle, el diario comportamiento de las cabras, analizar qué comían, dónde lo comían, cómo lo digerían y evacuaban, pensando que quizá en alguna de aquellas fases del proceso hallaría la razón última del fenómeno de Trespuestas y, de ese modo, una solución, siquiera parcial, a los graves problemas que sufría la Humanidad, y solo entonces, una vez rehecho de arriba abajo su plan de actuación, consiguió al fin pegar ojo.

Sin embargo, cuando, a la mañana siguiente, quiso despertar, el sol se encontraba ya bien alto en el cielo, y para entonces las cabras, que, como no tardó en comprobar, se mostraban del todo autónomas debido, sin duda, a la impasible y pertinaz negligencia del pastor, habían emprendido horas atrás su paseo nutritivo por las cumbres, y lo mismo podían estar en un lugar como en otro, pues no se las veía a simple vista y ningún rastro concluyente habían dejado tras de sí en la tierra, y tampoco podía contar para hallarlas con la sabia experiencia del Fauno, que permanecía aún dormido en la hamaca, con la luz castigando sin clemencia sus párpados, y que todavía había de seguir allí, ajeno al mundo, hasta alrededor de mediodía.

Hambriento, el Endocrino improvisó un desayuno con los restos de la cena y un puñado de frutos secos que aún guardaba en la mochila, y después, mientras hacía tiempo hasta que despertase el cabrero, anduvo merodeando aburrido por los alrededores del cobertizo sin nada mejor que hacer que mirar el paisaje, y en ese deambular vino a dar con una mancha de tierra pelada, sin hierba, en la que, sin motivo aparente, se acumulaba una gran cantidad de cagarrutas. Aprovechando el descubrimiento, enseguida se agachó, curioso, para examinar por primera vez de cerca el oscuro, prometedor residuo. Con un palo anduvo removiendo las bolas y comprobó que, en realidad, no eran uniformes ni del todo esféricas, sino más bien alargadas, elípticas, y que presentaban grietas y estrechas vetas de color más claro, características que, por su falta de conocimientos previos, no pudo en modo alguno determinar si eran propias de la cagarruta común o específicas de aquella otra, presuntamente prodigiosa, que con tanta abundancia alfombraba las praderas y salientes de las cumbres del Fauno. Movido por la necesidad de saber, y haciendo de tripas corazón, se dedicó luego a coger bolitas y a desmenuzarlas entre los dedos con la vana esperanza de hallar en su interior algún signo definitivo de su poder, un pigmento fluorescente, una fragancia embriagadora, las bituminosas hebras de la magia, pero nada encontró dentro que revelase a simple vista la naturaleza milagrosa del excremento. Entonces se le ocurrió que, al no disponer de medios más sofisticados de análisis a su alcance, la única forma posible de verificar que las cagarrutas eran capaces de, vulnerando el desorden planetario, propiciar el desarrollo vegetal, era sembrar él mismo algunas plantas y observar su evolución día tras día, cada mañana, mientras durase su estancia en la majada del Fauno. Por eso comenzó a hacer acopio, aquí y allá, de granos, semillas y huesos de frutas, tarea que no resultó en modo alguno difícil, pues los alrededores del cobertizo estaban salpicados de restos de comida en descomposición, algunos de ellos señalados además desde el aire por un revelador enjambre de moscas zumbonas, y luego, con ayuda de un zacho herrumbroso, se dedicó a hacer agujeros y a depositar en ellos, con extremo cuidado, sobre un nido de excrementos, el grano, el hueso o la semilla antes de cubrirlos con tierra y humedecerlos tiernamente con el agua de una regadera, y ya debía de llevar sembrada cerca de una docena de hipotéticas plantas cuando el Fauno despertó al fin de su letargo.

Contra todo pronóstico, vista la muelle indolencia del día anterior, el personaje pareció levantarse esa mañana con un firme propósito. Sin apenas saludar ni molestarse en romper el ayuno, y haciendo caso omiso a Jimmy Fontana, que por unos instantes pareció reclamar su atención desde la ajada carátula del disco, tirada por el suelo, el Fauno se encaminó ensimismado al cobertizo y nuestro Endocrino, adiestrado como estaba por la infatigable rutina del alemán, lo siguió sin demora, dispuesto a echar una mano en lo que hiciera falta. Luego, una vez dentro, el individuo comenzó a rebuscar entre las toneladas de basura que alfombraban el suelo, trasladando de un sitio a otro, con la ayuda de su huésped, una ferretería abundante y rica en óxidos, chatarra de utilidad dudosa y atados y más atados de libros y revistas, tantos y en tal magnitud que en menos de una hora se había transformado por completo la abrupta topografía del lugar. Sin embargo, a lo largo de aquel lento y fatigoso proceso, la intención inicial del Fauno, cualquiera que esta fuese, pareció diluirse por completo, pues si al principio desplazaba los objetos con decisión, removiéndolos con energía, examinándolos impaciente antes de descartarlos, como si le urgiese encontrar algo concreto e imprescindible, hallazgos inesperados fueron luego atrapando paulatinamente su atención y dibujando en su cara una felicidad plena, bobalicona, comenzando por un diminuto organillo que reproducía, con un sonido metálico y elemental, La vie en rose, y que lo mantuvo entretenido, dándole a la manivela, cerca de diez minutos, siguiendo con los increíbles inventos de Franz de Copenhague y terminando con una roñosa colección de pendientes disparejos con la que anduvo enredando un buen rato antes de, mostrándose satisfecho, abandonar, sin más, la búsqueda, eso si en algún momento había llegado a estar buscando algo en realidad. En ese momento se volvió hacia uno de los enrevesados tendederos que atravesaban el espacio, descolgó una sartén y, con ajo, aceite, pimentón, unas cucharadas de harina y unos pedazos de tocino, en poco más de veinte minutos había preparado unas gachas que, también contra todo pronóstico, vista la gordura añeja del tocino y la poca limpieza empleada en su elaboración, hicieron, debidamente acompañadas de un vino suave, afrutado, bucólico, las delicias del Endocrino.

Después de terminar con las gachas y el vino, con la elegancia rústica que le caracterizaba, el Fauno colocó en medio del tocón

una fiambrera oronda, de olvidado lustre, que abrió con ceremoniosa parsimonia y que contenía, para sorpresa del Endocrino, las moras de zarza más gordas, lozanas y brillantes que había visto en su vida. Dadas las circunstancias, las de aquel mes de agosto dispuesto a no acabarse nunca, resultaba difícil determinar, ante tamaño esplendor silvestre, si se trataba de fruta de temporada o de fruta a destiempo. Lo que no se le escapó al Endocrino, en cambio, tras saborearlas y descubrirlas, además, tan en sazón, fue que, tratándose de un producto tan efímero y perecedero como las moras, por necesidad tenían que haber sido cosechadas recientemente, el día anterior o como mucho dos días antes, y eso revelaba, a todas luces, que aquellos frutos suculentos y carnosos que el Fauno le ofrecía como postre, al igual que las misteriosas verduras del huerto de Trespuestas, maduraban a su aire, sin importarles lo más mínimo la estancada situación del planeta, lo que quería decir –o al menos así lo quiso él entender– que se encontraba en el umbral del tan ansiado descubrimiento, de la secreta energía que hacía crecer las plantas en aquellos parajes. Dispuesto a no perder la oportunidad de seguir indagando, alabó con gestos grandilocuentes, desmesurados, el sabor de las moras y preguntó por su origen con más entusiasmo que preocupación por la mímica, e inesperadamente –todo parecía haberse conjurado aquel día para romper los pronósticos– el cabrero pareció entenderlo a la primera y le respondió sin ambages, con un dedo índice que señalaba certero hacia un punto inequívoco, allá, hacia el fondo, donde el paisaje se perdía monte abajo por la umbría.

Acto seguido, sin reposar siquiera la comida, mientras su anfitrión recuperaba su lugar en la hamaca con la feliz intención de hojear una pila de revistas mustias, pardas, quebradizas, el Endocrino echó a andar a buen paso en la dirección indicada en busca de las moras, y enseguida se encontró siguiendo una estrecha vereda que se dejaba caer, sinuosa, por la ladera. Como a lo largo de los días y de las caminatas tendría ocasión de comprobar, en realidad no hubo de andar mucho aquella tarde, no más de doscientos o trescientos metros, pero el descenso, ya fuera por la pesadez del estómago, por los efluvios del vino y por el sopor propio de la siesta, se le hizo larguísimo, interminable. Por eso le pareció que habían pasado horas de insoportable calor estival cuando llegó hasta un prado verde y bien sencido, de flores bien poblado, lugar apetecible para

el hombre cansado, en el que, sin fuerzas, se derrumbó más que acostarse para dar, a la sombra de un frondoso árbol, una reparadora y merecida cabezada.

Al despertar, ya a media tarde, comprobó que se encontraba a los pies de una vaguada, en lo hondo de un valle estrecho, oculto entre los montes, y que a pocos metros, subrayando el pliegue, el lugar donde el terreno se combaba y reemprendía bruscamente el ascenso, se extendía una tupida hilera de zarzas frondosas, retorcidas, cuajadas de moras rojas, negras, gordas, seductoras, de las cuales, sin perder tiempo en examen previo alguno, se atiborró ansioso, movido por una secreta avidez de azúcar. Una vez saciado, se entretuvo desgranando una mora enorme y compacta mientras observaba aquellos frutos elementales sin prisa y sin poder determinar, a ciencia cierta, si se encontraban detenidos en mitad del crecimiento o si, como había querido deducir al probar la frugal cosecha del Fauno, la vida fluía secreta por sus angostas venas vegetales. Comprobar si era así, en cualquier caso, era apenas cuestión de tiempo y de paciencia, proverbial madre de todo conocimiento, de visitas cotidianas a aquel prado, del rigor de anotaciones y calibres, de experimentos que, a fin de cuentas, el Endocrino intuía que no harían sino confirmar en pocos días lo que, de algún modo, percibía más allá de lo que le entraba por el ojo, pues, de una forma que le resultaba imposible de comprender ni de explicarse, sentía que aquellas zarzas y aquella hierba y aquellos árboles que adornaban la viciosa pradera exhalaban vida, que en ellos el ciclo vital proseguía intacto, impasible, haciendo de él, en medio del detenido caos planetario, un reducto primordial, un paraíso, un marco incomparable para disfrutar del placer y la esperanza.

Sumido en esas entusiasmadas consideraciones se encontraba, cuando sintió, del otro lado del muro de zarzas, un rumor de cabras o de ovejas: un amago de balido, el tintineo abortado de un cencerro, el chasquido seco de una rama rota. Siguió entonces la muralla de espinas prado abajo y no tardó en encontrar, varias docenas de metros más allá, una suerte de vado vegetal, un punto en el que las zarzas se desenredaban, en el que interrumpían, brevemente, su amenaza punzante y permitían, si bien con cierta precaución, el paso. Cruzó allí al otro lado y vino a encontrarse,

como esperaba, con el hatajo del Fauno, con las independientes cabras de su anfitrión, que, con rumiante placidez, abrazaban las hierbas con su lengua áspera, ramoneaban los tiernos vástagos de los arbustos y saciaban su sed, de vez en cuando, en el escuálido arroyuelo que marcaba en esa altura la hondura máxima del valle, un hilo de agua tan delgado y tan pacífico que, aun mirándolo dos veces, parecía del todo detenido.

Quizá fue la presencia armoniosa, aunque discreta, del arroyo la que hizo que el paisaje se le antojase al Endocrino aún más hermoso, el prado más fecundo, el paraíso más paraíso de aquel lado de las zarzas, y puede que fuera esa la razón que hizo también que, por una vez, el hombre de acción que él era fuese capaz, durante varias horas, de disfrutar de los placeres de la vida contemplativa observando el meticuloso quehacer de los animales, escrutando la transparencia extrema de las aguas o calibrando la alta definición con la que la luz iba recortando, al menguar, cada brizna de hierba, y en esas andaba, sin reparar en que la tarde caía en picado, cuando el tañer cadencioso de un cencerro vino a romper la paz recordándole, insistente, que había llegado el momento de regresar a casa. Siguió entonces al rebaño ladera arriba y mientras, al compás de los morosos cuadriles de las cabras, se iba desvaneciendo su rústico síndrome de Stendhal, comenzó a pensar que, después de todo, lo más probable es que la inagotable fecundidad del huerto de Trespuestas no tuviera su origen último en las cagarrutas, que acaso no eran más que el vehículo de un poder más intenso y más secreto, rumiado y, aún antes, arrancado a mordiscos de aquel paraje tan extrañamente cargado de energía y que con tanta fuerza había cautivado sus escépticos sentidos, y dándole vueltas a esta nueva hipótesis y a los cambios que suponía para su concienzudo plan de trabajo, llegó, casi de noche, a la majada del Fauno.

Al llegar a la cumbre, las cabras se recogieron, responsables, en su destartalado redil y el Endocrino, hambriento y cansado, improvisó una cena con lo primero que encontró por la cocina, una rebanada de pan, algo de queso, vino tinto y algunos frutos secos que comió en silenciosa soledad, pues su anfitrión dormía ya como un bebé en la hamaca, rodeado de una inexpugnable muralla de papeles viejos, agotado, sin duda, después de tanta lectura y de tan intenso

acarreo, con un número atrasadísimo del Reader's Digest despatarrado boca abajo en la barriga.

No muy distinta era todavía su postura cuando, con las primeras luces del alba, el Endocrino surgió a todo correr, adormilado y a medio vestir, del cobertizo. Temía haberse quedado dormido y haber perdido, un día más, el rastro de las cabras, pero enseguida comprobó que los animales, extrañamente, parecían esperarlo, como si comprendieran de algún modo que el recién llegado había de acompañarlos en adelante en su cotidiana búsqueda de sustento. Confiando en su paciencia, aún se tomó algún tiempo para guardar en la mochila varios comestibles, recoger del suelo el Reader's Digest caído y echarle un vistazo superficial al semillero que había plantado el día anterior y en el que, al menos a nivel superficial, no se apreciaba cambio alguno. Cuando, terminados los preparativos, las cabras comprobaron que el acompañante ya venía, se echaron a andar entre balidos espaciados y el tosco soniquete del cencerro, deteniéndose de cuando en cuando a mordisquear con desgana algún matorral o unos hierbajos, circunstancia que aprovechaban para observarlo de reojo, como si quisieran comprobar que efectivamente las seguía.

El deambular caprichoso de las cabras lo llevó aquella mañana, según sus cálculos, varios cientos de metros más arriba del prado de la víspera, a un lugar donde la vaguada era más ancha y más suave, donde aún no habían llegado, invasoras, las zarzas y por donde el arroyuelo discurría al descubierto, tan delgado y discreto, con la misma apariencia cristalina y detenida de aguas abajo. Allí decidieron pararse, holgazanas, las cabras, y, mientras olisqueaban matojos y ensayaban, entre piedra y piedra, los saltos y piruetas propios de su condición, el Endocrino, mirando estupefacto el esplendor en la hierba, se planteó de pronto cómo era posible, en pleno rigor de agosto, tanta y tan intensa verdura. Descartado el regato, cuyo magro caudal parecía a todas luces insuficiente para alimentar tanto verdor, se le ocurrió primero, en respuesta a esa súbita pregunta, que quizá era consecuencia de las lluvias que, desde la detención del planeta, y debido a la reiteración, día tras día, sin apenas variación perceptible, del mismo ciclo meteorológico, cada tarde visitaban puntualmente Labriegos y que también alcanzaban, aunque débiles, las cumbres del Fauno, pero

enseguida pensó que tampoco esas lluvias parecían lo bastante abundantes como para propiciar, por sí solas, el verde fenómeno, más aún teniendo en cuenta la fuerza con la que el sol azotaba la comarca el resto de la jornada. Entonces calculó que, orientados como estaban hacia el norte aquellos frescos pastos, les daría poco el sol, con lo que puede que el verde no fuese sino el tono natural de la umbría todo el año, y, así las cosas, llegó a la conclusión de que la sorpresa que tan de repente le había asaltado no era sino fruto de su ignorancia, de su profundo desconocimiento de plantas, montes, verdes y laderas. Sin embargo, a pesar de todo, a pesar de su rotundo empeño en descubrir una explicación científica para tanta opulencia, lo que en su fuero interno latía era la certeza de hallarse ante un nuevo prodigio, ante una nueva excepción al estancado curso de las cosas, y, siguiendo esta corazonada, poniendo el intelecto a trabajar a todo vapor, contra toda lógica, llegó a la conclusión de que el origen de tan verde y garrida lozanía no podía estar más que en el subsuelo, oculto, invisible a sus ojos, acaso –imaginó entonces ahondando en esta posibilidad– en una suerte de corriente telúrica que fluyese poderosa vaguada abajo, subterránea, bajo el lecho diminuto del regato, cuya energía, transportada en el vientre de las cabras, condensada en su negro excremento, estaría, después de todo, en el origen de la mágica fecundidad del huerto de Trespuestas, y tratando de seguir aquella pista, o de descartar quizá tan enrevesada hipótesis, se dispuso a seguir hasta el final el magro curso de agua.

Con los cinco sentidos alerta y la atención intensa y profunda de un zahorí, el Endocrino fue caminando lentamente arroyo abajo y pudo constatar que aunque, al descender, no ganaba caudal, sí crecía, en intensidad y anchura, la mancha verde, extendiéndose a cada paso monte arriba unos cuantos centímetros más en cada margen, circunstancia palpable, comprobable a simple vista, que quiso interpretar como signo externo de un paulatino incremento subterráneo de la fuerza que vendría a corroborar lo atinado de sus razonamientos. Alentado por tan evidente indicio, llegó hasta el verde y bien sencido prado de la tarde anterior, lo dejó atrás absorto, alcanzó un punto donde la ladera parecía precipitarse, sin que por ello el agua alterase lo más mínimo su apariencia detenida, y llevaría cerca de una hora vagando y divagando cuando, tras una brusca curva a la derecha, se topó con un capricho geológico

inesperado, una roca enorme, ingente, desmedida, que parecía clausurar, de golpe, la vaguada. De aspecto negruzco, volcánico, nada parecía tener que ver con los canchos de granito que con tanta abundancia salpicaban aquellas laderas. Es más, vista desde la distancia, desde una cierta altura, más que un peñasco, parecía un meteorito, un monstruo de piedra extraterrestre que, desde el cielo, hubiese dado de lleno entre los montes aplastando con su peso el discreto curso del arroyo.

Luego, al acercarse, descubrió a los pies de la mole, que no tendría menos de diez metros de altura, una pequeña oquedad, casi oculta entre la maleza, por la que el regato desaparecía para seguir, quién sabe por qué recónditos vericuetos, su infatigable y quieto curso. Quiso entonces descubrir qué había del otro lado de la piedra, si la corriente y la mancha proseguían más allá del obstáculo, pero tanto la superficie de la roca como los terraplenes a ambos lados resultaban demasiado escarpados para escalar. Por eso no tuvo más remedio que retroceder varios centenares de metros, hasta un punto en el que el terreno se volvía un poco más suave y accesible, donde pudo escalar y seguir desde arriba el curso del arroyo, y de ese modo logró alcanzar la cumbre del colosal peñasco.

Lo que sintió cuando, al culminar el ascenso, logró ponerse en pie sobre la roca, fue un enorme vértigo, pues tan solo unos pasos más adelante se abría el abismo. Lo que desde la tan ansiada altura se veía, lejos, cientos de metros más abajo, era la vasta extensión del llano, sumido en una tenue bruma matinal. Justo debajo, más o menos cerca, distinguió lo que parecían varios núcleos de población, Pedregal tal vez junto con varias aldeas y alquerías cercanas cuyo nombre ni siquiera era capaz de recordar. Más allá se divisaba una mancha mayor, probablemente la de una ciudad pequeña, que bien podía ser Pomares o quizá Ochavia, pues tampoco era muy consciente, mareado como estaba, de distancias y orientaciones. Temeroso de perder el equilibrio, se agachó de nuevo y en cuclillas, moviéndose con cautela, estirando bien el cuello para avanzar, más que el cuerpo, la mirada, comprobó que lo que se abría ante sus ojos era un hondo precipicio formado por la roca, que parecía lanzarse en picado hacía el vacío, pero también por la falda de los montes adyacentes, que se dejaban caer, de súbito, con una verticalidad aterradora. Cuando logró reunir, minutos después, la

confianza suficiente, se arrastró con cautela hacia el borde y desde allí comprobó que no había forma humana de seguir adelante, pues cuantos senderos creyó posible trazar a un lado y otro de la mole de piedra, por entre las rocas y matorrales, parecían conducir a lugares de no retorno, a encrucijadas donde resultaba imposible, o cuanto menos peligroso, seguir adelante sin caer al vacío, y frustrado por aquel obstáculo insalvable, creyó por un momento que la naturaleza, cruel, se había confabulado, con toda su fuerza geológica, para impedirle continuar y seguir el rastro de la misteriosa mancha verde.

Resignado, dándose al menos de momento por vencido, el Endocrino decidió improvisar, para reponerse, un solitario déjeneur sur l'herbe. Se permitió unos minutos disfrutar en silencio de la inasible inmensidad que de pronto se abría ante sus pies y al terminar, dispuesto a repetir la placentera experiencia de la víspera, se arrastró somnoliento monte arriba y vino a tumbarse, casi a derrumbarse de nuevo, bajo el árbol de la tarde anterior. No habría transcurrido más de una hora de siesta cuando lo despertó un recio desgarro vegetal seguido de un masticar lento y pastoso, el de una de las cabras que, sin respetar lo más mínimo el descanso del guerrero, merendaba unos hierbajos a pocos centímetros de su oreja. Apoyado contra el tronco, respirando la paz del prado, el Endocrino se dedicó entonces a garabatear frenéticos planos en su cuaderno. Trataba de aprehender, entre sus páginas, la amplitud de aquellos montes, ubicando primero los accidentes y enclaves ya conocidos, la majada, la roca monstruosa, el prado bien sencido, y luego las referencias que, en uno u otro lugar, había podido divisar a lo lejos para poder, después de todo, improvisar un poco a ojo, tratando de establecer las diferencias de altura entre los distintos elementos, las curvas de nivel. Lo que intentaba, a fin de cuentas, era estudiar sobre el papel el camino que había de seguir para, rodeando la sierra, llegar al pie del meteorito y continuar allí sus averiguaciones, pero no hubo de sacar gran cosa en claro, porque fueron muchos los dibujos que trató de poner en pie aquella tarde, todos ellos muy dispares entre sí, y todos acabó tachándolos, después de muchas enmiendas y tachaduras que ponían en entredicho sus virtudes como topógrafo, con una cruz rabiosa y desesperada.

Regresaron esa tarde más temprano las cabras, como si de algún modo supieran que nada le quedaba a su acompañante por hacer en aquel recóndito lugar, y no había comenzado a anochecer cuando arriba, a lo lejos, en la cumbre, divisaron la silueta del Fauno encaramado a una silla, con los brazos retorcidos y extrañamente extendidos hacia el cielo, como si estuviera ensayando un baile o una postura de yoga de su propia invención. Se le ocurrió entonces al Endocrino, pensando en su anfitrión, que no había rastro alguno en él de la proverbial sabiduría del pastor, que en absoluto respondía a esa idea, tan generalizada, del guardador de rebaños como individuo solitario y caviloso, casi metafísico, que acaba por alcanzar un conocimiento exacto y certero del mundo tras interminables horas de observación y pensamiento. El Fauno le parecía más bien, por el contrario, un hombre vacío, el arquetipo de la indolencia, la más refinada encarnación del dolce far niente. Ningún interés parecía haber en él por cuanto le rodeaba, por sacar conclusión relevante alguna sobre aquello que la realidad, tan espléndida en las alturas que solía habitar, ponía a diario ante sus ojos, y le sorprendió, bien pensado, que el Destino, que tan certeramente había venido guiando sus pasos en aquella incierta aventura hasta entonces, le hubiese puesto a merced de un individuo tan poco profundo, de tan escaso interés, del que tan poco provecho podía sacar en su elevada búsqueda. Sin embargo, al acercarse algunos metros se dio cuenta de que el cabrero había improvisado, entre el cobertizo y los árboles más cercanos, un sutil tendedero de hilo de coco, trazado sin una dirección ni un sentido claros, pues, lejos de cualquier paralelismo, las líneas se entrecruzaban o se separaban, de repente, unas de otras dibujando ángulos caprichosos, acercándose, en algunos puntos, peligrosamente a la tierra y disparándose en otros, sin ton ni son, hacia el cielo, y además adivinó que lo que el individuo andaba haciendo, encaramado en la silla, era sujetar, por medio de pinzas de colores, recortes de papel cuya forma y contenido aún no era capaz de discernir pero que despertaron su curiosidad y le hicieron apretar el paso, y de ese modo no tardó en darse cuenta de que lo que colgaba del hilo era un centenar largo de aves de papel, recortadas de revistas o periódicos, fotografías en unos casos, dibujos en otros, improvisadas siluetas en los demás, y que todas juntas formaban, en suma, una copiosa bandada de pájaros imposibles, de los más diversos tamaños y especies, que, mecidos

por la brisa y bañados por la luz ámbar del atardecer, revoloteaban suavemente sobre la cumbre sin querer llegar a ninguna parte, componiendo con su vuelo sin destino una visión de conmovedora belleza urdida, sin razón ni necesidad aparentes, por el inesperado ingenio del pastor.

Embriagado por tan hermosa escenografía, la opinión del Endocrino sobre el Fauno dio un vuelco radical, su figura pareció de pronto, ante sus ojos, transfigurada, resplandeciente, rodeada de una tenue aura de blancura, pues, vistas las cosas desde otra perspectiva, la de aquella égloga muda que adornaba con frágil discreción la cumbre, el cabrero era, de cuantos individuos había conocido a lo largo de su singular epopeya, el más libre. Bien pensado, se dijo luego evocando a Trancón, el zapatero, a los ancianos de Trespuestas, al industrioso alemán o, aún antes, a personajes como el vigilante forestal o el guarda de la presa, presos todos ellos en apretados círculos viciosos, era el único verdaderamente libre, el único que no parecía estar sujeto a rutina alguna, el único capaz de hacer, en cada momento, lo que le venía en gana sin atender a la dictadura del reloj, sin sentirse atado siquiera, al menos en apariencia, a la necesidad imperiosa de asegurarse el sustento cada día, el único libre, a fin de cuentas, de la angustiosa rutina circular en que la situación detenida de la Tierra parecía ir encerrando sin remedio a sus habitantes, lo que podría acabar haciendo de él, después de todo, el único hombre verdaderamente libre del planeta. El Endocrino se planteó entonces si tan extrema y desinhibida libertad, entre pánica y dionisiaca, no sería también consecuencia de la energía que parecía fluir secreta bajo el suelo de las cumbres, de la energía que mantenía el verde encendido de los prados, que hacía crecer las moras en las zarzas y que se transmitía fecunda, por vía rectal, hasta los lejanos surcos del huerto de Trespuestas, una energía libre, inagotable, poderosa, de la que acaso el Fauno no fuera más que pura encarnación, y, siendo así las cosas, por qué esperar en realidad nada de él, por qué empeñarse en recibir de él algún tipo de revelación ulterior o trascendente cuando él mismo ya era revelación, ya era signo, ya era señal de que el Destino seguía guiando, certero y sin descanso, los pasos del héroe, de que lo seguía encaminando, por el sendero justo, hacia el Misterio.

Con aquel cambio drástico en la percepción del Fauno cambió

también de golpe y por completo la actitud del Endocrino hacia él. Nada había ya que preguntar, nada había que tratar de averiguar, pues su mera presencia era, de por sí, toda una respuesta, y al llegar a esa conclusión se relajó por completo y disfrutó, más que ninguna otra vez aquella noche, de la cena elemental, de la pacífica compañía del cabrero, pues lo que siguió a continuación, en la oscura sobremesa, junto al resplandor moribundo de la hoguera, fue un diálogo sin conversación, o una conversación sin diálogo, en la que el Endocrino hablaba sin vehemencia, sin agitación, sin querer ser comprendido, y el Fauno se limitaba a observar silencioso el lento movimiento de los labios, el suave deslizarse de los ojos, el juego delicado de las manos, sin pretender saber nada ni aprender nada, recreándose apenas en el sordo fluir de las palabras, hasta que, al cabo de unas horas, las palabras y el fuego se extinguieron y aún permanecieron los dos quietos, callados, por un tiempo, disfrutando del placer elemental de estar juntos, sin nada que contar, a la intemperie, arropados por el vuelo ya invisible de los pájaros de papel, contemplando, bajo la débil luz de aquel perpetuo cuarto creciente, la profunda inmensidad del Universo. Luego, cuando comprendieron que había llegado el momento de marcharse a dormir, el Fauno tomó la delantera, rebuscó en el cobertizo y, dando por terminada la velada, y con un cierto aire de despedida, le entregó a su huésped un retorcido cuerno de carnero, un cuerno polvoriento, con la punta rota, sin ninguna utilidad aparente, que no parecía servir ni para beber ni para contener líquido alguno, pero que el Endocrino recibió con agradecimiento, sin ceremonias, poniéndolo luego a buen recaudo en su mochila junto a la bacinilla y a la pequeña colección de objetos que resumían, calladamente, sus andanzas por los montes de Labriegos.

El mismo aire mustio de despedida mostró a la mañana siguiente el Fauno cuando, tras desayunar como un pastor y descubrir ufano el brote blanquecino que, casi imperceptible, comenzaba a asomar esperanzador sobre la agrietada superficie del semillero, el Endocrino se dispuso, como cada día, a seguir atento el camino de las cabras. Esa mañana, el pastor, tan ajeno de ordinario a las idas y venidas de su huésped y a las operaciones terrestres del rebaño, se quedó atrás meditativo, viéndolos partir, agitando la mano con aire desolado, como si supiera ya, de antemano, que la marcha había de ser, esa vez, irreversible.

Curiosamente, además, las cabras parecían tener prisa esa mañana. Nada más acercarse el Endocrino, se echaron a andar a buen paso hacia el sur, lejos de sus lugares de costumbre, sin apenas detenerse a mordisquear hierbajos y sin intención de darse ni siquiera un respiro. A medida que avanzaban, primero monte abajo, luego, de nuevo, girando levemente hacia poniente, monte arriba, el Endocrino comprobó cómo iban desapareciendo por completo a su alrededor los signos de vida, cómo el verde tenue de las cumbres se iba transformando en secarral, y no dejaba de preguntarse por qué el rebaño insistía, con tanta rapidez y tanta vehemencia, en llevarlo por esa dirección, tan contraria a la de su habitual, fecundo campo de interés. Aun así siguió caminando detrás del rebaño cerca de dos horas, cada vez más cansado, y apenas le quedaba aliento para seguir adelante cuando alcanzaron, tras una empinada subida, la cima de otro monte, un lugar mucho más elevado que aquel donde el Fauno tenía su majada, probablemente el punto más alto de la sierra, donde las cabras, por fin, decidieron detenerse. Luego, sin molestarse en buscar agua o alimento, sin echarse a descansar, permanecieron algún tiempo nerviosas, como si aguardaran algo, hasta que, en un determinado momento, se fueron echando a un lado de forma ordenada, una por una, como siguiendo una estudiada coreografía, dejando entre ellas un pasillo en forma de embudo que conducía hasta unas tupidas matas de brezo por las que, unos instantes después, el Endocrino vio surgir, con un suave crepitar de hojas, a un animal extraño, pequeño y monstruoso, con la cabeza deforme, como si le faltase parte del cráneo, sustituido en su parte superior por una costra negruzca, mezcla de piel curtida y fragmentos de hueso, que cubría a duras penas el cerebro y resbalaba amorfa por el lado derecho del rostro hasta el hocico, donde desaparecía cualquier rastro de piel o de pelaje, dejando al aire una blanca hilera de muelas y colmillos, y cuando, al mirarlo fijamente, reparó en que tenía un solo ojo que, además, bien por una antojadiza deformidad de nacimiento, bien por las tensiones musculares de una dolorosísima cicatrización, se veía notablemente desplazado, ocupando casi el eje central de la cara –lo que le confería una vaga apariencia de pequeño cíclope animal–, el Endocrino sintió de nuevo en el vientre, recordando las místicas palabras de Trancón, el zapatero, el hondo temblor de la profecía.

Luego, tras mirarlo con detenimiento, no tardó en reconocer en la

espantosa bestia a Julio, el perro cimarrón que, meses atrás, se dedicara a dar buena cuenta de las gallinas de Luis Perneras y con cuyo descubrimiento había comenzado a extenderse por Labriegos, su fama de sagaz investigador. Al identificarlo, el Endocrino tuvo la impresión de que el animal lo había, a su vez, reconocido, de que había descubierto en él al cómplice del escopetazo justiciero que, sin llegarlo a matar –como comprendió entonces nuestro héroe–, lo había reducido a tan horrible estado, y eso le hizo sentir, por un instante, el absurdo temor de que la bestia se hubiese aliado con las cabras para tenderle una emboscada en aquel lugar agreste e inaccesible, alejado de la mano de Dios. Pero sus miedos se disiparon al instante, pues el perrillo no tardó en arrimarse a él con mansedumbre, con la cabeza agachada, como buscando sus caricias y su compañía, y el Endocrino, enternecido, quizá un punto arrepentido por haber delatado a tan inofensivo delincuente, acabó por inclinarse también él y por hacerle en el lomo unas fiestas demoradas que el pequeño cíclope celebró con un suave y cadencioso movimiento de rabo. Mientras, las cabras se fueron retirando discretamente, como si deseasen preservar ese breve momento de intimidad entre el perro y su recién estrenado amo, y luego, cuando el Endocrino, dejándose llevar por el instinto, echó a andar en pos de su nuevo compañero, que con insistentes ladridos circulares parecía exhortarlo a que lo siguiera, les dedicaron a ambos, a modo de despedida, un armonioso coro de balidos y se quedaron por fin quietas, en silencio, contemplando desde atrás cómo los dos remontaban del todo la cumbre y cómo desaparecían juntos, para siempre, del otro lado de la sierra.

22

A medida que el rebaño iba quedando atrás y se alejaba siguiendo los pasos del perro, el Endocrino no dejó de devanarse los sesos intentando reconstruir con exactitud los augurios de Trancón. El contenido de los versos se le escapaba cada vez que trataba, forzando el ritmo y la memoria, de evocarlos, pero sabía, o creía recordar, que, según la profecía, en el cénit de la epopeya había de enfrentarse a la bestia de un solo ojo, a una bestia cuyo auténtico cometido era, al final, mostrarle la oculta entrada al santuario, el lugar que albergaba el gran secreto, cualquiera que este fuese a fin de cuentas. Lo que, evocando el oráculo, se preguntaba entonces el Endocrino era si, de ser así las cosas, de ser el perrillo tuerto, como todo parecía indicar, el monstruo polifemo que tan terriblemente había anunciado el zapatero, habría tenido ya lugar el proclamado enfrentamiento o si, por el contrario, aún le quedaría por delante algún tipo de lucha o batalla final, pues le costaba creer que la mítica contienda vaticinada en el poema se redujese a los breves instantes de temor que había vivido poco antes, a esos segundos previos de desconfianza que tan pronto habían saldado con fiestas y caricias en el lomo, le costaba considerarse victorioso de tan liviano combate, le costaba pensar, en definitiva, que aquel fuera mérito suficiente para que el Destino le abriese de par en par las puertas de la gloria. Sin embargo, quitándole mucho hierro y mucha épica al asunto, todo parecía cuadrar, todo parecía ajustarse a la incierta secuencia descrita en la profecía, y por eso mantuvo el Endocrino el impulso inicial de seguir al perro aun cuando su errático y breve paso lo condujese cada vez más lejos del prado, del arroyo, de la roca volcánica, de los lugares misteriosamente cargados de energía que hasta pocas horas antes había imaginado seguros portadores de la clave del enigma.

Lo que no tardó en descubrir fue que la peregrinación al santuario no iba a ser, precisamente, un camino de rosas. Lejos de la plácida verdura de sus paseos con las cabras, el deambular junto al perro transcurría por territorios secos, abruptos, asolanados, sin apenas vegetación, expuestos la mayor parte del día al castigo del sol y de

los vientos, y eso hacía que el calor fuese insoportable, más aún para el Endocrino, que, como tampoco tardó en descubrir, se había olvidado el sombrero en la majada, condenando a su ya de por sí calenturienta cabeza a permanecer de continuo a la intemperie, sometida al implacable azote de los rayos solares. Por eso cuando, bien pasado el mediodía, vio que el perrillo se paraba a olisquear la hierba seca y que, en lugar de proseguir su marcha, se quedaba quieto, con el gesto adusto y su única oreja muy estirada, al acecho, aprovechó la ocasión para resguardarse siquiera un segundo a la sombra de un matorral, pero este era tan menudo que no tuvo más remedio, para apartar la cabeza del sol, que acostarse en el suelo, y en esa posición, agotado como estaba, se fue acurrucando mientras vigilaba, cada vez con menos atención, la prolongada acechanza del perro y, como en otras situaciones similares, acabó por quedarse dormido.

Lo despertó al cabo de unas horas la fina lluvia de la media tarde, que acariciaba en minúsculos regatos su rostro aletargado. Al volver en sí se asustó, temiendo haber perdido la pista del animal, y quiso levantarse, pero lo hizo de forma tan brusca que se mareó y a punto estuvo de caer de nuevo al suelo. Para su tranquilidad no tardó en ver al perro. Estaba a unos pocos metros, sentado entre el pasto, con el hocico manchado de sangre, rechupeteando unos huesos que, por el amasijo de vísceras y piel que yacía al lado, bien podían ser de liebre o de conejo. Pensó entonces, conmovido, que el perrillo lo esperaba, que había permanecido fiel a su lado, velándole el sueño para seguir caminando juntos al despertar, pero enseguida se dio cuenta de que el animal poca o ninguna gana tenía de continuar, que lo que le apetecía, tras el sangriento banquete, era dar una satisfecha cabezada, y le dio por pensar que quizá, después de todo, lo que Julio llevaba buscando desde por la mañana, con su caminar errante, no era un destino, sino alimento, y se preguntó preocupado si no habría cometido una equivocación al abandonar, de buenas a primeras, las cumbres del Fauno y al cambiar el rebaño, el arroyo y la senda verde por aquel lazarillo hambriento y monstruoso que, lejos de conducirle a lugar alguno, quizá lo único que hacía era vagar por los montes sin sentido, en busca de caza y de sustento.

Pero ya no eran horas de dar marcha atrás ni sabía de cierto si sería capaz de desandar de un tirón lo andado o si, más bien, no lo

encontraría antes la noche en medio de ninguna parte cubriéndole de desamparo o haciéndole extraviarse, en lo oscuro, por completo. Por eso decidió quedarse junto al perro adormilado, tomándole el relevo en la vigilia, hasta que, después de cenar unas castañas, pudo con él de nuevo el cansancio y, acomodándose como mejor supo, se quedó dormido en aquel paraje agreste en el que las zorras tenían sus madrigueras, los pájaros, sus nidos, y él, presunto salvador del mundo, ni siquiera tenía un lugar cómodo sobre el que apoyar la cabeza.

Al llegar la mañana, como suele suceder cada vez que, de noche, nos asaltan las dudas, vio las cosas muy de otro modo. El descanso y el frescor matinal le devolvieron su perenne optimismo, y al recordar que todos los héroes, por muy épicos que fuesen, vivían sus particulares momentos de zozobra, consideró que las dudas de la víspera entraban dentro de lo previsible, de lo razonable, y le pareció completamente natural, lógico y hasta deseable seguir escoltando al perro, que tras mordisquear un poco más los huesecillos buscando algo de tuétano, se levantó muy dispuesto a proseguir su rumbo, cualquiera que este fuese. Sucedió luego, a las pocas horas, que el calor volvió a azotar, como era previsible de un clima tan exacto y repetitivo, y llegó un momento alrededor de mediodía en que, después de mucho avanzar sin hallar de camino ni una mala sombra, cegado por la luz y aturdido por la flama, el Endocrino comenzó a tambalearse con grave riesgo de perder el sentido y venirse al suelo. Al verlo, ya porque se asustara, ya porque quisiera advertirle en su lengua canina del inminente peligro de derrumbe, el perro comenzó a dar vueltas frenéticas alrededor de su amo, dando de paso unos ladridos agudos e insistentes que, más que alertarlo, acabaron de ofuscarlo por completo. Medio desquiciado por el calor y por el ruido, incapaz de hacer callar al perro, que no atendía ni a gritos ni a patadas ni a silbidos, el Endocrino trató de concentrarse para dar, al menos, con un remedio para el ardor insoportable que amenazaba con derretirle el cerebro, y en esas, mientras discurría sin mucho sentido tratando de encontrarle un sustituto al sombrero, se acordó de repente de la bacinilla que le había regalado agradecido el tercer anciano de Trespuestas, y ni corto ni perezoso, después de arrojar sin miramientos al suelo todo cuanto guardaba en la mochila, se encajó el orinal de golpe, cual yelmo de Mambrino, en la cabeza. Al

ponérselo sintió, en primer lugar, un alivio infinito, un consistente halo de frescura que le hizo olvidar de inmediato el azote del sol, pero además, acto seguido, cuando sus sentidos volvieron a tomar contacto con la realidad, se dio cuenta de que al calzarse la enorme taza de loza había dejado de oír los molestos ladridos del perro, que parecían haberse transformado de pronto en palabras comprensibles, como si el animal, en lugar de ladrar sin más y sin sentido, le advirtiese una y otra vez a gritos, «¡La bacinilla!, ¡eso es!, ¡la bacinilla! ¡La bacinilla!, ¡eso es!, ¡la bacinilla!». Al principio dio por hecho que se trataba de una rara alucinación auditiva, de una suerte de espejismo sonoro fruto de la soledad y la insolación, y para verificarlo se quitó un momento la dichosa bacinilla, operación que hizo regresar al punto, chirriantes, los insufribles ladridos de Julio. Pero luego, nada más ponérsela de nuevo, volvió a escuchar con terca nitidez, «¡Pero ponte la bacinilla, hombre!, ¡pero ponte la bacinilla!», y harto ya de la insistencia, de los gritos y los ladridos, acabó por chillarle al perro, «¡Cállate, gilipollas! ¡Déjame en paz! ¿No ves que ya la tengo puesta?», y en ese momento, contra todo pronóstico y además contra toda lógica, el perro se calló.

Lo que siguió a tan intenso momento fue un prolongado intercambio de jadeos, los del perro, por los ladridos y la larga carrera redundante, y los del hombre, por el calor, los gritos y el puro agotamiento cerebral, y solo más tarde, cuando las respiraciones se fueron acompasando y las cigarras recuperaron su perdido protagonismo, el Endocrino se atrevió a romper el silencio.

–¿Julio? –preguntó.

–Dime qué quieres –respondió firme y muy dispuesto el animal.

Pero el Endocrino estaba demasiado estupefacto por la extraña maravilla de oír hablar a un perro como para saber realmente qué deseaba en ese preciso momento o, al menos, para llegar a expresarlo con una cierta dignidad verbal, por eso, como queriendo cerciorarse una vez más de la veracidad del prodigio, volvió a preguntar, «¿Julio?», y el perro lo entendió esa vez no como una mera excusa para comprobar el milagro de su habla, sino como una duda sobre su identidad real. Por eso contestó diciendo, «Sí, soy yo, Julio», y a continuación, sin dar tiempo al hombre a reaccionar, continuó explicando, «pero antes fui Juno, el nombre que, sin

atender ni a sexos ni a mitologías, me puso mi primer dueño, vigilante jurado en unos grandes almacenes», y a continuación, echándose de nuevo a andar, demostró su clara locuacidad evocando el vago recuerdo de un árbol cuajado de esferas, del resplandor de una hoguera y del rostro de un niño asomándose radiante por el borde de una caja, encuentro al que siguieron días, semanas, de una felicidad elemental, marcada por el calor y por el abrazo, por las caricias y el aplauso ante su torpe correteo de cachorro. Pero luego, andado el tiempo, comenzaron las quejas y el maltrato, los cojines destrozados por su instinto animal y los gritos indignados de los dueños, las discusiones a media voz, los golpes y el llanto inconsolable del muchacho. El frío fue entonces dejando paso al sol y, sin embargo, lo que sucedió al cálido paraíso de los primeros días fue un intenso y prolongado purgatorio que acabó del todo cuando, en verano, se vio solo en el infierno oscuro de un camino asfaltado, solitario, que despedía aún, en la noche, el pegajoso ardor acumulado por el día. Deambuló entonces hambriento varias jornadas, privado del cuidado de los hombres y de los ardides de la caza, pero tuvo la suerte pasajera de dar con otros niños, de los que conservaba un recuerdo algo más nítido, unos niños risueños que lo acogieron en sus juegos y le dieron cada tarde de comer sus sobras, que lo hicieron perro adoptivo a regañadientes de sus padres y que, por no saber su nombre, acabaron por llamarlo Julio en honor al cálido mes en el que había sido encontrado. Pero su dicha fue, como se ha dicho, pasajera, y no tardó en dejar de ver dibujado su nombre en aquellos finos labios infantiles. Sucedió cuando el verano comenzaba a declinar, una mañana ni cálida ni calurosa de la que recordaba apenas unos huesos postreros, unas caricias detenidas, tristes, como de despedida, un portazo metálico y el ruido desdeñoso de un motor que se alejaba por el camino sin contemplaciones. Luego llegaron el otoño, el lento peregrinar por las basuras, los escobazos, las peleas con los gatos, las recias heladas, el hambre nunca del todo satisfecha, el desánimo y, finalmente, el rencor, un rencor que desató esa vez los instintos más atávicos, que potenció las destrezas y la astucia que inevitablemente había comenzado a manejar en las encarnizadas batallas con los gatos, y no tardó en descubrir lo fácil que era hacer morir a un pollo entre sus dientes y saborear luego, tierna y tibia, su sangrienta carne en el hueco de la boca, y aunque tampoco tardó demasiado en aguzar sus artes en el monte,

merodeando conejeras o acechando agachado a las perdices, acabó por descubrir que resultaba mucho más sencillo, sin necesidad de largas horas de espionaje, abrirse paso cada noche en los gallineros, que acabaron convirtiéndose en su despensa habitual y haciendo de él, con nocturnidad y alevosía, un taimado y perezoso criminal. Narró después, con picaresca minuciosidad, sus dilatadas fechorías, cómo era discreta la vigilancia, cómo audaces los asaltos, cómo ingeniosas las estratagemas con las que, noche tras noche, iba logrando salvar las cada vez más férreas trabas de los aldeanos, pero también describió, velados por un tinte de remordimiento, los sinsabores de la vida furtiva, el frío del relente, la alerta constante, el alejamiento permanente de los hombres, la renuncia a sus caricias, a sus palabras, a los gestos de amistad que habían llegado a ser, algún tiempo atrás, la razón de ser de sus días de cachorro. Fue en aquella época cuando, según contó ese día, apareció en su vida el Endocrino. Lo vio por primera vez de lejos, en uno de los huertos que él mismo vigilaba, mientras planeaba, oculto en un matorral, el cotidiano asalto nocturno. Lo vio hablar con el hortelano, lo vio inspeccionar el gallinero, recorrer ensimismado los precisos lugares del crimen, los puntos exactos donde había ido dejando tras de sí su sangriento rastro de gallinas muertas, y supo, por su tenacidad, por su concentración, por la atenta mirada con la que observaba y meditaba las cosas, que aquel hombre había llegado para darle caza. Por eso no se extrañó cuando tres o cuatro días más tarde, mientras vomitaba, indigesto, un agrio amasijo de plumas y bilis, lo vio aparecer como si nada, como si apenas paseara por la estrecha orilla del arroyo Enjuto, y aunque lo miró solo un poco, de soslayo, sin mudar siquiera el gesto, el perro supo, sin dudarlo, que con aquel hombre llegaba, terrible, su destino. Mas no por eso huyó ni trató de ocultarse, porque el buen forajido sabe cuándo ha llegado su final y sabe que para lo único que sirve entonces cualquier intento de esquivarlo es para prolongar absurdamente la agonía. Por eso permaneció acostado el resto de la jornada a los pies de la higuera, a los pies de su propia inmundicia, viendo el sol declinar, haciendo tiempo. Por eso permaneció, finalmente, impasible cuando, mientras se alzaba la luna, apareció el hortelano, iracundo, armado, vengativo, y le descargó, con rabia y sin prolegómenos, todo el ruido del rifle en la cabeza.

–Pero al tercer día desperté –prosiguió el perro al cabo de un

sentido minuto de silencio–, y aunque me pareció que soñaba y que el mundo alrededor había mermado, en cuanto comprobé que estaba vivo y que mis patas lograban sostenerme me eché de nuevo al monte, pero no por la necesidad de huir o de ocultarme, sino con la certeza de que allá arriba, hacia las cumbres, me aguardaba una misión que solo yo podía cumplir, de que en aquel lugar, tarde o temprano, me acabaría encontrando de nuevo contigo, mi presunto enemigo, mi redentor, y de que solo entonces podría devolverte el inmenso favor que me habías hecho.

Al oírlo el Endocrino creyó por un momento que la frase era irónica y que encerraba, después de todo, el anuncio de un comprensible deseo de venganza, pero enseguida constató que Julio era afable y sincero y que no le guardaba, en realidad, rencor alguno. Más bien todo lo contrario. El animal creía que su aparición había sido providencial, que el delator había llegado para rescatarlo de una vida nociva y perversa y que su aparente resurrección, consecuencia de un no menos providencial desvío en el disparo del hortelano, era una oportunidad que la Vida, con mayúsculas, le había brindado para reorientar sus pasos hacia el Bien, también con mayúsculas, y para poder guiar por fin los del Endocrino –a quien había de guardar lealtad eterna– por el hermoso sendero de la Verdad, última mayúscula de aquella primera intensa parte del relato.

Quedó profundamente conmovido por las nobles palabras e intenciones del animal y atreviéndose, por primera vez aquella mañana, a interrumpir su prolijo discurso, declamó, henchido de trascendencia, con palabras hondas y altisonantes:

–En verdad, en verdad te digo, amigo perro, que al despertar has regresado al Bien y a la Vida, y que has superado, al hacerlo, las estrechas fronteras de tu nombre. Por eso yo te digo que a partir de ahora no serás más Julio, sino Agosto, y que tu vida será plena y calurosa, como la de este mes que nunca acaba y que te brinda, para los restos, su augusto nombre.

Pero, por más que el momento pareciera solemne, el recién llamado Agosto no parecía dispuesto a mantener la boca cerrada, no parecía dispuesto a renunciar así, de buenas a primeras, al –como enseguida comprobaría el Endocrino– ansiado don de la palabra, y es que, como, en cuanto su nuevo amo apuró la solemne fórmula de

bautismo, siguió contando el perro, la consciencia de estar llamado a cumplir una misión de altura no había sido el único efecto increíble del disparo, ya que al despertar a los tres días de la ejecución, ya fuera por una caprichosa distorsión de su cerebro, ya por súbitas reconexiones neuronales, ya por la más pura magia, tuvo el convencimiento instantáneo de ser capaz de hablar, de articular palabras, de enunciar su pensamiento en voz alta por medio de sonidos comprensibles, y así se lo demostró a sí mismo primero con palabras sueltas, balbuceantes, y luego con frases cortas que poco a poco se fueron transformando en largos períodos, en etapas cada vez mejor trabadas de un discurso absolutamente inagotable. Su condena, a partir de ese momento, fue la incomunicación, pues, como no tardó mucho en comprobar, el resto de seres vivos, hombres, perros u otros animales, parecían no comprender lo que decía, parecían seguir escuchando meros ladridos en lugar de las claras palabras que él creía pronunciar. Solo un hombre, que por las señas que dio Agosto no pudo ser otro que Trancón, el zapatero, pareció ser capaz de entender sin comprenderlo, pues respondió ciego a sus impotentes gañidos pidiéndole paciencia y anunciándole la llegada, arriba en la cumbre, de un hombre singular, escoltado por cabras, dotado de una mágica bacinilla que había de servirle para descifrar sus ladridos y al que había de mostrar la puerta al santuario. Desde entonces, siguió contando Agosto, todo había sido espera, soledad e incomprensión, y en esos largos días, mientras batía los montes en busca de sustento, a la espera del que había de ser su amo, su único consuelo había sido contarse una y otra vez, en silencio, los hechos de su vida desdichada, transformada, en virtud de aquella inacabable reelaboración, en una sólida narrativa cuajada de episodios que, ahora que por fin alguien lo entendía, no parecía dispuesto a dejar de compartir. Por eso, hechas estas últimas aclaraciones, Agosto retomó sin demora la novela de su vida, que se prolongó durante el resto de la mañana y a lo largo del breve almuerzo, amenazando con ocupar luego, sin un instante de silencio, toda la tarde.

Tan largo y detallado resultó el relato del locuaz animal que el Endocrino, que al principio se había sentido cautivado por sus bien contadas confesiones, poco a poco se fue agotando, y saturando, y llegó un momento en que se sentía tan incapaz de interrumpirlo

como de seguir soportando su inagotable palabrería, sin que el recurso de desencajarse a ratos, con disimulo, el sombrero de loza supusiese un gran alivio, pues en esos instantes se desvanecían, sí, las palabras, pero regresaban de inmediato los ladridos, que, agudos y contundentes, le martilleaban sin consideración las sienes, con lo que acababa siendo peor, mucho peor, el remedio que la enfermedad.

En una de esas ocasiones en las que el discurso del perro se le hacía ya del todo insoportable y se sentía verdaderamente a punto de estallar, como si en algún momento se hubiesen disparado por su cuenta los sistemas de emergencia en su cerebro, el Endocrino se encontró canturreando en un murmullo, reducidas a un discreto musitar, las altisonantes frases de aquel Oh, had I Jubal's lyre que con tanto esplendor había entonado cada amanecer en los añorados dominios del Maestro, recurso que le proporcionaba un más que notable descanso, ya que el inesperado gusanillo musical parecía enroscársele en el oído y amortiguar, de un extraño modo, la taladrante charlatanería canina de Agosto. Por eso no dejó de cantarlo disimuladamente una y otra vez a lo largo de la tarde para alivio de sus oídos y de su mente, pero tanto usó y abusó de aquel recurso que acabó por sentirse tan empachado por la musiquilla händeliana como por la persistente perorata del perro, tan incapaz de desembarazarse de la una como de la otra, y por eso, ya al anochecer, empachado, furioso y desesperado, acabó por arrancarse de la cabeza el pintoresco yelmo, lo arrojó lejos de sí y, cerrando los ojos y tapándose con fuerza los oídos hasta casi sentir el peso del vacío, se hizo un desesperado, ensimismado ovillo sobre la hierba seca. Aun así, solo cuando, después de recuperar la bacinilla y depositarla obediente a los pies de su amo, vio que lo ignoraba, comprendió Agosto, el perrillo hablador, que había llegado el momento de dejarlo descansar, y de ese modo, libre al fin de historias y de alambicados gusanillos musicales, pudo descansar aquella noche, en el tan ansiado silencio del campo, el extenuado Endocrino.

Pasaron las horas, amaneció a toda prisa en los montes y el sol, desmedido, hizo espabilarse de golpe a nuestro héroe, que al recordar, nada más despertarse, la tortura de la víspera se negó a abrir los ojos ni a hacer gesto alguno que revelase al animal su

recobrado estado de conciencia. La aterrorizaba pensar que al hacerlo pudiera Agosto reanudar su discurso insoportable, y decidió por ello que no se mostraría despierto hasta no haber concebido antes un plan eficaz que lo protegiera de la inaguantable matraca verbal del perro. Durante mucho tiempo anduvo dándole vueltas a la cabeza, inerte, con los ojos cerrados, tratando de hallar una solución, pero, incapaz de hacerlo, viéndose, a pesar de su condición de héroe, en tan absurdo y lamentable estado, tirado en el suelo, sin cobijo, en medio de ninguna parte y a merced de un inaudito perro charlatán, acabó por sentirse terrible e infelizmente avergonzado. Pero la tristeza y la vergüenza no duraron mucho, pues enseguida se vieron desalojadas por la llegada de una impetuosa ola de orgullo e indignación que llevó al Endocrino a levantarse de golpe y, sin prolegómenos, haciendo por fin uso de sus extraordinarias prerrogativas de héroe, encajarse decidido la bacinilla y, tras fijar su exigente mirada en el único ojo del animal, ordenarle categórico:

–Condúceme hasta el santuario.

A lo que Agosto, aparentemente indignado, a su vez, por los malos modos y por aquella inesperada e innecesaria muestra de autoritarismo, contestó lacónico y mohíno:

–Habérmelo dicho antes.

Justo a continuación, como si hubiese estado esperando durante años esa orden, el animal echó a correr en estricta línea recta, sin abrir la boca ni perder tiempo en rodear matorrales o espinos, deteniéndose lo justo, de cuando en cuando, para comprobar que no dejaba atrás a su amo, al que miraba en esas breves pausas de reojo, con desdén, visiblemente ofendido, sin dignarse dirigirle la palabra, como si le negara, de ese modo, el más preciado regalo, y así anduvieron los dos, en silencio, amorrados, toda la mañana y toda la siesta, sin detenerse a comer, profundamente concentrados en un destino que parecía inminente pero que no acababan nunca, sin embargo, de alcanzar.

Pasaron las horas, y andaba ya la tarde mediada cuando, tras remontar extenuado un leve promontorio, el Endocrino se encontró a los pies de la desmesurada roca a la que, apenas dos días atrás, se

había encaramado siguiendo el curso del misterioso regato. No le hizo falta dirigirse al perro para comprender, sonriente, que su intuición no le había engañado, que las piezas del puzle encajaban y que, después de tanta incógnita y tanto rodeo, al fin se encontraba en el lugar donde había de hallar respuesta a sus preguntas. En aquel paraje la enorme piedra basáltica, extraña, como caída del cielo, parecía haber venido a encontrar descanso y acomodo entre dos laderas abruptas que se alzaban a cada lado como potentes muros de contención, formando una suerte de V gigantesca que venía a rematar, en su estricto vértice, un tupido, indómito zarzal que acababa por conferirle al conjunto, mirado desde la perspectiva del Endocrino, un aspecto vaginal, más que erótico, materno, como si, más que a penetrarlo, a fecundarlo, el monte, con aquel sugerente capricho geológico, le invitase a regresar al origen, a abandonar el mundo, internarse en la espesura de las zarzas y sumergirse así, de nuevo, en las tranquilas aguas uterinas.

Vista la inesperada dimensión maternal del paraje, la reacción inmediata de Agosto se le antojó terrible, obscena, nefanda, pues, sin previo aviso, el perro, rencoroso, obstinado en no pronunciar palabra, desapareció de un salto entre las ramas para emerger de nuevo al cabo de unos segundos, movimiento que repitió dos, tres, cuatro, cinco veces seguidas sin importarle los pinchos ni el dejarse, en cada ocasión, gruesos mechones de pelo prendidos de la zarza, penetrando cada vez con tanta rabia, descaro y frenesí que sintió por un momento el instintivo deseo de golpearlo, de molerlo a palos hasta dejarlo tieso atajando así tanta indecencia. Sin embargo, superadas la sorpresa y el primer rubor, el Endocrino comprendió que lo que el animal, decidido a no hablar más, pretendía con tan dolorosa y reiterada secuencia era subrayar la necesidad de atravesar aquel muro denso y espinoso, quizá porque ocultaba, al otro lado, la prometida entrada al santuario, e hizo ademán de entrar, primero a pie y después a gatas, pero tras varios intentos y muchos rasguños preliminares concluyó que la zarza resultaba impenetrable. No quedaba, pues, otro remedio que podarla o arrancarla, pero no disponía de guantes ni de otra herramienta que no fuera una navaja, afilada, sí, pero pequeña, adecuada, quizá, para sacar tajadas de queso o embutido o para pelar fruta, mas no para seccionar aquellas ramas recias y fibrosas que, para hacer las cosas más difíciles, tenía que sujetar con esmero, casi con pinzas,

para evitar pincharse. Así las cosas, después de cortar, con sumo esfuerzo y más de media hora de trabajo, apenas cuatro o cinco ramas, acabó por desistir, convencido de que en la vida lograría acabar con semejante hidra vegetal empleando tan precarios medios. Se le ocurrió entonces quemarla, pero sintió tanto temor de provocar un incendio como de que, dadas las dimensiones míticas del asunto, la zarza no dejase jamás de arder y de que acabase saliendo de ella una voz apabullante, paralizante, atronadora, que le impidiese culminar su trascendental tarea.

Entonces, en esa situación de parálisis e impotencia que ya había vivido tantas veces antes, mientras le daba vueltas lógicas e ilógicas a cómo salvar de una vez el obstáculo, se encontró canturreando de nuevo el aria que tanto había disfrutado en los dominios del Maestro y que tanto alivio le había ofrecido luego en la locuaz compañía de Agosto, solo que en esa ocasión, como pudo comprobar después de un rato, no proclamaba en su canto Oh, had I Jubal's lyre, sino Oh, had I Joshua's horn, sustituyendo inconscientemente la lira de Jubal por el cuerno de Josué, y aunque al principio pensó que se trataba de un mero lapsus, de una caprichosa asociación mental que le había llevado a mezclar el título del oratorio y la canción, a cambiar sin razón la lira por el cuerno, a Jubal por Josué, de repente le asaltó el revelador recuerdo de una olvidada clase de religión, en concreto el de un cura exaltado que levantaba delante de los alumnos, con entusiasmadas palabras, las impenetrables murallas de Jericó para describirles luego en cinemascope cómo el pueblo judío marchaba en torno a la ciudad, bajo las órdenes de Dios y de Josué, en pos del arca, y cómo al séptimo día, tras culminar la séptima vuelta, siete sacerdotes hacían sonar siete trompetas, el pueblo bramaba feroz y las murallas se desplomaban obedientes dándole a Israel una victoria inmediata y contundente, y en medio de tanto siete, tanto clamor y tanto derrumbe de pronto resonó nítido en su mente uno de esos detalles que, por razones casi siempre inexplicables, se suelen quedar prendidos de la memoria y que proclamaba, en su caso, que para derribar los muros enemigos los siete sacerdotes habían tenido que hacer sonar «trompetas hechas de cuernos de carnero», y así vino a acordarse del en apariencia absurdo regalo del Fauno, que aún reposaba silencioso en el fondo de la mochila y cuya razón última de ser comenzó a resplandecer clara, brillante,

diáfana, ante los alucinados ojos del Endocrino.

A continuación, sin prisas, del todo convencido de cuál había de ser el siguiente paso, extrajo del bolso el cuerno de carnero, lo sostuvo unos instantes solemne entre las manos y, tras llenar de aire los pulmones, afianzó entre los labios la punta rota y sopló con todas sus fuerzas y toda su fe emitiendo, por el otro extremo, un sonido imperceptible para el oído humano pero no para el de Agosto, que estalló, al escucharlo, en agudos ladridos circulares de júbilo. Al principio la acción no tuvo otro efecto que el de despertar el inmediato entusiasmo del perro, que no dejaba de saltar y ladrar en torno al Endocrino emulando al pueblo de Israel, pero a los pocos segundos, cuando el inaudible ruido había dejado de rebotar de roca en roca por la sierra, las retorcidas ramas de la zarza se fueron volviendo lacias, se fueron dejando caer despacio, vencidas, en un susurro, hasta que una repentina ráfaga de viento, quizá el callado eco del cuerno, que regresaba embravecido a su lugar de origen, las hizo venirse a todas, de golpe, abajo dejando con limpieza al descubierto la angosta entrada de una cueva por la que, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, nuestro hombre se comenzó a deslizar de rodillas, perdiéndose en cuestión de unos segundos en la más rotunda oscuridad.

Lejos de cualquier miedo o claustrofobia, el Endocrino sintió, nada más entrar, que algo poderoso lo reclamaba desde lo más hondo de las tinieblas. Por eso siguió gateando despacio, con cautela, tratando de no lastimarse la cabeza con algún saliente inesperado. Luego, mientras avanzaba, pudo comprobar que, centímetro a centímetro, la piedra iba perdiendo aspereza, volviéndose más roma y más suave al tacto, permitiendo que sus manos se deslizasen por ella como acariciando los pliegues de una carnosidad fría, y eso le hizo sentirse extrañamente más seguro, más arropado, menos vulnerable. Además, algunos metros después dejó de notar, de algún modo, sobre el cráneo la cercanía aplastante de la roca, y en ese momento, movido por el instinto, levantó muy despacio los brazos y pudo comprobar que, en efecto, el túnel se había ensanchado en todas direcciones, tanto como para poder caminar agachado si quería. Aun así siguió avanzando de rodillas, lentamente, por temor a golpearse con algún obstáculo repentino, oculto tras la densa oscuridad, que, por otra parte, también fue poco a poco remitiendo,

pues a medida que avanzaba comenzaron a surgir aquí y allá delgados haces de luz que apuntaban certeros en todas direcciones y que las pupilas del Endocrino, diligentes, fueron transformando en una suerte de claridad reveladora, y de ese modo descubrió que se hallaba en una inmensa gruta, al amparo de una descomunal e interminable bóveda de piedra que parecía prolongarse, allá al fondo, hacia el exacto centro del planeta.

Más adelante, ya de pie, comenzó a percibir, sobre el silencio húmedo de la roca, un rumor grave y monótono. Se trataba de un ruido tenue, aunque cada vez más consistente, como venido de un motor potente y lejano, y que, en tan sublimes circunstancias, movido por el misterio y la emoción del momento, se le antojó el latido íntimo de la Tierra. Siguiendo la dirección del sonido, continuó avanzando a pesar de que a ratos la claridad raleaba, y pronto comenzó a escuchar también, sobre lo grave, un murmullo fino, cantarín, como de aguas ágiles y delgadas. Justo después sobrevino un largo trecho de absoluta oscuridad en el que no tuvo otra referencia, para orientarse, que los extraños ruidos venidos del fondo, pero eso no detuvo su anhelante avance, y de ese modo fue a parar a un lugar claro, fantástico, hermosísimo, a un espacio vasto, circular, coronado por una alta cúpula de roca en cuyo exacto centro desembocaba una especie de pozo por el que, como a través de una claraboya, entraba a raudales una luz limpia y densa que inundaba el suelo y las paredes de piedra y tintineaba abajo, sobre el agua, arrancando diminutos arabescos de fulgor a un regato –el regato– escuálido y prodigioso.

El arroyo, que había venido oyendo deslizarse durante decenas de metros, parecía colarse en aquella imponente basílica natural a través de una discreta oquedad a los pies de la roca, y su carácter prodigioso estribaba en el hecho de que, a partir de un determinado punto, sin más, dejaba de fluir, pero no porque, de repente, la tierra absorbiera de nuevo, porosa, su escaso caudal, sino porque una delgada rama, caída a todas luces a través del pozo y encajada sutilmente en caprichosas irregularidades de la roca, se le había cruzado en el camino impidiendo su curso normal, algo que nada hubiera tenido de increíble de no ser porque en lugar de rebosar por encima o por los lados, como hubiese sido lógico, el reguero se había quedado, sencillamente, detenido, pero no con el aire muerto

del agua estancada, sino con la apariencia de un arroyo vivo, en movimiento, cuyo curso posterior, más allá de la intempestiva rama, hubiera sido cercenado con limpieza por medio de un bisturí, mostrando, nítida y transparente, su breve sección transversal.

El Endocrino contempló aquel prodigio, inexplicable desde ningún tipo de ciencia, durante un tiempo indefinible y eterno que pudieron ser horas, minutos o apenas unos segundos. Miraba sin pestañear el torrente discreto que venía a morir sin más en la nada, examinaba estupefacto los diminutos rápidos que, a la vuelta de un suave meandro, quedaban interrumpidos con limpieza, de arriba abajo, sin solución de continuidad, se admiraba de la lisura cristalina, aparentemente sólida, del corte vertical en el agua, sobre el que no se dejaba apreciar el más leve pálpito, y le parecía todo tan imposible, tan fuera de cualquier lógica o razón, que no podía apartar la vista ni moverse o dejar de sentir en el rostro el cándido estupor del niño que ve brotar por primera vez el conejo de una chistera. Sin embargo, y a pesar del asombro y de su quietud reverencial, a partir de un determinado instante se comenzó a abrir camino entre sus músculos un impulso inesperado, fruto quizá de la obtusa y común necesidad que a menudo tenemos de tocarlo todo, como si fuese preciso palpar las cosas para creer en su existencia, o acaso movido, en último extremo, por una inquietud más filosófica, más humana y más antigua, la de poder mojarse al fin, con toda propiedad, dos veces en las aguas del mismo río. Fuera cual fuera el motivo, el caso es que en un momento dado, sin pensárselo, el Endocrino extendió el brazo y fue introduciendo con sumo cuidado la yema del índice en mitad de las aguas detenidas. Al hacerlo, lo primero que notó fue que, lejos de cualquier prodigio, la superficie cedía a la presión del dedo y, milímetro a milímetro, la piel se iba humedeciendo, pero enseguida vio también cómo, rota la quietud por aquel objeto extraño, en torno a la falange se iba desplegando una lenta, minúscula sucesión de círculos concéntricos, de ondas que fueron abriéndose plácidas hasta alcanzar la rama, cuya sujeción a la roca resultó ser tan tenue que, pese a la suavidad de la ondulación, pese a su fuerza mínima, ridícula, se desprendió con un vaivén y se dejó arrastrar sin más por la débil fuerza del arroyo, que recuperaba de ese modo, suavemente, sin prisas, su curso interrumpido.

Justo en ese momento, justo cuando la rama saltó y se vio libre de la leve prisión de la roca, el Endocrino sintió venir, procedente de lo más hondo de la cueva, de la dirección en la que había oído palpitar el íntimo y grave latido de la Tierra, un estruendo profundo y poderoso, un atronador crujir de hierros oxidados que fue multiplicándose temible por la roca y al que siguió una breve pero contundente sacudida, como de un terremoto instantáneo, con la que supo, sin dudar ni un instante, que el mundo, libre ya de trabas, se ponía de nuevo en movimiento para reanudar su interrumpido viaje en torno al Sol.

Epílogo

Nunca sabremos si sucedió justamente entonces, ni siquiera si los extraños, increíbles sucesos protagonizados por el Endocrino tuvieron alguna vez lugar, pero lo cierto es que a partir de un determinado momento, de forma inesperada, la Tierra volvió a su curso y las cosas, dejados atrás calendarios y tiempos transitorios, a su cauce. Tampoco sabremos nunca a ciencia cierta si el cambio se produjo por causas siderales, si fue el resultado de algún tipo de acción humana o si fue provocado por la épica intervención de nuestro héroe, entre otras razones porque lo que siguió a aquel prodigio, a la inexplicable detención del planeta aquel verano y a su no menos inexplicable puesta en marcha, fue un fantástico y oneroso silencio que hizo que al cabo de unos meses, llegado el invierno, nadie pareciera recordar lo sucedido antes del otoño, como si aquel raro accidente rotatorio fuese un hecho vergonzante que hubiese puesto en entredicho la ciencia de los hombres, nuestra ingente capacidad para cumplir el mandato divino de llenar la Tierra y someterla. Quizá por ese extraño motivo, si en algún lugar se llegó a saber algo acerca de por qué el mundo se había quedado varado aquel caprichoso tres de agosto y de por qué, de pronto, había retomado su curso semanas más tarde, hubo de quedar guardado en el disco duro de algún científico o en los polvorientos archivos de alguna universidad o en los secretos cajones de cancillerías o ministerios, porque lo cierto es que nada llegó a salir nunca a la luz, nada saltó a las portadas de los diarios ni logró deslizarse siquiera en las páginas interiores de las revistas científicas, entre otras cosas porque, por inexplicable que pueda parecer, nadie lo llegó a echar en falta: nadie preguntó por ello ni los gobiernos dieron explicaciones ni los partidos de la oposición las pidieron ni la opinión pública quiso dar opinión alguna sobre aquellos hechos extraordinarios, sobre aquellas semanas de paralítica incertidumbre que quedaron para los restos como una excrecencia temporal sin importancia, digna de olvido o, cuanto menos, indigna de ningún recuerdo especial, como indignos son para el recuerdo, por su mera presencia periódica, los veintinueve de febrero de los años bisiestos.

Con todo, por vergonzoso que pudiera ser para la Humanidad el hecho en sí, en aquellas semanas sucedieron infinidad de cosas, muchas de ellas absolutamente necesarias de recordar, pero a pesar de ello, si al evocarlas se hacía preciso ubicarlas en el tiempo, lejos de hacerlo con precisión y sin ambages, solían emplearse adverbios vagos, demostrativos remotos o complejos artilugios perifrásticos que, por su propia indeterminación, por la rara virtud deíctica del merodeo, acababan por suscitar de inmediato la cómplice y callada comprensión del oyente.

Como variante local de los enrevesados usos lingüísticos a los que esa extraña vocación universal de olvido dio lugar en todas partes, las gentes de Labriegos acabamos por referirnos a aquel período ominoso de la historia de la Humanidad como el verano del Endocrino, sin añadir luego, al emplear la expresión, ninguna otra mención adicional que pudiera evocar las nefandas circunstancias de aquellas semanas de paradójica inquietud, y de ese modo, si pasado el tiempo de pronto alguien preguntaba por la vez que habían bajado en procesión al pueblo, sudando la gota gorda, a la bendita Virgen de las Jaras, o por aquellos días en los que Labriegos se había transformado en una eficaz cooperativa conservera, o por cualquier otro hecho menos público y notorio que pudiera haber tenido lugar aquellos días, los demás respondíamos de inmediato de forma automática, sin plantearnos siquiera el sinsentido último de la negación, eso fue el verano del Endocrino, y de esa peculiar manera, sin entrar en incómodos detalles, lográbamos todos entendernos.

Alguien podría pensar que con tan curioso circunloquio nuestro pueblo rendía homenaje al pintoresco forastero, que recalcaba así la importancia que tuvo para nosotros aquellos meses o que reivindicaba para los restos el papel crucial, trascendente, que él mismo y las tierras de Labriegos habrían tenido en la salvación final del planeta, pero nada más lejos de la realidad. En primer lugar porque los pormenores de la estancia en la aldea del Endocrino enseguida se fueron desdibujando, enseguida fueron quedando reducidos a un puñado de anécdotas de índole tabernaria, repetidas de forma insaciable, en las que se evocaba apenas, a menudo con un tinte de sarcasmo, su naturaleza observadora y perspicaz, la que le había llevado, en meses de intensa labor detectivesca, a encontrar el

rosario de la tía Facunda, a descubrir al perro que devoraba las gallinas de Luis Perneras o a dar, en el momento álgido, inolvidable e indiscutible de su estancia en el pueblo, con el paradero de la desaparecida Virgen de las Jaras. Fuera de esos tres o cuatro chascarrillos, fijados en la memoria colectiva como consabidas anécdotas de un tiempo remoto, cada vez más simples, cada vez más desdibujadas, nada apenas se recuerda en Labriegos del Endocrino, nada que lo vincule con el extraordinario lapsus planetario, menos aún con su repentina superación. Aparte del cabrero, que siempre le fue fiel, nadie parece recordar, por ejemplo, que con método antiguo, casi presocrático, nuestro vecino predijo entonces la detención de la Tierra, y nadie ha sabido jamás, en modo alguno, de las extrañas circunstancias que, según el Endocrino, acabaron por devolver las cosas a su curso. Nadie supo nunca de su incierta hazaña porque, de hecho, cuando todo volvió inesperadamente a la normalidad, fue tal la fiesta, tal la algarabía, que nadie reparó en que el curioso vecino no había llegado a regresar de su precipitada, enigmática huida al monte, y hubo que esperar a que su casera lamentase amargamente por las calles la ya considerable acumulación de meses de impago de su excéntrico inquilino para que cayésemos en la cuenta de que había desaparecido de entre nosotros para siempre.

En realidad nadie volvió jamás a verlo.

Nadie menos yo.

Yo sí llegué a encontrármelo, aunque solo una vez más, pasado algún tiempo, un domingo, a media tarde, en los albores del otoño recién recuperado.

Ese día había tenido yo que bajar a Pomares para llevar a la estación a un amigo que volvía a casa, y al marcharse el autobús, después de despedirnos y de permanecer un rato quieto en el andén, me sentí arropado por un frío intenso, traicionero, que despertó en mí la urgente necesidad de meterme en el cuerpo un café caliente. Fue entonces, de camino al bar, cuando me lo encontré. Estaba sentado en un banco de la estación, hojeando un periódico atrasado, fumando un cigarro barato con el resuello sediento de un aprendiz de dudas.

Lo saludé sorprendido, pues lo imaginaba a cientos de kilómetros de allí, instalado de nuevo en su ciudad o en algún otro incierto destino rural, entregado, sin duda, a renovados afanes. Él, sin embargo, me saludó, más que con naturalidad, con alivio, como si hiciese mucho tiempo que me esperaba en aquel mismo banco, y directamente, antes de que lo invitara, se ofreció a tomar café conmigo.

Pese al ímpetu inicial del encuentro, la conversación enseguida quedó estancada y tardó largo rato en arrancar, como si ninguno de los dos supiésemos muy bien entonces, después de tantas semanas sin contacto, en qué exacto punto retomarla. Por eso al principio nos limitamos a intercambiar comentarios dispersos y dispares, trufados por goles y faltas en La Condomina, La Romareda o el Vicente Calderón que venían a rellenar nuestros incómodos silencios desde la estridente exaltación dominical de la frecuencia modulada. Luego la cosa se fue animando, no sabría decir muy bien por qué, supongo que por el siempre socorrido intercambio de risueñas menudencias cotidianas de la vida labriega, y por esa senda la conversación fue creciendo en intensidad hasta que, llegado un determinado momento, para salvar un nuevo punto muerto, me atreví a preguntarle dónde había estado y qué había andado haciendo aquellas largas semanas de ausencia. Tras mi pregunta el diálogo quedó fulminantemente interrumpido, y no porque el Endocrino se negase a responder, sino justo por todo lo contrario. Como si hubiese activado algún oscuro resorte, como si de una contraseña o una fórmula mágica se tratase, mi pregunta dio pie a un interminable monólogo en el que mi interlocutor fue desgranando sin pausa la llegada al ruinoso poblado del pantano, las inescrutables profecías de Trancón, el desierto camino hasta Trespuestas, la cerrazón de los ancianos, los misterios fecundos del huerto, la aparición del Maestro, el trabajoso ascenso a sus dominios, la cuadriculada hermosura de sus proyectos, la felicidad de aquellas jornadas de laboriosa camaradería germánica, el revelador descubrimiento del estiércol de cabra, el sublime encuentro con el Fauno, su extraña forma de vida, las intensas batidas de investigación en pos del rebaño o los prometedores hallazgos del regato, de la vía verde, de la descomunal roca marciana, y lo hizo con tal generosidad, con tal ímpetu, con tantísimo lujo de detalles, que para cuando quiso surgir monstruoso

el perro Julio de entre las elevadas matas de brezo hacía ya tiempo que se habían terminado los partidos de fútbol, que se habían secado, en el fondo de las tazas, los empalagosos restos del café y que habían tomado el autobús los últimos viajeros vespertinos, con lo que el único que quedaba ya en el bar, aparte de nosotros, era un camarero somnoliento que, sin pedidos que servir ni mesas que recoger ni vasos sucios que limpiar, esperaba la llegada de los coches de línea nocturnos sentado en un esquinado taburete, recostado contra la barra, contemplando en actitud vegetativa la luminosa sucesión de imágenes que, con el volumen casi apagado, arrojaba desde lo alto un desmesurado televisor.

Si aguanté en silencio, escuchando, tantas horas seguidas de monólogo sin ni siquiera moverme fue porque en el fondo, pese a la gravedad de mi expresión y a la del prolijo relato que iba trenzando el Endocrino, me estaba divirtiendo de lo lindo con sus excéntricas peripecias, que hacían presagiar además, por el tono fatal que iban ganando, un final adverso, amargo, quijotesco al que esperaba asistir, lo admito, con secreto regocijo, así de cruel se revela muchas veces la negra alma humana. Sin embargo, como si aquella fuese la gota que colmaba el vaso, a partir de la secuencia en la que el perro, contra toda razón, se echaba a hablar sin descanso, se desató en mí una impaciencia incontenible, una ansiedad que, por más que yo quisiera sujetarla, se me escapaba en frecuentes e inevitables cambios de postura, en el constante temblor que agitaba mis rodillas, en la erupción de súbitos picores en mitad de la espalda, y es que si hasta entonces lo narrado me había parecido coherente con la peculiar forma de mirar y comprender el mundo del Endocrino –una perspectiva a la que, desde hacía ya muchos meses, venía yo estando acostumbrado–, los supuestos poderes mágicos de la bacinilla y la increíble locuacidad del animal me resultaron excesivos, insoportables, fuera ya de toda lógica, frutos, más bien, de la locura o el desvarío, y, harto ya de tanta charla y tanta sinrazón, llegué a estar en varias ocasiones a punto de interrumpirle con cualquier excusa y de dar así por terminado nuestro más que prolongado encuentro.

Reconozco que, más atento a encontrar el modo de salir airoso de la encerrona que a cualquier otra cosa, pocos detalles retuve luego de la picaresca vida de aquel animal parlanchín llamado sucesivamente

Juno, Julio y Agosto, una vida que, dicho sea de paso, mi interlocutor abordó sin ahorrarse, tampoco él, demasiados detalles, pero luego, cuando de vuelta a su propia historia, tras poner coto al interminable monólogo del perro, el Endocrino encaminaba sus pasos hacia su presunto destino final, su rostro fue mutando, ensombreciéndose, crispándose en afiladas aristas que atraparon de nuevo mi sádico interés, y así volví a escuchar con atención cómo narraba, con lúcida pesadumbre, la entrada en la cueva, su singular espeleología, el maravillado descubrimiento de las aguas detenidas, cómo describía al detalle su extraña, imposible y quieta belleza, cómo se recreaba, con visible arrepentimiento, en el movimiento casi imperceptible con el que, de forma casi involuntaria, había venido a romper tan sutil e imposible equilibrio y cómo evocaba, por último, el lejano y agudo estruendo con el que el planeta parecía recobrar, desde lo hondo, su olvidado movimiento, un logro que, sin embargo, como contó desolado, no llegó a celebrar ni un solo segundo, pues cuando apenas había llegado a sentir en el rostro el rubor abrasador de la euforia, se le vino de golpe a la memoria la profecía de Trancón, el zapatero, y al repasar entre labios, en silencio, los versos finales del discurso, aquellos en los que le había advertido de que cuando se encontrase postrado ante la Verdad no había de tocarla, ni alterarla, ni vulnerar su frágil equilibrio, comprendió que la misteriosa detención del planeta no había sido, en realidad, una condena, sino una tabla de salvación para sus habitantes, que no había sido el fin irremediable de los tiempos, sino una última oportunidad que el azar, Dios o el orden cósmico les había, generoso, otorgado para redescubrir la Tierra y conseguir hacer aún de ella un Paraíso, un lugar más justo, más amable, más hermoso, un jardín ameno en el que ser definitiva y plenamente hombres, y comprendió también entonces que su papel en tan inesperada y rara coyuntura no hubiera sido tanto el del héroe como el de profeta, el de augur de esa verdad bella y quebradiza, de esa promesa detenida de eternidad, y al darse cuenta de todo y reparar, con ello, en su fracaso, se echó las manos a la cabeza desesperado, abatido, inconsolable al ver que nada podía hacer ya para frenar el lento e irreversible proceso de destrucción hacia el que, sin querer, ignorante, acababa de empujar de nuevo al mundo.

–Quise ser Prometeo, pero lo único que hice fue el gilipollas –exclamó en un suspiro, a modo de conclusión, tras unos tensos,

desconsolados instantes de silencio.

Ninguno de los dos logró luego decir nada. Él, por culpa de un insoportable nudo en la garganta que parecía impedirle hablar. Yo, porque ni siquiera sabía qué pensar de todo aquello y porque, atrapado en esa confusión, cualquier intento de consuelo, que es lo que parecía pedir a gritos mi interlocutor en aquel trance, hubiera resultado falso, impostado, inmerecidamente doloroso. Por eso, sintiéndonos ambos impotentes, permanecimos los dos largo tiempo callados, detenidos, mirándonos a los ojos lo bastante como para que se me quedasen nítidamente prendidos del recuerdo, para siempre, el delicado temblor de sus pupilas, la apariencia acuosa de su iris o el discreto surco salino que parecía irse formando sobre sus pestañas y que revelaba que podía echarse a llorar en cualquier momento.

Supongo que por pudor, no sé si propio o ajeno, y que por quebrar, de algún modo, la desoladora sustancia del momento, decidí levantarme de la mesa con la excusa de ir al baño, donde permanecería, calculo yo, no menos de diez o quince minutos, la mayor parte de ellos de pie, nervioso, mirándome al espejo, tratando de urdir una verdad con la que dar respuesta al relato del Endocrino, pues si algo tenía claro entonces era que, estuviese loco o cuerdo, lo que aquel hombre no se merecía, en absoluto, era una mentira. Incapaz de hallar nada que fuese a la vez cierto y poco doloroso –entre otras cosas porque seguía sin saber qué pensar de todo aquello–, tracé un plan: decidí que nada más volver, y antes de que el Endocrino llegase a decir nada, exclamaría consternado que aquello me parecía increíble, frase ajustada a mi percepción del asunto pero lo suficientemente ambigua como para no ofenderlo, confiando en que una vez vista su reacción encontraría el modo de capear el temporal.

Con la respuesta amarrada en la mente, de camino al bar fui ensayando el tono, la cadencia, los matices con los que podía llegar a hacer manifiestamente dudosa mi segura incredulidad, pero una vez allí me encontré, de pronto y para mi sorpresa, con la inesperada ausencia del Endocrino. En la mesa seguían las tazas de café, los vasos de agua, los botellines vacíos de cerveza. En la silla, al lado, reposaban su mochila y mi abrigo. Al fondo dormitaba el

camarero, destellaba el televisor, runruneaba el lavaplatos. Del Endocrino, sin embargo, no había rastro alguno en el local. Por un momento pensé que habría salido a tomar el fresco, a despejarse después de tanto hablar y de tanta emoción contenida, o que habría ido también al baño, a algún otro baño en alguna otra parte, y creyendo que no tardaría en volver, me senté, sencillamente, a esperarlo. En ese intervalo, que no sabría decir si fue corto o fue largo, porque mi impaciencia anterior había muerto para dar paso a un más que plácido sosiego, llegaron y partieron dos o tres autobuses. Sé que hubo un ralo movimiento de viajeros por el andén, que uno de ellos se tomó un café rápido, expreso, de pie, junto a la barra, y que se marchó sin apenas decir nada, pero no sabría dar más detalles de lo que sucedió en todo ese tiempo, pues seguía más bien desconcertado, con la mirada deambulando entre la pared y la tabla de la mesa, pensando qué pensar de todo aquello que el ausente había contado, de la magia, de los poderes y, sobre todo del extravagante episodio final, el de la cueva, el que habría propiciado, según él, la salvación del planeta, pues aunque todo me parecía, desde luego, absurdo, inconcebible, fuera de toda lógica, a la vista de la ilógica, inconcebible y absurda situación que había vivido la Tierra aquel largo, interminable verano, cualquier cosa parecía posible, pero también, sobre todo, porque durante la narración de esos últimos hechos había habido en el semblante del Endocrino una lucidez tal, una tan clara y abatida clarividencia, que me sentía obligado a descartar, también contra toda lógica, cualquier asomo de alucinación o de locura.

No logré llegar entonces a ningún tipo de conclusión, como tampoco he logrado hacerlo después, ni siquiera ahora, mientras escribo estas palabras que se obstinan en hablar del Endocrino a ratos con admiración, a ratos con sarcasmo. Supongo que, como me ha sucedido tantas veces, cada vez que, casi como una tortura, comienzo a darle vueltas al asunto, en algún momento desistí esa noche de querer pensar algo al respecto, que traté de olvidarme y que, al hacerlo, comencé a preocuparme por la ya más que prolongada ausencia de mi amigo. De entrada, por no molestar al camarero, que, servido y cobrado el fugaz café nocturno, volvía a vegetar contra la barra, salí al andén a echar un vistazo, aunque sin alejarme demasiado, por no dejar del todo sola la mochila, de la que de pronto me sentía de algún modo responsable. Deambulé

varios metros a un lado y otro de la salida sin hallar más que grisura y soledad, y al volver permanecí un buen rato de pie en el umbral, con la puerta entreabierta, vigilando dentro y fuera, cada vez más extrañado e impaciente, dejando entrar una fina corriente de aire que atravesó el recinto en diagonal y despertó, con su fría caricia, al aletargado camarero, que, incómodo pero amable, me preguntó desde el otro extremo, en voz no muy alta, a qué esperaba.

Le respondí preguntando si había visto a mi amigo, al tipo que durante horas había estado sentado conmigo en el bar, y me contestó que hacía rato que había pagado la cuenta y se había marchado. Extrañado, señalé la mochila abandonada y, por toda respuesta, se encogió de hombros. Entonces le pregunté si sabía hacía dónde se había dirigido y me dijo que no, que le había parecido verlo subirse a un autobús, pero que tampoco estaba seguro de que se tratase de él. A la tercera pregunta, acerca de en qué autobús había creído verlo montar, no supo responderme en modo alguno, pues había sido una impresión fugaz, lateral, casi inconsciente, aunque luego, recapacitando, haciendo memoria y cotejándola con un manoseado horario de llegadas y partidas, me informó de que en los últimos tres cuartos de hora habían pasado cuatro autobuses, y de que, si había llegado a coger alguno, lo mismo podría haberse marchado a Irún que a Algeciras, Madrid o Portugal.

Por si acaso volvía, por si, en realidad, no había tomado ningún autobús y tan solo había salido a dar un paseo al relente, todavía pedí un último café que tomé de pie, en la barra, demorándolo a sorbos muy cortos, apurando todo lo posible la esperanza junto al camarero, que, al verme terminar, exclamó desolado, «Se ha ido», certificando de tan lacónico modo lo que los dos veníamos pensando hacía ya rato. Como muestra de solidaridad, no quiso cobrarme ese último café, y cuando, pidiéndole autorización, señalé de nuevo la mochila abandonada, me respondió con un renovado y fraternal encogerse de hombros tras el que, después de echarme el bulto a la espalda, me marché después de tantas horas del bar de la estación.

Por descartar aún la posibilidad de que el Endocrino se hubiese

marchado a pie, recorrí minuciosamente en coche, antes de regresar a casa, la soledad nocturna de Pomares. Batí muy concentrado las calles del centro y de la periferia, las plazas rodeadas de casonas de piedra, las vastas áreas residenciales, la solitaria estación de ferrocarril, el rotundo vacío cósmico del polígono industrial, pero a nadie encontré a la intemperie fuera de un transeúnte de guardia que tampoco en nadie, asomándose vacilante a la ventanilla, dijo haber reparado esa noche.

Cuando, después de todo, llegué a Labriegos comenzaba a despuntar tímidamente el alba. El pueblo estaba en silencio, y recuerdo lo que sucedió después como una seca sucesión de ruidos domésticos, la llave en la cerradura, los pasos en la casa vacía, la lluvia apacible de la ducha, el rumor de los cajones y el tintineo de vidrio, loza y metal que fue dejando atrás la ceremonia del café, que quise apurar despacio antes de salir hacia el colegio. Solo el alboroto de los niños logró quebrar mi tenaz concentración. En contra de lo habitual, esa mañana agradecí profundamente la habitual inquietud de los muchachos, las preguntas inoportunas, las conversaciones por lo bajo, el arrastrar nervioso de las sillas, el rugido de los afilalápices, pues toda aquella inquietud, todos aquellos desaforados ruidos infantiles me mantuvieron despierto, entretenido, ajeno, al menos en apariencia, a los confusos acontecimientos de la noche anterior. Pero luego, al regresar, nada más abrir la puerta de casa, me encontré de frente con la mochila, abandonada en mitad del recibidor, encima de una silla, como un punzante signo de interrogación que me llevó a preguntarme de nuevo, de forma insistente, por el paradero del Endocrino y por su más que dudosa y extravagante epopeya.

Con la esperanza de dejar de darle vueltas al asunto, tomé la determinación de guardar la mochila en un armario, lejos de mi vista, pero no por eso dejó de asaltarme con fuerza aquellos días la obsesión, que resurgía cuando menos lo esperaba, al recoger la cocina, en mitad de una clase o en mitad de la página de un libro, en ocasiones, supongo, en las que bajaba la guardia y al recuerdo del Endocrino le resultaba fácil tomar por asalto mi cabeza.

Solo al cabo de varias semanas, cuando, de puro agotamiento, la inquietud inicial había quedado reducida a una suerte de tibia y

fútil melancolía, ya del todo convencido de que su dueño no había de regresar, más por curiosidad que con la esperanza de hallar respuestas, me decidí por fin a abrir la mochila. Allí estaban los restos del naufragio. Allí estaban las botas, abigarradas y excesivas, allí estaba el retorcido cuerno de carnero, allí estaba al fondo, blanco y anodino, el orinal, y dentro de él, colocados por orden, sujetos por una goma elástica y primorosamente envueltos en una suave bolsa protectora, la pequeña colección de cuadernos de campo.

No puedo decir que los devoré, pues su letra era demasiado apretujada y su prosa, muchas veces demasiado inconexa como para permitir una lectura rápida, pero sí que durante días me entregué, mañana, tarde y noche, en cada minuto que lograba hurtarle a mi huera rutina cotidiana, a una apasionada labor de descifrado que no me reveló tampoco –también he de reconocerlo– nada que el Endocrino no me hubiera contado antes, en nuestras conversaciones vespertinas en Labriegos o en el interminable encuentro nocturno en la estación de autobuses. Al leerlos tuve acceso, eso sí, a infinitud de detalles que me ayudaron a completar lo que ya sabía, pero nada encontré en ellos de sustancial, de nuevo, de revelador, nada que me llevase a decidir, como yo deseaba, si lo que me había contado era cierto o si era, tan solo, fruto de su imaginación febril, como tampoco logré dilucidar –como era, en realidad, mi más ardiente propósito– si el tipo estaba loco o estaba cuerdo, pues a la frecuente necedad de los hechos se contraponía, constantemente, una aplastante lucidez en el razonamiento y una poderosa capacidad de persuasión en el relato que rebasaba, con creces, la simple verosimilitud.

Tratando inútilmente de hallar pruebas más allá del estrecho margen de las palabras, fuera de las páginas de los cuadernos, examiné de cerca las ridículas botas de héroe del cómic español, la deteriorada bacinilla y el polvoriento y roto cuerno de carnero, pero nada hallé en ellos de mágico, ni tan siquiera de extraordinario, nada que lograra despegarlos ni un milímetro de su triste y ramplona coseidad. Luego, tras reconstruir en casa, sobre unos detallados mapas del ejército, la posible ruta agreste del Endocrino, me eché al campo en varias gélidas jornadas de invierno, y así di con el ya abandonado taller del zapatero, de quien nadie en el

poblado supo darme razón alguna, visité la alquería de Trespuestas, donde apenas encontré la terca cerrazón de los ancianos, que nada parecían o querían recordar, y ascendí por último, en asaltos sucesivos, primero a los dominios del Maestro, de cuyo indescifrable discurso quise deducir la visita de un extraño aquel verano, y luego a la majada del Fauno, que me acogió en su reducto con la misma rústica hospitalidad que al Endocrino, aunque nada pudo, desde luego, aclararme al respecto. Más tarde, una vez conquistadas las cumbres, me dediqué en distintas ocasiones a seguir el rastro de las cabras que, por extraño que pueda resultar, y aunque no llegase en absoluto a dirigirme a ellas, sí parecieron comprenderme, conduciéndome, entre monótonos balidos, por las conocidas estaciones del viacrucis del Endocrino, incluidos el prado verde y bien sencido, el misterioso arroyo enjuto o la monstruosa piedra volcánica.

Más difícil fue después dar con la escondida cueva donde habría tenido lugar el episodio final de las andanzas endocrinas, pues quien jamás acudió en mi ayuda, a quién jamás logré encontrar, fue al perrillo Julio. Muchos fueron los paseos en solitario por aquellos montes, partiendo de la majada del Fauno y siguiendo las imprecisas e insuficientes indicaciones del cuaderno. Más de una vez me perdí y me volví a encontrar, y en la última de esas ocasiones, cuando más desorientado me hallaba y más tentado estaba de enviar al infierno toda aquella absurda obsesión, vine a dar con un hombrecillo que andaba detrás de una vaca extraviada y que, por las señas que le di, me dijo que lo que yo andaba buscando eran las llamadas Cuevas del Requeté, un paraje recóndito con más historia que belleza donde, según contaba, unos cien años atrás las fuerzas del orden habían dado muerte a un antiguo capitán carlista reducido, en la derrota, al rango de bandolero raso.

Me dijo también entonces aquel hombre que para llegar hasta allí lo más sencillo era subir desde Pedregal, su pueblo, pues desde el lugar donde nos encontramos el acceso era largo, tortuoso y escarpado. Por eso dejé el asalto final para otra ocasión y al cabo de dos semanas, tras un bronco y pertinaz periodo de lluvias, conduje hasta Pedregal y, armado de guantes, linterna y unas enormes tijeras de podar, emprendí, más seguro, el ascenso hasta la cueva.

No tardé más de una hora en encontrarla. Dada la época del año, las zarzas estaban mustias, faltas de vida, y por ello no me resultó difícil, con algo de cuidado y de paciencia, abrirme camino hasta la entrada, que resultó ser tan estrecha y agobiante como el pasaje al que daba acceso, un pasaje, además, tan sumamente largo que de no ser por lo descrito en los cuadernos y por la información que me había dado el vecino de Pedregal, jamás habría recorrido hasta el final, pues habría acabado reculando, desistiendo, a los pocos minutos de arrastrarme a oscuras. Persistí, sin embargo, en mi propósito, y acabé por alcanzar el tramo donde podía avanzar de pie, algo encorvado, y por fin, al cabo de más de diez minutos, la estancia subterránea donde habría tenido lugar la escena final de la dudosa gesta del Endocrino, que no resultó por fin ni tan sublime y luminosa como este la había descrito en sus cuadernos ni tan falta de belleza como lo había hecho mi informante pedregaleño. Allí estaba la alta claraboya, allí el arroyo de aguas cantarinas, allí el arranque de una nueva gruta que parecía adentrarse en la negrura, hacia lo hondo, de la que ningún rumor profundo se escuchaba y por la que, más allá de una somera exploración preliminar con la linterna, no quise, por miedo, continuar. Allí estaban, como digo, todos los elementos enumerados por el Endocrino, pero nada más, ninguna otra cosa que no fuera su realidad, su mera presencia física, ningún rastro visible o invisible que hiciera presagiar, en modo alguno, que aquel lugar recóndito y callado hubiera albergado en algún momento la secreta traba que había mantenido estancada a la Tierra en mitad de su órbita.

Hasta allí llegaron mis averiguaciones. Después regresé a casa, devolví los cuadernos, cuidadosamente envueltos, al interior del orinal, y el orinal, las botas y el cuerno, al interior de la mochila, que puse enseguida a buen recaudo en lo más escondido de la troje. Desde entonces trato de convencerme de que todo fue un engaño, un espejismo, el relato desquiciado de un demente, y cualquier argumento que esgrima, por poco lógico que sea, empuja mi parecer de ese lado, pero inexorablemente, cada vez que regresan a mi mente aquellos hechos, aquellos días, cuando más razones he logrado reunir para descartar la idea absurda de que algo pudieran tener de verdad, acude a mi recuerdo el solo indicio en contra que jamás he logrado rebatir, su pesadumbre, la recia y desolada pesadumbre del Endocrino, que no era, como pude llegar a pensar

en un principio aquella tarde interminable en la estación, la del loco que encarna el rol del héroe incomprendido, que se cree protagonista de una gesta que nadie, jamás, ha llegado a reconocer, sino, como comprendí después, al escuchar sus últimas, afligidas palabras, la de quien en secreto sabe que ha fracasado y que, por más que nadie conozca en realidad su fracaso, o acaso justamente por eso, porque jamás podrá llegar a recibir castigo, rechazo o menosprecio de ningún tipo, es incapaz de soportar la culpa, la desazón, el terrible peso del remordimiento, y ante el recuerdo vivo y cierto de tanta desolación, de tan grande pesadumbre, me asaltan de nuevo las dudas, las preguntas, y cuando eso me sucede, durante varios días, hasta que la obsesión, de puro agotamiento, se acaba por desvanecer, soy incapaz de quitármelo de la cabeza, pues por mucho que, con toda razón, quiera negarlo, la cuestión, al fin y al cabo, no es baladí, pues, si después de todo, contra toda lógica y contra toda evidencia, lo que me contó aquella tarde aquel hombre fuera cierto, si la Tierra hubiera agotado aquel verano, en aquella cueva escondida en mitad de la sierra, su última oportunidad de salvación, ¿qué será, el día menos pensado, de nosotros?

Sobre el autor

Juan Ramón Santos (Plasencia, 1975). Es autor de las novelas Biblia apócrifa de Aracia y El tesoro de la isla, de cinco colecciones de relatos –Cortometrajes, El círculo de Viena, Cuaderno escolar, Palabras menores y Perder el tiempo– y de dos libros de poemas, Cicerone y Aire de familia. Además, ha colaborado en varios libros colectivos y antologías, entre ellos Relatos relámpago y Por favor, sea breve 2. Con Cortometrajes y Cuaderno escolar resultó finalista del Premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en España en sus ediciones de 2005 y 2009.

© Juan Ramón Santos, del texto.

© De esta edición, Baile del Sol, 2018.

© Diseño de cubierta: Pau.J (cartellme.com).

ISBN: 978-84-17263-42-3

Ediciones Baile del Sol

www.bailedelsol.org

info@bailedelsol.org

Composición digital:

Monipodio Co.